



Primera edición cibernética, septiembre del 2006

Captura y diseño, Chantal López y Omar Cortés

Índice

Presentación, de Chantal López y Omar Cortés.

Primera conferencia

El héroe como divinidad. Odín. El paganismo: mitología escandinava.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Segunda conferencia

El héroe como profeta. Mahoma: el islamismo.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Tercera conferencia

El héroe como poeta. Dante. Shakespeare.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Cuarta conferencia

El héroe como sacerdote. Lutero. La Reforma. Knox. El puritanismo.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Quinta conferencia

El héroe como literato. Johnson. Rousseau. Burns.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Sexta conferencia

El héroe como rey. Cromwell. Napoleón. Revolucionismo moderno.

Primera parte.

Segunda parte.

Tercera parte.

Presentación

La obra que aquí presentamos, del controvertidísimo filósofo historiador, Thomas Carlyle (1795-1881), está formada por una compilación de las seis conferencias que impartió durante el mes de mayo de 1840. Estructuradas bajo el tema común de El culto a los héroes, en éstas, Carlyle le da, como se dice comúnmente, *vuelo a la hilacha* en su manifestación de angustia ante el derrumbe de los valores bajo los cuales Europa había vivido. En efecto, el cataclismo provocado por el nuevo concepto del mundo que consigo trajo la Revolución Francesa, iba rápidamente pulverizando todas las estructuras autoritarias basadas en criterios absolutistas. Ante esa realidad Carlyle *pone el grito en el cielo*, desarrollando su *concepción* de buscar la interpretación de la historia a través de destacados individuos, y el término *héroes* será el nombre que escoja para definirlos.



Su curiosa, y en cierta medida trasnochada *teoría* que no pocos consideran como *protofascista*, al representar la angustia de algunos núcleos sociales europeos, por lógica alcanzó notoriedad e importancia. Y así, sus bobalicones desplantes como el de considerar el advenimiento democrático como un claro síntoma de la angustia de las sociedades ante la carencia del *héroe* que las dirija, demuestra el claro resentimiento de los sectores sociales proclives al absolutismo, y, sobretodo, la elaboración de una coraza ideológica justificante que les permitiera *sobrevivir* ante un panorama del todo adverso para ellos.

Así, el autor de la voluminosa obra *Historia de Federico II en Prusia*, Thomas Carlyle, consolida su presencia en cuanto *teórico* de esa *reacción embozada*, que anhelante esperaba el momento de volver a apropiarse de lo que consideraba suyo y que se creía despojada: el poder absoluto.

La lectura de *El culto a los héroes*, proporciona una oportunidad de reflexionar sobre nuestro entorno. Pues, a pesar de que las ideas manifiestas en esta obra hayan sido expresadas hace más de siglo y medio, su substancia ha trascendido el tiempo, por lo que no es extraño que de vez en vez nos topemos con familiares, amigos o conocidos, que de una u otra forma *reivindican*, en algunos casos hasta de manera inconsciente, las concepciones de Thomas Carlyle.

Ojalá que una atenta lectura de *El culto a los héroes*, sea capaz de generar una especie de *vacuna* contra las tentaciones del autoritarismo, ante las cuales, dígase lo que se diga, nadie es inmune en las sociedades actuales.

Chantal López y Omar Cortés

PRIMERA CONFERENCIA



**El héroe como divinidad
Odín**

El paganismo: mitología escandinava

El héroe como divinidad

Odín

El paganismo: mitología escandinava

Primera parte

(Martes, 5 de mayo de 1840)

Me he propuesto decir algo sobre los *Grandes Hombres*; cómo surgieron en el tráfago del mundo; cómo moldearon la historia del mundo; qué ideas tuvieron de ellos los hombres; qué hicieron. Vamos a tratar de los Héroes, de su acogida y de sus obras; lo que llamo *Culto de los Héroes* y lo *Heroico en la Historia*. Es imposible reflexionar en este momento sobre tan importante y extenso tema con el detenimiento que merece, por ser ilimitado y tan amplio como la Historia Universal. Ésta, el relato de lo que ha hecho el hombre en el mundo, es en el fondo la *Historia de los Grandes Hombres* que aquí trabajaron. Fueron los jefes de los hombres; los forjadores, los moldes y, en un amplio sentido, los creadores de cuanto ha ejecutado o logrado la humanidad. Todo lo que vemos en la tierra es resultado material, realización práctica, encarnación de Pensamientos surgidos en los *Grandes Hombres*. El alma universal puede ser considerada su historia. Evidentemente, es una materia que supera nuestra potencia de juicio.

Me alivia pensar que los *Grandes Hombres* son provechosa compañía, en todos sus aspectos. No es posible contemplar a un gran hombre sin que nos reporte beneficio, por imperfecta que fuere nuestra consideración. Es fuente de viva luz, cuyo contacto es bueno y placentero, la luz que ilumina, que ha iluminado la tiniebla del mundo; no lámpara encendida, sino luminaria natural que brilla por el don de los Cielos; manantial refulgente que irradia discernimiento natural y original, de hombría y de nobleza heroica, en cuyo resplandor se regocijan todas las almas. Estoy seguro os agrada vagar un instante por tales regiones. Las Seis clases de Héroes, elegidos en distantes países y épocas, que difieren por completo en cuanto a su apariencia exterior, nos aclararán muchas cosas, si los consideramos fielmente. De

comprenderlos, nuestra mirada penetrará en la medula de la historia del mundo. Grande sería mi gozo si pudiera revelaros en estos tiempos el significado del heroísmo, aunque fuere a grandes rasgos; la relación divina (pues bien puedo llamarla de este modo) que une al *Gran Hombre* con los demás de todas las épocas, sin agotar el tema, iniciándolo tan sólo. Mi deber es intentado y a toda costa.

Con razón se dice que el hecho culminante del hombre es su religión. De un hombre o un pueblo de hombres. No entiendo aquí por religión el credo profesado por él, los artículos de fe aceptados o defendidos de palabra u otro modo; ni ese conjunto ni nada de eso en muchos casos. Los que se distinguieron por su valía o por su vileza no profesaron todos los mismos credos. No considero religión esas creencias y aceptaciones, por ser muchas veces cosas accesorias, producto de su argumentación, si llega a tal profundidad. Lo que realmente cree (cosa que basta, sin que argumente para sí y menos para los demás), lo que el hombre toma a pecho, lo que sabe de cierto referente a sus relaciones vitales con este misterioso Universo, su deber y destino, es siempre lo principal para él, determinando todo lo demás, produciéndolo. Eso es su religión, o tal vez su mero escepticismo e irreligión: la manera cómo se siente unido espiritualmente al Mundo Invisible o al No-Mundo; si me decís qué es eso, me diréis cabalmente qué es el hombre, qué hará. Por eso lo primero que preguntamos de un hombre o de un pueblo es: ¿Qué religión tenían? ¿Paganismo, es decir, politeísmo, mera representación sensual del Misterio de la Vida, creencia en la Fuerza Física como elemento principal? ¿Cristianismo, o sea fe en lo Invisible, no sólo como real, sino como única realidad? ¿Creían en el tiempo basado en la Eternidad hasta en su mínimo instante? ¿El Imperio Pagano de la Fuerza desplazado por una más noble supremacía, la de la Santidad? ¿Era Escepticismo, incertidumbre e indagación sobre si hay Mundo Invisible, algún Misterio de la Vida, algo más que locura? ¿Duda sobre todo eso? ¿Incredulidad y negación rotunda? Si alguien satisface nuestra curiosidad nos revela el espíritu de la historia del hombre o del pueblo. Sus pensamientos fueron los generadores de sus actos; sus sentimientos, genitores de sus pensamientos: lo que determinó lo exterior y actual fue lo invisible y espiritual que en ellos había; el hecho culminante fue su religión. En estas Conferencias conviene encarar principalmente la faz religiosa, pues una vez conocida, poseemos el secreto. Como primer *Héroe* hemos elegido a Odin, figura central del Paganismo escandinavo; para nosotros es emblema de extensísima serie de cosas. Consideremos un momento al *Héroe* como Divinidad, la más remota forma de *Heroísmo*.

El paganismo parece cosa muy extraña, casi inconcebible hoy. Es una vertiginosa maraña de ilusiones, de inextricables confusiones, falsedades y absurdos que se extiende sobre el campo de la vida; algo que nos llena de estupor, casi de incredulidad, porque no es fácil comprender cómo pudo el hombre sensato creer y vivir sin zozobra profesando tales doctrinas. Que pudieran adorar a su débil congénere como a un Dios, y no sólo a él, sino a los animales, piedras y toda clase de cosas animadas e inanimadas,

aceptando tan absurdo caos de alucinaciones como Teoría del Universo, parécenos fábula fuera de razón. Sin embargo, es evidente que así fue. Ése era el atroz laberinto de falsas adoraciones y erróneas creencias, admitidas por seres como nosotros, su extraño modo de pensar. No obstante, podemos asomarnos triste y silenciosamente a las tenebrosas profundidades del hombre, para poder regocijarnos en las alturas, de la pura visión que ha escalado. Todo eso estaba y está en el hombre, en todos los hombres; en nosotros, también.

Algunos especuladores llegan a explicar el Paganismo por un atajo: mera ficción, superchería y engaño, dicen; ningún sensato lo creyó; lo único que hicieron fue esforzarse por arrastrar a los demás, indignos del calificativo de cuerdos. Hay que protestar insistentemente contra esta hipótesis sobre los hechos e historia del hombre: por eso la rechazo en lo referente al Paganismo, y demás *ismos* a que el hombre se aferró durante mucho tiempo. Todos contenían alguna verdad; de no ser así, el hombre no los hubiera aceptado; la superchería y el engaño abundan, sobre todo en los períodos más avanzados de decadencia religiosa, pero la superchería no fue nunca influencia originaria en tales cosas; no fue su salud y su vida, sino su morbo, seguro precursor de su agonía. No lo olvidemos nunca. Creo triste hipótesis que la superchería originase la fe, aun entre los salvajes. La superchería no origina nada; lo que hace es sofocarlo todo. No es posible penetrar en el corazón de una cosa si sólo nos fijamos en su ficción, si no la rechazamos de una vez, como morbosidad, corrupción, que todo mortal debe alejar, desarraigar de su pensamiento y carácter. El hombre es enemigo natural del engaño en todos los pueblos. Creo que el Gran Lamaísmo contiene una especie de verdad. Leed el imparcial, perspicaz, escéptico escrito de Turner, Memoria de la Embajada a dicho país y lo observaréis. La sencilla gente del Tibet cree que la Providencia envía al mundo una Encarnación de sí misma cada generación; en el fondo cree en una especie de Papa, en la existencia de un Hombre Superior que, una vez descubierto, debe gozar del acatamiento de todos los demás. Ésta es la verdad del Gran Lamaísmo: el descubrimiento es su único error. Los sacerdotes tibetanos tienen sus métodos para reconocer al Hombre Superior, llamado a ser sublime entre ellos. Malos métodos, pero ¿son mejores los nuestros, que lo encarnan siempre en el primogénito de cierta genealogía? ¡Ay de mi!, no es fácil encontrar buenos métodos. Empezaremos a entender el Paganismo cuando admitamos que para sus adeptos fue axioma en una época. Aceptemos como cierto que los hombres creyeron en el Paganismo, que los fieles veían que sus sentidos no estaban alterados, que eran hombres como nosotros, que de haber vivido entonces, hubiéramos creído como ellos. Ahora preguntemos, ¿qué pudo ser el Paganismo?

Otra conjetura, algo más respetable, lo atribuye a la Alegoría, considerándolo visión de poéticas imaginaciones, manifestación en fábula alegórica, en forma encarnada y visible, de lo que tales mentes concibieron y creyeron era el Universo, lo cual, añaden, está de acuerdo con una ley principal de la naturaleza humana, que se observa aún, aunque en cosas de menor

importancia. El hombre se esfuerza por expresar, por ver representado en forma visible, como animado por una especie de vida y realidad histórica, aquello que siente intensamente. Es indudable que dicha ley existe, que es de las más profundas de la naturaleza humana; tampoco hay que dudar que influyese fundamentalmente en esto. La hipótesis que atribuye el Paganismo, por entero, o en su mayor parte, a esta propensión, la considero más respetable, pero no puedo tenerla por verdadera. ¿Puede creerse adoptando como guía para la vida, una alegoría, una fantasía poética? Lo que necesitamos no es eso, sino realidad, porque la vida es inquietud, no siendo tampoco fantasía la muerte para el hombre. Nunca fue la vida cosa sin transcendencia, sino severa realidad, grave desasosiego.

Por eso creo que, si bien esos teóricos de la Alegoría van camino de la verdad, no llegan hasta ella. La Religión Pagana es ciertamente Alegoría, Símbolo de lo que el hombre concebía y sabía sobre el Universo; todas las Religiones son Símbolos de lo mismo, alterándose cuando eso otro se altera; mas me parece una perversión radical, y hasta una inversión, considerarlo como origen y causa motriz, cuando más bien fue resultado y efecto. Los hombres no ansiaban bellas alegorías, perfectos símbolos poéticos, sino saber cómo debían entender el Universo, qué camino tenían que seguir, qué esperanzas y temores podían abrigar, lo que debían procurar y evitar en esta misteriosa Vida. El Pilgrim's Progress (Obra de John Bunyan considerada, en los medios puritanos, como *una obra superior*, fue publicada en 1678. Nota de Chantal López y Omar Cortés), es Alegoría, tan bella y seria como otra cualquiera; pero consideremos si la Alegoría de Bunyan pudo haber precedido a la Fe que simboliza. La Fe tenía que existir antes, admitida por todos; entonces la Alegoría pudo transformarse en su sombra, y, con toda su gravedad, en especie de sombra jocosa, mero juego de la Fantasía, comparada con el Hecho pavoroso y certidumbre científica que se esfuerza en simbolizar poéticamente. La Alegoría es producto de la certidumbre, pero no la produce, ni en el caso de Bunyan ni en otro alguno. Porque aún tenemos que averiguar, en cuanto al Paganismo, qué originó aquella certidumbre científica, germen de tan pasmoso cúmulo de Alegorías, errores y confusiones. ¿Cómo era? ¿Qué era?

Vana sería la pretensión de explicar aquí, o en otro lugar, este lejano y nebuloso fenómeno del Paganismo, más semejante a un campo de nubes que a un remoto continente de tierra firme y de realidades. Ya no es actual, pero lo fue. Forzoso es comprender que ese aparente campo de nubes fue realidad; que su origen no era alegoría poética y menos todavía ficción y engaño. Nunca creyó el hombre en vana palabrería, ni arriesgó la vida de su alma en alegorías; en toda época, especialmente en las primitivas, descubrió instintivamente la falsedad, odió a los impostores. Abandonemos las teorías de la ficción y la alegoría, procuremos escuchar con afectuosa atención ese lejano y confuso rumor de los siglos de Paganismo, intentemos descubrir por lo menos si había en su entraña algo semejante a la realidad, y si los hombres no fueron falaces y ofuscados, sino veraces y cuerdos en su sencillez.

Recordad la fantasía platónica que supone sacan súbitamente a un hombre de la tenebrosa caverna en que vivió hasta entonces, para ver la salida del sol. ¡Cuál sería su maravilla! ¡Cuál su avasalladora sorpresa al ver lo que todos vemos diariamente con indiferencia! Con la inocente sensación del niño, acompañada de la madura reflexión del hombre, su corazón se enardecería ante el espectáculo, creyéndolo divino, prosternándose su espíritu y adorándolo. Esa grandeza infantil fue la que dominó los pueblos primitivos. El primer Pensador Pagano entre los rudos hombres, el primer mortal que comenzó a pensar, fue precisamente el hombre-niño de Platón, sencillo, ingenuo como el niño, pero con la profundidad y fuerza del hombre. La Naturaleza no tenía nombre para él; aún no había relacionado, aplicando vocablos, la infinita variedad de visiones, sonidos, formas y movimientos que ahora denominamos Universo, Naturaleza, o cosa parecida, y que despachamos así con una palabra. Para el hombre rudo, de corazón profundo, todo era nuevo, sin los velos de nombres o de fórmulas; allí estaba desnudo, lanzando sus rayos sobre él, hermoso, pavoroso, inefable. Para ese hombre la Naturaleza era lo que es siempre para el Pensador y el Profeta, *pretenatural*. ¿Qué es la tierra verde, florida y rocosa, los árboles, los montes y los ríos, los clamorosos océanos, ese profundo mar de azul que se dilata sobre nuestras cabezas, los vientos que barren la tierra, la negra nube que varia su forma, que despide fuego, granizo y lluvia?, ¿qué es todo eso? Aún no lo sabemos de cierto; no lo sabremos nunca. Si escapamos a la dificultad no es por discernimiento superior, sino por ligereza, distracción, falta de entendimiento.

Cuando cesamos de maravillarnos es cuando no pensamos. Estamos rodeados de una atmósfera de tradiciones, frases, meras palabras, que adquiere consistencia y encierra las nociones que adquirimos. Al fuego lanzado por el nubarrón tormentoso llamamos electricidad, disertando sabiamente sobre ella, produciendo una chispa semejante frotando el cristal contra la seda; pero ¿qué es? ¿Qué la origina? ¿De dónde proviene? ¿Adónde va? Mucho nos ha enseñado la ciencia; pero la que nos oculta la inmensa infinitud profunda y sagrada de la Nesciencia que nunca podemos penetrar, sobre la que toda ciencia reposa como mera película superficial, es una pobre ciencia. El mundo es milagro para el que lo contempla (a pesar de toda nuestra ciencia o ciencias), maravilloso, inescrutable, mágico y mucho más para el que quiere meditar sobre él.

El gran misterio del Tiempo, de no haber otro, esa cosa ilimitada, silenciosa, inestable, llamada *Tiempo*, que transcurre veloz, especie de marea oceánica que lo abarca todo, en el que estamos sumergidos los seres y el completo universo como exhalaciones, que son y luego no son, será siempre un milagro que nos hace enmudecer, porque no disponemos de palabras para definirlo. ¿Qué podía saber de este Universo el hombre inculto? ¿Qué podemos saber nosotros? Que es Fuerza, innumerable Complejidad de Fuerzas, una Fuerza que no es nosotros. Eso es todo; que no es nosotros, que difiere por completo de nosotros. Fuerza, Fuerza y Fuerza en todas partes; somos misteriosa Fuerza en el centro de esa otra. En toda hoja que

se pudre en el camino hay Fuerza; si no, ¿cómo se pudriría? Para el Pensador Ateo (de ser posible su existencia), sería también milagro este inmenso e infinito vórtice de Fuerza que nos rodea, que no reposa nunca, gigantesco como la Inmensidad, viejo como la Eternidad. ¿Qué es? Los creyentes responden: *Omnipotencia Divina*. La ciencia atea balbucea tristemente sobre ello, empleando nomenclaturas científicas, experimentos, cualquier cosa, como si se tratara de algo inerte, que pudiera enfrascarse en una botella de Leyden y venderse en los mostradores; pero el sentido natural del hombre, en toda época, si quiere aplicar noblemente su sentido, declara que es cosa viviente, inexplicable, Divina, ante la cual, lo mejor que podemos hacer, tras tanta ciencia, es empequeñecernos, prosternarnos fervorosamente, humillar nuestro espíritu, adorar en silencio si no encontramos palabras.

Consideremos también que nuestra época necesita Profeta o Poeta que le aclare ciertos conceptos, alguien que rasgue el velo y vulgarice nomenclaturas y tecnicismos que los ocultan irreverentemente, mientras los ávidos espíritus primitivos, a quienes nada de todo esto preocupaba, lo efectuaron por sí mismos. El mundo, que hoy sólo es divino para el inteligente, lo era entonces para todo el que lo contemplaba. El hombre estaba desnudo frente a él. Todo era Divino o Dios; Jean Paul Richter lo cree todavía así, el gigantesco Richter, capaz de escapar a los chismes; mas entonces no los había. Cuando brillaba Canope sobre el desierto con su azul fulgor diamantino (destello espiritual, superior en esplendor al que contemplamos aquí), penetraría en el corazón del solitario Ismaelita, a quien guiaba a través de aquel inmenso yermo. Para su corazón sencillo, que encerraba todo sentimiento, sin tener palabras para exteriorizarlo, parecería Canope un ojo que le dirigía la mirada desde las profundidades de la Eternidad, revelándole el Esplendor interior. ¿Podemos comprender por qué adoraban aquellos hombres a Canope, convirtiéndose en Sabeístas, es decir, adoradores de las estrellas? Tal es para mí el secreto de toda forma de Paganismo. La adoración es maravilla que trasciende, maravilla que ni tiene limite ni medida; eso es la adoración. Para aquellos primitivos todo cuanto los rodeaba era un emblema de la Divinidad, era un Dios.

Considerad la perenne fibra de verdad que residía en ello. ¿No vemos un Dios a través de cada estrella, en la hoja de broza, un Dios sensible para la vista, si abrimos el entendimiento y los ojos? Ahora no adoramos de ese modo; pero, ¿no se cree mérito, prueba de lo que llamamos *naturaleza poética*, reconocer que todo objeto encierra divina belleza, que todo sea aun para nosotros ventana por la que podemos mirar al Infinito? Llamamos *Poeta* al capaz de discernir la hermosura de las cosas, Pintor, Genio, portento, admirable. Aquellos ingenuos Sabeístas hacían lo que él hace, pero a su manera. Ya era mérito, lo efectuasen, fuere como fuere, realizándolo mejor que el estúpido, el caballo o el camello, que nada discernen.

Pero hoy, si todo lo que vemos es emblema del Altísimo, afirmo que el hombre lo es mucho más. Conocéis las célebres palabras de San Juan Crisóstomo al referirse al Arca del Testimonio, Revelación visible de Dios

entre los Hebreos: *La verdadera Arca es el Hombre*. Es cierto; la frase no es vana, sino que verdaderamente es así. La esencia de nuestro ser, el misterio existente en nosotros se llama Yo. ¿De qué palabras disponemos para tales cosas? Decimos es un soplo del Cielo; que el Ser Supremo se revela en el hombre. ¿No son el cuerpo, las facultades, la vida, una vestidura para ese Anónimo? Sólo hay un Templo en el Universo, dice el devoto Novalis, y es el Cuerpo del Hombre. Nada más santo que esa Forma. Al inclinamos ante los hombres reverenciamos esta Revelación Encarnada. Cuando tocamos el cuerpo humano tocamos el Cielo. Esto parece mero floreo retórico, pero no lo es; si meditamos, se transforma en hecho científico, expresión de una verdad real, mediante las palabras de que disponemos. Somos el milagro de los milagros, el misterio inescrutable de Dios. No lo comprendemos, no sabemos qué decir, pero podemos sentir y saber que así es verdaderamente, si queremos.

Estas verdades sintiéronse mejor en tiempos pretéritos. Las primitivas generaciones, que gozaban de la frescura de la infancia y de la profundidad del hombre que anhela, que no creían comprender todo lo existente en el Cielo y la Tierra dándole nombres científicos, sino que tenían que considerarlo en su desnudez, con temor y sorpresa, comprendieron mejor lo divino residente en el hombre y la Naturaleza; pudieron adorar a la Naturaleza sin enloquecer, y al hombre sobre todas las cosas. Podían venerar, es decir, admirar ilimitadamente dentro del perfecto uso de sus facultades, con toda sinceridad de corazón. Considero el Culto de los Héroes como gran elemento modificador en aquel antiguo sistema de pensamiento. Lo que llamé *compleja maraña del Paganismo* brotó de muchas raíces: toda admiración, adoración de una estrella u objeto natural, era raíz o fibra de raíz; pero el Culto de los Héroes es la raíz más profunda, la raíz-madre que nutría todas las demás, desarrollándolas grandemente.

Ahora bien, si la adoración de una estrella tuvo algún significado, ¿cuánto más la tendría la de un Héroe? El culto del Héroe es admiración que trasciende, que se siente por un Gran Hombre. Afirmo que los grandes hombres son admirables; creo que en el fondo nada hay más admirable. En el pecho del hombre no hay sentimiento más noble que la admiración sentida por otro superior a él. Eso es lo que influye en su vida vivificándolo, lo que influyó e influirá siempre. La Religión se basa en eso, a mi entender, no sólo el Paganismo, sino religiones mucho más sublimes y verdaderas, todas las conocidas. El Culto del Héroe, la admiración cordial, sumisa, ferviente, ilimitada, sentida por una más noble y divina Forma de Hombre; ¿no es ése el germen del Cristianismo? El más sublime de todos los Héroes es Uno, Uno que no nombramos ahora. Que el silencio sagrado medite sobre ese tópico sagrado; ya veréis que es la perfección de un principio que vive a través de la historia del hombre sobre la tierra.

Y descendiendo hasta cosas más explicables, ¿no es toda Lealtad afín a la Fe religiosa también? La Fe es lealtad para con algún inspirado Maestro, algún Héroe espiritual. Y, ¿qué es lealtad, el soplo de vida de toda sociedad, sino

emanación del Culto del Héroe, sumisa admiración por lo verdaderamente grande? La Sociedad se basa en el Culto del Héroe. Toda dignidad jerárquica, en que se cimienta la asociación humana, es lo que llamaríamos *Heroarquía*, o Jerarquía, porque es sagrada también. *Duque* significa *Dux*, Conductor, King (rey) es contracción de *Kön-ning*, *Kanning*, compuesto de *Know* (saber) y *Can* (poder), o sea el que sabe y puede. La Sociedad es en todas partes representación, no insoportablemente inexacta, de un graduado Culto del Héroe; reverencia y obediencia a los hombres realmente grandes y sabios. Digo no insoportablemente inexacta; esos dignatarios sociales son como los billetes de banco, pues representan oro; por desgracia hay bastantes falsos; no importa que haya algunos, que haya muchos, lo grave sería que lo fueran todos o su mayor parte, porque entonces estalla la revolución; la Democracia, la Libertad y la Igualdad alzan su voz, pues, al ser falsos todos los billetes no pudiendo canjearse por oro, grita el pueblo desesperado al faltarle, diciendo que no lo hubo nunca. El Oro, el Culto del Héroe, existe, sin embargo, como existió siempre y en todo lugar, como existirá mientras el hombre viva.

Hoy es corriente creer que el Culto del Héroe, tal como lo entiendo, ha decaído, desapareciendo finalmente. Nuestra época parece negar la existencia de grandes hombres, para negar que su descubrimiento sea deseable, debido a razones que habría que discutir. Mostrad a nuestros críticos un gran hombre, un Lutero; inmediatamente comienzan a explicarlo, como dicen, no a venerarlo, sino a medirlo, acabando por empequeñecerlo. Fue hijo de su Época, afirman; la Época fue quien le llamó, la que lo hizo todo; él no hizo nada, de no ser lo que el crítico pudiera haber hecho. Para mí, esa tarea es melancólica. ¡La Época fue quien lo llamó! Todos conocimos Épocas que se cansaron de llamar a su gran hombre, sin que éste acudiera. No existía, porque la Providencia no lo había enviado. Desgañitóse la Época gritando cuanto pudo, produciéndose confusión y catástrofe porque el gran hombre no acudió al llamamiento.

Porque, si recapacitamos, no era necesario que la época se desplomase, de haber hallado su gran hombre, un hombre sabio y bueno: sabiduría para discernir lo que la época requería, valor para conducirla por buen camino; eso es lo que salva una época. Yo equiparo las épocas vulgares y lánguidas, con su incredulidad, apuros, perplejidades y circunstancias difíciles, que se desmoronan impotentes rodando por la pendiente hasta su ruina final, a la leña en espera del rayo Celeste que haga surgir la llama. El rayo es el Gran Hombre, con su fuerza emanada de la mano de Dios. Su voz es la palabra sabia que cura, en la que todos pueden creer. Todo arde a su alrededor, una vez ha sido tocado por él, con llama hija de la que le anima. Se cree que los leños secos y carcomidos lo llamaron; le necesitaban perentoriamente; pero, ¡en cuanto a llamarlo! Para mí los críticos que preguntan: ¿Son los sarmientos lo que causan el fuego?, son críticos de cortos alcances. La más triste prueba de pequeñez que puede dar un hombre es la incredulidad en los grandes hombres. El síntoma más pobre de una generación es la ceguera general ante la llama espiritual, que pone su única fe en el haz de leña. Es la

consumación final de la incredulidad. Observamos que en toda época fue el Gran Hombre salvador indispensable de su tiempo, la llama sin la cual nunca se hubiera encendido el haz. Ya dije que la Historia del Mundo es la Biografía de los Grandes Hombres.

Esos mezquinos críticos hacen cuanto pueden para avivar la incredulidad y la parálisis espiritual universales; pero por fortuna nunca lo consiguen del todo. Siempre surge un hombre lo bastante grande para descubrir que ellos y sus doctrinas son quimeras y telarañas. Lo notable es que nunca pudieron desarraigar enteramente del corazón de los mortales cierta reverencia sentida por los Grandes Hombres, admiración genuina, lealtad, adoración, por oscuros y pervertidos que fueren. El Culto del Héroe existirá mientras el hombre exista. Boswell venera a su Johnson, hasta en el siglo XVIII. Los incrédulos franceses creen en su Voltaire, rindiéndole raro culto heroico en aquel último acto de su vida cuando *lo ahogaron bajo rosas*. El caso Voltaire siempre fue para mí curiosísimo. Si el Cristianismo es el ejemplo más sublime de Culto del Héroe, habrá que considerar en el Volterianismo uno de los inferiores. El que vivió como un Anticristo, presenta aquí un extraño contraste. No hubo gente menos propensa a la admiración que los volterianos franceses: los dominaba su carácter burlón. Pero el viejo de Ferney llegó a París; era un anciano, vacilante, achacoso, con sus ochenta y cuatro años, al que consideraron como Héroe, que había pasado la vida luchando contra el error y la injusticia, socorriendo a los Calas, denunciando a los hipócritas que ocupaban elevados sitios; que había luchado como valiente, aunque de extraña manera. Creyeron que si burlar es meritorio, jamás hubo tan gran burlón. Fue ideal de todos, realizado, lo que todos se esforzaban por ser; el *más francés de los franceses*. Él era su dios, el dios a su medida. Por eso lo adoraron todos, desde la reina Antonieta hasta el aduanero de la Porte Saint Denis. Los aristócratas se disfrazaban de mozos de taberna. El Superintendente de Postas ordenaba a su postillón, tras estridente blasfemia: *Acelera la marcha, pues llevas al señor de Voltaire*. Su coche pasaba por las calles de París *como un cometa cuya cola abarcaba todas las calles*. Las damas arrancaban trozos de sus pieles para conservarlos como sagrada reliquia. Nada hubo en Francia de sublime, bello y noble que no reconociera que aquel hombre lo superaba.

Sí, desde el noruego Odin hasta el inglés Samuel Johnson, desde el divino Fundador del Cristianismo hasta el decrépito Pontífice del Enciclopedismo, el Héroe ha sido venerado en todas partes. Así será siempre. Todos amamos a los grandes hombres; los amamos y nos prosternamos humildemente ante ellos, porque es lo que más dignamente nos humilla. El verdadero hombre siente su superioridad al reverenciar lo que realmente le supera. El corazón no abriga sentimiento más noble ni bendito. Me complace observar que ni la lógica escéptica, ni la vulgaridad general, ni la hipocresía y aridez de cualquier época, pueden destruir esta noble lealtad innata, esta veneración arraigada en el hombre. En tiempos de incredulidad, que pronto se convierten en tiempos de revolución, se observa decadencia, lastimosa podredumbre y ruina. En esta indestructibilidad del Culto del Héroe pareceme

ver hoy la dureza del incorruptible diamante, dureza que no puede ablandar la caótica situación revolucionaria. El confuso estado de lo que se desmorona, cruje y se desploma a nuestra vista en los períodos revolucionarios, llegará a ese nivel, pero nunca más abajo; el Culto del Héroe es la piedra básica eterna sobre la que podemos edificar siempre. La adoración más o menos ferviente que el hombre rinde al Héroe, la reverencia que todos sentimos por los Grandes Hombres, es para mí la roca viva inmovible, a pesar de las catástrofes, el punto fijo en la historia moderna revolucionaria, que de no perdurar, sería abismo, mar sin orillas.

El héroe como divinidad

Odín

El paganismo: mitología escandinava

Segunda parte

(Martes, 5 de mayo de 1840)

Ésa es la verdad que vislumbro en el Paganismo de los viejos pueblos, velada por antigua y desusada vestidura; pero el espíritu que lo vivifica es sincero. La Naturaleza es aún divina revelación de la obra de Dios; el Héroe es venerable todavía: esto es lo que se esforzaron en manifestar las religiones paganas, en formas raquílicas e incipientes. Creo que el Paganismo escandinavo encierra más interés para nosotros que los demás: es el más reciente, ya que perduró en estas regiones de Europa hasta el siglo XI; los noruegos adoraban a Odin hace ochocientos años. Nos interesa también, por ser creencia de nuestros antepasados, de hombres cuya sangre circula por nuestras venas, a quienes nos parecemos en muchos aspectos. Lo extraño es que el credo sustentado por ellos difiera tanto del nuestro. Consideremos un momento la sencilla creencia noruega; para ello disponemos de suficientes medios, pues las mitologías escandinavas se conservan perfectamente.

En esa isla singular llamada Islandia, surgida del fuego del fondo del Océano, según afirman los geólogos, tierra salvaje de aridez y de lava, sumida en negras tempestades gran parte del año, que se yergue severa y formidable en el Mar del Norte con sus ventisqueros, ruidosos géiseres, charcas sulfurosas y horrendos precipicios y cráteres, como el informe campo de una batalla entre el Hielo y el Fuego, lugar donde no hubiéramos ido a buscar documentación literaria, fue donde se escribió la crónica de estas cosas. Junto a las playas, de ese quebrado país se desliza una cinta de rica tierra, que sirve de pasto a los rebaños, en la que vive el hombre de su comercio y de los productos del mar; parece que sus moradores fueron poetas, gente de profundos pensamientos, que melódicamente manifestaron. ¡Qué desgracia si Islandia no hubiera surgido del Océano, si no hubiera sido descubierta por

los Nórdicos! Muchos de los antiguos poetas escandinavos vieron la luz en Islandia.

Saemundo, uno de los primitivos Sacerdotes cristianos de aquellos lugares, que quizá sentía inclinación al Paganismo, recopiló algunos de sus viejos cantos paganos, que iban desapareciendo, Poemas o Cánticos de carácter místico, profético, casi todos religiosos; los críticos noruegos llaman a esa colección *Edda Poética* o *Clásica*, palabra de etimología incierta, que se supone significa *Ancestral*. Snorri Sturluson, caballero islandés, personaje notabilísimo, educado por el nieto de Saemundo, emprendió casi un siglo después la tarea de formar una especie de Sinópsis en prosa de toda la Mitología, uno de los muchos libros debidos a su pluma, enriquecido con nuevos fragmentos de verso tradicional. Es obra construída con gran habilidad, talento natural, lo que llamaríamos *arte inconsciente*, trabajo de claro entendimiento, cuya lectura agrada; es la *Edda Prosaica* o *Moderna*. Con este libro y las numerosas *Sagas* islándicas en su mayoría, y los comentarios del país o extranjeros que hoy se escriben celosamente en el Norte, es posible adquirir idea exacta y mirar cara a cara el antiguo sistema Noruego de Creencias. Olvidemos que se trata de religión errónea; considerémoslo como *Pensamiento de los antiguos*, procurando simpatizar algo con él.

La principal característica de esta antigua Mitología Nórdica es la Encarnación de las obras visibles de la Naturaleza. Férvido y simple reconocimiento de las obras de la Naturaleza Física, como cosa milagrosa, sorprendente y divina. Lo que ahora consideramos *Ciencia* les maravillaba, cayendo de rodillas confundidos como si fuese Religión. Las oscuras Potencias hostiles de la naturaleza, las imaginaron *Jötuns* (Gigantes), enormes y velludos seres demoníacos. El Hielo, el Fuego, la Tempestad eran sus *Jötuns*. Las Potencias amigas, como el Calor del Verano, el Sol, eran los Dioses que compartían el imperio del Universo, viviendo separados y en guerra sin cuartel. Los Dioses moraban en *Asgard*, o *Jardín de los Asen* o Divinidades; la mansión de los *Jötuns* era *Jötunheim*, región lejana, tenebrosa, confusa.

Todo eso es curioso, sin tontería ni vacuidad, de fijarnos en su fundamento. El poder del Fuego o Llama, designado ahora con término químico, ocultando el carácter maravilloso residente en él como en todo lo demás, lo llamaban *Loke*, Demonio rápido y sutil, de la ralea de los *Jötuns*. Algunos viajeros españoles dicen que los salvajes de las *Islas de los Ladrones* creían que el Fuego, que nunca habían visto, era dios o demonio, que mordía cruelmente al que lo tocaba, que se alimentaba de leña seca. La Química no puede ocultarnos la maravilla de la Llama, de no intervenir la Estupidez. ¿Qué es la Llama? El viejo Vidente noruego considera que el Hielo es un monstruoso y albo *Jötun*, el Gigante *Thrym*, *Hrym*, o *Rime*, palabra arcaica casi en desuso, que en Escocia significa *escarcha*. Entonces la escarcha no era como ahora, cosa de la Química, sino un *Jötun* viviente o Diablo; el monstruoso *Jötun Rime*, conducía sus caballos al establo por la noche, sentábase peinando sus crines; estos Caballos eran las *Nubes de Granizo*, los *Vientos Glaciales*

marinos. Las Vacas de uno de sus parientes, las del *Gigante Hymir*, son los *Icebergs*; este *Hymir* deja caer sus ojos sobre las rocas y su mirada endiablada las destroza.

El trueno no era entonces Electricidad, vítrea o resinosa, sino el *Dios Donner*: (El Trueno) o *Thor*, Dios del benéfico calor del Verano. El trueno era su ira; los nubarrones las fruncidas cejas de su rabia; el rayo que lanzaban los Cielos era el Martillo demoledor, agitado en manos de *Thor*, que aceleraba su pesado carro, cuyo choque con los picos de las montañas producía el ruido; el dios de roja barba soplabá desencadenando el ruidoso y t9rmentoso huracán antes que el trueno. *Balder*, el Dios Blanco, el bello, el justo y benigno (que los primitivos Misioneros Cristianos dedan se pareda a Cristo), es el Sol, la más bella de las cosas visibles; maravilloso, divino, a pesar de la Astronomía y los Almanagues. Quizás el más notable de los dioses de la tradición es aquel cuya pista descubrió Grimm, el etimólogo alemán; es *Wünsch*, o Deseo, capaz de concedernos cuanto anhelamos. ¿No es ésta la voz más sincera y tosca del espíritu del hombre? Es el más rudo ideal que ha podido concebir, que se muestra aun en las últimas formas de nuestra cultura espiritual. Si el Dios Deseo no es verdadero Dios, cosa es que deben demostrar superiores especulaciones.

Entre los otros Dioses o *Jötuns* mencionaremos sólo, en gracia a la etimología, a *Aegir*, o Borrasca, peligroso *Jötun*; hoy, en la ribera del Trent, cuando el río crece, debido a una especie de reflujo que arremolina sus aguas con grave peligro para los barqueros de Nottingham, éstos, que lo llaman *Eager*, gritan: *icuidado, que viene Eager!* Cosa curiosa: esa voz sobrevive como el picacho de un mundo sumergido. Los más antiguos barqueros de Nottingham creyeron en el *Dios Aegir*. Nuestra sangre inglesa contiene muchas gotas de danesa o noruega; tal vez en el fondo no exista distinción entre Danés, Noruego y Sajón, o sea sólo superficial, como en los Paganos, Cristianos y otros. En nuestra Isla abundan los daneses puros debido a las incesantes invasiones; los hay de mayor proporción a lo largo de la costa oriental y, mucho más aun, en el Norte. Allende el Humber, en toda Escocia, el habla del vulgo es islándica en alto grado; su germanismo conserva un matiz peculiar noruego. Son Normandos, es decir, Hombres del Norte. ¡Si es que hay algún mérito en ello!

De *Odin*, dios principal, hablaremos luego. Estudiemos la esencia del Paganismo escandinavo, la de todo Paganismo; consiste en reconocer las fuerzas de la Naturaleza como Actividades divinas, estupendas, individuales, Dioses y Demonios. Los concebimos. Es el rudimentario pensamiento humano, que se dilata, medroso y maravillado ante el estupendo Universo. En el Sistema Noruego hay algo genuino, grande, viril: el escandinavo se distingue del remoto Paganismo griego, suave y elegante por su gran sencillez y rusticidad. Es el Pensamiento de mentes profundas, rudas, ansiosas, que considera lo que les rodea, característica principal de todo buen Pensamiento en todo tiempo. No tiene la suave elegancia, ni la gracia del Paganismo heleno; en él hay cierta veracidad vulgar y fuerza tosca,

grande y ruda sinceridad. Tras las bellas estatuas de Apolo y sonrientes mitos nos extrañamos ante los Dioses noruegos fermentando cerveza para su festín con *Aegir*, el *Jötun del Mar*, enviando a *Thor* al país de los *Jötuns*, en busca del caldero; tras muchas aventuras vuelve ante este Dios con el caldero en la cabeza como un vasto sombrero que lo tapa y casi lo pierde, pues las asas alcanzan hasta los pies. Lo que caracteriza el Sistema noruego es la inmensidad vacía, la gigantéz torpe en grado sumo; enorme fuerza cerril por completo que avanza desamparada a grandes e inciertas zancadas. Consideremos sus primitivos mitos sobre la Creación. Una vez mataron los Dioses al Gigante *Ymer*, hijo del viento cálido, producto de la lucha entre el Hielo y el Fuego; tras confusas manipulaciones, lograron construir un mundo con sus restos. Su sangre integró el Mar; su carne la Tierra, sus huesos las Montañas; con sus cajas formaron su divina morada, *Asgard*, siendo su cráneo la enorme bóveda azul de la Inmensidad; su cerebro originó las Nubes. ¡Fue cosa *Hiper-Brobdingnagiana*! Pensamiento indómito, grande, gigantesco, enorme, que debía refrenar a su tiempo la sólida grandeza, ni gigantesca, sino divina y más fuerte que la gigantería, de los Shakespeare y los Goethe. Aquellos hombres fueron nuestros genitores, psíquica y somáticamente.

Me deleita su representación del *Árbol Igdrasil*. Figuráronse la vida como un *Árbol: Igdrasil*, el *Fresno de la Existencia*, que introduce sus raíces profundamente en los reinos de *Hela* o la Muerte; su tronco llega hasta el cielo, extendiendo sus ramas sobre el Universo entero: es el *Árbol de la Existencia*. A sus pies, en el Reino de la Muerte, se posan Tres Normas (Parcas), el Pasado, el Presente y el Porvenir; sus raíces se nutren en el Pozo Sagrado. Sus ramas, con sus brotes y hojas, o sea los acontecimientos, sufrimientos, aventuras, catástrofes, se extienden por todos los pueblos y épocas. ¿No es cada una de sus hojas una biografía; cada una de sus fibras un hecho, o una palabra? Sus ramas son Historias de Naciones; su crujido es el rumor de la Existencia Humana a partir de su origen; crece, y el soplo de la pasión Humana, circula por todo él, y cuando el viento huracanado lo sacude y agita, silba cortado por sus hojas como la voz de todos los dioses. Es *Igdrasil*, el *Árbol de la vida*. Es el pasado, el presente y el porvenir, lo que se hizo, hace y hará, la infinita conjugación del verbo Hacer. Cuando considero la marcha de las cosas, que se entrelazan laberínticamente, cuando pienso que lo que estoy diciendo no son sólo palabras de *Ulfilas el Moesogodo*, sino síntesis de lo expresado por todos los hombres a partir del instante en que habló el primer hombre, no puedo hallar símil más exacto que el del *Árbol*. Bello, tan bello como grande. La *Maquina del Universo*, irecapacitemos sobre el contraste!

La antigua opinión de los escandinavos sobre la Naturaleza es muy extraña; diferente de la que tenemos ahora. Nada grato sería se nos obligase a exponer su origen minuciosamente, aunque pudiéramos aducir se originó en la imaginación de los hombres escandinavos, sobre todo en la del primero de vigorosa inteligencia, el primer hombre genial escandinavo pudiéramos decir. Muchos fueron los que contemplaron el Universo con sorpresa muda y vaga,

a la manera de los irracionales, o inquiriendo dolorosa y estérilmente sobre la maravilla, como sólo el hombre puede hacer, hasta que surgió el gran Pensador, el original, el Vidente, cuyo pensamiento hablado despierta la adormecida capacidad de los demás transformándola en Inteligencia, cosa propia del Pensador, del Héroe espiritual. Lo dicho por él es lo que todos los hombres estaban por decir, anhelaban decir. Al oírlo se despiertan las Ideas de todos como de un penoso sueño encantado, asintiendo y afirmando: así es, glosando el primer Pensamiento, alegrándoles como la aurora que sucede a la noche, porque para ellos es el paso del no-ser al ser, de la nada a la vida. Todavía veneramos a tales hombres, llamándoles Poetas, Genios, otras cosas, pero para esos rústicos eran verdaderos magos, operadores de milagros e inesperados beneficios, Profetas, Dioses. Cuando el Pensamiento ha despertado, no se adormece, sino que se multiplica en serie de Ideas, se desarrolla en un hombre tras otro, generación tras generación, hasta adquirir su completo desarrollo; entonces la Serie de Ideas no puede llegar más allá y deja su lugar a otro.

Creemos que el Hombre a quien llamamos *Odin* y su Dios principal era eso: un Maestro, un capitán en cuerpo y alma; un Héroe de inmensurable mérito, al que tanto admiraron que rebasaron los límites, llegando a la adoración. ¿No tenía poder para expresar el Entendimiento y otras muchas cualidades milagrosas? El rudo corazón escandinavo sentiría ilimitada gratitud. ¿No había resuelto para ellos el enigma de la Esfinge del Universo, indicándole su destino? Él fue quien enseñó cómo tenían que obrar, qué esperanzas podían abrigar. La vida era ahora explícita, era melodiosa para él; él fue el primero que dió vida a la Vida. Llamaremos a *Odin* origen de la Mitología escandinava, *Odin*, o el nombre que llevó el primer pensador escandinavo mientras fue un hombre entre los hombres. Una vez promulgada su concepción del Universo floreció en todas las inteligencias, acrecentándose incesantemente, grabándose en todos los cerebros como escrita con tinta simpática, haciéndose visible para todos. El gran acontecimiento de la época, enlazado con los demás, es la aparición del Pensador.

No hay que olvidar tampoco otra cosa que explicará la confusión de las *Eddas* escandinavas; no es una serie coherente de Pensamientos, es la suma de varias series consecutivas. Esas viejas Creencias noruegas que vemos a una misma distancia en la *Edda*, como cuadro pintado en el mismo lienzo, no lo está en realidad; lo pintaron sucesivas generaciones a partir del origen de la Creencia ocupando distintos términos y planos. Todos los pensadores escandinavos, contribuyeron al Sistema escandinavo de Pensamiento, elaborando y añadiendo siempre algo nuevo: es trabajo combinado de todos. Su historia, la transformación debida a la contribución de un pensador tras otro, hasta adquirir la forma definitiva que vemos en la *Edda*, es cosa que nunca sabremos; sus Concilios de Trebisonda, los de Trento, los Atanasios, Dantes, Luteros, desaparecieron en la oscura noche sin dejar eco. Lo que sabemos es cómo se escribió. Cuando aparecía un pensador contribuía con su pensamiento, dando un nuevo paso, modificando algo. La revolución más importante, la efectuada por el mismo *Odin*, quedó en la sombra para

nosotros, como las demás. ¿Cuál fue la historia de *Odin*? Lo extraño es reflexionar que tuvo historia, que este *Odin*, vestido a la nística usanza noruega, con su barba y ojos feroces, y ruda habla nórdica, era hombre como nosotros, con nuestros pesares, alegrías, manos, pies y rasgos fisonómicos, intrínsecamente como nosotros y ique llevase a cabo tal trabajó! Pero su obra pereció en gran parte, quedando reducido el agente a su nombre. *Wednesday*, dirán los hombres mañana; *el día de Odin*. No hay historia de *Odin*, tampoco hay documentos, ni conjeturas sobre él dignos de mención.

Relata Snorro, como quien no dice nada, casi en conciso estilo comercial en su *Heimskringla*, que *Odin* era un Príncipe heroico de la región del Mar Negro, con Doce Pares y un gran pueblo que necesitaba expansión. Snorro no abriga duda sobre cómo sacó a los *Asen* (Asiáticos) de Asia, estableciéndolos en el norte de Europa, afirmando fue por expediciones guerreras; inventó las Letras, la Poesía y otras cosas, logrando se le venerase como Dios Principal por los escandinavos, convirtiendo a sus Doce Pares en Doce Hijos, Dioses como él. Saxo Grammaticus, curioso norteño de aquella centuria, duda menos aun, viendo sin escrúpulo un hecho histórico en cada mito individual, redactándolo como ocurrido en Dinamarca u otro lugar. Torfeo, sabio y cauteloso, indica, algunos siglos después, una fecha calculada, diciendo que *Odin* llegó a Europa alrededor del año 70 antes de J. C. No mencionamos lo que se basa en meras conjeturas, imposibles de verificar. Mucho antes, muchísimo antes del año 70, fecha de *Odin*, las hazañas y completa historia terrena, figura y ambiente, desaparecieron para nosotros por siempre en incalculables milenios.

Grimm, el arqueólogo alemán, llega a negar la existencia de *Odín* como hombre, probándolo por etimología. La palabra *Wuotan*, forma original de *Odin*, extendida como nombre de su Divinidad principal sobre todos los pueblos teutónicos, se relaciona, según Grimm, con la latina *vadere*, con la inglesa *wade* y otras; significó primitivamente *Movimiento, Origen de Movimiento, Poder*; es el nombre que cuadra al dios superior; pero a ningún hombre. La voz significaba *Divinidad* entre los antiguos pueblos sajones, alemanes y todos los teutónicos; los adjetivos formados de ella significaban divino, supremo, algo propio del dios principal. Con esto basta, debiendo inclinamos ante Grimm en materia etimológica. Supongamos que *Wuotan* significa *Wading o Movimiento*. Y, ¿qué impide fuera el nombre de un Hombre Heroico y Motor lo mismo que de un dios? En cuanto a los adjetivos y palabras derivadas de él, ¿no adquirieron los españoles la costumbre de decir, a causa de su admiración por Lope, una *flor-Lope*, una *dama-Lope*, si tanto una como la otra eran de insuperable belleza? De seguir así, Lope hubiérase convertido en España en adjetivo significativo de divino. Afirma Smith, en su Ensayo sobre el lenguaje, que todos los adjetivos se formaron precisamente de ese modo; algo muy verde, notable por su verdor, adquirió el apelativo de Verde, y luego lo más afín notable por dicha cualidad, v. g., un árbol, se llamó árbol verde, como decimos *the steam coachs four horse coachs* y otras cosas. Todos los adjetivos primitivos, según Smith, se

formaron de ese modo, siendo al principio substantivos o cosas. No podemos aniquilar a un hombre a fuerza de etimologías. Hubo sin duda un Primer Maestro y Capitán; hubo sin duda un *Odin*, perceptible por los sentidos, no adjetivo, sino Héroe real de carne y hueso, estando todos conformes en que la reflexión confirmará la voz de la tradición, de la historia o eco de la historia, verificándolo y aclarándolo.

¿Cómo llegó *Odin* a ser considerado como dios, dios principal? Es cuestión que nadie gustaría de dogmatizar; he dicho que su pueblo sentía por él ilimitada admiración; además, no disponía de escala para medirla. Supongamos que la cordialidad más generosa sentida por el más sublime de los hombres se intensifica hasta rebasar todo límite conocido, hasta ocupar todo el campo del pensamiento. ¿No es posible que el hombre llamado *Odin* se creyese divino, emanación de *Wuotan*, *Movimiento*, *Potencia Suprema* y *Divinidad*, cuyo éxtasis le hiciere creer que la entera Naturaleza era su temible Imagen Flamígera, existiendo en él cierto efluvio de *Wuotan*, puesto que su alma, grande y profunda, arrebatada por la inspiración y la misteriosa marea de la visión y el impulso en él existente, que ignoraba de dónde provenía, lo asustó y maravilló enigmáticamente? No es que falsease, sino que se equivocaba de buena fe. El alma grande, la sincera, ignora lo que es, y como tan pronto planea en las más elevadas regiones como bucea en las más bajas profundidades, es la menos indicada para estimarse. Los datos que obran de extraña manera recíprocamente, los que se determinan uno al otro, son lo que uno supone ser y lo que creen es los demás. ¿Qué pudo pensar que era al verse reverenciado por todos, cuando su indómito espíritu rebosante en nobles ardores y afectos, caótico torbellino de tinieblas y esplendente fulgor desconocido, se veía circundado por el divino Universo que destella deífica belleza, no hallando hombre que fuere su igual? ¿*Wuotan*? Todos le tomaron por tal.

Consideremos el poder del Tiempo en estos casos, que el grande hombre decuplica su grandeza cuando muere; la Tradición es enorme cámara oscura ampliadora; las cosas aumentan en la Memoria, en la Imaginación, cuando el amor, la veneración y cuanto reside en el corazón las anima; que todo adquiere mayor proporción en la oscuridad, en la completa ignorancia, sin fecha, certificado, archivo ni mármoles de Arundel que lo precisen; sólo algún mudo bloque de granito lo recuerda. Si durante treinta o cuarenta años no se imprimiesen libros, todo grande hombre se trocaría en mito, pues los que lo trataron habrían desaparecido, y a los trescientos años, a los tres mil ... De poco sirve teorizar sobre esto, porque rechaza el teorema y el diagrama; la Lógica debería reconocer que no puede explicarlo. Contentémonos con vislumbrar en lontananza algún ligero resplandor de minúscula luz real que brilla en el centro de la Imagen de esa enorme cámara oscura, con el fin de comprender que el eje de todo ello no era demencia y nadería, sino cordura, algo.

Esta luz, encendida en el gran vórtice tenebroso de la mente germánica, oscuro pero vivo, que sólo esperaba la luz, es para mí el núcleo de todo. El

modo como esa luz brille con maravillosa intensidad mil veces mayor, en formas y colores, no depende de ella tanto como de su recipiente que es la Mente Nacional. Los colores y formas de nuestra luz serán los del prisma que atraviesa. Curioso es pensar cómo modela la naturaleza humana cualquier hecho cierto en cada individuo. Dije que el hombre serio debió afirmar lo que para él era hecho, Aparición real de la Naturaleza, al dirigirse a sus hermanos. Pero el modo como esa aparición o hecho se formaba, la especie de hecho que para él era, fue modificado y lo es por las leyes de su entendimiento, profundas, sutiles, pero universales y eternas. El mundo Natural es para el hombre su propia Fantasia; este mundo es múltiple Imagen de su propio Ensueño. ¡Quién sabe a qué inefables sutilidades de ley espiritual deben su forma esas fábulas paganas! El número Doce, el más divisible de todos, que puede partirse en una mitad, un cuarto, en tres, en seis partes, el más notable de los números, bastó para determinar los Signos del Zodíaco, el número de *los Hijos de Odin* y otros muchos Doces. Cualquier vago rumor de número tendió siempre a estabilizarse en el Doce. Lo mismo acontece con todo, inconscientemente, sin intención de componer Alegorías. Pero la primera ojeada sagaz de aquellos primitivos Tiempos descubriría rápidamente las relaciones secretas de las cosas, dispuesta a obedecerlas. Schiller halla en *El Cinturón de Venus* una eterna verdad en cuanto a la naturaleza de toda Belleza; es curioso, pero se cuida de insinuar que los antiguos Mitólogos Griegos pensasen en discurrir sobre la Filosofía de la Crítica. Debemos abandonar estas regiones ilimitadas. ¿Es posible concebir que *Odin* fuere realidad? Eso es erróneo, evidente falsedad, pero no necia fábula, alegoría premeditada, no podemos admitir que nuestros Padres les dieran fe.

El héroe como divinidad

Odín

El paganismo: mitología escandinava

Tercera parte

(Martes, 5 de mayo de 1840)

Las Runas de Odin son su rasgo significativo. Las Runas y milagros de magia que obraba con ellas, son grandes rasgos tradicionales. Las Runas son el Alfabeto escandinavo; supongamos que *Odin* inventó las Letras, como la magia, entre aquel pueblo; es el mayor invento humano: marcar el pensamiento invisible existente en el hombre con caracteres gráficos, una especie de idioma secundario, tan milagroso como el primero. ¿Recordáis la sorpresa e incredulidad de Atahualpa, el Rey del Perú? Hizo que el soldado español que le vigilaba grabase la voz Dios en la uña de su pulgar, para ver si el que le reemplazaba le comprobaba aquel milagro. Si *Odin* dió las Letras a su pueblo, bien pudo pasar por mago.

Escribir con Runas empleando un alfabeto escandinavo propio, y no el fenicio, es prueba de originalidad escandinava. Dice Snorro que *Odin* inventó también la Poesía, música de la voz humana, así como la milagrosa manera rúnica de perpetuarla. Remontémonos a la primitiva infancia de los pueblos, cuando apareció la primera luz viva matutina de nuestra Europa, cuando todo irradiaba la frescura juvenil de un gran amanecer y nuestra Europa comenzaba a pensar, a ser. Maravilla, esperanza, infinita irradiación de esperanza y maravilla, como los pensamientos infantiles, alojados en los corazones de aquellos hombres fuertes, vigorosos hijos de la Naturaleza, que tenían un esforzado Capitán y Luchador que descubría con sus brillantes ojos lo que había que hacer, con su indómito corazón de león que osaba llevarlo a cabo; que además era poeta, lo que expresamos con la palabra Poeta, Profeta, gran Pensador devoto e Inventor, como el verdadero Gran Hombre siempre lo es. El Héroe es Héroe en todos aspectos, ante todo en espíritu y entendimiento. Este *Odin*, en su lenguaje rudo semiarticulado tenía algo que decir; era un gran corazón dispuesto a hacerse cargo del inmenso Universo y

la Vida del hombre, diciendo grandes cosas sobre él. Héroe a su manera tosca, como digo, hombre sabio, de talento, de noble corazón, al que admiramos todavía sobre todos los otros, ¿no es comprensible le creyesen y admirasen mucho más aquellos impetuosos espíritus escandinavos a los que inició en el Pensamiento? Considerándole noble, noble entre los más nobles, a pesar de no tener nombre para ello: Héroe, Profeta, Dios: *Wuotan*, el más grande de todos. El pensamiento es Pensamiento, se llame o escriba como se quiera. Opino que este *Odin* debió ser de la misma sustancia que la estirpe más excelsa de hombres. Su profundo e indómito corazón abrigaba un pensamiento. ¿No son las toscas palabras que articulaba rudimentarias raíces de las inglesas que empleamos? Así laboraba en aquel oscuro elemento como luz que brillaba en él, luz del Intelecto, ruda Nobleza de corazón, la única luz que nos ilumina; era Héroe y tenía que resplandecer, aclarando algo su oscuro elemento, deber que todos tenemos.

Lo imaginamos al Escandinavo Arquetípico, el mejor Teutón producido por la raza. El rústico corazón escandinavo estalló, rodeándole de admiración ilimitada, adorándolo. Él es raíz de muchas cosas grandes; su fruto se desarrolla desde las profundidades de miles de años sobre el campo de la Vida Teutónica. ¿No es acaso nuestro *Wednesday* el *Día de Odin*? Tenemos los nombres de *Wednesday*, *Wansborough*, *Wanstead*, *Wandsworth*: *Odin* se desarrolló también en Inglaterra, siendo esto brotes de aquella raíz. Fue el Dios Principal de todos los Pueblos Teutónicos, su Escandinavo Ejemplar, de tal modo admiraron a su Escandinavo Ejemplar; tal fue su destino en el Mundo.

Si el hombre *Odin* desapareció totalmente, queda esa vasta Sombra suya proyectada sobre la Historia de su Pueblo; porque este *Odin*, aceptado como Dios, nos permite comprender que todo el Esquema escandinavo de la Naturaleza, o confuso No-esquema, fuera lo que fuera, inicia su desarrollo diversamente y se dilata de nueva manera. Lo que *Odin* vislumbró y enseñó con sus runas y rimas arraigó en el corazón del Pueblo Teutónico progresando y pensando como él pensaba; ésa es la historia de todo gran pensador, amoldándose a nuevas condiciones. ¿No es la Mitología escandinava en cierto modo el Bosquejo del humano *Odin* en gigantescos y confusos trazos, como enorme sombra de cámara oscura proyectada desde las inertes profundidades del Pasado que ocupan el Firmamento Nórdico? La gigantesca imagen de su rostro natural, legible o no legible entonces, dilatada y confundida de esa manera. La Inteligencia es siempre Inteligencia. No hay gran hombre que viva en vano. La Historia del Mundo es la Biografía de sus grandes hombres.

Para mí hay algo muy conmovedor en esta figura primitiva del Heroísmo, en esa ingenua, desamparada, pero cordial aceptación del Héroe por sus congéneres. Por desamparada que sea en su forma, es el más noble de los sentimientos, sentimiento perenne, tan duradero como el hombre en una u otra forma. Si pudiera evidenciar lo que hace ya tiempo siento profundamente, que Ése es el elemento vital de la humanidad, el espíritu de

la historia del hombre, ésta sería la principal utilidad de mi conferencia. Hoy no llamamos Dioses a nuestros grandes hombres, ni admiramos sin límite, sino al contrario. Pero, no tener grandes hombres o no admirarlos, eso es lo peor.

Este humilde Culto escandinavo a los Héroes, la manera nórdica de considerar el Universo ajustándose a él, tiene indestructible mérito para nosotros. Es manera ruda e infantil de reconocer la divinidad de la Naturaleza, la del Hombre; muy tosca, pero cordial, robusta, gigantesca, que evidencia la inmensurable altura a que llegaría este niño cuando fuese hombre; era verdad, no siéndolo ahora. Puede considerarse la semimuda voz de las desaparecidas generaciones de nuestros Predecesores que nos grita desde las profundidades de los tiempos, en cuyas venas corre aún su sangre: *Esto es lo que hicimos del mundo, la imagen y noción que nos formamos de este gran misterio, de una Vida y del Universo. No lo despreciéis. Estáis por encima de ello, en el extenso campo de vuestra visión, mas no habéis llegado todavía a la cumbre. La noción que tenéis, aunque más amplia, es parcial e imperfecta, por ser cosa que el hombre no comprenderá jamás, ni en el tiempo ni fuera de él: pasarán miles de años, se intensificará, mas el hombre continuará luchando por comprender parte de ella, porque lo supera, porque no puede comprenderla, pues es infinita.*

La esencia de la Mitología escandinava, como la de todas, es el reconocimiento de la divinidad de la Naturaleza; sincera comunión del hombre con los Poderes misteriosos invisibles, cuya operación observa a su alrededor. Hay que decir que esto se opera con mayor sinceridad en la Mitología escandinava que en cualquier otra. La Sinceridad es su gran característica. Sinceridad superior (muy superior), que nos consuela de la carencia total de la clásica gracia griega, pues creo que la sinceridad vale más que la gracia. Opino que aquellos antiguos Nórdicos miraban la Naturaleza con el alma y los ojos abiertos, anhelantes, sinceros, infantiles, pero viriles, con franca sencillez, profundidad e ingenuidad, de modo confiado, amante, admirativo y sin temor. Era raza valiente y fiel. En el reconocimiento de la Naturaleza hallamos el elemento principal del Paganismo: reconocimiento del Hombre, y su Deber Moral, del que no carece, que constituye el elemento principal en las formas más puras de religión. Eso es lo que establece gran distinción y forma época en las Creencias Humanas; es el gran jalón en el desarrollo religioso de la Humanidad. El hombre entra primeramente en contacto con la Naturaleza y sus Potencias, maravillase ante ella y la adora, no comprendiendo hasta época posterior que todo Poder es Moral, que el punto importante es la distinción entre el Bien y el Mal, entre el Debes y No Debes.

En cuanto a los fabulosos relatos de la *Edda* creemos probable sean más recientes; quizá fueren desde un principio pasatiempos para los antiguos noruegos, fantasías poéticas. La Alegoría y la Fabulación Poética nunca son Fe religiosa, pues ésta tiene que existir anteriormente, incorporándosele la Alegoría como el cuerpo se aplica al alma. Cabe suponer que tanto la Fe

noruega como las demás, era más activa durante su período de estado silente, por tener poco que decir entonces y menos que cantar.

De las confusas materias de la *Edda*, de los fantásticos cúmulos de asertos y tradiciones de sus Mitologías musicales, parece desprenderse la probabilidad de que aquellos primitivos creían principalmente en las *Valkyrias*, la *Mansión de Odin*, el inflexible Destino, y, ante todo, que el hombre debe ser valeroso. Las *Valkyrias* eran las Electoras de los Muertos: Destino inexorable que inútilmente intentaremos desviar o suavizar, que indica al que tiene que morir; éste era uno de los puntos fundamentales para el creyente nórdico, como lo es ciertamente para los más celosos en todas latitudes, para Mahoma, Lutero, Napoleón, punto básico en hombres como ellos, siendo la trama del tejido de su manera de pensar. Las *Valkyrias* eran las Electoras que conducían a los valientes a la celeste *Mansión de Odin*; los cobardes y viles iban a otra parte, al reino de *Hela*, Diosa de la Muerte; eso es lo que considero espíritu de la Creencia nórdica. En su corazón comprendían que era preciso ser valiente; que *Odin* no los favorecería, que los despreciaría y rechazaría, si no eran bravos. Consideremos su importante significación: Es un deber, lo será siempre, hoy como entonces: hay que ser valeroso. Valeroso quiere decir tener Valor. El primer deber del hombre es vencer el Temor. Precisa rechazar el Temor, pues hasta entonces no podremos obrar. Los actos del hombre son serviles, hipócritas, especiosos; sus pensamientos son falsos, pensamientos de esclavo y de cobarde hasta que logra tener a raya al Temor. El credo de *Odin* continúa siendo cierto, si logramos llegar hasta su núcleo. El hombre debe y tiene que ser valiente, avanzar siempre, portarse como hombre, fiando sin pestañear en lo dispuesto y preferido por las Potencias superiores, sin temer a nada. Lo que determina siempre su hombría es su decisiva victoria sobre el Temor.

Esa clase de valor de los antiguos nórdicos es sin duda muy salvaje. Dice Snorro que creían afrenta y vergüenza no morir en las batallas, y, si veían acercarse la muerte natural, se herían en sus carnes para que *Odin* los recibiese como guerreros muertos en lucha. Los viejos reyes moribundos se hacían llevar a un buque, el cual se alejaba con las velas desplegadas, llevando en sus flancos un fuego lento, de modo que cuando llegaba a alta mar se encendía en llamarada, y así el viejo héroe gozaba de digna sepultura, tanto en el firmamento como en el océano. Era valor sanguinario, pero valor, mejor que carencia absoluta de él. Los antiguos Vikings poseían indomable energía. Silenciosos, apretados los labios, los imagino inconscientes de su bravura, desafiando al encrespado Océano con sus monstruos, a todos los hombres y a todas las cosas, progenitores de nuestros Blakes y Nelsons sin Homero que los cantase; equiparadas a las suyas las hazañas de Agamenón fueron pequeñas audacias infecundas, equiparadas, por ejemplo, a las de Hrolf de Normandía. Hrolf, o Rollo, Duque de Normandía, el feroz Viking participa en el gobierno actual de Inglaterra.

Algo fue aquella vida marítima, errante y batalladora a través de tantas generaciones. Lo que había que zanjar era cuál era la estirpe más vigorosa

de hombres; quién era el que había de reinar. Entre los Soberanos Nórdicos veo algunos que obtuvieron el título de Leñador, Reyes Taladores. Eso significa mucho. Supongo que en el fondo muchos de ellos fueron leñadores y guerreros, aunque los Skalds hablan mucho de los últimos, descarriando a ciertos críticos, porque no hay pueblo de hombres que pueda vivir guerreando solamente, porque no produce bastante. Supongo que el buen guerrero era también buen talador de bosques, bueno y justo, perfeccionador, perspicaz, activo y trabajador en muchos órdenes; porque el verdadero valor es la base de todo, difiriendo bastante de la ferocidad. El valor mostrado contra la indómita selva y oscuro Poder brutal de la Naturaleza para conquistarla es valor más legítimo. También nosotros, sus descendientes, hemos ido lejos en ese valor; ¡ojalá lo conservemos eternamente!

Creo que *Odin* declaró a su Pueblo con voz heroica y cordial, con celestial solemnidad, la infinita importancia del Valor que trocaba en dios al hombre y que su Pueblo sintió la respuesta en el corazón, creyendo en sus palabras como venidas del Cielo, considerándolo como Divinidad por ser el Mensajero; opino fue ésa la semilla de la Religión nórdica, de la que germinaron naturalmente todas las mitologías, prácticas simbólicas, especulaciones, alegorías, cánticos y sagas. ¡Cuán extraño fue su desarrollo! Fue lucecita que brillaba agrandándose en la inmensa voragine de las tinieblas; pero hay que considerar que las tinieblas gozaban de vida, que eran el ávido Entendimiento inarticulado e ignorante del entero Pueblo del Norte, que ansiaba articularse cada vez más. La doctrina iba desarrollándose como el árbol banyano, porque lo esencial es la semilla y la rama que se clavaba en la tierra convertíase en nueva raíz, originando infinita complejidad y formando un bosque, una manigua producto de aquella semilla. ¿No podemos afirmar que la Religión noruega sea en cierto sentido la *enorme sombra de este hombre*? Los críticos descubren alguna afinidad entre algunos mitos noruegos sobre la Creación y los hindúes. La Vaca Adumbla, que lamía la escarcha en las rocas, tiene un aspecto hindú: una Vaca hindú trasladada a las heladas regiones. Es probable; hemos de reconocer que esto está relacionado con las más lejanas tierras, los más remotos tiempos. El pensamiento no perece, lo que hace es variar. El primer hombre que pensara en este Planeta fue el iniciador de todo, siguiéndole el segundo y así sucesivamente, de modo que todo Pensador sincero hasta hoy es una especie de *Odin* que emeña al hombre su manera de pensar, que proyecta sombra semejante a él sobre las épocas de la Historia del Mundo.

No dispongo de tiempo para extenderme sobre el carácter poético distintivo o mérito de esta Mitología nórdica, que tampoco nos concierne en gran manera: algunas feroces profecías, como la *Völuspá de la Edda Vieja*, un rapto de género sibilino, que no pasaban de ocioso añadido, pues los últimos Eskaldos parece fantaseaban algo; lo principal que quedó fueron sus cánticos. Supongo que durante los últimos siglos cantaron, simbolizando, como pintan los pintores de hoy, cosas no originadas en las profundidades de su corazón. Tengámoslo presente.

Los fragmentos de Gray sobre el Saber nórdico no nos informan sobre él, como Pope no nos informa sobre Homero. No se trata del sólido y sombrío palacio de sillares de mármol negro, que inspira espanto y horror, brindado por Gray, sino de algo tosco como las Rocas nórdicas, como los desiertos Islándicos, con la cordialidad, la sencillez, y hasta cierto matiz de buen humor y vigorosa alegría residente en esas pavorosas cosas. El fuerte y clásico corazón nórdico no admitía sublimidades teatrales, pues no tenía tiempo para temblar. Gusto mucho de esta robusta sencillez, de su veracidad y directa concepción. *Thor* frunce el entrecejo animado por ira nórdica y, agarra su martillo hasta que se agarrotan sus dedos. Bellos rasgos de piedad, de sincera conmiseración también. *Balder*, el Dios blanco, muere, el hermoso, el benigno, es el Dios del Sol. Revuelven la Naturaleza en busca de remedio, mas está muerto. *Frigga*, su madre, envía a *Hermoder* a buscarle, cabalgando nueve días y nueve noches por profundos valles y lóbregos laberintos hasta llegar al Puente entoldado de oro; *Sí*, dice el Guardián, *Balder pasó por aquí; mas el reino de los Muertos está más allá, en la lejanía septentrional*. *Hermoder* continúa su carrera, salta el Portón Infernal, el de *Hela*, ve a *Balder* y le habla, Pero no pueden libertar al dios; *Hela* se muestra inexorable, negándose a entregarlo, ni por *Odin* ni por otro dios, y el bello y amable *Balder* tiene que quedarse. Su esposa quiso acompañarle, morir con él; allí quedarán eternamente. Envía su anillo a *Odin*; su esposa *Nanna* remite a *Frigga* su dedal como recuerdo.

También el valor es manantial de Piedad, de Verdad, de todo lo grande y bueno existente en el hombre. El sencillo y robusto vigor del corazón noruego atrae en gran manera en estas narraciones. *¿No es rasgo de fuerza leal y justa*, dice Uhland (que escribió un delicado Ensayo sobre *Thor*), *que el viejo corazón nórdico halle a su amigo en el dios del Trueno?* Que no se atemoriza ante su ruido, sino que cree que el calor del Verano, el hermoso y noble verano, se apoderará necesariamente de él. El corazón nórdico ama a *Thor* y a su centelleante martillo, jugando con él. *Thor* es el calor veraniego, dios del apacible Trabajo, y también es el Trueno. Es amigo del Campesino; su fiel hechura y servidor es *Thialfi*, el Trabajo Manual. El mismo *Thor* se ocupa en toda clase de toscos trabajos manuales, sin despreciar tarea alguna por su plebeyez; de vez en cuando va a la región de los *Jötuns*, acosando a los caóticos Monstruos de Hielo, subyugándolos, apretujándolos y arruinándolos. En estas cosas hay mucho humor.

Thor, como ya hemos visto, va a la región de los *Jötuns* por el *Caldero de Hymir*, para que los Dioses hagan cerveza. *Hymir*, el enorme Gigante, aparece con su barba gris cubierta de escarcha, hendiendo columnas con sólo su mirada; *Thor*, tras gran tumulto, agarra el Caldero, metiendo la cabeza en él, llegándole sus asas a los tobillos. El *Skaldo nórdico* juguetea amablemente con *Thor*. Los *Icebergs* son el rebaño de *Hymir*, según los críticos. El enorme y feroz genio de *Brobdignag* sólo requiere ser amansado por los Shakespeares, Dantes y Goethes. Hoy ha desaparecido aquella primitiva labor nórdica y *Thor*, el dios Tronante, se trocó en *Juan matón de Gigantes*, mas la mente que lo creó vive todavía. ¡Manera sorprendente de

nacer y morir las cosas, y de no morir! Aun podemos descubrir curiosos retoños de aquel árbol del mundo en que creían los nórdicos. Este pobre Pulgarcillo que está en el cuarto de los juguetes, con sus milagrosas botas de siete leguas, manto de oscuridad, afilada espada, es uno de ellos. *Hynde Etin*, y *Red Etin* de Irlanda, de las Baladas escocesas, derivan de Noruega; *Etin* es claramente un *Jötun*. El *Hamlet* de Shakespeare es vástago de ese mismo árbol, indudablemente. *Hahlet*, *Amleth*, es personaje mítico, y su Tragedia, la del envenenamiento del Padre, emponzoñado en su sueño por unas gotas vertidas en el oído, y lo demás, es mito noruego. El antiguo Saxo hizo de ello una leyenda danesa; Shakespeare hizo la suya inspirándose en Saxo, como retoño del árbol del mundo, desarrollado natural o accidentalmente.

Esos viejos cantos escandinavos encierran una *verdad* y grandeza internas y perennes, como debe encerrar cuanto se conserva tradicionalmente. No es mera grandeza de cuerpo y gigantesco volumen, sino ruda grandeza de alma; en aquellos corazones descubrimos sublime e ingenua melancolía; es ojeada sincera que lanzamos a las profundidades del pensamiento. Parece que aquellos bravos viejos nórdicos vieron lo que la Meditación enseñó al hombre en todos los tiempos; que el mundo bien mirado es manifestación, fenómeno o apariencia. mas no realidad. Tanto el Mitólogo Hindú, como el filósofo Germánico, Shakespeare, el más activo pensador, todos los espíritus profundos, allá en donde vivieren, consideran que:

Estamos hechos de la misma materia que los sueños.

La excursión de *Thor* a *Utgardi* (jardín exterior, centro de *Jötunlandia*), es notable. Thialfi y Loke estaban con él. Tras diversas aventuras se internaron en la Tierra de los Gigantes, vagando por las llanuras incultas, entre peñas y bosques. Al anochecer vieron una casa abierta y entraron en ella. Era una sencilla sala, grande y vacía. En ella estaban, cuando en la oscuridad de la noche oyeron grandes y alarmantes ruidos. *Thor* agarró su martillo y plantóse en la puerta pronto a defenderse, mientras sus compañeros corriendo por aquel salón atemorizados en busca de *sahda*, hallaron al fin un armario y se refugiaron en él. *Thor* no tuvo que luchar, pues al día siguiente descubrieron que el ruido provenía del ronquido de cierto Gigante enorme, pero pafico; era *Skrymir*, que dormía plácidamente cerca de allí; lo que habían creído casa era meramente su Guante, que dejó caer; la puerta era su abertura, el armario su pulgar. ¡Observemos que no tenía dedos, sino sólo pulgar, y el resto de una pieza; antiguo y primitivo guante!

Skrymir llevó todo el día el equipaje de los dioses; pero *Thor* abrigaba sospechas, no agradándole el aspecto del Gigante, por lo que determinó deshacerse de él durante su sueño. Levantó el martillo, dejándolo caer sobre la cara de *Skrymir* con la energía del rayo que calcina las rocas. Aquél despertó rascándose la mejilla, diciendo: *¿Cayó alguna hoja?* Al dormirse de nuevo *Thor* descargó otro golpe más vigoroso todavía; entonces el Gigante musitó: *Algún grano de arena*. Cogió *Thor* el martillo a dos manos, con los

dedos agarrotados, descargando tremendo golpe en pleno rostro; lo único que consiguió fue interrumpirle el ronquido, oyendo que decía: *En ese árbol debe haber gorriones; ¿qué cae?* Entonces *Skrymir* pasó el portón de *Utgard*, tan alto que para mirarlo hay que echar atrás la cabeza. *Thor* y sus compañeros entraron también, invitados a tomar parte en los juegos. Entregáronle un cuerno para que bebiese, diciéndole era costumbre vaciarlo de un trago; *Thor* bebió ávidamente, descansando tres veces sin que bajase el nivel; *eres tan débil como un niño*, le dijeron; *prueba a levantar ese gato*. La empresa no parecía difícil; mas *Thor* no lo logró, a pesu de poner a prueba su deifica fuerza; el animal arqueó el lomo sin que pudiese despegar sus patas de tierra, ni una sola. *¡Cómo! ¡Si no eres hombre!*, arguyeron los de *Utgard*; *ahí hay una anciana que te desafía*. *Thor*, afrentado, animoso, agarró aquella macilenta vieja sin poder derribarla.

Al salir de *Utgard*, dijo el *Jötun* Principal a *Thor*, acompañándole cortésmente: *Estás vencido; pero no te afrentes, pues en todo eso hubo artificio. El cuerno era el mar, lo agitaste un poquillo, mas ¿quién es capaz de secar ese abismo? El Gato era el Migdardsnake, la Gran Culebra que circunda el Mundo mordiéndose la cola y reteniendo todo lo creado; si la hubieses desplazado, el mundo se habr{a desplomado. En cuanto a la anciana, era el Tiempo, la Yejez, la Duración, ¿quién puede luchar con él? Ni el hombre ni los dioses, pues prevalece siempre. Esos tres golpes que diste hicieron esos tres valles que ves.* *Thor* miró al *Jötun* que le acompaña, *Skrymir*, del que dicen los críticos noruegos era la antigua Tierra rocosa y caótica personificada, y el guante-casa una caverna. Desapareció *Skrymir*, desvaneciósse *Utgard* con sus altísimos portones cuando *Thor* agarró el martillo para deshacerlo, oyendo solamente la burlona voz del Gigante que deda: *No te aconsejo que vuelvas a Jötunhein.*

Esto pertenece al período alegórico; es infantil, no del periodo profético y fervoroso; mas, como mito, ¿no encierra algo del antiguo oro noruego, con más metal en bruto que muchos de los famosos mitos griegos elaborados? En este *Skrymir* vemos una gran mueca de verdadero humor a lo Brobdignag, jubilosa, basada en la gravedad y la tristeza, como arco iris posado sobre negra tormenta: sólo un corazón valeroso es capaz de eso. Es el ceñudo humor de nuestro Ben jonson, que corre por nuestras venas; en él vemos otros matices, en forma distinta, que surge de las Negras Selvas americanas.

La concepción del *Ragnarök*, consumación, o *Crepúsculo de los Dioses*, es sorprendente. Figura en el *Canto Völuspá*, idea antiquísima, profética. Tras larga lucha entre los Dioses y los *Jötuns* (las divinas Potencias y las caóticas y feroces), en la que vencieron parcialmente los primeros, desafiáronse de nuevo, entablando horrorosa y decisiva batalla universal que desquició el mundo; la Serpiente Mundial lanzóse contra *Thor*; la fuerza se opuso a la fuerza, extinguiéndose mutuamente, aniquilándose, desplomándose, el crepúsculo en las tinieblas, que tragaron el Viejo Universo con sus Dioses; mas esto no fue eterna muerte: es preciso que haya otro Cielo y otra Tierra,

un supremo Dios y una justicia que reinen sobre los hombres. Lo curioso es que esta ley de mutación, grabada en el más recóndito pensamiento del hombre, fue descifrada por aquellos viejos y graves Pensadores en su ruda manera: que si bien todo perece, hasta los Dioses, toda muerte es como la del fénix: renacimiento en algo Más Grande y Mejor. Es la Ley fundamental del Ser para la criatura formada por el Tiempo, que vive en este Lugar de Esperanza. Todos los hombres de buena fe lo comprendieron y lo comprenderán.

Esto se relaciona con el último mito de la aparición de *Thor*, que acaba con él. Creo es la postrera de todas estas fábulas: protesta triste contra el avance del Cristianismo, opuesta como reproche por algún Conservador Pagano. Mucho se criticó al Rey Olaf por su celo en implantar el Cristianismo (yo le hubiera censurado por lo contrario); mas lo pagó muy caro; en 1033 rebelóse su pueblo pagano y, al querer sofocar la rebelión, murió en Sticklestad, cerca de Drontheim, en cuyo lugar erigieron la catedral principal del Norte hace muchos siglos, dedicada a su memoria y conocida por San Olaf. El mito de *Thor* se refiere a eso. Olaf, el rey reformador cristiano, se hizo a la vela con buena escolta a lo largo de la costa noruega, entrando en sus fondeaderos, dispensando justicia, ejerciendo otras reales funciones; al salir de cierta bahía observaron que un desconocido de grave mirada, roja barba y cuerpo robusto, se hallaba a bordo. Los cortesanos le interrogaron, sorprendiéndoles sus respuestas por su pertinencia y profundidad, conduciéndolo al fin ante el Rey. La conversación del desconocido durante el viaje por aquellas hermosas riberas no perdía interés; pasado algún tiempo interpelló al Rey diciendo: *Sí, Rey Olaf, ¡qué hermosa es cuando brilla el sol esa verde, fructífera, digna tierra tuya! Thor tuvo días tristes, feroces luchas con los duros Jötuns, para lograr hacerla tal como es. Parece que ahora te propones desplazar a Thor. ¡Cuidado, Rey Olaf!*; el desconocido frunció el ceño y desapareció. Ésta fue la última aparición del Dios en el teatro del mundo.

Ved cómo se origina la Fábula sin falta de veracidad de parte de nadie. Así aparecieron los dioses entre los hombres; en tiempos de Píndaro vieron a Neptuno una vez en los Juegos de Nemea, en forma de desconocido de noble y grave aspecto, como cumplía verlo. En esta última voz del Paganismo hay algo patético trágico. Se esfuma *Thor* y con él el entero mundo escandinavo para no volver ya; así desaparecen las grandes cosas. Todo cuanto fue, es y será en el mundo perece en su día; nuestro adiós es siempre triste.

La Religión noruega, ruda, pero seria, severa e impresionante Consagración del Valor (pues así hemos de definirla), bastaba a los viejos y valientes nórdicos. La Consagración del Valor no es mala cosa; en su alcance la consideramos buena. Tampoco es inútil saber algo sobre el antiguo paganismo de nuestros Antepasados, pues su rancia Fe reside aún en nosotros inconscientemente, combinada con cosas superiores, y, el conocerla bien, nos une con el Pasado más íntima y claramente, con lo que nos concierne del Pasado; porque el Pasado, repito, equivale a poseer el

Presente, pues siempre encerró alguna verdad, siendo preciada posesión algún otro aspecto de nuestra Naturaleza Humana común que se ha perfeccionado en época y lugar diferente. La Verdad actual es suma de todas ellas, porque ninguna de por sí constituye la perfección alcanzada hasta hoy en la naturaleza humana. Mejor es conocerlas que ignorarlas. *¿A cuál de esas Tres Religiones da usted la preferencia?*, pregunta Meister a su Preceptor; *a las Tres, porque con su unión inician y constituyen la Verdadera Religión.*

SEGUNDA CONFERENCIA



**El héroe como profeta:
Mahoma.
El islamismo.**

El héroe como profeta: Mahoma. El islamismo.

Primera parte

(Viernes, 8 de mayo de 1840)

De la ruda época del Paganismo escandinavo nórdico, pasamos a período religioso muy distinto en un pueblo muy diferente: al Mahometismo árabe. ¡Qué importante cambio y progreso en el estado universal y en el pensamiento de los hombres!

No se considera ya al Héroe como Dios, sino como inspirado por Él, como profeta. Es la segunda fase del Culto al Héroe; pasó la primitiva, la remota, para no volver más, no habiendo hombre, por grande que fuere en la historia del mundo, a quien sus congéneres considerasen dios. Lógicamente es imposible creer hubiera personas que admitiesen como dios al hombre que tenían ante sus ojos, al hacedor de este mundo. Quizá fuere alguien a quien recordaban o habían visto: mas tampoco puede ser así. El Gran Hombre no era ya reconocido como Dios.

Gran error fue considerar Dios al Gran Hombre. Sin embargo, siempre es difícil saber lo que es, explicarlo o reconocerlo. La acogida que una época ofreció al Gran Hombre es el aspecto más significativo de su historia. El franco instinto humano ve algo deífico en él. Lo importante es que se le considere dios, profeta u otra cosa, pues por ello podemos ver, como a través de un ventanillo, el estado espiritual que abriga su corazón. Porque en el fondo el Gran Hombre, tal cual sale de manos de la Naturaleza, es siempre lo mismo: Odin, Lutero, Johnson, Burns; espero aclararos que todos ellos son una misma sustancia, que sólo la acogida que tuvieron y la forma que revistieron les hace tan diversos. La adoración a *Odin* nos sorprende al pensar se postraban ante el Gran Hombre *con deliquio* de amor maravillado, sintiendo en sus corazones que moraba en el firmamento, que era dios. No

era eso perfección, pero ¿podemos llamar perfección al modo como acogimos a Burns? El don más preciado que el Cielo puede conceder a la Tierra es el hombre de genio como decimos, el Espíritu de un Hombre enviado de los cielos como mensajero de Dios, que deslucimos considerándolo castillo de fuego de artificio, pasatiempo que se trueca en ceniza, decepción, ineficacia. Tampoco llamo perfecta a tal acogida, pues reflexionando diríamos que el caso Burns fue fenómeno algo más ingrato, mostrando aun imperfecciones más funestas en la conducta de los hombres que el método escandinavo. Malo es caer en el irreflexivo deliquio del amor y la admiración, mas tal vez es peor la carencia de amor, exagerada, irracional, altanera. El Culto al Héroe varía continuamente; cada época lo siente a su modo, siendo difícil rendirlo acertadamente. Lo que anima el conjunto de sentimientos de una generación es ciertamente rendirlo como es debido.

No hemos elegido a Mahoma como el Profeta más eminente, sino por el que nos permite discurrir con más libertad. No es el más sincero entre los Profetas, mas yo lo creo franco. Además, como no nos arriesgamos a convertirnos al Mahometismo, me propongo hablar de él lo mejor que la justicia permita; ésta es la manera de penetrar su secreto. Intentaremos comprender lo que fue el mundo para él, pues lo que él fue y será para el mundo será entonces más fácil de comprender. Vulgarmente es considerado Mahoma como Impostor intrigante, encarnación de la Falsía, su religión mero amasijo de ficción y fatuidad; cosa muy difícil de sustentar hoy día. Las ficciones con que el celo de buena fe rodeó a este hombre nos repugnan. Cuando Pococke preguntó a Grocio qué prueba tenía de la leyenda del pichón adiestrado que picoteaba guisantes en la oreja de Mahoma, haciéndole pasar por ángel que le inspiraba, respondió Grocio que no había ninguna. Ya es hora de abandonar esas cosas. La palabra de aquel hombre ha sido norma de vida para ciento ochenta millones de seres desde hace mil doscientos años. Esos millones de seres fueron creados por Dios como nosotros. Hoy son muchos más de esos millones los que creen en la palabra de Mahoma antes que en otra. ¿Sospecharemos miserable juego de prestidigitación espiritual esa creencia en que tantas criaturas de Dios vivieron y murieron? Por mi parte, no puedo suponer tal cosa, siendo otras mis suposiciones antes que ésta. No sabríamos a qué atenernos sobre el mundo si el empirismo se desarrollase y sancionase de esa manera.

Hay que reconocer que tales teorías son lamentables. Si quisiéramos lograr el conocimiento de algo concerniente a la verdadera creación de Dios, tendríamos que descartarlas todas; son producto de un Período de Escepticismo; indican la triste parálisis espiritual, la mera muerte en vida del espíritu del hombre; nunca se promulgó teoría más atea en este Mundo. ¿Que un hombre falaz fundó una religión? El falaz no es capaz de edificar una casa de ladrillo. De no conocer y aplicar fielmente las propiedades del mortero, la cal y demás cosas que emplee, no será casa lo que construya, sino un montón de escombros, que no resistirá doce siglos alojando ciento ochenta millones de seres, porque se desplomaría antes. El hombre debe amoldarse a las leyes de la Naturaleza, estar en franca comunicación con ella

y la verdad de las cosas; de no ser así, la Naturaleza le negará todo concurso. Las especiosidades son ficticias; un Cagliostro, muchos Cagliostros, eminentes conductores de muchedumbres, pueden prosperar un día debido a sus engaños; ocurre como con los billetes falsos: que se consigue pasarlos, siendo otro el que pagará su importe. La Naturaleza aviva los rescoldos haciendo surgir las llamas, la Revolución Francesa y cosas parecidas, proclamando con terrible veracidad que los billetes falsos, son falsos.

En cuanto al Gran Hombre, me aventuro a asegurar que no es creíble que sea un hipócrita, porque considero la sinceridad como su base fundamental, así como todo cuanto en él reside. Ni Mirabeau, ni Napoleón, ni Burns, ni Cromwell, ni ninguno de los destinados a realizar algo grande, deja de ser ante todo celoso en ese punto, lo que llamo un hombre sincero. Afirmo que la sinceridad, la profunda, grande, genuina sinceridad, es la principal característica de todos los héroes. No me refiero a la sinceridad que se cree tal, porque ésta es muy inferior, sinceridad superficial, jactanciosa, consciente, siendo con frecuencia mera pretensión. La sinceridad del Gran Hombre es de índole tal, que es ignorada por él, porque la posee inconscientemente, no creyendo tampoco se considere insincero; porque ¿qué hombre puede avanzar sin desviarse guiado por la ley de la verdad durante un solo día? No; el Gran Hombre no se jacta de ser sincero, eso nunca; quizá no pensó jamás en cosa tal; antes afirmaré que su sinceridad no depende de él, que es necesariamente sincero. La gran Realidad de la Existencia es grande para él. Por más que se eleve no puede alejarse de la imponente presencia de esta Realidad. Su mente tiene esa propiedad, siendo grande por eso ante todo. El Universo es para él imponente y maravilloso, real como la vida, real como la muerte. Aunque los demás puedan olvidar su verdad, pisando terreno falso; él no lo puede, porque el reflejo de su llama brilla inconfundible sobre él. Aceptemos esto como primera definición del Gran Hombre. También el hombre vulgar podrá gozar de ella por ser patrimonio de toda criatura de Dios, pero para el Grande es imprescindible.

Es lo que llamamos hombre original, hombre que comprendemos sin intermediarios; es un mensajero enviado desde el Infinito Desconocido; le llamamos Poeta, Profeta, Dios, y sus palabras suenan en nuestros oídos de modo distinto a las de todos los demás. Concedor del Espíritu de las cosas, vive y tiene que vivir en continuo contacto con él, sin que las vulgaridades se lo velen; ciego, errante, despreciado, perseguido por el vulgo, mas penetrado por ese Espíritu. ¿No son sus palabras una especie de revelación? Así hay que llamarlas, pues no disponemos de otro vocablo. Proviene del corazón del mundo, siendo parte de la realidad primitiva de las cosas. Muchas revelaciones hizo Dios, siendo este hombre una de ellas; ¿no ha sido Dios quien lo creó como la última y más nueva entre todas? La inspiración del Todopoderoso le da entendimiento; lo primero que debemos hacer es escucharlo.

Por eso no consideraremos a Mahoma una Inanidad y una Teatralidad, un miserable impostor consciente y ambicioso; no podemos concebido así. El

rudo mensaje que proclamó fue real, una voz celosa y confusa desde el abismo desconocido. Las palabras de aquel hombre no fueron falsas, tampoco su conducta; no siendo Inanidad y Simulación, sino ardiente masa de Vida fundida en el mismo seno de la Naturaleza. El Hacedor del mundo le ordenó que encendiera al mundo. Los defectos, imperfecciones, insinceridades de Mahoma no podrían desquiciar este hecho primario, aunque se probase palmariamente.

Lo que ocurre es que exageramos mucho los errores, que los detalles ocultan el verdadero centro. ¿Errores? Me atrevo a decir que el mayor de todos es no reconocerse ninguno. Pudiéramos creer que los lectores de la Biblia saben más sobre eso. ¿A quién se llama en ella el hombre de conformidad con el propio corazón de Dios? David, el Rey hebreo, cayó también en pecado; tenebrosos crímenes; le sobran pecados. Por eso los incrédulos se mofan preguntando: ¿es ése vuestro hombre de conformidad con el corazón de Dios? La mofa pareceme superficial. ¿Qué son los errores, qué los detalles externos de la vida, si olvidamos su secreto interior, el remordimiento, las tentaciones, la cierta, desconcertante e infinita lucha? No es el caminante quien guía sus propios pasos. ¿No es el arrepentimiento el acto más divino en el hombre? El pecado más mortal fue el orgullo que no reconocía pecado, porque eso es muerte, y el corazón que así lo reconoce queda divorciado de la sinceridad, humildad y realidad: está muerto, es puro, puro como la arena seca inerte. Considero la vida e historia de David, tal como se lee en sus Salmos, como el más sincero emblema del avance moral del hombre y pugnas en este mundo. Todos los espíritus graves verán en ella la lucha fiel del espíritu humano hacia lo bueno y lo mejor. Lucha contrariada, dolorosamente contrariada, que parece acaba con la ruina completa; no obstante, interminable, renaciendo continuamente entre lágrimas, arrepentimientos, propósito sincero invulnerable. ¡Pobre naturaleza humana! ¿No podemos afirmar en verdad que el andar del hombre es eso, sucesión de caídas? Porque no puede evitarlas. En este agreste elemento de la Vida tiene que luchar continuamente, cayendo, levantándose, volviendo a caer, lamentándose, arrepintiéndose, sangrante el corazón, incorporándose, pugnando siempre por avanzar. Lo más importante, la eterna cuestión, es que su lucha sea sincera e indomable. Nos resignaremos a muchos tristes detalles, si el espíritu que la informaba era sincero. Los detalles no nos descubrirán nunca la cosa. Creo que nos equivocamos al estimar los errores de Mahoma aun como tales: nunca lograremos penetrar su secreto insistiendo en ello. Los pasaremos por alto, y, admitiendo que hubo algo de verdad en él, indagaremos qué era o pudo ser.

Mahoma vió la luz entre los árabes, pueblo ciertamente notable; como su país, adecuado terreno para tal raza. Quebrados e inaccesibles montes, extensos y áridos desiertos, son islotes de verdor allí en donde surge el agua que nutre alegre vegetación, perfumados arbustos, esbeltas palmeras, árboles que destilan incienso. Consideremos el inmenso horizonte arenoso, vado, silencioso, como un océano de arena que separa el terreno habitable del inhospitalario. Nos hallamos aislados, solos con el Universo; de día un sol

feroz lo calcina con intolerable fulgor; de noche el gran Cielo profundo con sus astros. Esta comarca es la hecha para una raza de hombres de inquietas manos y de corazones profundos. El carácter árabe es ágil, activo, pero también pensativo y entusiasta. Se dice que los persas son los franceses de Oriente; nosotros diremos que los árabes son los italianos orientales. Es pueblo noble, de indómitos y fuertes sentimientos, que refrena férreamente; característica de la alteza de miras del genio. El montaraz beduino acoge en su tienda al extraño, creyendo tiene derecho a cuanto en ella hay; y, aunque se tratara de su peor enemigo, matará su potro para que coma, sirviéndolo con sagrada hospitalidad durante tres días, tras los cuales lo despedirá cortésmente; luego lo matará si puede, debido a otra ley tan sagrada como aquélla. Su palabra es como sus actos. Más bien son taciturnos que locuaces, pero cuando hablan lo hacen con elocuencia. Son graves, veraces, de estirpe judía, pero el terrible celo judío está combinado en ellos con cierta gracia y brillantez impropia de aquéllos. Antes de que surgiera Mahoma celebraban Concursos Poéticos. Dice Sale que en Ocadh, sur de Arabia, hubo ferias anuales; que una vez vendida la mercancía, cantaban los poetas aspirantes a los premios, y que los beduinos formaban corro para escucharles.

Los árabes manifiestan una cualidad judía, resultado de muchas o todas las cualidades superiores: lo que pudiéramos llamar religiosidad. Son fervientes adoradores desde remotos tiempos, de conformidad con sus luces. Adoraron a los astros, como los Sabeos, y a muchos objetos naturales reconocidos como símbolos, manifestaciones inmediatas, del Creador de la Naturaleza. Se equivocaron, mas no en absoluto, pues todo lo hecho por Dios es símbolo de Dios en algún sentido. ¿No consideramos mérito reconocer cierta inagotable significación, belleza poética, como decimos, en todos los objetos naturales? El poeta es admirado por cantar esas bellezas, rindiéndole cierto culto. Los árabes tuvieron muchos Profetas, maestros en su tribu, que enseñaron lo que sabían. ¿No tenemos las más nobles de las pruebas, patentes todavía, de aquella devoción y nobleza de miras residente en aquellos pensativos rústicos? Los comentadores de la Biblia parecen convenir en que nuestro Libro de Job se escribió en aquella región. Para mí es una de las más grandes cosas salidas de la pluma, dejando de lado las teorías sustentadas sobre él. No parece hebreo por la noble universalidad que reina en él, diferente al noble patriotismo o sectarismo. ¡Noble Libro; Libro universal! Es la primera afirmación del infinito Problema: el destino del hombre, la mano de Dios en este mundo. Es todo fluidez, grande en sinceridad y sencillez, en su épica y reposada reconciliación; es vista penetrante, indulgente corazón comprensivo; franco en todo, vista y visión certera de las cosas, materiales y espirituales. Recordemos cuando dice del Caballo: *¿vestiste su cerviz de trueno?*, y del blandir de la Pica se burla. Nadie se ha expresado con tal exactitud. Sublime pesar, sublime reconciliación; es la más remota melodía coral del corazón humano; su suavidad iguala a su grandeza, como la noche en pleno verano. como el mundo con sus mares y estrellas. Nada se ha escrito comparable a su mérito literario, ni en la Biblia ni fuera de ella.

Uno de los más antiguos objetos de adoración para los árabes idólatras fue *la Piedra Negra*, que se guarda todavía en el edificio llamado Caabah, en La Meca. Diodoro Sículo menciona este Caabah de modo indudable como el más antiguo y venerado templo de su época, medio siglo antes de nuestra Era. Dice Silvestre de Sacy que es probable que *la Piedra Negra* sea acrolítica, en tal caso alguien pudo verla caer del Cielo; ahora está junto al Pozo Zemzem; el Caabah se alza sobre ambos. Un pozo es siempre una cosa bella y conmovedora, surgiendo como la vida de la dura corteza terrestre, y más en ese cálido país, donde es primera condición de existencia. El Pozo Zemzem deriva su nombre del burbujeo de sus aguas *zem-zem*; se cree que es el pozo descubierto por Hagar con su pequeño Ismael en el bosque: el aerolito y el pozo son sagrados; sobre ellos hay un Caabah desde hace miles de años. Curioso Caabah. Allí está con su negra cubierta que envía anualmente el Sultán, con sus veintisiete codos de altura, con un doble circuito de columnas, filas de festoneadas lámparas y fantásticos adornos; esta misma noche encenderán sus lámparas, que brillarán de nuevo bajo las estrellas, como auténtico fragmento del remoto Pasado. Es el Keblah de todo Musulmán: desde Delhi hasta Marruecos, los ojos de innumerables hombres que orén se dirigen a él cinco veces al día, este día y todos los días; es uno de los centros más notables de la Morada del Hombre.

Si La Meca adquirió importancia como ciudad, lo debe a la santidad atribuída a esa Piedra de su Caabah y al Pozo de Hagar, donde acudían los peregrinos de todas las tribus árabes. Fue gran ciudad, en decadencia hoy, pues no posee ventajas naturales, estando como está en un hoyo arenoso entre áridas montañas peladas y distante del mar, a la que hay que llevar hasta el pan; pero los numerosos peregrinos requerían alojamiento, convirtiéndose en mercado, como todos los lugares de peregrinación; los primeros peregrinos atrajeron los primeros comerciantes, pues cuando se reúnen los hombres para algo descubren que pueden hacer otras cosas dependientes de su reunión; así fue La Meca la Feria de Arabia y el centro principal y almacén de todo comercio entre la India y los países occidentales, Siria, Egipto, aun Italia. En cierta época contaba cien mil habitantes, compradores, transitarios de productos orientales y occidentales, importadores de provisiones y trigo. Su gobierno era una especie de república aristocrática irregular, algo teocrático, gobernando diez hombres elegidos de la tribu principal, guardianes del Caabah. La tribu principal en tiempos de Mahoma era Kora; a ella pertenecía su familia. El resto de la Nación, dividido y aislado por los desiertos, vivía bajo parecidos gobiernos patriarcales, formando su población los pastores, traficantes, mercantes y brigantes, en frecuente guerra, teniendo como único lazo de reunión en el Caabah, donde adoraban todas las formas de la idolatría arábica en común, unidos principalmente por el lazo interior indisoluble de la sangre y el lenguaje. Así vivieron los árabes durante muchos siglos, casi ignorados, ese pueblo de grandes cualidades, esperando inconscientemente el día en que el mundo se fijase en ellos. Parece que sus idolatrías vacilaron un momento cayendo en la confusión y fermentando entre ellos. Por ese tiempo tuvo eco en Arabia la vaga nueva del Acontecimiento de mayor importancia para este mundo: la Vida y Muerte del

Hombre Divino en judea, síntoma y causa al mismo tiempo de inmensurable cambio en el mundo.

El héroe como profeta Mahoma. El islamismo.

Segunda parte

(Viernes, 8 de mayo de 1840)

Mahoma nació entre ese pueblo árabe el año 570 de nuestra Era. Pertenecía a la familia de Hashem de la tribu de Kora, estando emparentado con las principales personas de su pueblo, aunque era pobre. Poco después de nacer Mahoma murió su padre, falleciendo su madre cuando contaba seis años; era mujer de notable belleza, dignidad y sentido. Entonces se encargó de él su abuelo, anciano de cien años, hombre bueno, padre de Abdallah, su hijo menor y favorito, que a su vez fue padre de Mahoma. Los cansados ojos del abuelo vieron en el nieto al desaparecido Abdallah, lo único que quedaba de él, por lo que amaba al huerfanito tiernamente, diciendo: *Hay que cuidar a ese hermoso pequeño, pues ninguno hay como él en toda la familia.* A su fallecimiento, cuando tenía el niño dos años, lo confió a Abú Taleb, tío suyo, el más anciano, cabeza de familia, hombre justo y juicioso, que lo educó lo mejor que supo.

A medida que crecía Mahoma acompañaba a su tío en sus viajes comerciales; al llegar a los dieciocho años lo vemos luchando al lado del tío en la guerra; pero quizás el más significativo de sus viajes fue el que hizo a las Ferias de Siria algunos años antes. Fue la primera vez que el joven entró en contacto con un mundo del todo extraño, con un elemento de infinito alcance para él: la Religión Cristiana. No sé qué pensar de aquel Sergio, Monje Nestoriano, con quien se dice se alojaron tío y sobrino, ni lo que podría enseñar un monje a un joven de tan corta edad. Es probable que se haya exagerado algo sobre el Monje Nestoriano. Mahoma tenía catorce años y sólo conocía su lengua; muchas cosas de Siria deben haber sido para él incomprensible remolino; pero los ojos del joven estaban abiertos, recogiendo imágenes de muchísimas cosas, que había que madurar de extraña manera, originando

opiniones, creencias y discernimiento en su día. La iniciación de Mahoma se debe probablemente a estos viajes a Siria.

Hay que tener en cuenta que no había ido a la escuela. Hacía poco que se conocía la escritura en Arabia; además, se cree que Mahoma nunca supo escribir; toda su instrucción se reducía a la vida en el desierto, con su experiencia, y lo único conocido para él sobre el infinito Universo desde el perdido lugar en que vivía era lo que veían sus ojos, lo que pensaba; tengamos presente que no pudo disponer de libros, limitándose a lo que sus ojos o los oídos percibían en el ignorado desierto de Arabia, pues la sabiduría del pasado o la lejana no estaban a su alcance, sin que hubiera alma hermana que le pudiese poner en comunicación directa con las demás épocas y países, estando aislado, sumergido en el seno de aquel arenal, a solas con la Naturaleza y sus pensamientos.

Distinguióse desde su niñez por su carácter meditativo, llamándole sus compañeros Al Amin (*El Fiel*), mostrándose sincero y veraz en hechos, palabras y pensamientos, observando la gente que cuanto decía encerraba sentido; hablaba poco, sólo cuando tenía algo que decir, haciéndolo de modo pertinente, franco y prudente, instruyendo al que escuchaba, única utilidad de la conversación. Se le tuvo siempre por sensato, cariñoso, veraz, serio, sincero, amable y cordial, buen amigo, y jovial, que reía con risa franca, pues hay hombres cuya hilaridad es ficticia, como todo lo que en ellos se manifiesta; otros son incapaces de reír. Dícese también que era hermoso, de fino rostro, sagaz, simpático, de tez morena, ojos negros y brillantes; con una venilla en la frente que se hinchaba y oscurecía cuando se encolerizaba, como aquella vena en forma de herradura del Redgauretlet de Scott. Esta venilla frontal era característica de la familia de los Hashem, notable en Mahoma. Era hombre espontáneo, apasionado, pero justo, sincero, animado por talento, ardor y entendimiento naturales, digno, sin instrucción, que pasaba la vida en las profundidades del Desierto.

Los autores árabes nos cuentan cómo fue nombrado administrador de Kadijah, viuda rica; cómo visitó de nuevo las Ferias de Siria en viaje comercial; cómo lo dirigía todo fiel y concienzudamente, originando la gratitud de Kadijah, que le tomó afecto, así como la historia de su matrimonio con ella, cosa perfectamente explicable y merecida. El tenía veinticinco años, cuarenta ella, conservando su belleza. Parece haber vivido plácida, afectuosa y saludablemente con su protectora, a la que amó cordialmente sin que tuviera otro amor. El hecho de que viviese de este modo, en absoluta calma hasta perder el ardor de su juventud, demuestra la insensatez de la teoría que lo considera impostor. Tenía más de cuarenta años cuando aludió a su misión celeste. Todas las irregularidades, reales o supuestas, aparecieron tras los cincuenta años, al morir la bondadosa Kadijah, pues hasta entonces toda su ambición se redujo a vivir honestamente, bastándole la buena opinión de sus vecinos. Una vez apagado el ardor de su vida por el peso de los años, cuando la paz era lo único que podía proporcionarle el mundo, inició su ambiciosa carrera, desprendiéndose

del carácter y existencia anteriores, surgiendo en él el vil y fatuo impostor, buscando lo que ya no podía disfrutar. No creo que así fuese.

No, aquel profundo Hijo del Desierto, espíritu franco y sociable, nunca pensó en ambiciones; su alma grande y taciturna debía sentir fervor, siendo sincera por naturaleza. Mientras otros son víctimas de fórmulas y rutinas, contentándose con ellas, él no pudo aceptarlas, viviendo a solas con su alma y la realidad. Vió claro el gran Misterio de la Existencia, con sus terrores y esplendores, sin que la rutina pudiese evitar que el hecho inefable exclamase: *Aquí estoy*. Esa sinceridad tiene ciertamente algo de divino; la palabra de un hombre como él es Voz salida del Corazón de la Naturaleza, voz que los hombres deben escuchar y escuchan, pues todo lo demás es aire comparado con ella. Hacía mucho tiempo que bullían en este hombre miles de pensamientos, producto de sus peregrinaciones y viajes, preguntándose: *¿Quién soy? ¿Qué es esta inmensidad en que vivo que los hombres llaman Universo? ¿Qué es la Vida? ¿Qué es la Muerte? ¿Qué debo creer?* Los ásperos peñascos del Monte Hara, los del Sinaí, las hoscas soledades arenosas no respondían a sus preguntas. El extenso Cielo pasaba sobre él con sus centelleantes astros azules. El espíritu del hombre, lo inspirado por Dios, debía responder.

Eso es lo que todos debemos preguntamos y responder. Aquel hombre creyó era cosa de todo momento, que todo lo demás nada era comparado con ella. Ni la jerigonza argumentativa de las Sectas Griegas, ni las vagas tradiciones de los judíos, ni la estúpida rutina de la idolatría árabe aportaban respuesta. Eso es lo que manifiesta al Héroe, lo que pudiéramos llamar *Alfa y Omega* de su Heroísmo: que penetra la superficie de las cosas. El uso y la necesidad, las respetables rutinas y fórmulas son buenas o malas, habiendo algo tras ellas que las rebasa, a lo que deben corresponder, siendo su imagen; de no ser así son Idolatrías, trocitos de madera negra con pretensiones de Dios, que no pasan de burla y abominación para un alma anhelante. Nada significaban para él las doradas idolatrías de los Koras, diciéndose: *Todos las aceptan, pero ¿qué bien encierran?*, y la Realidad le acuciaba, teniendo que explicársela o declararse vencido. O hallaba ahora la respuesta o la ignoraría eternamente; era necesario hallar la respuesta. ¿Era ambicioso? ¿Qué podía hacer Arabia por él? ¿Podía satisfacerle la corona de Heraclio, la del persa Cosroes y todas las de la tierra, cuando no era ésta la que le atraía, sino el Cielo que la cubría y el Infierno que había en su interior? ¿Dónde estarían las coronas y soberanos dentro de pocos años? ¿Se salvaría por ser Jeque de La Meca o de Arabia, por llevar en la mano un trocito de madera dorada? De modo alguno. Abandonemos la hipótesis de que fue impostor, por increíble, intolerable, digna de desprecio.

De acuerdo con la costumbre árabe, Mahoma retirábase temprano durante el *Ramadán*, quedando en el silencio y la soledad, costumbre de alabar, natural y útil para él, comunicando con su corazón en el silencio de los montes, escuchando las suaves vocecitas, costumbre natural. Contaba cuarenta años cuando se retiró a una caverna del Monte Hara, cerca de La Meca, aquel

Ramadán, para pasar el mes arando y meditando sobre aquellos graves problemas; un día dijo a Kadijah, su esposa, que con él estaba en campaña de sus servidores, que había hallado solución a toda aquella debida a inefable favor especial del Cielo; que no abrigaba dudas, que había salido de las tinieblas, viéndolo todo claro. Que todos aquellos ídolos y Fórmulas no eran sino miserables trozos de madera; que había un Dios único; que había que arrinconar todos los ídolos y dirigirse a Él. Que Dios es grande, no habiendo nada más; que es la Realidad, mientras los ídolos de madera no son nada; Él es real; que Él fue quien nos creó; que Él es quien nos sustenta, que somos Su imagen como lo son todas las cosas; somos vestidura transitoria que vela el Eterna Esplendor. *iAllah akbar!* ¡Dios es Grande! y luego el Islam; que debemos someternos a Dios; que toda nuestra fuerza reside en la resignada sumisión a Dios, ocurra lo que ocurra, tanto en este mundo como en el otro. Lo que nos envía, aunque fuere la muerte, o algo peor que ella, es lo mejor para nosotros, resignándonos a su voluntad. *¿No vivimos todos en el Islam, si es esto Islam?*, inquiere Goethe. Sí; todos los que tienen por norma la moral, todos vivimos así. Siempre fue gran sabiduría no sólo someterse a la Necesidad, porque ésta obliga a someterse a ella, sino saber y creer que lo más severo que ordene la Necesidad es lo más prudente, lo mejor, lo que precisamos. Cesemos en la frenética pretensión de escrutar en este Mundo de Dios con nuestro pequeño cerebro, reconociendo que hay una Ley Justa, aunque esté lejos de nuestras luces, que su espíritu es Dios; que como parte hay que conformarse a la Ley del Todo, acatándola en silencio, sin discutirla, obedeciéndola sin titubear.

Afirmo que ésta es la única verdadera moralidad conocida. El hombre es justo e invencible, virtuoso, va camino de segura conquista precisamente cuando se une a la grande y profunda Ley del Mundo, a pesar de todas las leyes superficiales, apariencias temporales, cálculos de beneficios y pérdidas; sale victorioso cuando coopera con esta Ley central, no de otro modo, y la primera probabilidad de cooperación, de estar en vías de ello, está en que su alma reconozca su existencia, que es bien y sólo bien. Éste es el espíritu del Islam, siendo también el del Cristianismo, porque aquél puede definirse como forma confusa de éste, pues de no haber existido el Cristianismo no existiría el Islam. También el Cristianismo manda ante todo resignación a Dios. No hay que fiarse de la carne y la sangre, prestar oídos a la vana cavilosidad, fútiles pesares y deseos; saber que nada sabemos; que lo peor y más cruel a nuestros ojos no es lo que lo parece; que debemos aceptar lo que nos ocurra como enviado por Dios diciendo: *Esto es bueno y conveniente, Dios es grande, y aunque me quitase la vida, confiarla en Él.* El Islam significa a su modo Abnegación, Renunciación al Yo. Ésta es la suprema Sabiduría que el Cielo reveló a la Tierra. Ésa fue la luz que iluminó la tiniebla de aquel agreste espíritu árabe, confuso esplendor deslumbrante, vívido y celeste en la completa oscuridad que amenazaba con la muerte: él lo denominó revelación y ángel Gabriel; ¿quién es capaz entre nosotros de saber su nombre? Lo que nos procuró entendimiento fue la inspiración del Todopoderoso. Saber, penetrar la verdad de las cosas, es acto místico, en cuya superficie se detiene la mejor Lógica. Novalis dice: *¿No es la Fe verdadero milagro*

anunciador de divinidad? Fue muy natural que el espíritu de Mahoma, inflamado por la gran Verdad que se le revelaba, comprendiese su gran alcance, que era lo único importante. Cuando dijo: *Mahoma es el Profeta de Dios*, quiso decir que la Providencia lo había honrado inefablemente con la revelación, sacándole de la muerte y las tinieblas, que se creía obligado a participarlo a todo el mundo; ése es su verdadero significado.

Suponemos que la bondadosa Kadijah le escuchó maravillada, vacilante y exclamando: *Sí, cierto es lo que dices*; comprendemos la ilimitada gratitud de Mahoma, que entre todas las amabilidades que con él tuvo, la de creer en las grandes palabras que pronunciaba fue la más dulce para él. *Mis Convicciones se fortalecen tan pronto las comparte otro espíritu*, declara Novalis. Ello fue un ilimitado favor: por eso nunca olvidó a la buena Kadijah. Mucho después, Ayesha, su joven esposa favorita, mujer distinguida entre los musulmanes por sus cualidades, preguntábale cierto día: *¿No soy mejor que Kadijah! Kadijah era viuda, vieja, sin fuego en la mirada; ¿no es cierto que me quieres más que a ella? ¿No, por Alláh!, porque ella creyó en mí cuando nadie creía. Sólo tuve un amigo en el mundo y fue ella.* También creyó en él Seid, su esclavo, así como su primo Alí, hijo de Abú Taleb, que fueron sus primeros conversos.

Habló a muchos de su doctrina, pero los más lo trataron de ridículo con indiferencia; a los tres años contaba con tres adeptos, siendo lento su progreso; mas su ánimo era el usual en tales hombres en parecidos casos, y, tras tres años de poco éxito, invitó a cuarenta de sus parientes a un festín, manifestándoles sus pretensiones: tenía que participar aquello a todo el mundo; que era lo más importante entre todo, ¿cuál de ellos quería secundarle? Entre la duda y silencio de todos, Alí, joven de dieciséis años, levantóse de su asiento exclamando: *¡Yo!* Los reunidos, entre los que estaba Abu Taleb, padre de Alí, no podían ser hostiles a Mahoma; no obstante, encontraron, ridícula la pretensión de aquel viejo inculto y aquel mozo de dieciséis años que decidían tal empresa contra la humanidad y soltaron la carcajada. Sin embargo, la cosa no era broma, sino cosa muy seria. El joven Alí goza de nuestra simpatía por la nobleza mostrada entonces y siempre, por su afecto, por su intrépido ardor; en él hay algo de caballeresco, la bravura del león, una gracia, una verdad y afecto dignos del caballero cristiano. Murió asesinado en la mezquita de Bagdad, muerte ocasionada por su generosa equidad y por su confianza en la equidad de los otros; dijo que si la herida no era mortal había que perdonar al asesino; pero si lo era tenían que matarlo inmediatamente, para que ambos aparecieran a la misma hora ante Dios, que decidiría quién tenía razón.

Era natural que los Koras, Guardianes del Caabah, Inspectores de los ídolos, se sintieran ofendidos por Mahoma. Por un tiempo siguiéronle dos o tres personas influyentes; la cosa iba muy lenta, mas se extendía. Finalmente, todos sintieron agravio diciendo: *¿Quién es ese que pretende saber más que todos, que nos considera locos y adoradores de madera?* Abu Taleb, su buen tío, le dijo: *¿No puedes callar todo eso? Créelo, pero no importunes a los*

demás, no irrites a los principales, no te arriesgues ni expongas a nadie hablando de todo eso. Mahoma replicó: *Aunque tuviera el Sol a mi derecha y la Luna a mi izquierda que me ordenasen callar, no podré obedecer. Hay algo en esta Verdad que es la misma Naturaleza, igual en jerarquía al Sol o la Luna, a todo lo hecho por la Naturaleza. Continuaré hablando hasta que lo permita el Todopoderoso, a pesar del Sol y de la Luna, todos los Koras, todos los hombres y todas las cosas. Tal es mi deber; no puedo obrar de otro modo.* Al decir esto rompió a llorar, según dicen; vió que Abu Taleb lo estimaba, que la empresa era ardua, grande, difícil.

Continuó hablando a quien quería escucharle, publicando su Doctrina entre los peregrinos de Meca, consiguiendo adeptos allí y en otros lugares. La contradicción, el odio, lo seguían; sus poderosos amigos lo protegían; pero todos sus adeptos tuvieron que abandonar La Meca siguiendo su consejo y buscaron refugio en Abisinia, al otro lado del mar. Los Koras se enfurecieron, idearon emboscadas para matarlo. Murió Abu Taleb, murió la buena Kadijah. Mahoma no solicita nuestra simpatía, mas por entonces su situación era de las más lastimeras; tuvo que ocultarse en cavernas, que huir disfrazado, vivir errante, peligrando continuamente su vida, estando a punto muchas veces de perderla, debiéndola tan sólo al accidente fortuito: la espantada de un caballo o cosa por el estilo, que evitaba desapareciese por siempre Mahoma y su Doctrina, no oyéndose hablar más de ellos. Pero tal no era su destino.

El décimotercio año de su misión, al ver que sus enemigos se habían unido contra él, cuarenta conjurados, uno por cada tribu, que iban a arrancarle la vida, juzgó imposible continuar en La Meca, y huyó a Yathreb, donde contaba con algunos adeptos; hoy la llaman Medina o Medinat al Nabi (Ciudad del Profeta), debido a esta circunstancia. Estaba a 200 millas, entre peñascadas y desiertos; llegó allí con gran dificultad, escapando a sus enemigos y hallando acogida. La era de los orientales se inicia con esta Huida, llamándola *Héjira*; el año 1 de esta *Héjira* es el 622 de nuestra Era, cuando Mahoma contaba cincuenta y tres años. Envejecía; sus amigos fueron desapareciendo uno tras otro, su camino estaba sembrado de peligros: la única esperanza que le quedaba residía en su corazón, cosa natural en todos en tales casos. Hasta entonces había propagado su Religión predicando y persuadiendo; mas ahora, repudiado por su país natal, puesto que los injustos no sólo no prestaron oídos a su ardoroso mensaje Celeste, al hondo grito de su corazón, sino que no le permitían vivir si hablaba de ella, el fiero Hijo del Desierto resolvió defenderse como hombre, como árabe, y si los Koras querían su vida que se la arrancasen. No quisieron escuchar la urgente nueva que él consideraba de básica importancia, empeñándose en combatirla por la violencia, el acero y la sangre. *Sea el acero el que decida la cuestión,* se dijo, y pasó diez años luchando, incansable, impetuosamente, logrando lo que todos sabemos.

El héroe como profeta Mahoma. El islamismo.

Tercera parte

(Viernes, 8 de mayo de 1840)

Mucho se ha dicho sobre la propaganda religiosa de Mahoma por la espada, siendo mucho más noble la manera como se propagó la nuestra, es decir, apaciblemente, mediante la prédica y la convicción, de lo que debemos enorgullecernos. Sin embargo, considerar este argumento sobre la verdad o falsedad de una religión nos hará caer en grave error. La espada, sí, pero ¿dónde hallaremos nuestra espada? Toda nueva opinión está al iniciarse en una minoría de uno, en el cerebro de un solo hombre, si se quiere, siendo uno sólo el que tiene fe en ella entre todos los vivientes, siendo por lo tanto uno el que se opone a todos los demás. Poco conseguiría en empuñar una espada emprendiendo la propaganda. Primero hay que tener la espada. En general, las cosas se propagan como pueden. Tampoco desdeñó la espada la Religión Cristiana cuando la tuvo; Carlomagno no convirtió a los Sajones con la prédica. Poco me importa la espada, dejo que una cosa luche en este mundo con una espada, lengua o cualquier arma que tenga o pueda conseguir. Podemos dejar que predique, publique folletos y luche con todo el empuje que pueda; emplee pico y garras, aquello de que disponga; lo cierto es que a la larga sólo conquistará lo que merezca ser conquistado. Lo único a que puede vencer es lo inferior a ella, lo superior nunca. La Naturaleza es árbitro en este duelo, árbitro infalible: lo más arraigado en Ella, lo que llamamos *lo más cierto*, será lo que prosperará siempre.

No obstante, en cuanto a Mahoma y sus éxitos, debemos recordar el arbitraje de la Naturaleza, su grandeza, profunda calma y tolerancia. Si hemos de sembrar trigo en el seno de la Tierra, aunque contenga cascabillo, briznas de paja, barreduras del granero, polvo y demás inutilidades, si lo sembramos en tierra buena, germinará absorbiendo en silencio lo inútil, surgiendo sólo el trigo, sin que lo otro aparezca, aunque la buena Tierra

aprovecha lo demás sin despreciarlo. Igual ocurre con la Naturaleza: es sincera y no engaña, siendo grande, justa y maternal en su verdad. Lo único que exige para conceder su protección es sinceridad. En las cosas hay espíritu de verdad que ella acoge. ¿No es ésta la historia de la Verdad suprema que llega o llegó a este mundo? Su cuerpo es imperfección, elemento de luz en la oscuridad, teniendo que llegar a nosotros arropadas por la Lógica, algún Teorema del Universo meramente científico, que no puede ser perfecto, resultando en su día incompleto, erróneo, pereciendo por ello. El cuerpo de la Verdad muere, habiendo en todas ellas imperecedero espíritu, inmortal, que vive en cuerpo nuevo y más noble cada vez, como el hombre, pues la Naturaleza obra de ese modo. La genuina esencia de la Verdad es eterna; el punto en que basa su juicio la Naturaleza es éste: que sea genuina, voz originada en su gran Profundidad, pues para ella no todo se reduce a lo que llamamos *puro o impuro*, no importándole contenga el hombre poco o mucho cascabillo, sino trigo. ¿Puro? A muchos pudiera decirse: Puro eres, bastante puro, pero cascabillo, es decir, hipótesis hipócritas, rutinas, formalismos; nunca estuviste en contacto con el gran corazón del Universo; en verdad, no eres puro ni impuro: eres nada, inutilidad para la Naturaleza.

Afirmamos que el Credo Mahometano era una especie de Cristianismo; realmente, considerando la indómita y arrebatada buena fe con que se creyó y arraigó, diré es mejor que el de las miserables Sectas Siríacas con sus vanas discusiones sobre el *Homoiousion* y el *Homoousion*: cabezas repletas de vano ruido y corazón vacío y muerto. Su verdad está empotrada en portentoso error y falsedad, mas su verdad hizo creer en él, no su falsedad, abriéndose paso gracias a su verdad. Es una especie bastarda de Cristianismo, pero viviente, vivo corazón y no mera lógica inerte, infecunda, anticuada. Aquel solitario Hijo del Desierto penetró la realidad hasta la medula, ayudado por su sincero corazón, grave cual la vida y la muerte, con su perspicacia natural, a través de las impurezas de la idolatría árabe, teología demostrativa, tradiciones, sutilidades, rumores e hipótesis griegas y judías, con sus fútiles distinciones. Os digo que la idolatría es nada; que esos Ídolos de Madera, si se untan con aceite y cera, sirven de atrapamoscas; madera son y nada más, no pudiendo hacer nada por vosotros; son pretensión impotente y blasfemia, horror y abominación. Sólo Dios existe; sólo Él es poderoso; Él nos creó, Él puede quitarnos la vida y concedérnosla; *iAllah akbar!* (¡Dios es Grande!) Su voluntad es el mayor bien; por grande que fuere el daño corporal que os afligiere, consideradlo como bien y lo mejor, resignaos a aceptarlo como tal, pues a eso se reduce vuestro poder en este y en el otro mundo.

Y, si los bárbaros hombres idolátricos lo creyeron, si arraigó en sus fogosos corazones, fuere en la forma que fuere, afirmo era digno de creencia, siéndolo también para todos, pues con ello el hombre se convierte en sumo sacerdote del Templo de un Mundo, armonizando con los Decretos del Autor de este Mundo, cooperando en ellos, sin oponerse en vano. Es la definición más acertada del Deber; todo cuanto es justo se inserta en el deber de

cooperar en la Tendencia real del Mundo; de eso depende el éxito (que la Tendencia del Mundo logra siempre), somos buenos y seguimos el buen camino. *Homoiousion, Homoousion*, vana palabrería dialéctica, que se traicionará siempre, dirigiéndose dónde y cómo quiera; eso es lo que todo se esfuerza en significar, si significa algo. De no lograr esa significación nada quiere decir. No es que las Abstracciones, Silogismos dialécticos, estén bien o mal asentados, pero aquellos vivos y concretos Hijos de Adán comprendieron era lo importante. El Islam devoró aquellas sectas dialécticas; creo que tenía derecho a ello. Era una realidad, originada una vez más en el gran Corazón de la Naturaleza. Las idolatrías árabes, las fórmulas sirias, todo lo que no era realidad, tenía que arder como mero combustible, en varios sentidos, al entrar en contacto con lo que era fuego.

Durante estas inquietudes y luchas, principalmente tras su Huída de La Meca, fue cuando dictó, a salto de mata, su Libro Sagrado, llamado Korán (*Lectura*), *Para leer*. Es la Obra que él y sus discípulos tenían en gran estima, preguntando a todos: *¿No es un milagro?* Los musulmanes consideran su Korán con una reverencia que pocos cristianos rinden a su Biblia, admitiéndolo todos como modelo de toda ley y práctica, lo que ha de presidir toda especulación y la vida, mensaje celeste directo, al que debe conformarse la Tierra, sirviéndole de norma: lo que hay que leer. Sus jueces se ajustan a él; todos los musulmanes deben estudiarlo, buscando en él la luz de su vida. Tienen mezquitas en donde se lee diariamente, estando encargados treinta turnos de sacerdotes de leerlo por completo todos los días. La voz de este libro resuena continuamente desde hace doce siglos en los oídos y corazones de tantos hombres. Se habla de Doctores musulmanes que lo leyeron setenta mil veces.

Cosa curiosa: si buscamos *discrepancias en el gusto nacional*, ésta es de cierto el caso más típico. Puede leerlo quienquiera, pues la traducción de Sale es muy justa; mas he de declarar que para mí ha sido la lectura más pesada entre todas, revoltillo confuso, crudo, sin hilación, infinitas repeticiones, largas digresiones, confusión, estupidez insoportable, que sólo por obligación leería por completo un europeo. Hay en él mucha hojarasca que pasamos por alto, intentando vislumbrar los rasgos del hombre admirable, que leemos como los decretos ministeriales. Cierto es que nos llegó con desventaja; los árabes ven en él más método que nosotros. Los fieles lo hallaron a trozos, tal como se escribió de primera intención, en omóplatos de carnero en su mayor parte, en un cajón, publicándolo sin orden ni concierto, pareciendo procuraron comenzar por los capítulos más largos, por lo cual el verdadero comienzo está casi al final; porque los primeros escritos fueron los más breves. Leído en orden cronológico tal vez no fuera tan pesado. Dícese que su mayor parte es rítmica en su original, especie de cántico bárbaro; de ser así, la traducción hubiera perdido mucho; pero, aun concediendo todo eso y mucho más, creo difícil lo considerase ningún mortal como libro celeste demasiado bueno para la Tierra, ni como bien redactado, ni aun como libro, sino selvática rapsodia tan descuidada como la peor conocida. Eso en cuanto a las discrepancias nacionales y al promedio del gusto.

Me explico por qué lo estiman tanto los árabes, pues una vez leído ese confuso amasijo, considerado al pasar algún tiempo, comienza a manifestarse su tipo esencial: mérito muy distinto al literario. Si un libro surge del corazón, penetrará en otros corazones; el arte y la pericia retórica son secundarias. Yo diría que el carácter fundamental del Korán es su sinceridad, que es libro de buena fe. Ya sé que Prideaux y otros lo presentaron como mero haz de juglerías, diciendo que sus capítulos sirven al autor para mitigar y excusar sus sucesivos errores, para manifestar sus ambiciones y empirismos; ya es hora de que rechacemos todo eso. No aseguro que Mahoma fue siempre sincero, ¿quién es continuamente sincero? Pero confieso que no entiendo al crítico, que en estos tiempos lo acusa de embuste premeditado, de embuste consciente, ni de vivir en una atmósfera de embuste y de escribir este Korán como un falsificador y Un juglar. Toda persona imparcial hallará en el libro otro sentido. Es el confuso fermento de grande y ruda alma humana; ruda e indocta, que ni aun sabe leer, pero ferviente, seria, luchando con vehemencia para manifestarse en palabras. Con una especie de jadeante intensidad pugna por manifestarse; los pensamientos lo abruman: debido a la infinidad de cosas que tiene que manifestar no consigue expresar ninguna. La sustancia de lo que se propone decir no adquiere forma al exponerla, ni método, ilación o coherencia; sus pensamientos son deformes, manifestados en estado caótico inarticulado, tal como pugnan chocando en su imaginación. Hemos dicho que el Korán es estúpido; no obstante, la estupidez natural no es característica del libro de Mahoma, sino incultura natural, porque la incesante inquietud, la continua lucha, no le permitió estudiar el lenguaje ni preocuparse de pulirlo. En su redacción vemos el apresuramiento y vehemencia del hombre que lucha desesperado en el fragor de la batalla, defendiendo su vida y su alma. Siente gran prisa, porque la misma magnitud del sentido no le permite articularlo en palabras; el Korán es sucesión de manifestaciones de un alma en esas circunstancias, coloreadas por las diversas vicisitudes de veintitrés años, bien expresadas unas veces, mal otras.

Porque hay que considerar a Mahoma durante estos veintitrés años como centro de un mundo en pleno conflicto: batallas con los Koras y paganos, querellas entre los suyos, retrocesos de su celoso corazón, todo lo cual lo sumió en un perpetuo vértigo, sin que su espíritu conociera el reposo. El alma ansiosa de aquel hombre, agotada en noches de insomnio por aquellos torbellinos, imploraba una luz que le sirviese de guía, verdadera luz celestial y toda concepción de su mente, sagrada e indispensable para él, parecía inspiración de Gabriel. No, no fue Farsante ni impostor; este grande y fogoso corazón en que bullían y se agitaban los pensamientos como en un crisol, no era de intrigante. Para él la vida era un Hecho y el Divino Universo Hecho pavoroso y Realidad. Ciertamente padeció errores, como Hijo de la Naturaleza inculto y semibárbaro, que conservaba mucho del beduino. Lo que no podemos es creerle un miserable Simulacro, un hambriento Impostor sin ojos ni corazón, que cometiese tan sacrílega impostura a cambio de un plato de bazofia, falsificando celestes mandatos, reo de alta traición contra su Creador y contra sí mismo.

Para mí el mérito del Korán está en su sinceridad; por eso mereció la veneración de los indómitos hombres árabes. Ése es a la postre el primero y último mérito de un libro, el que origina todos los demás, por ser en el fondo lo único que puede generarlos. A través de esas masas de confusa tradición, vituperio, queja, grito de júbilo, hallamos en el Korán verdadero discernimiento directo, lo que casi pudiéramos llamar poesía. El cuerpo del libro está formado por la tradición, una especie de predicación vehemente, entusiasta, improvisada, repetición de las rancias leyendas de los Profetas tal como se conservaron en la memoria de los árabes, la manera como uno tras otro, Abraham, Hud, Moisés, los cristianos y otros profetas reales o legendarios, llegaron hasta la tribu afeando a los hombres su pecado, siendo acogidos igual que él, cosa que lo consuela. Eso lo repite diez o veinte veces, haciéndose pesado, no cansándose nunca, como pudiera haber hecho el buen Samuel Johnson en su olvidada buhardilla en las Biografías de Autores. Ésa es la gran materia del Korán; de cuando en cuando asoma algún destello del verdadero pensador y vidente. Mahoma vió el mundo con claridad, y con cierta originalidad y áspero vigor trata que penetre en los corazones la que inflamó el suyo. Pasemos por alto las alabanzas de *Allah*, que muchos elogian; supongo que en su mayor parte las tomó de los hebreos, aunque éstos las superaron. Lo más interesante, en mi concepto, es la perspicacia, que llega hasta el corazón de las cosas, descubriendo su verdad, don que la Gran Naturaleza concede a todos, pero sólo uno entre mil acepta sin rehusarlo con desdén; a eso llamo sinceridad en el discernimiento, que pone a prueba la franqueza.

Mahoma dijo varias veces con impaciencia: *No puedo hacer milagros; soy Predicador encargado de difundir esta doctrina entre los hombres.* No obstante, el mundo fue siempre para él un gran milagro. *Mirad el mundo, decía, ¿no es obra maravillosa de Alláh, signo para vosotros, de no estar ciegos? La Tierra la creó Dios para vosotros indicándoos el camino; podéis vivir en ella, recorrerla.* Las nubes que cubren la seca comarca de Arabia son maravilla para Mahoma, que dijo: *¿De dónde venis, grandes nubes nacidas en el profundo regazo de la Elevada Inmensidad? Planean como grandes monstruos negros, que vierten lluvia que vivifica la mortecina tierra, alimentan los manantiales, las altas palmeras con sus racimos de dátiles. ¿No es eso otro signo? Allah creó también los rebaños, seres mudos y útiles, que truecan la broza en leche; os vestis con la lana de esas criaturas que llegan al caer la noche a vuestra morada, siendo crédito para vosotros.* Habla de los navíos, diciendo: *Son grandes montañas que se mueven, extendiendo sus alas de lienzo; que saltan sobre las aguas impulsadas por el viento celeste, deteniéndose algunas veces porque Dios lo refrena y quedan inmóviles sin poder avanzar. ¿Milagros? ¿Qué milagros queréis? ¿No sois vosotros un milagro? Dios os hizo, formándoos de un trozo de arcilla. Pequeños fuimos; hace unos años no existíamos; somos bellos, fuertes, inteligentes, nos compadecemos mutuamente. Llega la vejez y las canas; el vigor se trueca en debilidad, desfallecemos y desaparecemos. Nos compadecemos mutuamente. Alláh pudiera haberos creado sin que os compadeciéreis unos de otros, ¿qué hubiera ocurrido entonces?* Esto me sorprende, siendo para mí sagaz

pensamiento, mirada que penetra hasta la entraña de las cosas. En este hombre hay rudos vestigios de genio poético, de algo que indica lo mejor y más cierto. Vigoroso intelecto inculto, discernimiento, hombre fuerte e indómito, que pudiere haber tomado forma de Poeta, Rey, Sacerdote, cualquier clase de Héroe.

Para sus ojos, el mundo era incesante milagro, viendo lo que vieron los escandinavos, lo que contemplaron todos los grandes pensadores, aunque en varios sentidos: que el mundo material, tan sólido, nada es realmente en el fondo, sino Manifestación visual y táctil de la potencia y presencia de Dios, sombra proyectada por Él sobre el seno del vado Infinito. Las montañas, esos altivos y rocosos montes, desaparecerán como nubes, dice, fundidas en el Azul. Imagina la Tierra a la manera árabe, según Sale, como inmensa Llanura, sirviendo los montes como pesos para fijarla. Al llegar el Último Día desaparecerán como nubes; la Tierra rodará, deshaciéndose, convirtiéndose en polvo y vapor, en Nada. *Allah* le retirará su protección y cesará de existir. El imperio universal de *Allah*, la omnipresencia de un inefable Poder, el Esplendor y Terror indecible, como verdadera fuerza, esencia y realidad en todo, era lo que continuamente veía aquel hombre, lo que un moderno indica al decir *Fuerzas y Leyes de la Naturaleza*, no imaginándolo cosa divina, ni como cosa, sino como serie de ellas, algo que se vende, curioso, apto para impulsar buques de vapor. Nuestras Ciencias y Enciclopedias hacen que olvidemos la divinidad en nuestros laboratorios. ¡No debiéramos olvidarlo! Pues entonces no sé lo que fuere digno de recordación. Sin el sentimiento de lo Divino, la Ciencia es cosa muerta, seca, contradicción, vado, cardo a últimos de otoño. Sin aquello, la mejor ciencia es rama muerta, no el árbol que crece en el bosque, que produce nuevas ramas, entre otras cosas. El hombre no puede saber, a menos que no adore en algún modo. De no ser así, su conocimiento no pasa de pedantería: es cardo seco.

Mucho se ha escrito sobre la sensualidad de la Religión de Mahoma y más de lo justo. Las indulgencias que permitía, criminales para nosotros, no fueron cosa suya, sino que se practicaban en Arabia desde tiempo inmemorial; lo que hizo fue reducirlas, restringirlas en varios sentidos. Su Religión no es cómoda: rigurosos ayunos, abluciones, estrictas y complejas fórmulas; oraciones cinco veces al día, abstinencia de vino; si se extendió no se debe a su comodidad. ¡Como si una religión o causa religiosa pudiese difundirse de ese modo? Se calumnia al hombre cuando se dice que tiende a los actos heroicos por la facilidad, esperanza de placer, recompensa, postres de cualquier clase, en éste o en el otro mundo. Algo noble hay en el más despreciable de los mortales. El infeliz soldado que jura, admitido para que desafíe a la muerte, tiene su honor de soldado, que difiere del reglamento de sus ejercicios y paga. Lo que anhela confusamente el más humilde de los hijos de Adán no es regalarse con dulces manjares, sino efectuar cosas nobles y sinceras, conducirse bajo la Bóveda Celeste como bueno; si le indicamos el camino, el más torpe galopín se trocará en héroe. Los que dicen que el hombre es seducido por la facilidad lo difaman. Los acicates que obran sobre el corazón humano son la dificultad, el sacrificio, el martirio, la muerte;

si enardecemos su vida interna genial obtendremos una llama que consumirá todas las consideraciones inferiores. No es la felicidad, sino algo superior, lo que se observa hasta en los más frívolos, con su pundonor. Las religiones no suman adeptos adulando los apetitos, sino despertando lo Heroico que dormita en todo corazón.

Mahoma no fue sensual, considerando lo que de él se ha dicho, sufriendo error si le creemos voluptuoso vulgar, inclinado a los placeres despreciables, ni a ninguno de ellos. Su hogar se distinguía por la frugalidad; pan de cebada y agua día tras día, pasando meses sin que encendiesen fuego. Recuérdase con orgullo que recomponía sus babuchas y chilaba; era hombre pobre y trabajador, sin preocuparse del fin vulgar del trabajo. No era malo, habiendo en él algo mejor que apetito de cualquier clase. pues, de no haber sido así, los fieros árabes que lucharon y sirvieron a su lado durante veintitrés años en continuo contacto con él, no le hubieran reverenciado. Se trataba de hombres agrestes, entre los que surgía la querrela a causa de la ruda sinceridad; sin dignidad y virilidad nadie podía hacerse obedecer de ellos. ¿Decís que lo llamaban Profeta? Vivía con ellos, sin ocultarse misteriosamente, recomponiendo sus babuchas y chilaba, luchando, aconsejando. mandando entre ellos: sabían quién era, llámese como se le llame. Ningún emperador con sus tiaras que fuere obedecida como este hombre con una capa remendada por él, durante aquellos veintitrés años de áspera prueba. Para eso era necesario hubiera en él algo del verdadero Héroe.

Sus últimas palabras fueron una oración, rotas interjecciones de un corazón, que con temblorosa esperanza tiende a su Creador. No podemos decir que su religión le empeorase, sino que le perfeccionó. De él se guardan generosos recuerdos; cuando perdió a su hija expresóse en su dialecto sinceramente, pronunciando algo equivalente a lo que el cristiano manifiesta así: *Dios me la dió y Dios me la ha quitado; ibendito sea el nombre del Señor!* Lo mismo dijo cuando Seid, su esclavo emancipado y estimado, el segundo de sus adeptos, murió en la guerra de Tabuc, primeras luchas contra los griegos: *Bien; Seid cumplió su deber sirviendo a su Señor; ahora va a reunirse con Él.* No obstante, la hija del esclavo vió que el encanecido Mahoma derramaba lágrimas sobre el cuerpo de su padre y exclamó: *¿Qué veo? Un amigo que llora por el suyo.* Dos días antes de morir visitó Mahoma la mezquita. preguntando si alguien tenía queja contra él, pues sus espaldas recibirían el castigo, añadiendo: *¿Hay alguien a quién deba algo?* Una voz repitió: *Si; tres dracmas que te presté en tal ocasión,* ordenando Mahoma le fueran restituídas diciendo: *Preferible es pasar afrenta ahora que el Día del Juicio.* Recordad aquel *¡No! ¡Por Aláh!*, al mentarle a Kadijah. Estos rasgos revelan al hombre sincero, al hermano de todos nosotros, que se nos manifiesta a través de doce siglos, al verdadero hijo de nuestra Madre común.

Admiro a Mahoma porque huía de la doblez, pues el rudo y solitario hijo del desierto no pretendió lo que no era; no fue orgulloso, mas no se humilló, viviendo como pudo, remendando su ropa y calzado, que hablaba claramente

sobre los deberes de los reyes de Persia y Emperadores griegos, que se conocía, sabiendo respetar a los demás. En la guerra sin cuartel contra los beduínos no faltaron actos de crueldad, recordándose también casos de noble generosidad natural, de piedad, de misericordia, sin que Mahoma se excusase de aquéllos ni se jactase de éstos, siendo todos dictado de su corazón, de acuerdo con la circunstancia. No era un farsante; en él encontramos cándida ferocidad, de requiriera el caso, sin atenuaciones. De cuando en cuando alude a la guerra de Tabuc, diciendo que una vez muchos de sus hombres se negaron a obedecer, so pretexto del calor, la cosecha y otras cosas. *¿Tu cosecha? Es cosa de un día. ¿Qué es ella comparada con la Eternidad? ¿El calor? Si, hace calor, pero más hace en el Infierno.* A veces emplea el sarcasmo, diciendo a los incrédulos: *En el Día del Juicio tendrás tu merecido; verás pesar tus actos sin que te engañen en el peso.* Considera las cosas, viendo su entraña; en ocasiones queda mudo su corazón ante su grandeza. *Ciertamente,* dice, palabra que en el Korán reemplaza a toda una frase.

En Mahoma no hay *dilettantismo*, siendo todo Reprobación y Salvación, Tiempo y Eternidad, sintiendo gran celo por ello. El peor pecado es el *dilettantismo*, la hipótesis, la especulación, manera de buscar la Verdad como pasatiempo, jugando y tomándola a broma, raíz de todos los pecados imaginables que se agarra al corazón y al espíritu del hombre que nunca veneró la Verdad, que vive de apariencias, que no sólo dice y origina falsedades, sino que es una falsedad todo él. El principio moral racional, destello de la Divinidad, está en él abatido, es la parálisis de la muerte en vida. Las falsedades de Mahoma son más verdad que las verdades de un hombre así: hipócrita, de refinados modales, respetable alguna vez y en algunos medios; inofensivo que nada injurioso dice a nadie, puro, con la pureza del gas carbónico, que es veneno mortal.

No diré que los preceptos morales de Mahoma sean todos insuperables, pero puede afirmarse que tienden siempre al bien, que son los dictados de un corazón que aspira a la justicia y la verdad. El sublime perdón cristiano que dice: *Si descargaren la mano sobre tu mejilla derecha, ofrece la otra,* no figura en tales preceptos, aconsejando la venganza, pero mesurada, sin que rebase la justicia. De otra parte, el Islam, como toda gran Fe y percepción de la esencia del hombre, es igualitario: el alma de un creyente supera a toda realza terrena, siendo todos iguales según el Islamismo, insistiendo Mahoma sobre el deber de la limosna, no sobre la conveniencia, indicando mediante la ley lo que debemos dar, respondiendo de no cumplirla. El pobre, los que están en aflicción, los que necesitan socorro, tienen derecho a la décima parte de lo que anualmente disfrute el hombre. Es el Bien, la voz natural de humanidad, piedad e igualdad que animaba el corazón de aquel solitario Hijo de la Naturaleza.

Es cierto que el Paraíso e Infierno de Mahoma son sensuales, habiendo en ellos algo que ofende nuestros sentimientos espirituales; mas tengamos presente que así era ya entre los árabes; que todo lo que hizo Mahoma fue

suavizar y pulir. Las peores sensualidades se deben a los doctores, sus adeptos, no a él. En realidad, poco se dice en el Korán sobre los goces paradisiacos, insinuándose más que acentuándolos, no olvidando tampoco que los más intensos son espirituales, siendo el principal la pura Presencia del Altísimo. Mahoma dice: *Vuestro saludo será Salam, es decir Paz, cosa que todos los espíritus racionales anhelan, buscándola en vano en este mundo como única bendición. Ocuparemos asientos unos frente a otros; todos los rencores desaparecerán de los corazones, amándonos todos inmensamente, porque nos bastará al Cielo reflejado en los ojos de nuestros hermanos.*

En cuanto a la sensualidad de Mahoma y su Paraíso, capítulo penoso entre todos para nosotros, habría mucho que decir, mas no es oportuno, limitándome a dos observaciones; vosotros haréis deducciones. La primera la sugiere Goethe, es notable insinuación casual. En una de sus descripciones en Los viajes de Meister, llega el héroe a una sociedad de extraños usos, uno de los cuales es éste: *Es preciso, dice el jefe, que cada uno de los nuestros se refrene en ciertas cosas, se oponga a su deseo en algo, obligándose a obrar como no quiere, aunque en otras cosas le dejamos en amplia libertad.* En esto veo gran justicia. No hay mal en gozar de lo placentero; el mal está en reducir nuestro ser moral esclavizándonos a ello. El hombre debe dominar sus hábitos, desprenderse de ellos a voluntad, de haber causa evidente, siendo esto excelente ley. El Mes de *Ramadán* para los islámicos (tanto en su religión como en la vida de Mahoma), tiende a eso, si no premeditadamente, con claro propósito de perfección moral de su parte, debido a cierto instinto saludable y viril; el fin es idéntico.

Hay que decir que, por toscos y materiales que sean el Cielo y el Infierno de Mahoma, son emblema de sempiterna verdad, que grabó mejor que otros insistiendo sobre su Paraíso burdo y sensual, su horrible y llameante Infierno, el pavoroso Día del Juicio: ¿no es eso imprecisa sombra, en la rústica imaginación del beduino, del gran Hecho espiritual, Principio de los Hechos, que no hay que ignorar ni tomar a broma, de la Infinita Naturaleza del Deber? Que los actos del hombre en este mundo revisten infinita importancia, no borrándose nunca; que la breve vida del hombre lo eleva hasta el Cielo o hunde hasta el Infierno, y que en sus sesenta años de Tiempo hay oculta temible y maravillosamente una Eternidad: eso es lo que quedó grabado con letras de fuego en el indómito espíritu árabe, teniéndolo siempre presente, terrible, indecible, como marcado por la llama y por el relámpago. Eso es lo que se esfuerza en decir con violento celo, fiera y cerril sinceridad, balbuceante, sin poder articularlo, realizándolo en ese Cielo y ese Infierno. Sea cual fuere la forma como se materialice, siempre es la verdad entre las verdades, venerable bajo todos los símbolos. ¿Cuál es el fin principal del hombre en este mundo? Mahoma satisfizo esta pregunta de modo que pudiera avergonzamos, no obrando como Bentham ni Paley, que consideran el Bien y el Mal, calculan los daños y beneficios, el placer resultante de uno y otro, adicionando, sustrayendo, haciendo el balance, preguntando si el Bien supera considerablemente al mal. No, no es mejor

hacer el uno que el otro; uno es al otro lo que la vida es a la muerte, el Cielo al Infierno. El mal no debe hacerse nunca, ni dejar de hacer el bien. No hay que medirlos, son inconmensurables, uno es muerte eterna para el hombre; vida eterna el otro. La Utilidad de Bentham, la consideración de la virtud como Daño o Beneficio, reduce el mundo de Dios a Máquina de Vapor, la infinita Alma celeste del Hombre a una especie de báscula para pesar paja y cardos, placeres y penas. Si me preguntáis qué parte sustenta opinión más baja y falsa sobre el hombre y su Destino en el Universo, declararé que no es Mahoma.

Repetimos que, en general, la religión mahometana es una especie de Cristianismo; contiene genuino elemento de superioridad espiritual que la anima, que no pueden velar sus imperfecciones. El Dios escandinavo Deseo, el dios de todos los hombres rudos, fue convertido en Cielo por Mahoma, Cielo simbólico del sagrado Deber que hay que ganar por la fe y las buenas obras, mediante la acción valerosa y divina paciencia, todavía más valerosa. Es paganismo escandinavo al que ha sido agregado un elemento verdaderamente divino; no digamos es falso, considerando su falsedad, sino su verdad. Desde hace doce siglos es religión y norma de vida para la quinta parte de la Humanidad, siendo religión en que se cree cordialmente. Los árabes la creen, procurando vivir de conformidad con ella. No hubo cristianos, salvo los primitivos o los Puritanos ingleses de nuestra época, que sintieren tal celo por su Fe como los musulmanes, que creen firmemente en su religión, afrontando el Tiempo y la Eternidad. Esta misma noche, cuando grite el sereno en las calles de El Cairo *¿Quién vive?*, escuchará de labios del transeúnte junto con su respuesta: *No hay otro Dios que Dios. El Allah akbar, Islam*, resuena un día tras otro, hasta la muerte, en el espíritu de esos millones de seres humanos; celosos misioneros, propagan su fe entre los malayos, papúes, salvajes idólatras, siempre desplazando lo malo, nunca lo que es bueno o mejor.

Con ella el pueblo árabe salió de las tinieblas gozando de la luz y vivificándose. Aquella pobre nación de pastores, errando en sus desiertos desde la creación del mundo, tuvo su Héroe-Profeta, portador de mensaje que les inspirase fe: entonces aquellos seres ignorados se dieron a conocer al mundo, trocándose en mundial lo reducido: un siglo después los árabes estaban en Granada, en Occidente, en Delhi, en Oriente, descollando por su valor y esplendor, por los destellos de su genio, brillando durante largo período en gran parte de la Tierra. Grande es la fe, manantial de vida. La historia de un pueblo es fecunda, eleva su espíritu tan pronto como tiene fe. Esos árabes, el hombre Mahoma y aquel siglo fueron como chispa caída sobre un mundo de arena negra y despreciable, arena que estalló como pólvora, iluminando hasta el cielo los espacios entre Delhi y Granada. Ya dije que para mí el Gran Hombre es rayo celeste, que los demás lo esperan como combustible, llameando a su contacto.

TERCERA CONFERENCIA



**El héroe como poeta.
Dante.
Shakespeare.**

El héroe como poeta.

Dante.

Shakespeare.

Primera parte

(Martes, 12 de mayo de 1840)

El Héroe-Divinidad, el Héroe-Profeta, fueron producto de remotas épocas; no repetibles en las nuevas. Presuponen cierta rudeza de concepción, que el adelanto del mero conocimiento científico acaba por disipar. Sólo un mundo casi huérfano de ciencia permitiría a la admiración del hombre la suposición de que su semejante es un dios o un ser cuya voz es divina inspiración. La Divinidad y Profecía pasaron para siempre, teniendo que considerar al Héroe con el carácter menos ambicioso y menos discutible del poeta, carácter que no perece. El poeta es figura heroica propia de todas las épocas, que todas poseen, que pueden producir, ayer como hoy, que surgirá cuando plazca a la Naturaleza. Si la Naturaleza produce un Alma Heroica siempre podrá revestir la forma de Poeta.

Los Grandes Hombres reciben los nombres de Héroe, Profeta, Poeta, según la época y lugar, de conformidad con las variedades observadas en ellos, de acuerdo con la esfera en que se manifestaren. Según este principio pudiéramos darles muchos más nombres. Indiquemos un hecho importante: que la diferente esfera constituye el origen de tal distinción; que el Héroe puede ser Poeta, Profeta, Rey, Sacerdote, lo que queráis, según el ambiente en que nazca. Declaro no tener noción de hombre verdaderamente grande que no pueda ser todo lo que puede ser un hombre. El Poeta capaz sólo de tomar la pluma y componer versos, nunca ejecutará un verso que valga mucho. No puede cantar al Heroico guerrero si él no es también un guerrero heroico. Imagino que en él está el Político, el Pensador, el Legislador, el Filósofo, que pudo ser todo eso, que lo es en su fondo. Por eso creo también que Mirabeau pudo haber escrito versos, tragedias, poemas, conmover los ánimos con su inflamado corazón, el fervor que en él había, las ardientes

lágrimas que encerraba, si su vida y educación hubieren tendido a ello. El carácter del Grande Hombre es el fundamental; que sea grande. Napoleón tiene palabras que igualan la batalla de Austerlitz. Los Mariscales de Luis XIV son hombres de genio poético; los dichos de Turena son sagaces y geniales, como los de Samuel Johnson. En eso reside la grandeza de corazón, la vista perspicaz, sin que haya hombre que pueda prosperar sin ella en nada. Petrarca y Boccaccio pudieron ser excelentes diplomáticos, sin duda, puesto que efectuaron cosas mucho más difíciles. Burns, excelso poeta lírico, pudo ser un Mirabeau perfeccionado. Ignoramos en qué no hubiera sobresalido Shakespeare y en sumo grado.

Es verdad que hay aptitudes naturales también. La Naturaleza no fundió a todos los grandes hombres en un mismo molde, y tampoco a los otros. Hay variedades de aptitud; las de circunstancia la superan en número y estas últimas son las que más atraen la atención. Ocurre lo mismo cuando el hombre vulgar aprende un oficio: si tomamos uno con vaga capacidad, que podría sobresalir en cualquiera de ellos, convirtiéndolo en herrero, carpintero, albañil, eso será de allí en adelante y nada más. Si, como afirma Addison, vemos un trajinero que vacila bajo su carga y cerca de él un sastre de hercúleo aspecto que cose un trozo de paño con minúscula aguja, saltará a la vista que no se tuvo en ambos casos en cuenta la aptitud natural solamente. Eso ocurre con el Gran Hombre, ¿a qué debe dedicarse? Surge el Héroe: ¿será Conquistador, Rey, Filósofo, Poeta? La controversia en cuanto a la apreciación entre el mundo y el Héroe es inexplicablemente compleja. Leerá el mundo y sus leyes; con sus leyes estará ahí para los que lo lean. Lo que el mundo le permita y ordene, es el hecho más importante para el mundo.

Poeta y Profeta difieren bastante en las negligentes lenguas modernas. En algunas lenguas antiguas ambos títulos son sinónimos, *Vates* significa ambas cosas; bien entendido, en todas las épocas, Profeta y Poeta tienen significado muy parecido. Son fundamentalmente idénticos, especialmente en este importantísimo aspecto: que los dos penetraron el sagrado misterio del Universo, lo que llama Goethe *secreto evidente*. ¿Cuál es el gran secreto?, pregunta uno. El secreto evidente, a la vista de todos, visto por casi nadie. Ese divino misterio que reside en todas partes, en todos los Seres, la Idea Divina del Mundo, la que está en el fondo de la Apariencia, como la denomina desde el cielo estrellado hasta la hierba del prado, pero especialmente la Apariencia de Hombre y su trabajo, es sólo vestidura, materialización que lo hace visible. Este divino misterio existe en todo tiempo y en todo lugar, ciertamente. Mas la mayor parte de las veces, en casi todos los lugares se descuida mucho; y el Universo, definible siempre en una u otra lengua, como Pensamiento de Dios realizado, se considera trivial, inerte, vulgar, como cosa inanimada que un tapicero hubiera relleno, según el Satírico. Inútil extendernos ahora sobre este punto; lo sensible, si lo desconocemos, es vivir continuamente sabiendo que lo ignoramos; lástima grande; malogramos la vida, de vivir como decimos.

Diré a quienquiera olvide este divino misterio, que el *Vates*, Profeta o Poeta, ha penetrado en él, que es hombre enviado para dárnoslo a conocer con más eficacia. Por su mensaje nos revelará ese sagrado misterio en cuya presencia vive más que otros. Mientras los demás lo olvidan él lo conoce, pudiendo decir que ha sido llevado a conocerlo sin que se le pidiese su consentimiento, viviendo junto a él sin poder evitarlo. En esto no hay Eco, sino Discernimiento directo y Fe; tampoco este hombre puede dejar de ser sincero. Cualquiera puede vivir en la apariencia de las cosas, mas para él es necesidad natural vivir en su realidad. Es hombre que toma en serio el Universo, mientras otros lo toman en broma. Es *Vates* ante todo, en virtud de su sinceridad. Como participantes en el *secreto evidente* el Poeta y el Profeta son uno.

En lo referente a su distinción pudiéramos decir que el *Vates* Profeta ha comprendido ese sagrado misterio en su aspecto moral, como Bien y Mal, Deber y Prohibición, y el *Vates* Poeta en lo que llaman los alemanes aspecto estético, como Bello y cosas por el estilo. Podemos llamar al uno revelador de lo que debemos hacer, al otro de lo que debemos amar. Pero también estos dos sectores se confunden, y son inseparables. El Profeta considera también lo que debemos amar. ¿cómo podríamos saber lo que debemos hacer de no ser por eso? La Voz suprema que se oyó en la Tierra dijo: *Considera los lirios del prado: ni hilan ni tejen; no obstante, Salomón en toda su pompa no era tan hermoso como ellos.* Es mirada lanzada en la más honda profundidad de la Belleza. Los lirios del prado, mejor ataviados que los príncipes de la tierra, que surgen en el humilde surco, lindos ojos que nos miran desde el gran Mar interior de la Belleza. ¿Cómo podría producirlos la Tierra si su Esencia, áspera como parece y es, no fuere Belleza interior? Desde este punto de vista pudiere tener sentido cierta frase de Goethe, que ha hecho vacilar a muchos: *La Belleza es superior al Bien, por estar comprendido en ella. La verdadera Belleza, que, sin embargo, difiere de la falsa como el Cielo difiere de Vauxhall.* Eso en cuanto a la distinción e identidad entre el Poeta y el Profeta.

Tanto en la antigüedad como en otras épocas, hallamos algunos Poetas de los que se dice son *perfectos*, teniéndose por traidor a quien les atribuye faltas, cosa digna de notar, justa, mas en sentido estricto es ilusoria, pues en el fondo no hay Poeta perfecto. En todos los corazones hay vena poética, nadie es íntegramente poeta. Todos somos poetas cuando leemos bien un poema. ¿No creéis que la imaginación que se conmueve leyendo el Infierno de Dante es la misma facultad, aunque más débil, que la propia del Autor? Únicamente Shakespeare es capaz de dar cuerpo a la leyenda de Hamlet tomándola de Saxo Grammaticus, como lo hizo; todos podemos componer una leyenda inspirándonos en ella, bien o mal. No perdamos tiempo en definiciones, porque en lo que no hay diferencia específica, como entre redondo y cuadrado, siempre es arbitraria la definición. El que haya desarrollado en sí elemento poético que se distinga por ello, será llamado Poeta por sus semejantes. Los Universales, los que hay que considerar perfectos, son estimados por los críticos del mismo modo. El que se eleve

sobre el nivel general de los Poetas, parecerá universal a tal o cual crítico, y, no obstante, la distinción es y tiene que ser arbitraria. Todos los Poetas, todos los hombres tienen algún rasgo de lo Universal, pero ninguno de ellos está únicamente integrado por él. Los más de los Poetas caen pronto en el olvido, pero ni el más noble Shakespeare u Homero entre ellos será eterno; llegará el día en que desaparecerá.

Pero, diréis, debe haber diferencia entre la verdadera Poesía y la verdadera Habla prosaica, y ¿cuál es? Mucho se ha escrito sobre esto, especialmente por los últimos críticos alemanes, algunos de los cuales no comprendemos a primera vista. Dicen, por ejemplo, que uno de los caracteres del Poeta es la infinidad que comunica, una *Unendlichkeit*, cierta infinidad a todo lo que toca. Esto, aunque impreciso, aun sobre tan vaga materia, es digno de recordarse, porque bien meditado, le hallaremos gradualmente alguna significación. Por mi parte, hallo considerable significación en la antigua distinción vulgar de la Poesía al decir que es métrica, que tiene música, que es Melodía. Verdaderamente, si nos apremiasen para que diéramos una definición, diríamos ante todo: si su bosquejo es auténticamente musical, no sólo en las palabras, sino en sentimiento y sustancia, en todos sus pensamientos y expresiones, en su complejo concepto, será poético, si no, no. Musical: ¡cuánto quiere decir esto! El pensamiento musical es el que expresa una mente que ha penetrado en el recóndito corazón de la cosa, que ha descubierto su más íntimo misterio, es decir, la melodía oculta en él; la armonía interior de la coherencia que es su espíritu, por el que existe, teniendo derecho a la existencia en este mundo. Todo lo más íntimo podemos decir es melodioso, se expresa naturalmente cantando. El significado del Canto es profundísimo. ¿Quién en palabras lógicas puede expresar el efecto que tiene sobre nosotros la música? Es una especie de lenguaje inarticulado que nos lleva hasta el borde del Infinito, permitiéndonos lo contemplemos un instante.

Todo lenguaje, hasta el más vulgar, tiene algo de melodía en sí, no habiendo parroquia en el mundo que no tenga su acento; el ritmo o tonada con que la gente canta lo que tiene que decir. El acento, el dejo, es una especie de canto; lo tenemos todos, aunque sólo lo notamos en los demás. Observad que todo lenguaje apasionado es musical, música más fina que el mero acento; las palabras del hombre, aun cuando se enfada, son canto, canción. Todo lo profundo es Melodía, pareciendo sea nuestra íntima esencia, como si todo lo restante fuera envoltura y caparazón; es nuestro elemento primario, el de todas las cosas. Los griegos hablaron de las Armonías de la Esfera, porque así concebían la estructura interna de la Naturaleza, creyendo que el espíritu de sus voces y expresiones era música perfecta. Diremos, pues, que la Poesía es Pensamiento musical; el Poeta Piensa así; en el fondo encauza la potencia del intelecto; lo que hace al Poeta es la sinceridad y profundidad de visión; profundizando veremos musicalmente, pues el corazón de la Naturaleza es melodía, si logramos llegar hasta él.

Comparado con el *Vates Profeta*, el *Vates Poeta*, con su melodiosa Apocalipsis de la Naturaleza no ocupa tan elevada jerarquía, pues la función y estima que por ella goza no tienen tanto alcance. Parece que nuestro aprecio por el Gran Hombre decrezca continuamente por el tiempo, al considerar primeramente al Héroe como Divinidad, como Profeta luego, como Poeta más tarde. Primero Dios, después inspirado por él, ahora como Poeta por su milagrosa palabra, excelente versificación, como hombre genial, o cosa parecida. Así parece, pero estoy persuadido de que intrínsecamente no es así. Bien considerado, tal vez parezca existir todavía en el hombre la misma admiración peculiar por el Don Heroico que en cualquier época, llámese como se quiera.

Digo que si no reconocemos al Gran Hombre como divino literalmente, es porque nuestra noción de Dios, del supremo e inaccesible Manantial de Esplendor, Sabiduría y Heroísmo, se elevan cada vez más, no queriendo decir esto que decrezca la reverencia por estas cualidades; no lo olvidemos. El *Dilettantismo* Escéptico, que no será eterno, es la plaga de estos tiempos, que influye lastimosamente en esta importantísima actividad humana, como en las demás, manifestándose la reverencia por los grandes hombres pobremente, como dolorida, cegada, paralítica. El hombre admira la ostentación y boato que acompaña a los grandes hombres, la mayoría niega que haya en los grandes hombres algo realmente venerable. Creencia funesta, fatal, que conduce a perder la esperanza en los hechos humanos. No obstante, fijáos en Napoleón, teniente de Artillería corso; eso es lo que podía ostentar, pero fue obedecido, adorado en cierto modo como no consiguieron serlo todos los que ceñían diadema en el mundo. Burns, el rústico escocés, vióse asediado por grandes duquesas y mozos de hostal, atraídos por el placer que sentían al escucharlo porque nadie se expresaba como él; eso es el hombre en el fondo. En el secreto corazón de aquella gente se reveló ligeramente, aunque no haya testigos de ello, que aquel rústico, de negras y pobladas cejas, hundidos y centelleantes ojos y extrañas palabras que provocaban lágrimas y sonrisas, superaba en dignidad a todos, que les empequeñecía. Hoy, si el *Dilettantismo*, el Escepticismo, la Trivialidad y toda esa funesta ralea se esfumase en nosotros como por encanto (como ocurrirá con el tiempo), si desapareciese por completo la fe en la pompa de las cosas, reemplazándola por la fe sincera en ellas de modo que el hombre obrase sólo animado por ese impulso olvidando todo lo demás, renacería pujante aquella franca y sentida admiración por Burns.

Sin embargo, en estos dos Períodos tenemos dos Poetas que, si no fueron divinizados, fueron, por lo menos, beatificados. Puede decirse que Shakespeare y Dante son Santos de la Poesía, que fueron canonizados, siendo impío discutirlos. A ese resultado ha llegado el libre instinto del mundo abriéndose paso a través de muchos perversos obstáculos. Dante y Shakespeare son Dos que viven aparte en cierta soledad real, que no tienen par ni continuador; ambos gozan de cierto trascendentalismo, gloria de casi completa Perfección para el mundo en general. Fueron canonizados sin intervención de Papas ni Cardenales. Así, a pesar de toda influencia maligna

en tiempos nada heroicos, perdura nuestra indestructible creencia por el heroísmo. Fijémonos en el Poeta Dante, y en el Poeta Shakespeare; de este modo diremos lo que podamos del Héroe como Poeta.

El héroe como poeta.

Dante.

Shakespeare.

Segunda parte

(Martes, 12 de mayo de 1840)

Muchos son los volúmenes escritos sobre Dante y su Libro; en general, sin gran resultado. Es licito decir que hemos irrecuperablemente perdido su biografía. Durante su vida no llamó mucho la atención aquel hombre insignificante, errante, dolorido, esfumándose por el tiempo lo poco que se sabía de él. Pasaron cinco siglos. Tras los muchos comentarios lo único que sabemos se debe a su obra poética y al retrato atribuido a Giotto, cuya contemplación nos obliga a creerlo fiel, sea de quien fuere. Es el rostro que más me ha conmovido entre los conocidos: solo, pintado sobre el vado con su sencillo laurel, su eterna amargura y dolor, el triunfo inmarcesible: ésa es la completa historia de Dante. Pienso que es el rostro más triste que se ha pintado: trágico, apenado. En su fondo se vislumbra la suavidad, la ternura, el cándido afecto infantil helado por la contradicción, abnegación, aislamiento, digno dolor sin esperanza. Alma etérea que asoma severa, implacable, amargada, como presa del hielo, rostro que expresa secreto dolor, dolor irónico, pues su labio manifiesta divino desdén por lo que roe su corazón, despreciándolo como insignificante, considerando que lo que tiene poder para torturarlo y amargarlo es inferior a él. Es rostro de franca protesta del que sostiene tremenda lucha con el mundo mostrándose invencible. Es afecto trocado en indignación, indignación implacable, lenta, equilibrada, silenciosa, como la de un dios. Su vista mira con sorpresa, como inquiriendo: *¿Por qué es el mundo así?* Ése es Dante; así parece fue la voz de diez siglos de silencio, que cantó su mística e insondable canción.

Lo poco que sabemos de su vida concuerda con el retrato y con el libro. Nació en Florencia, de elevada cuna, en 1265, educándose como mejor se educaba en aquella época: mucha escolástica, lógica aristotélica, algunos clásicos latinos, bastante cultura en cuanto a ciertas ramas del saber, cosas

que Dante aprendió bien debido a su ávida inteligencia natural, clara y cultivada comprensión y gran perspicacia, madurando el mejor fruto que se esforzó en desarrollar su instrucción. Conocía exactamente cuanto le rodeaba; mas en aquel tiempo, sin libros impresos o grandes relaciones, no podía conocer bien lo distante, pues la lucecita que ilumina lo próximo se torna imprecisa cuando baña lo lejano. Esa fue la sabiduría que Dante adquirió en las escuelas; en la vida siguió su destino, luchando como soldado del Estado Florentino en dos campañas; también fue embajador; a los treinta y cinco años lo nombraron Magistrado de Florencia, debido a su talento natural y servicios. Durante su niñez fijó sus ojos en Beatriz Portinari, hermosa muchacha de su edad y posición, viéndola después de vez en cuando y conversando con ella ocasionalmente. Todos conocéis la graciosa y afectiva descripción de estos amores, su separación, el matrimonio contraído con otro, su fallecimiento poco después. Ella desempeña un importante papel en el poema dantesco, y, al parecer, en la vida del poeta, pues, aun tras haberles separado la muerte, creemos que fue el único ser amado por él con toda la intensidad de su afecto. También se casó Dante, no siendo dichoso, según se dice. Imagino que este hombre grave, con su fácil excitabilidad, era difícil de hacer feliz.

No lamentamos las aflicciones de Dante; de haberse cumplido sus anhelos, le hubiera sido fácil mantenerse Preboste, Podestá, o como se llamare en Florencia, bien recibido por los vecinos, y el mundo hubiera carecido de una de las más notables palabras jamás habladas o cantadas. Florencia hubiera tenido otro intendente próspero y los diez siglos mudos hubieran continuado sin voz y los diez siglos que escuchan (porque habrá diez y más) no tendrían Divina Comedia que oír; no nos quejemos. Su destino era mucho más noble; no pudo dejar de cumplirlo, debatiéndose como un hombre arrastrado a la crucifixión y a la muerte. De haberle dejado libre el camino de la felicidad, no hubiera sabido cuál era el que conducía a ella o a la desgracia; nadie lo sabe.

Durante el Prebostazgo de Dante intensificóse la lucha entre Güelfos y Gibelinos, Blancos y Negros, ocurriendo otros trastornos, tanto que él, cuyo partido parecía más fuerte, fue desterrado inesperadamente con sus amigos, condenado a vivir errante y angustiado, confiscadas sus propiedades, cosa que creía injusta, malquista por Dios y por los hombres. Intentó cuanto pudo por rehabilitarse, hasta la intervención armada, pero sin éxito, empeorando su situación. Creo que en los *Archivos Florentinos* existe todavía un documento condenándole a ser quemado vivo en donde se le haUare. ¡Curioso documento cívico! Otro documento curioso, escrito muchos años después, es una carta de Dante dirigida a los Magistrados Florentinos, respuesta a otra suya en la que le proponían retornase, pero presentando excusas y pagando una multa. Dante respondió con digno orgullo. *Si no puedo volver sin declararme culpable, no volveré jamás, numquam revertere.*

Dante no tuvo hogar por entonces; vivió errante de protector en protector, de lugar en lugar, ejemplo de sus amargas palabras: *Come e duro calle, iqué*

aspero es el camino! La compañía de los desgraciados es molesta; Dante, pobre y desterrado, con su altiva y grave naturaleza, con su constante malestar, no era hombre atrayente. Dice Petrarca que estando en el palacio de Can Della Scala replicó descortés al censurarle un día su tristeza y taciturnidad. Estaba Della Scala entre sus palaciegos, cómicos y bufones (*nebulones ac histriones*) que lo divertían plenamente, cuando volviéndose hacia Dante dijo: *¿No es extraño que ese pobre loco nos divierta de ese modo mientras tú, hombre sabio, pasas los días enteros sentado sin que se te ocurra nada que nos alegre?* Dante contestó amargamente: *No; no es extraño; recuerde su Alteza el proverbio: Tal para cual.* Aquel hombre, con su orgulloso silencio, sarcasmos y amarguras, no era de los que hacen carrera en los palacios. Por el tiempo convenciónse no podía disfrutar de reposo, esperanza de beneficio en la tierra. Los hombres le desterraron y vivía errante, sin nadie que lo amase, sin encontrar quien mitigara sus desgracias.

En él dominaba el Mundo Eterno, profunda y naturalmente, la realidad espantosa, junto a la cual este mundo temporal, con sus Florencias y destierros, sólo era una sombra ficticia. *No volverás a ver Florencia, pero seguramente verás el Infierno, el Purgatorio y el Cielo. ¿Qué es Florencia, Can Della Scala, el Mundo y la Vida todos juntos? Sólo hay una verdad: la Eternidad, donde irás tú y todos los demás.* El gran espíritu de Dante, desamparado en esta tierra, habitó cada vez más el terrible otro mundo, morando en él sus pensamientos, como única cosa que le interesaba. Corpóreo e incorpóreo es el único hecho importante para todos; mas para Dante, en aquella época, era realidad, certidumbre en forma científica, no abrigando dudas sobre la Laguna Malebolge, que existía con sus lúgubres círculos, con su *alti guai*, que la vería, creyéndolo como creemos contemplar Constantinopla si vamos allí. El corazón de Dante rebosaba de estos sentimientos, meditando sobre ellos pesaroso, estallando finalmente en cánticos místicos insondables, originando la Divina Comedia, el más notable de todos los libros modernos.

Gran solaz sería para Dante (orgulloso pensamiento a veces), considerar que en el destierro podía realizar esta obra; que ni Florencia, ni hombre alguno, ni todos ellos, podían ponerle obstáculos, ni siquiera ayudarlo. Sabía también que la labor era inmensa, la más grande que puede llevar a cabo un hombre. *Se tu segui tua stella*, eso pudo decirse el Héroe en su sacrificio, en su extremada necesidad: Sigue tu estrella y no dejarás de llegar a un glorioso puerto. El trabajo de escribirlo fue enorme y doloroso para él, es indudable; por eso dice: *Este libro que me ha agotado durante muchos años*, y tiene razón, porque lo escribió a fuerza de dolor y amarguras, no como pasatiempo, sino con ceñudo celo. Su obra, como casi todas las buenas, está escrita con sangre de su corazón. Es toda su historia este Libro. Falleció al acabarlo, a la edad de cincuenta y seis años, transido de dolor. Está enterrado en Ravena, la ciudad de su muerte. *Hic claudor Danteees patriis extarris ab oris.* Los florentinos reclamaron su cuerpo un siglo después, los

de Ravena lo negaron. Aquí descanso yo, Dante, desterrado de mis riberas natales.

Dije que el poema de Dante es un Canto; Tieck es quien lo llama *Melodía mística insondable*, y tal es su carácter. Observa Coleridge con acierto que siempre que hallamos una frase expresada musicalmente, cuyas palabras tengan verdadero ritmo y melodía, encerrará también algo profundo y bueno en su significado, porque el cuerpo y el alma, la palabra y la idea, se avienen de modo sorprendente en esto y en todo. Dijimos que Canto es lo Heroico del Lenguaje. Todos los poemas antiguos, homéricos y demás, son Cantos auténticos, atreviéndome a decir estrictamente lo son todos los buenos poemas; lo que no puede cantarse no es un Poema, sino un trozo prosaico dispuesto con cierto sonsonete, con gran desmedro de la gramática, para tortura del lector. Lo que queremos alcanzar es el pensamiento que animó al hombre, si lo tuvo; ¿por qué forzarlo en retintín si pudo expresarse con sencillez? Sólo cuando su corazón sienta la pasión de la melodía y sus tonos se musicalicen, según la observación de Coleridge, debido a la grandeza, profundidad y música de sus pensamientos, le concederemos derecho a rimar y cantar, lo llamaremos Poeta, escuchándole como Héroe del Lenguaje, cuya palabra es Melodía. Muchos son los que pretenden llegar a eso y, no dudo que para el sincero lector la lectura de la rima es una tarea melancólica, por no decir insoportable. El pensamiento que no necesita rimarse debiera exponerse sencillamente, sin sonsonete, diciéndonos lo que se propone. Al que pueda expresar sus ideas llanamente, le aconsejo no cante, que reconozca seriamente, y entre hombres de gravedad, no siente vocación para cantarlas. Del mismo modo que amamos la verdadera melodía, embelesándonos por algo divino, debemos odiar la falsa melodía, considerándola mero ruido, superficial, hueco, superfluo, hipócrita y molesto. Cuando digo que la Divina Comedia es legítimo Canto en todos sentidos, rindo a Dante mi mayor elogio. En su verdadero sonido hay un *canto fermo* </i>terza rima, lo ayudó mucho. Se lee naturalmente con cierta melodía; mas hay que decir que no puede ser de otro modo, porque la esencia y asunto de la obra son rítmicos en sí; su profundidad, arrebató pasional y sinceridad, la hace musical, conmueve mucho, habiendo música en toda ella, reinando verdadera simetría interior, lo que llamamos armonía arquitectónica, proporcionada, que comparte también el carácter de la música. Los tres reinos: Infierno, purgatorio y Paraiso dan unos a otros como cuerpos de un gran edificio, enorme catedral mundial supernatural piedra sobre piedra, severa, solemne, terrible; es el Mundo Dantesco de las Almas. En el fondo es el más sincero de los poemas; creemos que también en esto es la sinceridad medida del mérito. Surgió de lo íntimo del corazón de su autor, conmoviendo profundamente los nuestros a través de largas generaciones. Cuando los veroneses lo veían en la calle se decían: *Eccoví l'uom ch'è stato all' Inferno*, y ciertamente lo estuvo, preso de continuo y amargo pesar y lucha, como habrán estado los que sufrieron como él. Las comedias que resultan divinas no pueden componerse de otro modo. ¿No es el Pensamiento, el verdadero esfuerzo de cualquier clase, la misma virtud superior, hijo del Dolor? Nacido del negro torbellino, el verdadero esfuerzo

del cautivo que lucha por libertarse: eso es el Pensamiento. Si nos perfeccionamos lo logramos por el sufrimiento, queramos o no. Afirmo no conozco obra tan laboriosa como la de Dante, como si todo lo contenido en ella hubiera sido fundido en el enrojecido crisol de su alma, por eso lo dejó agotado. Todas sus estrofas son producto de su esfuerzo, intenso fervor, sinceridad, claridad de visión, enlazándose unas con otras, ocupando su lugar adecuado, como bloque marmóreo cuidadosamente desbastado y pulido. Es el espíritu del Dante, el de la Edad Media rítmicamente traducido, difícilísimo trabajo, laboriosísimo, perfectamente cincelado.

Pudiera afirmarse que la intensidad, con todo cuanto lleva aparejado, fue la característica principal del genio de Dante. Éste no se revela como amplio espíritu católico, sino más bien estrecho, quizá sectario, fruto de sus años y circunstancias, por una parte, de su naturaleza, por otra, concentrándose su grandeza en fogoso y profundo énfasis en todos sus aspectos. Su grandeza no es amplitud, sino profundidad. Su mirada penetra hasta la entraña del Ser; no conozco nada tan intenso como Dante. Consideremos cómo describe, pues así conoceremos el desarrollo de su intensidad: su potencia visual es inmensa, llegando hasta el arquetipo de la cosa que nos manifiesta. Todos recordamos la primera ojeada que lanza sobre la Mansión de Dité: rojo pináculo, como de hierro inflamado, que abraza la inmensidad de la lobreguez; certera visión que no se olvida; es el emblema del genio dantesco, breve, preciso, abrupto, más conciso que Tácito, más condensado, cosa natural y espontánea en él; una palabra decisiva y luego el silencio. Su silencio es más elocuente que las palabras. Es extraña la aguda y decisiva gracia con que hace ver las cosas, inflamando lo que toca su ígnea pluma. Plutón, el gigante fanfarrón, se desploma ante el reproche de Virgilio, como desmayan las velas cuando el mastil se quiebra súbitamente. ¿Y aquel pobre Brunetto Latini con su cotto aspetto, apergaminado, quemado y enflaquecido? ¿Y la fogosa nieve que cae sobre aquéllos, nieve sin viento, lenta, implacable, eterna? ¿Y las losas de aquellas tumbas, sarcófagos cuadrados encerrados en silenciosa estancia que arde a fuego lento, con su Alma atormentada, losas que caerán sobre ellos el Día del Juicio por toda la Eternidad? ¡Cómo se levanta Farinata, cómo cae Cavalcante al saber de su hijo! ¿Y el empleo del pasado fue? Los movimientos dantescos son rápidas, decisivos, breves, casi militares; la esencia de su genio es este modo de describir; la naturaleza humana italiana, ardiente, rápida, callada, apasionada, con sus movimientos precipitados, sus iras pálidas, silentes, se manifiesta en todo eso.

Porque, aunque la descripción es una de las exteriorizaciones principales del hombre, provienen, como todo lo demás, de la facultad esencial existente en él, siendo su fisonomía. Cuando vemos alguien que describe con exactitud, hallamos al hombre de valía, observamos que su manera de hacerla es su verdadera característica. Ante todo no puede haber comprendido la cosa o ver su tipo vital, de no haber simpatizado con ella, infundir su simpatía en lo demás. También tiene que ser sincero y sentirla, porque el hombre sin valer no puede dar la sensación de nada, pues se detiene en la vaga superficie,

ateniéndose a las falacias y nociones vulgares sobre las cosas. ¿No podemos afirmar que el intelecto se expresa en el poder de discernir qué es un objeto? La facultad de la mente del hombre se exterioriza de este modo. Cuando hay que hacer algo, el hombre de talento ve el punto esencial en todo, haciendo caso omiso de lo demás; la facultad del talento consiste en discernir el verdadero parecido, no la falsedad superficial, de lo que tiene que realizar. ¡Qué moralidad hay en la especie de discernimiento que logramos sobre algo, la vista que descubre en todo lo que en sí lleva la facultad de discernir! Todo es trivial para la vista vulgar, como es amarillo para la vista ictérica. Dicen los pintores que Rafael es el mejor pintor de retratos. No hay ojos, por penetrantes que sean, que agoten el significado de una cosa cualquiera; en el rostro humano más vulgar hay mucho que Rafael no podría penetrar.

La descripción de Dante no sólo es gráfica, breve, exacta, vívida como el fuego en oscura noche, sino también noble en todo, fruto de una gran alma. ¡Qué calidad hay en Francesca y su amante! Una cosa tejida como de arcos iris sobre un fondo de eterno negror. Una vocecita de flauta habla a nuestro corazón con infinito lamento. Hay un toque de femineidad; della bella persona, che mi fú tolta; hasta en el fondo del Pozo del dolor le alivia pensar no se separará nunca de ella. En estos alti guai aer bruno que los arrastra a lamentarse continuamente. Extraña pensar que Dante fue amigo de esta pobre Francesca; que ésta pudiera haberse sentado en las rodillas del Poeta, como niña inocente. Infinita piedad, pero también infinito rigor de la ley: así está hecha la Naturaleza; así percibió Dante que estaba hecha. La idea de que la Divina Comedia es libelo de pobre hipocondríaco que condena al Infierno a seres de los que no pudo vengarse en la tierra, es despreciable. Creo que si la piedad, tierna como la de una madre, anidó en el pecho de un hombre, fue en el de Dante. Pues el que desconoce el rigor, también desconoce la lástima. Su conmiseración será cobarde, egoísta, sentimentalismo, o algo apenas mejor. No he conocido afecto que iguale al de Dante: es ternura, amor tembloroso, que anhela, que siente compasión, como lamento de arpa eólica, suave, suavísimo, como corazón de niño, que se trueca en severo, inmensamente amargado por el dolor. Los anhelos sentidos por su Beatriz, su encuentro en el Paraíso, la mirada que dirige a sus puros ojos transfigurados, la misma Beatriz purificada por la muerte hacía tiempo, tan lejos de él, todo eso suena en nuestro oído como angélico canto; es la más pura manifestación del afecto, quizá la más pura que haya surgido de un alma humana.

Porque el intenso Dante es intenso en todo; llega hasta la esencia de todo. La perspicacia intelectual en la descripción, y en el razonamiento ocasionalmente, es resultado de todas las demás especies de intensidad. Ante todo hay que reconocer era grande moralmente, que es el principio en todo. Su desprecio, su disgusto son tan trascendentales como su amor, y, ciertamente, ¿qué son sino su amor a la inversa, traspuesto? A Dio spiacenti ed a'nemici sui. Aborrecible a Dios y a los enemigos de Dios, sublime desdén, implacable reprobación y aversión silenciosas; Non ragionam di lor, de ellos no hablemos, miremos y pasemos adelante. Reflexionemos sobre

esto: Non han speranza di morte. Cierta día brotó grave y benigno en el lacerado corazón de Dante el pensamiento de que desamparado, inquieto, destrozado como estaba, moriría, que el Destino no podía condenarlo a no morir. Tales palabras hay en este hombre. Su rigor, gravedad y profundidad no tienen paralelo en el mundo moderno; para buscar su par habría que escrutar la Biblia Hebrea, y convivir con los antiguos Profetas.

No admito la crítica moderna que prefiere el Infierno a las otras dos partes de la Divina Comedia; imagino que esa preferencia se debe a nuestro byronismo general en el gusto, y que es probablemente pasajera. El Purgatorio y el Paraiso, especialmente el primero, diríamos que casi se exceden; ese Purgatorio es noble, Monte de Purificación, emblema del más noble concepto de aquel tiempo. Si el pecado es fatalísimo, y el Infierno es y debe ser tan riguroso, atroz, el hombre se purifica en el Arrepentimiento; el Arrepentimiento es el gran acto cristiano. El tremolar dell'onde bajo la pura claridad inicial del día que alborea sobre la Pareja errante es como el símbolo de un humor alterado. Apunta la esperanza, la eterna esperanza, acompañada todavía del amargo pesar. La tenebrosa morada de los demonios y réprobos queda allá abajo; un suave aliento de penitencia asciende lentamente hacia el Trono de la Gracia. Intercede en mi favor, imploran todos los habitantes de aquella Montaña de Dolor. Di a mi Giovanna que ruegue por mi, mi hija Juana; creo que su madre ya no me ama. Se esfuerzan doloridamente ascendiendo aquella escarpadura sinuosa, inclinados como las gárgolas de los edificios, aplastados algunos por el pecado del orgullo; tras años, centurias, milenios, llegarán a la cumbre, que es la puerta del Cielo, admitiéndolos la Gracia. Grande es el gozo de todos cuando uno de los penitentes llega a la puerta; la Montaña entera tiembla de gozo, surge un salmo de alabanza cuando un alma se libra de su pecado y logra perfecto arrepentimiento. Esto es para mi un noble símbolo de un pensamiento noble.

Pero los tres cuerpos del edificio se soportan entre sí, se completan; el Paraiso es una especie de música inarticulada para mi, la parte redentora del Inferno, que sin éste sería falsa. Entre los tres forman el verdadero Mundo Invisible, como imaginó la Cristiandad en la Edad Media, memorable, eternamente cierto en su esencia para todos. Quizá no hubo alma en que se precisase con tan profunda veracidad como en la de Dante, hombre enviado para cantarlo, para grabarlo en la memoria. La sencillez y rapidez con que pasa de la diaria realidad a la invisible es notable, porque en la segunda o tercera estrofa ya estamos en el Mundo de los Espíritus, viviendo entre ellos como entre cosas palpables e innegables. Así fue para Dante, pues el mundo real, como se le llama, y sus hechos, servía de umbral a un Hecho infinitamente más alto. En el fondo uno era tan preternatural como el otro. ¿No tiene un alma cada hombre? No sólo será un espíritu; ya lo es. Para el grave Dante se trata de un solo Hecho visible, en el que cree, que ve, siendo su Poeta por ello. La sinceridad es el mérito salvador, en esto y en todo.

El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso de Dante son un símbolo, una representación emblemática de su creencia sobre este Universo; algún futuro crítico, que no piense como pensó Dante, dirá que es una Alegoría, alegoría tonta, como ocurrió con los escandinavos. Es una sublime representación, quizá la más sublime del espíritu de la Cristiandad. Expresa como en vastos emblemas arquitectónicos, que el cristiano Dante sintió que el Bien y el Mal son los elementos polares de la Creación, sobre los que gira todo lo demás, que no difieren por ser uno preferible al otro, sino por absoluta e infinita incompatibilidad; el primero es excelente, sublime como la luz y el Cielo, atroz el segundo, negro como Gehena y la Boca del Infierno. El poema simboliza la Eterna Justicia, acompañada de la Penitencia, de eterna Piedad, el Cristianismo, tal como lo sintió Dante y la Edad Media. Símbolo, mas con sincero propósito, sin intención de simbolizarlo. El Infierno, el Purgatorio y el Paraíso no se presentaron como emblemas; la Mente Moderna Europea no pensó nunca fueran símbolos, sino espantosos hechos indudables, que el corazón del hombre consideraba ciertos, confirmándolo la Naturaleza en todas partes. Es lo que ocurre siempre con estas cosas, pues el hombre no cree en la Alegoría. El futuro crítico, sea cual fuere su nueva manera de pensar, que opine que Dante se propuso alegorizar, se equivocará lamentablemente. Admitimos que el Paganismo fue veraz expresión del sentir anhelante y empavorecido del hombre ante el Universo, veraz, sincero en su tiempo, no sin algún valor para nosotros. Observemos la diferencia entre el Paganismo y el Cristianismo: el primero simbolizó los Procedimientos de la Naturaleza, destino, esfuerzos, combinaciones, vicisitudes de las cosas y los hombres en el mundo, mientras el segundo simbolizó la Ley del Humano Deber, la Ley Moral del Hombre. Aquél consideró la naturaleza sensible, siendo ruda manifestación del primer Pensamiento humano; el Valor, la Superioridad ante el Temor fue su virtud principal. El último no consideró la naturaleza sensible, sino la moral; el progreso fue grande, aunque sólo fuere en este aspecto.

Los diez siglos de silencio hallaron en Dante su voz, de extraña manera. Dante fue quien escribió la Divina Comedia, pero en verdad pertenece a diez siglos de Cristianismo, siendo Dante el que le dió forma acabada. Así ocurre siempre. Es el artesano, el herrero que dispone de metal, de herramientas, de métodos apropiados; luego decimos que lo poco que hace es trabajo suyo. Todos los hombres de talento que le precedieron trabajan con él, con todos y en todo. Dante es el portavoz de la Edad Media, el Pensamiento prevaleciente surge con música eterna; sus sublimes ideas, terribles y bellas, son fruto de la Meditación Cristiana de todos los hombres buenos que le precedieron, admirables como él. De no haber hablado él hubieran quedado en el silencio muchas cosas, no muertas, pero mudas.

En su conjunto esta mística Melodía es expresión de una de las almas más grandes, de lo más sublime realizado por Europa hasta entonces. El Cristianismo, tal como lo canta Dante, dista mucho del Paganismo de las toscas Mentes noruegas, del Cristianismo Bastardo, semiarticulado en el Desierto árabe setecientos años antes: surge uno de los hombres más nobles

cantando la idea más noble realizada entre los hombres hasta aquella época. ¿No hay motivo para regocijarnos por su posesión, tanto en un aspecto como en el otro? Supongo que prevalecerá aún durante miles de años, porque lo que proviene de la parte más íntima del alma de un hombre, difiere de lo originado en su exterior. Lo exterior vive un día, bajo el imperio de la moda, perece luego en incesantes cambios veloces, lo íntimo es hoy lo que ayer, mañana lo que hoy, eternamente idéntico. Las almas sinceras de las sucesivas generaciones que dirijan su vista hacia Dante lo considerarán fraternalmente; la profunda sinceridad de sus pensamientos, sus temores y esperanzas, hablarán igualmente a su sinceridad, teniéndolo por hermano. Napoleón se entusiasmó en Santa Elena con la veracidad genial del clásico Homero. El más viejo Profeta hebreo, con ropa muy distinta a la nuestra, habla al corazón humano, porque sus palabras provienen del suyo. Es el único secreto para ser largamente memorable. Dante se parece a un antiguo profeta por su profunda sinceridad, pues sus palabras provienen del corazón, como las de aquél. No nos asombremos si se predijo que su Poema era lo más duradero que produjo Europa, porque nada hay tan imperecedero como la palabra sincera. Todas las catedrales, bronce y bloques de piedra, seculares construcciones, son efímeras, comparadas con esta cordial melodía insondable; creo que vivirá todavía cuando se hayan sumido en nuevas combinaciones confusas, y hayan cesado individualmente de ser. Mucho hizo Europa: grandes ciudades, grandes imperios, enciclopedias, credos, masas de opinión y prácticas, pero muy poco lo que produjo de la calidad del Pensamiento de Dante. Vive Homero, en coloquio con todo espíritu sincero, pero, ¿dónde está Grecia? Desolada durante miles de años, esfumada, perplejo montón de piedras y basura, desvaneciéndose su vida y existencia, como un sueño, como el polvo del Rey Agamenón. Grecia fue; Grecia, salvo en las palabras que dijo, ya no es.

¿Fue útil Dante? No diremos mucho sobre su utilidad. El espíritu humano que llegó hasta el elemento primario de la Melodía, traduciéndola de manera apropiada, laboró en las profundidades de nuestra existencia, alimentando durante mucho tiempo las raíces vitales de la excelencia del hombre; de modo que mal podemos calcular las utilidades que nos reporta. No hay que apreciar el Sol por el volumen de luz de gas que economiza; el valor de Dante es incalculable o nada vale. Hay que indicar el contraste entre el Héroe-Poeta y el Héroe-Profeta: en un siglo los árabes de Mahoma prevalecieron en Granada y en Delhi, los italianos de Dante están donde estaban. ¿Diremos que el efecto producido por Dante en el mundo fue comparativamente pequeño? No; su terreno es mucho más limitado, pero muchos más noble, mucho más claro, siendo quizás mayor su importancia. Mahoma hablaba a grandes masas de hombres, en áspera lengua, adaptada al caso, sembrada de inconsistencias, crudezas, desatinos, pudiendo actuar sólo sobre muchedumbres, mezclando extrañamente el bien con el mal. Dante hablaba a los nobles, a los puros y a los grandes, de todas las épocas y latitudes, no anticuándose como el otro, sino brillando como pura estrella fija en el firmamento, iluminando a los grandes y excelsos de todos los

tiempos, siendo posesión de todos los elegidos durante tiempo incalculable. Dante puede sobrevivir a Mahoma; de este modo nivelaremos la balanza.

Después de todo, ¿no medimos al hombre y su obra por lo que llamamos el efecto que causan en el mundo, por lo que podemos juzgar es dicho efecto? ¿Efecto? ¿Influencia? ¿Utilidad? Si un hombre lleva a cabo su obra, otro verá que se cuide de su fruto, que se desarrolla por sí solo, no importando se manifieste en Califatos y Conquistas árabes, llenando las páginas de los periódicos de la tarde y de la mañana, las Historias, especie de periódicos destilados, o que deje de manifestarse, porque eso no es su fruto real; el Califa fue algo por lo que hizo. Si la gran causa del Hombre y su obra en el Mundo de Dios, no avanzó con el Califato, a pesar de las cimitarras que se blandieren, las áureas piastras que se amontonasen, el alboroto o estridencia que produjera, proclamada su inanidad y futilidad, no siendo nada en el fondo. ¡Loemos una vez más el gran imperio del Silencio! El ilimitado tesoro que no hacemos resonar en nuestros bolsillos ni contamos a la vista de los demás.

El héroe como poeta.

Dante.

Shakespeare.

Tercera parte

(Martes, 12 de mayo de 1840)

Así como el italiano Dante fue enviado para realizar melódicamente la religión de la Edad Media, la de la Europa Moderna, su Vida Interior, Shakespeare realiza la Vida Exterior que nuestra Europa ha desarrollado: la caballerosidad, cortesía, humores y ambiciones, la manera práctica de pensar, obrar, considerar el mundo. Así como Homero nos ayuda a reconstruir la Grecia Antigua, Shakespeare y Dante, tras miles de años, darán a conocer la visión de lo que fue Europa, en cuanto a la Fe y a la Práctica. Dante nos manifestó su fe y su espíritu, mientras Shakespeare nos familiarizó con la Práctica o cuerpo, tan noblemente como aquél. Precisaba conocerlo y Shakespeare fue el enviado para ello. Cuando la vida caballeresca tocaba a su fin, estando a punto de desaparecer lenta o rápidamente, como podemos comprobar, surgió este soberano Poeta, con su penetrante vista, su perenne voz melodiosa, para perpetuarla en sus escritos. Dante, profundo, digno, es como el fuego central del mundo; Shakespeare, amplio, plácido, penetrante como el Sol, en su luz exterior. Italia produjo una de las voces del mundo, gozando Inglaterra



el honor de producir la otra.

Lo curioso es que llegase hasta nosotros por mero accidente. Creo que este hombre, grande, tranquilo, perfecto y confiado no hubiere sido conocido como poeta si un hidalgo de Warwickshire no lo hubiera demandado por arrebatarse sus ciervos. Los bosques, el firmamento, la rústica vida del hombre en Stratford, lo hubiere satisfecho. Sin duda, aquella extraña floración de nuestra existencia en Inglaterra llamada Era Isabelina, habría surgido por sí sola. El *árbol Igdrasil* florece y se agosta siguiendo sus normas, profundo en demasía para nuestra vista. Pero florece y se agosta; sus ramas y hojas existen por sus propias leyes; Sir Tomás Lucy aparece a su hora. Es curiosa la manera cómo las cosas cooperan unas con otras, lo cual no se ha considerado como es debido; no hay hoja que se seque en un camino que no sea parte indispensable del sistema solar; no hay pensamiento, palabra o acto humano que no esté relacionado con los demás hombres, que opere más pronto o más tarde, a la vista u ocultamente de todos los otros. Todo es un *Árbol*, circulación de savia e influencias, comunicación mutua de su más diminuta hoja con su ínfima raicilla, con todas las demás partes grandes y pequeñas del todo. Es el *Igdrasil*, árbol cuyas raíces se introducen en los Reinos de Hela y de la Muerte, cuyos brotes tocan lo alto del Firmamento.

En cierto sentido podemos afirmar que esta gloriosa Era Isabelina con su Shakespeare, como retoño y floración de cuanto la precedió, puede atribuirse al Catolicismo de la Edad Media. La Fe Cristiana, tema del Poema dantesco, tuvo a Shakespeare como cantor de su Vida Práctica, porque entonces, como ahora, como siempre, la Religión fue alma de la Práctica, el primer hecho vital en la vida del hombre. Observemos que el catolicismo de la Edad Media fue abolido, en la medida que pueden hacerlo las decisiones del Parlamento, antes de que surgiese Shakespeare, su más noble resultado; que apareció porque la Naturaleza así lo dispuso a su tiempo, con Catolicismo o lo que fuere necesario, haciendo caso omiso de los decretos del Parlamento. Los Enriques e Isabeles siguieron su curso y la Naturaleza el suyo. En conjunto pocos son los decretos parlamentarios, a pesar del ruido que producen. ¿Qué decreto parlamentario, debate en San Esteban, en la tribuna pública u otra parte, produjo a Shakespeare? No lo produjeron banquetes en la hostería de Freemason. ni suscripciones, ni venta de acciones, ni otras retumbantes actividades verdaderas o falsas. Esta Era Isabelina, con su nobleza y beneficios, llegó sin proclamaciones ni preparativos. El inapreciable Shakespeare fue don gratuito de la Naturaleza, concedido en silencio, recibido tácitamente, como cosa de poca monta, no obstante ser valiosísimo, considerando bien la cosa.

En cuanto a Shakespeare, quizá la opinión que oímos alguna vez manifestada con idolatría sea efectivamente cierta; creo que el mejor juicio que merece a Europa, en general, indica que Shakespeare es el príncipe de los Poetas conocidos, la inteligencia más sublimada que registra la Literatura. En conjunto no conozco mayor potencia de visión, tal facultad de pensamiento,

considerando todos sus caracteres: la serena profundidad, gozoso y plácido vigor; todas las cosas reflejadas en su gran alma veraz y transparente, como en un tranquilo mar insondable. Se ha dicho que en la composición de los dramas de Shakespeare hay capacidad manifiesta que iguala a la del *Novum Organum* de Bacon, aparte de otras facultades. Y es cierto; es verdad que no a todos nos sorprende, cosa que se evidenciaría si intentásemos conseguir el resultado logrado por el Poeta, aprovechando sus argumentos. El edificio es tan armónico en su conjunto que parece que hubieran contribuido las leyes y naturaleza de las cosas, olvidando la desordenada y ruda cantera que produjo la materia prima. La perfección de su construcción oculta el mérito del arquitecto, como si fuere el producto de la Naturaleza. En esto reconocemos la perfección de Shakespeare sobre todos: discierne, conoce como por instinto las condiciones en que realiza su obra, la calidad de los materiales, su fuerza y relación con ellos. No basta para eso la ojeada fugaz penetrante, sino la deliberada claridad en su conjunto; su vista escruta con serenidad; su inteligencia es grande. Lo que nos da la medida del intelecto del hombre es la manera como narra algo complejo que vieron sus ojos, la precisión de su bosquejo. ¿Qué circunstancia debe resaltar por su vitalidad? ¿Qué hay de accesorio que tiene que suprimirse? ¿Cómo debe iniciarse, desarrollarse y acabarse con justeza? Si lo descubrimos apreciaremos el vigor del discernimiento en el hombre. Tiene que entender la cosa, pues su producción está de conformidad con la profundidad de su entendimiento. Así lo ponderaremos. ¿Hay conformidad entre las cosas? ¿Prevalece el espíritu metódico de manera que la confusión y el embrollo se trueca en orden? ¿Puede decir *Fiat lux*, creando un mundo del caos? Si es capaz de discernir lo conseguirá.

La grandeza de Shakespeare está en lo que llamamos el retrato, el esbozo de los hombres y cosas, especialmeme de aquéllos; porque la grandeza del hombre se manifiesta en ello decisivamente. Su perspicacia creadora y serena no tiene paralelo; cuando mira algo no ve este o aquel aspecto de la cuestión, sino su entraña, su secreto genérico, disolviéndose como la luz ante su vista, de modo que discierne su estructura perfecta. Es Creador; ¿qué es la creación poética, sino ver la cosa por completo? La palabra que define la cosa se origina en su visión clara e intensa. Lo que triunfa de los obstáculos es la moralidad de Shakespeare, su valor, imparcialidad, tolerancia, veracidad, su poder victorioso, su grandeza. Es grande como el mundo y no ondulado espejo cóncavo-convexo que refleja los objetos en su propia convexidad y concavidad; es espejo de superficie perfecta, es decir, que si lo comprendemos, es hombre que está en justa relación con los hombres y las cosas, un hombre bueno. Excelente espectáculo ofrece este gran espíritu que asimila toda suerte de seres y objetos: un Falstaff, un Othello, una Julieta, un Coriolano, la manera como los presenta tal cual son, afectuoso, justo, hermano igual de todos. El *Novum Organum* y la inteligencia que hallamos en Bacon es de orden secundario, materia terrosa, pobre comparada con esto. Entre los modernos casi no hallamos nada que figure estrictamente en la misma categoría. El único que me recuerda a Shakespeare es Goethe, de quien se dice veía las cosas, pudiendo afirmar del

último lo mismo que él aseveró del primero, que sus personajes son relojes cuya esfera de transparente cristal permite ver su mecanismo al mismo tiempo que indican la hora exacta.

La penetración visual es lo que revela la armonía interior de las cosas, el significado de la Naturaleza, la idea melódica que aquélla viste con frecuencia de ordinario ropaje; la perspicacia de la vista discierne dicho significado. Cuando se trata de cosas despreciables o viles podemos desdeñarlas, lamentarlas, considerarlas de una u otra manera, conservar la paz ante las inferiores, desviando de ellas nuestra vista y la de los demás, hasta que llega el momento de exterminarlas y aniquilarlas. En el fondo, el don principal del Poeta es la suficiencia del entendimiento, el de todo hombre; si disfruta de él se expresará poéticamente; de no ocurrir así, quizá sea algo mejor, es decir, Poeta en acto, dependiendo de accidentes escriba o no escriba, lo haga en verso o en prosa, siendo dichos accidentes excesivamente triviales, tal vez debido a que durante su niñez aprendiese a cantar; pero la facultad que lo capacita para discernir la entraña de las cosas, la armonía que contienen (pues en todo lo existente hay armonía interior, ya que de no ser así se desintegraría pereciendo), no resulta de hábitos o accidentes, sino que es don de la Naturaleza, disposición primordial del Hombre Heroico en cualquiera de sus aspectos. Lo primero que hay que decir al Poeta, como a todos los demás es: *idiscierne!*, pues, si no estás capacitado para ello, es inútil te preocupes de buscar rimas, excitar la sensibilidad, llamándote *Poeta*, pues no hay esperanza para ti; mas si tuvieres capacidad para discernir puedes abrirla, en la prosa, en el verso, en los actos o la especulación. El avinagrado antiguo maestro de escuela preguntaba cuando le presentaban un nuevo alumno: *¿está usted seguro de que no es tonto?* Otro tanto pudiera preguntarse cuando se propone a una persona para cualquier función, considerando pertinente la pregunta, pues no hay hombre tan fatal en el mundo.

Afirmo, en efecto, que la exacta medida del hombre es la intensidad de su discernimiento, y, si me obligasen a definir la facultad de Shakespeare declararía: la superioridad de Entendimiento, creyendo que en ello iba incluido todo. En efecto, ¿qué son las facultades? Nos referimos a ellas como si fueren distintas, cosas separables, como si el hombre poseyese entendimiento, imaginación, fantasía, etc., del mismo modo que tiene manos, pies y brazos. Éste es un error capital, óyese decir también que tal persona posee naturaleza intelectual, naturaleza moral, como si fueren visibles y existieren independientemente. Quizá las necesidades del lenguaje nos hagan expresarnos de este modo, si queremos exteriorizar el pensamiento, mas las palabras no deben adquirir la consistencia de las cosas. Me parece que la comprensión sobre todo eso queda falseada radicalmente debido a ello. Hay que tener presente, que esas divisiones son sólo nombres en el fondo; que la naturaleza espiritual del hombre, la Fuerza vital que en él reside, es una e indivisible; que lo denominado imaginación, fantasía, entendimiento y cosas por el estilo, sólo son figuras de la misma Potencia de Discernimiento, relacionadas indisolublemente unas con otras,

emparentadas fisionómicamente, que de conocer una de ellas podemos conocerlas todas. ¿Qué es la Moralidad en si, lo que llamamos cualidad moral del hombre, sino otra fase de la Fuerza vital que lo anima y vigoriza? Todo lo que hace el hombre es propiedad fisionómica suya. Podemos considerar cómo lucharía una persona, por la manera en que canta; su valor o falta de valor se manifiesta en la palabra que pronuncia, en la opinión que tiene, no menos que en el golpe que asesta. Es uno, que exterioriza su Identidad mediante todo eso.

El manco tiene pies y puede andar, mas sin moralidad no gozaría de entendimiento, porque el inmoral no puede discernir, pues para conocer la cosa, lo que llamamos *conocimiento*, el hombre debe quererla ante todo, simpatizar con ella, es decir, estar unido con ella, mediante la virtud. ¿Cómo puede conocer de no hacerse la justicia de desprenderse de su egoísmo en toda ocasión, de no poner en juego su valor para defender la peligrosa verdad? Todas sus virtudes, figuran en su conocimiento. La Naturaleza, con su verdad, es libro sellado para siempre para el malvado, el egoísta y el pusilánime, porque lo único que puede saber sobre ella es lo vil, lo superficial, lo ínfimo, lo indispensable del momento. ¿No sabe el Zorro algo sobre la Naturaleza? Sí; sabe dónde están los ánades. El Zorro humano, muy común en todas latitudes, sólo sabe eso y nada más. Podría suponerse que si el Zorro careciera de cierta moralidad vulpina, ni aun sabría dónde están los ánades, ni el modo de atraparlos. Si perdiera el tiempo en reflexiones hipocondríacas sobre su desdicha, sobre las injusticias de la Naturaleza, del Destino, y de los otros Zorros, si no tuviera coraje, rapidez, práctica y demás dones y gracias vulpinas no atraparía ánades. Pudiéremos afirmar también del Zorro que su moralidad y discernimiento son idénticos, fases diferentes de la misma unidad interior de la vida vulpina. Bueno es exponer todo esto, porque lo contrario obra con múltiple perversión funestísima actualmente; las limitaciones y modificaciones pertinentes las indicará vuestra propia imparcialidad.

Si digo que el Intelecto de Shakespeare es insuperable habré dicho lo bastante sobre él; pero su inteligencia supera la idea que de ella tenemos hasta la fecha; es lo que llamo *entendimiento inconsciente*, habiendo más virtud en él de lo que él mismo creyera. Observa bellamente Novalis que sus Dramas son también Producciones de la Naturaleza, tan profundas como ella misma. Creo dijo verdad irrefutable. El arte de Shakespeare no es artificio, pues su más noble dignidad no figura en él debido a plan o preparación. Proviene de las profundidades de la Naturaleza, mediante su espíritu noble y sincero, que es voz de la Naturaleza. Las últimas generaciones de hombres hallarán nuevos significados en Shakespeare, nuevas elucidaciones de su propio ser humano, nuevas armonías con la infinita estructura del Universo, concurrencias con las últimas ideas, afinidades con las sublimes potencias y sentidos del hombre. Bien merece meditemos sobre esto. La más sublime recompensa que otorga la Naturaleza al espíritu verdaderamente sincero es que logre ser parte de ella; las obras de hombre tal, las que lleve a cabo con el esfuerzo y premeditación más inconscientes, surgen inconscientemente en

las desconocidas profundidades existentes en él, como el roble brota del seno de la Tierra, como se forman los montes y aguas, con simetría basada en las leyes Naturales, de conformidad con toda Verdad. En Shakespeare hay todavía mucho oculto; sus pesares, las silenciosas luchas que él sólo conocía; mucho desconocido, inexpresable, como raíces, como savia y fuerzas que actúan profundamente. Grande es la Palabra, más grande es el Silencio.

Con todo, la jovial serenidad de este hombre es notable. No censuro a Dante por su desgracia; su vida fue batalla sin victoria, verdadera lucha primordial, indispensable, y, si digo que Shakespeare le supera en grandeza se debe a que batalló valerosamente, venciendo; no lo dudéis, también tuvo sus amarguras; sus *Sonetos* atestiguan claramente la profundidad de las aguas que tuvo que surcar angustiosamente para salvar la vida, ¿qué hombre de su temple no se vió obligado a hacerlo? Creo errónea la noción vulgar que le supone posado como el ave en la rama, cantando libre y tranquilo sin conocer las contrariedades de los demás hombres. Nadie vive de ese modo. ¿Cómo podía aquel furtivo cazador de ciervos llegar a escribir sus tragedias de no haber sido víctima de disgustos y penas? Mejor dicho, ¿cómo podía concebir un Hamlet, un Coriolano, un Macbeth, corazones heroicos tan subidos, de no haber padecido nunca su heroico corazón? Observemos ahora su jovialidad, su exuberante gusto por el gracejo, pues en lo único que exageró fue en la comicidad. Shakespeare emplea palabras que pinchan y queman, terribles reprimendas, sin rebasar la medida, no rozando nunca lo que Johnson denominó *odio cordial*. Parece que la gracia fluya de su boca a raudales; colma de ridículos motes al personaje elegido como blanco de su sátira, zarandeándolo, manteándolo, ridiculizándolo, pudiendo afirmarse que ríe con todo su corazón, que si su chiste no siempre es de lo más fino es siempre genial. No es que bromea sobre la debilidad, la desgracia o la pobreza, pues no hay hombre capaz de bromear que se mofe de tales cosas; únicamente un carácter vil se propone ridiculizar todo eso creyendo se le tiene por gracioso. La donosura significa simpatía, no siendo alegría la risa producida por el cosquilleo de las espinas. Shakespeare bromea siempre genialmente, aun cuando ridiculiza la estupidez y la presunción. Los Pertigueros y Alguaciles nos regocijan cordialmente, despidiéndonos de ellos con explosiones de carcajadas, mas nuestra risa va acompañada de simpatía, deseándoles avancen en su carrera y lleguen a jefes de la Ronda de Noche. Esa risa, como el sol que penetra en las profundidades del Océano, es cosa que me agrada.

No disponemos de tiempo para comentar las obras de Shakespeare una tras otra, aunque quizás hay todavía mucho que decir sobre ellas. ¡Ojalá se hubiese estudiado todos sus dramas como Hamlet en Wilhelm Meister!, cosa que se hará algún día. Augusto Wilhelm Schlegel hace una observación sobre sus Dramas Históricos Enrique Quinto y otros, digna de recordar; afirma que son una especie de Épica Nacional; Marlborough declaró que lo único que sabía de Historia de Inglaterra lo aprendió de Shakespeare. Si bien nos fijamos observaremos pocas Historias tan memorables como la suya; los principales puntos están admirablemente dispuestos, guardando el todo

rítmica coherencia, siendo épica, como dice Schlegel, como cuadra al plan de un gran pensador. En sus Dramas hallamos cosas verdaderamente hermosas, que forman bello conjunto. La batalla de Agincourt es una de las escenas que más me maravillan por su perfección, siendo, en su clase, lo mejor que tenemos del Poeta. La descripción de los dos ejércitos: las fatigadas y deshechas huestes inglesas; la hora terrible que suena llevando en sus entrañas el destino cuando va a iniciarse la batalla; y luego aquel imperecedero valor: Buenos guardias cuyos cuerpos fueron concebidos en Inglaterra. Eso es patriotismo elevado, muy distinto de la indiferencia que alguna vez se atribuyó al Poeta. En todo ello late el verdadero corazón inglés, sereno y vigoroso, sin jactancias ni baladronadas, tal cual debe ser, oyéndose un sonido parecido al del acero. Este hombre hubiérase portado como valiente, de haberse hallado en tales circunstancias.

Lo que sí quiero manifestar sobre sus obras es que no llegan a darnos a conocer lo que realmente fue en la medida que lo hacen las de otros. Sus obras son otras tantas ventanas a través de las cuales vislumbramos el mundo que había en él. Comparativamente sus obras parecen precipitadas, imperfectas, escritas en molestas circunstancias, sólo de vez en cuando dando una nota de la plenitud de aquel hombre. Hay trozos que irradian celeste resplandor, destellos que llegan hasta el corazón de las cosas, que obligan a exclamar: Es cierto; es la pura verdad, ahora y siempre, la que todo espíritu humano, sincero, reconoce como tal. Esos destellos nos permiten sentir que el resto no es radiante, que es parcialmente provisorio, convencional. ¡Ay de mí!, Shakespeare tuvo que escribir para el Teatro del Globo; su grandeza de alma tuvo que encogerse para adaptarse al molde, ocurriéndole lo que a todos ocurre, porque el hombre tiene que amoldarse a las circunstancias: no puede el escultor dejar en libertad su Pensamiento para que llegue hasta nosotros directamente, sino que tiene que traducirlo en el trozo de mármol que se le entrega, valiéndose de los útiles de que dispone. *Disjecta membra*, son lo que nos queda de cualquier Poeta o de cualquier hombre.

Si consideramos a Shakespeare con la inteligencia, reconoceremos que era también Profeta a su modo, que poseía discernimiento análogo al profético, aunque lo manejó de otro modo. También la Naturaleza fue divina para él, inefable, profunda como el Infierno, alta como el Cielo. Estamos hechos de la madera de los sueños. Esa voluta de Westminster Abbey, que pocos leen comprendiendo su sentido, encierra profundidad de vidente. Pero el hombre cantaba: no predicaba, salvo de un modo musical. Dijimos que Dante fue el melódico Sacerdote del Catolicismo de la Edad Media: ¿no podríamos llamar a Shakespeare Sacerdote aun más melodioso de un verdadero Catolicismo, la Iglesia Universal del Porvenir y de todos los tiempos? No es estrecha superstición, rígido ascetismo, intolerancia, ferocidad fanática o perversión, sino Revelación que reside en toda Naturaleza, belleza oculta en mil reconditeces y divinidad que permite a los hombres adoren como sepan. Podemos decir sin ofensa que en Shakespeare surge una especie de Salmo universal, que no deja de oírse entre los Salmos mucho más sagrados, que

no desafina entre ellos, si los comprendemos, sino que está en armonía. Tampoco puedo afirmar que Shakespeare sea Escéptico, como hacen algunos: su indiferencia en cuanto a los credos y discusiones teológicas de su época los extravió. No carecía de patriotismo, aunque hable poco del suyo, ni fue escéptico, aunque poco diga sobre su Fe. Esa indiferencia fue fruto de su grandeza, su entero corazón residía en su propia y extensa esfera de adoración (llamémosla así): otras controversias de vital importancia para los demás, no lo fueron para él.

Llámesese adoración, llámesese como se quiera, ¿no es ciertamente gloria, glorias, lo que Shakespeare nos ha legado? Creo que verdaderamente hay algo de sagrado en el hecho de que este hombre fuere enviado al Mundo. ¿No es ojo por el que vemos todos? ¿No es mensajero celeste Portador de Luz? ¿No fue quizá mejor en el fondo que este hombre, inconsciente en todo, no tuviere conocimiento de ser portador de un Divino mensaje? Mahoma creyó que era el *Profeta de Dios*, por haber penetrado en esos Esplendores interiores; Shakespeare no lo creyó, y en eso fue mayor que Mahoma. Mayor y, si apreciamos estrictamente, como hicimos al tratar de Dante, con más éxito. Intrínsecamente la creencia de Mahoma de que era un supremo Profeta fue un error, llegando hasta nosotros inextricablemente envuelto en error, arrastrando consigo tal maraña de fábulas, impurezas, intolerancias, que me pone en aprieto afirmar, como hice anteriormente, que Mahoma fue sincero en sus asertos y no ambicioso charlatán, perverso e impostor. Me atrevo a decir que aun en Arabia se habrá agotado Mahoma, se habrá anticuado, mientras Shakespeare y Dante son jóvenes aún, pues este Shakespeare puede pretender todavía ser Sacerdote de la Humanidad, tanto en Arabia como en otras partes o ilimitados períodos.

Comparado con cualquier orador o cantor conocido, aun con Esquilo u Homero, ¿por qué no tiene que durar como ellos por su veracidad y universalidad? Les iguala en sinceridad, es tan profundo como ellos, llegando hasta lo universal y eterno. En cuanto a Mahoma creo que más le hubiere valido no ser tan consciente. ¡Pobre Mahoma! Todo aquello sobre lo que tuvo consciencia fue mero error, futilidad y trivialidad, y continúa siéndolo. Lo verdaderamente grande en él fue lo inconsciente: que era fiero león árabe del desierto; que se expresó con aquella gran voz de trueno, no mediante palabras que creía grandes, sino mediante actos, sentimientos, mediante una historia que fue grande. Su Korán se ha trocado en estúpida obra de prolijos absurdos; no creemos, como él, que Dios lo escribió. También en esto es el Gran Hombre una fuerza de la Naturaleza, como siempre; todo lo verdaderamente grande que en él hay surge de las profundidades inarticuladas.

Bien: éste es nuestro pobre Campesino de Warwickshire, que llegó a Empresario de Teatro, cosa que le permitió vivir sin pedir limosna; a quien el Conde de Southampton lanzó algunas afectuosas miradas, a quien Sir Tomás Lucy, ¡Dios le bendiga!, estuvo por condenar a trabajos forzados. No lo consideramos un Dios, como a *Odin*, mientras vivió entre los hombres, sobre

lo cual habría mucho que decir. No me cansaré de afirmar que, a pesar del lastimoso estado en que se halla hoy el Culto de los Héroes, hay que considerar lo que es actualmente Shakespeare para nosotros. Renunciaríamos a cualquier inglés, a un millón de ingleses, antes que al Aldeano de Straúord. No lo cambiaríamos por ningún regimiento de los más altos dignatarios; es lo más grande que hemos tenido. Para las naciones extranjeras es ornamento que honra nuestra Casa Solariega. ¿Qué poseemos que no diéramos antes que renunciar a él? Suponed que nos preguntaran: ¿qué daríais antes, vuestro Imperio Indico o vuestro Shakespeare? Vamos a ver, ingleses, ¿que preferiríais, poseer el Imperio de las Indias o tener un Shakespeare? Creo que la pregunta encerraría gravedad. El mundo oficial respondería en lenguaje oficial, pero nosotros declararíamos: no poseer Imperio Indico, pues no podemos renunciar a Shakespeare. Ese Imperio desaparecerá algún día, mientras Shakespeare perdurará eternamente para nosotros; no podemos renunciar a nuestro Shakespeare.

Además, dejando de lado la espiritualidad, considerándolo como posesión real, comercial, utilitaria, pensemos que Inglaterra contará dentro de poco sólo una minúscula fracción de ingleses en esta isla; en América, Nueva Holanda, en Oriente y Occidente hasta los Antípodas, habrá una estensa esfera sajona que cubrirá grandes espacios del Globo. ¿Qué será entonces lo que servirá de lazo formando una sola Nación, para que no se originen luchas y vivan en paz, en fraternales relaciones, prestándose mutua ayuda? Esto se considera el mayor problema práctico, lo que toda clase de soberanías y gobiernos tienen que llevar a cabo; ¿qué será lo que pueda lograrlo? Las Leyes del Parlamento, los Presidentes del Consejo no lo pueden. América se ha separado de nosotros; el Parlamento no pudo evitarlo. No creáis fantasía lo que vaya manifestaras, es pura realidad: Tenemos un Rey Inglés al que ni el tiempo, ni el destino, el Parlamento o combinación de Parlamentos, pueden destronar. ¿No es Shakespeare rey que brilla sobre todos nosotros, soberano coronado, como el más noble, amable, vigoroso lazo, indestructible, ciertamente más valioso desde ese punto de vista que cualquier otro medio o instrumento? Imaginémoslo como astro radiante que centellea muy alto sobre todas las Naciones de Ingleses durante un milenio. Tanto en Paramatta como en Nueva York, en todas partes, en cualquier jurisdicción, se dirán los ingleses e inglesas: *Si, este Shakespeare es nuestro; nosotros lo produjimos, hablamos, pensamos debido a él; somos de su misma sangre; estamos emparentados con él.* Hasta el más sesudo político puede pensar lo mismo.

Sí, ciertamente gran cosa es para una Nación tener una voz que hable por ella, producir un hombre que exprese melódicamente lo que siente su corazón. Italia, la pobre Italia, destrozada, dividida, que no figura en protocolo o tratado como unidad, la noble Italia es realmente una, porque produjo un Dante y puede dejar oír su voz. Fuerte es el Zar de todas las Rusias, con tantas bayonetas, cosacos y cañones, haciendo bastante con sostener políticamente unido ese gran trecho de Tierra, pero no tiene voz. Algo grande hay en él; pero es una muda grandeza. Le falta una voz genial

para que lo escuchen todos los hombres y todas las edades. Tiene que aprender a hablar. Hasta ahora es un gran monstruo mudo. Sus cañones y sus cosacos se habrán herrumbrado hasta no ser y todavía se oirá la voz de aquel Dante. El Pueblo que tiene un Dante está unido como no puede estarlo ninguna muda Rusia. Eso es lo que teníamos que decir sobre el Héroe-Poeta.

CUARTA CONFERENCIA



**El héroe como sacerdote.
Lutero.
La Reforma.
Knox.
El puritanismo.**

El héroe como sacerdote.

Lutero.

La Reforma.

Knox.

El puritanismo.

Primera parte

(Viernes, 15 de mayo de 1840)

Ahora trataremos del Gran Hombre como Sacerdote. Me he esforzado por mostrar que la esencia de todos los Héroes es idéntica; que cuando surge un alma grande que discierne la Divina Significación de la Vida, anima al hombre predispuesto a explicárnosla, a cantarla, a luchar y a laborar por ella de una manera grande, victoriosa, perdurable; que surge el Héroe, cuya forma exterior depende de la época y ambiente en que vive. También el Sacerdote, a mi entender, es una especie de Profeta; porque en él debe brillar la llama de la inspiración, pues así hay que denominarla. Él es quien preside la adoración de la gente, es el Lazo que une a los seres con la Invisible Santidad. Es el Capitán espiritual del pueblo, del mismo modo que el Profeta es su Rey espiritual con muchos capitanes; los guía en el camino del cielo en este mundo y en sus deberes. El Sacerdote ideal es también lo que llamamos *voz originada en el Cielo invisible*, que lo interpreta como el Profeta, pero de manera más familiar, haciéndolo comprender a los hombres: el Cielo invisible, el evidente secreto del Universo, que pocos pueden ver. Es el Profeta desprovisto de su más temible esplendor, que arde con suave y equilibrada llama, como esclarecedor de la vida ordinaria. Ése es, a mi entender, el Sacerdote ideal, en remotos tiempos, hoy y siempre. Todos sabemos que al reducir a práctica el ideal precisa grandísima tolerancia. El Sacerdote que dejare de ser lo que decimos, que no procurase serlo, es carácter que no merece figurar en nuestras Conferencias.

Lutero y Knox fueron Sacerdotes por vocación expresa, que cumplieron fielmente dicha función en su lato sentido. Sin embargo, sienta mejor ahora considerarlos principalmente en cuanto a su carácter histórico, antes como

Reformadores que como Sacerdotes. Quizá hubo otros Sacerdotes tan notables como ellos en épocas de calma, que cumplieron fielmente el oficio de Director de Culto, proyectando luz Celeste en la vida ordinaria de la gente mediante fiel heroísmo, que condujeron al pueblo por el camino que tenía que seguir como guiado por Dios. Pero cuando el camino presenta asperezas, debido a luchas, confusión y peligro, el Capitán espiritual que sirve de caudillo, es para los que viven del fruto de su experiencia, más notable que cualquier otro. Es el Sacerdote guerrero y batallador que conduce a su pueblo, no al trabajo tranquilo y fiel como en tiempos de bonanza, sino al conflicto fiel y valeroso en tiempos de violencia, de disolución, servicio mucho más peligroso, más memorable, fuere o no más elevado. Éstos son los dos hombres que consideramos nuestros mejores Sacerdotes, ya que fueron nuestros mejores Reformadores. ¿No es el verdadero Reformador por naturaleza el Sacerdote ante todo? Él es quien apela a la invisible justicia del Cielo contra la fuerza visible de la Tierra, sabiendo que la invisible es la única fuerte; cree en la divina verdad de las cosas, clarividente cuya vista rasga las apariencias, adorador de la divina verdad de las cosas. Es Sacerdote, porque de no serlo ante todo, no valdría como Reformador.

Así como hemos considerado a los Grandes Hombres en varias actividades: como constructores de Religiones, Formas heroicas de la Existencia humana en este mundo, Teorías de la Vida dignas de ser cantadas por un Dante, Prácticas de Vida expuestas por un Shakespeare, ahora vamos a considerar el proceso inverso, que también es necesario, que debe llevarse a cabo de Heroica manera. Lo curioso es que sea necesario, y realmente lo es. El suave resplandor de la luz del Poeta tiene que dejar su lugar al fulgurante del Reformador; por desgracia también el Reformador es personaje que no puede faltar en la Historia. El Poeta, con su suavidad es el producto y última justificación de la Reforma, o de la Profecía, mas con su impetuosidad. De no ser por los activos Santos Domingos y Ermitaños de Tebaida, no hubiere surgido el melodioso Dante, el rudo Esfuerzo Práctico escandinavo y otros, desde *Odin* hasta Walter Raleigh, desde Ulfilas a Cranmer, capacitaron a Shakespeare para que hablase. El refinado Poeta es síntoma de que su tiempo ha llegado a su perfección y tocado a su término, como dije, que pronto alboreará nueva época, que precisamos de nuevo Reformadores. Sin duda mejor sería si pudiésemos avanzar siempre acompañados de la música, nos educasen y enseñasen nuestros Poetas, como lo hicieron en remotos tiempos los Orfeos con aquella sencilla gente y, de faltarnos este modo rítmico musical, icuán agradable sería pudiéramos lograr nuestro anhelo de modo equilibrado, es decir, si apacibles Sacerdotes, reformándonos día tras día, nos bastasen! Pero no es así, pues ni aun esto último ha sido realizado hasta hoy. El batallador Reformador es fenómeno necesario e inevitable de vez en cuando. Nunca faltan obstáculos; las mismas cosas que antes fueron auxilios indispensables se truecan en obstáculos y debemos desprendernos de ellas, y apartarlas de nuestro camino, cosa difícilísima con frecuencia. Es ciertamente notable la manera como un Teorema o Representación espiritual, como pudiéramos llamarlo, que abarcó alguna vez el entero Universo, siendo satisfactorio en todas sus partes para el agudo intelecto de

Dante, uno de los más grandes del mundo, fuera puesto en duda durante el curso de otra centuria por vulgares inteligencias y llegara a negarse, siendo hoy para todos absolutamente increíble, anticuado, como el *Teorema de Odin*. Para Dante, la Existencia humana, la conducta de Dios para con los hombres, estuvo bien representada por aquellos Malebolges, Purgatorios; para Lutero no. Y, ¿por qué? ¿Por qué no pudo continuarse el Catolicismo de Dante, siendo necesario fuera seguido del Protestantismo de Lutero? ¡Ay de mí, nada continúa!

No tengo gran fe en el Perfeccionamiento de las Especies, tal como se expone en nuestros días, ni creo pondríais gran interés en escuchar su relato, porque la discusión sobre la materia es con frecuencia extravagante, confusa. No obstante, puedo decir que el hecho en sí parece cierto; también podemos descubrir su inevitable necesidad en la naturaleza de las cosas. Como he dicho ya, todo hombre no sólo es aprendiz sino también actor, que aprende lo pasado mediante el entendimiento que posee, pero que con esta misma inteligencia descubre algo más, inventa e idea algo que le es propio, por no haber hombre sin originalidad. No hay hombre que crea, o pueda creer exactamente lo que creyera su abuelo; desarrolla de algún modo por nuevos descubrimientos sus opiniones sobre el Universo, y por lo tanto, su Teorema del Universo, que es infinito. No hay opinión ni Teorema alguno capaz de abarcarlo; lo desarrolla; que halla algo creíble para su abuelo, es increíble para él, falso, incompatible con alguna novedad que ha descubierto u observado. Ésa es la historia de todos los hombres, que vemos recopilada en la historia de la Humanidad en grandes valores históricos, revoluciones, nuevas épocas. No hay Montaña del Purgatorio dantesco en el océano del otro Hemisferio, una vez que lo ha surcado Colón. El hombre no lo halla en el otro Hemisferio, porque no está ahí. Otro tanto ocurre con todos los credos de este mundo, con todos los Sistemas de Creencia y de Prácticas que de ellos se derivan.

Si agregamos el hecho melancólico de que siempre que se entibia la Fe pierde vigor la Práctica y prevalecen los errores, las injusticias y las miserias, encontraremos materia bastante para la revolución. El hombre que quiere obrar fielmente en todo necesita siempre creer con firmeza; si tiene que consultar cada vez el sufragio del mundo, si no puede prescindir de él, haciendo valer su voto, no pasa de criado a quien su amo no puede quitar ojo, y la obra que se le encargue adolecerá de defecto, contribuyendo día tras día al desplome inevitable. Todo cuanto haga de mala fe, considerando la apariencia solamente, será nuevo agravio, enlazado con nueva desgracia para alguien. Los agravios se acumulan hasta hacerse insoportables, estallando entonces violentamente, resolviéndose en explosión. El sublime Catolicismo de Dante, increíble hoy teóricamente, deteriorado por la práctica infiel, desconfiada y falsa, tiene que ser destruido por un Lutero; el noble feudalismo de Shakespeare, tan bello como parecía y lo era en su tiempo, tiene que finalizar en la Revolución Francesa. La acumulación de agravios se resuelve por explosión, como hemos dicho, por voladura volcánica,

sucediendo largos periodos turbulentos antes que las cosas se encaucen nuevamente.

Sería ciertamente triste considerar sólo este aspecto de las cosas, hallando en toda opinión y disposición humana el hecho de que sean inciertas, temporales, sujetas a la ley de la muerte. En el fondo no es así, porque la muerte es únicamente corporal, no de la esencia o espíritu; toda destrucción por revolución violenta, u otro modo. es creación en mayor escala. El Odinismo fue Valor, el Cristianismo Humildad, valor de calidad más noble. Todo pensamiento que el corazón humano abraja sinceramente como cierto, es sincera penetración en la verdad Divina, y contiene verdad esencial para el hombre, resistiendo todos los cambios, siendo posesión eterna para todos. Por otra parte, ¡cuán amarga es la reflexión que supone que todos los hombres, en todas las latitudes, en todas las épocas, excepto en la nuestra, vivieron en el error ciego y condenable! Paganos, Escandinavos, Mahometanos, sólo para que nosotros pudiéramos llegar al último y verdadero conocimiento. Todas las generaciones de hombres vivieron en la oscuridad y el error, para que la viviente fracción actual pudiese salvarse y gozar certidumbre. Todas las anteriores generaciones, a partir de su origen, avanzaron como los soldados rusos hasta caer en el foso del Fuerte Schweidniz, para rellenarlo con sus yertos cuerpos, para que pasásemos sobre sus cadáveres y nos apoderásemos de la fortaleza. Esto es hipótesis increíble, que hemos visto sustentar con terco énfasis; consideremos al individuo que pisotea los restos de todos los anteriores seguido de su secta en busca de la victoria; ¿qué diremos si cae también en el foso muriendo él con los suyos aferrado a su hipótesis y a su infalible credo? Con todo, que el hombre tienda a reconocer su discernimiento como final, dirigiéndose hacia su objeto, es hecho importante en la naturaleza humana. Creo que de todos modos siempre obrará así, pero precisa lo haga de manera más amplia y prudente. ¿No creéis que cuantos hombres sinceros viven y vivieron son soldados del mismo ejército, reclutados a las órdenes del Celeste caudillo para luchar contra el mismo enemigo: el Imperio del Error y las Tinieblas? ¿Por qué desconocernos unos a otros y no batallar contra el enemigo, sino contra nosotros mismos, debido a la mera diferencia de uniforme? Todos los uniformes son buenos y contienen un valiente. Todas las armas, el turbante árabe y la rápida cimitarra, el fuerte martillo de *Thor* que derriba a los *Jötuns*, deben ser bienvenidas. El grito de batalla de Lutero, la marcha melódica de Dante, todo lo que encierra sinceridad está de nuestra parte, no contra nosotros. A todos los manda el mismo Capitán; somos soldados de un mismo ejército. Ahora vamos a considerar la lucha de Lutero, la índole de sus batallas, cómo se portó en ellas. También Lutero fue nuestro Héroe espiritual, Profeta de su época y de su pueblo.

No está fuera de lugar cierta observación concerniente a la Idolatría. Una de las características de Mahoma, que por cierto lo es de todos los Profetas, es el furor ilimitado e implacable contra la Idolatría, siendo el gran tema de los Profetas, la adoración de los ídolos muertos como Divinidades, cosa que no pueden desterrar, que tuvieron que denunciar continuamente y estigmatizar

con inexprimible reprobación, considerándolo como el más horrendo de los errores cometidos; no lo olvidemos. No vamos a entrar en la cuestión teológica sobre la Idolatría. Ídolo es *Eidolon*, cosa vista, símbolo, no es Dios, sino Símbolo de Dios, pudiendo quizá preguntarnos si hubo algún ignorante que lo considerase como algo más que *Símbolo*. Supongo que nadie habrá creído que la tosca imagen debida a sus manos fuese Dios, sino emblema de Dios, que estaba en ella de algún modo. Ahora, en este sentido, podemos preguntarnos: ¿no es todo culto un culto de Símbolo, de *eidola*, o cosas vistas? Si lo visto se hace visible mediante imagen o pintura a nuestros ojos corporales o sólo a la visión interna, a la imaginación, al intelecto, la diferencia será superficial, más nunca esencial. Continúa siendo Cosa Vista, significativa de Divinidad, ídolo. El Puritano más riguroso tiene su Confesión de Fe, Representación intelectual de las cosas Divinas, que adora, que hacen posible la adoración. Todos los credos, liturgias, formas religiosas, conceptos que encierran sentimientos religiosos, son *eidola* en este sentido, es decir, *cosas vistas*. Toda adoración debe proceder por Símbolos, por ídolos, pudiendo decir que toda Idolatría es comparativa, y la peor idolatría exagerada.

¿Dónde está su daño? En ella, debe haber algún daño fatal, pues de no ser así, los más celosos profetas no la hubieran reprobado tan unánimemente. ¿Por qué sienten los Profetas tal odio por la Idolatría? Paréceme que en la adoración de esos simples símbolos de madera lo que más provocó al Profeta, llenando su espíritu de indignación y aversión, no fue precisamente lo que sugirió a su propio pensamiento y expuso a los demás, sino la cosa en sí. El más rudo pagano que adoraba a Canope o la Piedra Negra del Caabah, era superior al caballo que nada veneraba. En aquel simple acto había cierto mérito duradero, análogo al mérito que hay en el Poeta: el reconocimiento de cierta belleza divina infinita y significativa en las estrellas y en todo lo natural; y, ¿por qué podría condenada el Profeta con tal crueldad? El más sencillo mortal que adora a su Fetiche, cuyo corazón satura por completo, puede ser objeto de lástima, desprecio, repulsión, pero nunca de odio. Dejemos que llene sinceramente su corazón, iluminando la lóbrega estrechez de su entendimiento; dejémoslo creer en su Fetiche, pues entonces, si no es para él lo que debe ser, es tan bueno como pudiera serlo; dejémoslo tranquilo.

Pero surge la fatal circunstancia de la Idolatría: que en la era de los Profetas el entendimiento humano no estaba sinceramente saturado de su ídolo o Símbolo. Antes de que surja el Profeta, que sabe mirar a su través considerando es mera madera, fueron muchos los que tuvieron sus dudas, considerándolo poco más. La Idolatría condenable es la falta de sinceridad. La duda ha carcomido sus entrañas; el espíritu humano se agarra espasmódicamente a un Arca de Alianza, que casi cree se ha trocado en Fantasma. Éste es uno de los más funestos espectáculos. Los espíritus no albergan ya a sus Fetiches, sino que lo pretenden, esforzándose por fingir lo contrario. *No crees*, exclama Coleridge, *sólo crees que crees*. Es la escena final de toda clase de Adoración y Simbolismo; síntomas seguros de muerte

próxima, equivalente a lo que llamamos *Formulismo y Adoración de Fórmulas*. El hombre no puede cometer acto más inmoral que ése, por ser iniciación de toda inmoralidad, más bien dicho, imposibilidad de moralidad de allí en adelante, quedando paralizado el espíritu más intensamente moral, sumido en fatal sueño hipnótico, dejando el hombre de ser sincero. No me maravilla que el hombre celoso la denuncie, la estigmatice, la persiga con implacable aversión; él y esa cosa, todo el bien y esa cosa libran un duelo a muerte. La Idolatría censurable es Hipocresía, lo que pudiéramos llamar *Hipocresía Sincera*, cosa que merece reflexión. Toda Adoración llega a esta fase terminal.

Considero a Lutero tan Iconoclasta como los demás Profetas; tanto odiaba Mahoma los dioses de los Koras, de madera y cera, como Lutero las Indulgencias de pergamino y tinta de Tetzl. Lo que caracteriza al Héroe en toda época, latitud y situación es la consideración de la realidad, lo que son las cosas y no sus apariencias, pues su hueca manifestación es intolerable y detestable para él, por muy regular y decorosa que fuera, a pesar del crédito que merezca a los Koras o Cónclaves, si ama y venera la temible realidad de las cosas, ya oralmente, ya con el pensamiento profundo y silencioso. También el Protestantismo es obra de Profeta, del siglo XVI; el primer golpe de la sincera demolición de una cosa vieja, falseada e idólatra, precursora de otra nueva, que tiene que ser cierta y auténticamente divina.

A primera vista pudiere parecer que el Protestantismo fue destructor de lo que llamamos *Culto de los Héroes*, que representa la base de todo bien posible para la humanidad, religioso o social. Con frecuencia oímos que el Protestantismo introdujo una nueva era, radicalmente diferente de las conocidas: la del *libre examen*, como se le llama. Al rebelarse contra el Papa, el hombre se trocaba en su propio Papa, sabiendo, entre otras cosas, no debía fiarse de ningún Papa o Héroe-caudillo espiritual de allí en adelante. Se afirma que esto hacía imposible toda unión espiritual, toda jerarquía y subordinación entre los hombres. Así se dice. No niego que el Protestantismo fuere rebelión contra las soberanías espirituales, Papas y demás; que el Puritanismo Inglés, rebelión contra las soberanías terrenales fue la segunda; que la enorme Revolución Francesa fue la tercera, por la cual todas las soberanías, tanto terrenas como espirituales, quedaban abolidas o camino de ello. El Protestantismo es la raíz madre que alimentó las ramas de la Historia Europea sucesiva. Porque lo espiritual se encarna siempre en la historia temporal de los hombres; lo espiritual es el comienzo de lo temporal. Hoy se oye en todas partes el grito de Libertad, Igualdad, Independencia, etc.: *Las urnas electorales y los votos reemplazan a los Reyes*; parece que cualquier Héroe-soberano, o leal obediencia de los hombres a un hombre, en lo temporal o espiritual, haya pasado para siempre. Si así fuese, el mundo para mí no tendría esperanza. Una de mis más profundas convicciones es que no es así, porque sin soberanos, verdaderos soberanos, temporales y espirituales, sólo veo posible la anarquía: lo más odioso. Pero creo que el Protestantismo, aunque haya producido la de. mocracia anárquica, es iniciación de nueva y genuina soberanía y orden. Lo considero rebelión contra

los falsos soberanos, dolorosa, pero indispensable preparación para que los verdaderos ocupen su lugar entre nosotros. Bueno será explicarme.

Observemos primeramente que el libre examen, en el fondo, no es novedad en el mundo, sino sólo en aquella época. Nada hay genéricamente nuevo o peculiar en la Reforma; fue un regreso a la Verdad y a la Realidad en oposición a la Falsedad y Apariencia, como todos los perfeccionamientos y Enseñanzas genuinas. La libertad de opinión, si la consideramos, debe haber existido en todo tiempo. Dante no se sacó los ojos ni se encadenó, encontrándose bien en su Catolicismo, aunque más de un pobre, Hogstraten, Tetzal y el doctor Eck fueron esclavos de esa fe. ¿Libertad de juicio? Ni férreas cadenas ni fuerza exterior alguna pudieron obligar al alma de un hombre a creer o a descreer; pues se trata de su propio entendimiento inquebrantable, de su criterio que reina. y cree sólo por la gracia de Dios. El más sofisticado Belannino, predicando la fe ciega y la obediencia pasiva, tiene primero que renunciar a su derecho de ser convencido, debido a alguna especie de convicción. Su libre examen le indicó que ése era el paso más prudente que podía dar. El derecho al criterio propio subsistirá vigoroso allí donde exista el hombre sincero. El sincero cree con su entero juicio, con toda la claridad y discernimiento que hay en él, y siempre creyó así. El falso, el que se esfuerza por creer que cree, procede de otro modo. El Protestantismo gritó a este último, *¡Ay de ti!*, mientras decía al otro: *¡haces bien!* En su fondo no era cosa nueva, sino vuelta a todo lo dicho anteriormente. Sé puro, sé sincero; ése era el significado que se repetía. Mahoma creyó con todo su ánimo; *Odin* con todo su ánimo también, como todos los sinceros adeptos del Odinismo, porque así lo juzgaron por su propio criterio.

Ahora me aventuro a asegurar que el ejercicio del libre examen, fielmente ejecutado no acaba necesariamente en la independencia egoísta, el aislamiento, sino antes en lo opuesto. La indagación sincera no produce la anarquía; lo que la origina es el error, la hipocresía, la fe a medias y la falsedad. El que protesta del error está camino de unirse a todos los hombres creyentes en la verdad. No hay comunión posible entre los que sólo creen en la ficción. El corazón está muerto, no tiene poder de simpatía ni para las cosas, de otro modo creería en ellas y no en la ficción. Si no siente simpatía por las cosas, mucho menos la sentirá por sus congéneres. No puede unirse a los hombres; es anárquico. La unidad sólo es posible en un mundo de hombres sinceros y, a la larga, es tan buena como cierta.

Fijémonos en una cosa, que hemos olvidado, mejor dicho, que hemos perdido de vista en esta controversia: no es necesario que el hombre haya descubierto la verdad en que tiene que creer para creer en ella con sinceridad. El Gran Hombre es siempre sincero; ésta es la primera condición; mas no es necesario sea grande el hombre para que sea sincero, porque no es necesidad de la Naturaleza y todo Tiempo, sino sólo de ciertas desdichadas épocas corrompidas. El hombre puede tener fe en lo que haya recibido de otro, y del modo más legítimo, testimoniando ilimitada gratitud. El mérito de la originalidad no es cosa nueva, es sinceridad. El creyente es el

original y todo lo que cree lo cree por sí, no por otro. Todo hijo de Adán puede ser sincero, original, en este sentido, pues ningún mortal está condenado a ser sincero. Enteros períodos, lo que llamamos *períodos de Fe*, son originales y todos los que viven en ellos, o los más de ellos son sinceros. Son éstos los períodos de grandeza y fecundidad: todos los activos, en todas las esferas, laboran, no en la apariencia, sino en la esencia, y toda actividad tiene su resultado; la suma total de tal labor es grande, porque todo tiende hacia un bien, por ser sincero, siendo todo ello suma y nunca sustracción. Hay verdadera unión, realeza, lealtad: todas las cosas verdaderas y benditas que la humilde Tierra puede ofrecer al hombre.

¡El Culto al héroe! Si el hombre se basta a sí mismo, es original, sincero, o como queramos llamarle, eso es lo que menos le indispondrá a reverenciar y creer en la verdad de otro, pues lo que hace es disponerlo, acuciarlo invenciblemente a no creer en fórmulas muertas de otros, en supercherías y ficciones. El hombre abraza la verdad con los ojos abiertos, porque están abiertos; ¿necesita acaso cerrarlos para amar a su Maestro? El Héroe-Maestro únicamente puede ser amado con inmensa gratitud y genuina lealtad de espíritu por aquel a quien ha librado de la tiniebla haciéndole gozar de la luz. Ése es el verdadero Héroe y domador de Serpientes digno de toda reverencia. El monstruo negro, la Falsedad, nuestro enemigo en este mundo; es subyugado por su valor, siendo él quien conquistó el mundo para nosotros. ¿No fue Lutero reverenciado como verdadero Papa o Padre Espiritual, siéndolo ciertamente? Napoleón se hizo Rey surgiendo de la irreductible rebelión de los descamisados. El Culto al Héroe no perece, no puede perecer, pues la Lealtad y la Soberanía son eternas, porque se basan en realidades y sinceridades, no en imitaciones y apariencias. Nada se obtiene cerrando los ojos, acallando el libre examen, sino abriéndolos y teniendo algo que ver. El mensaje de Lutero depuso y abolió todos los falsos Papas y Potentados, mas dió vida y vigor a los nuevos y sinceros, aunque no inmediatamente.

Todo lo concerniente a la Libertad, Igualdad, Sufragio Electoral, Independencia, y cosas parecidas, debe considerarse fenómeno temporal, nunca final. Aunque es probable dure bastante tiempo, produciendo tristes confusiones, debemos aceptarlo de buen grado, como castigo de pasados errores, como prenda de estimables beneficios futuros. De todos modos, lo procedente era que el hombre abandonase los simulacros, volviendo a los hechos a todo evento. ¿Qué puede alcanzarse con Papas espúreos y Fieles sin libre examen, con simuladores que pretenden dirigir a incautos? Sólo desdichas y perjuicios. La sociedad con los hipócritas es imposible; el edificio no puede construirse sin plomada ni nivel, de manera que forme ángulos rectos. En toda esta labor revolucionaria, desde el Protestantismo hasta hoy, veo el beneficioso resultado que se abre paso, no la abolición del Culto de los Héroes, sino lo que llamo un Mundo entero de Héroes. Si Héroe significa sincero, ¿qué impide seamos Héroes todos? Un mundo sincero, un mundo fiel; así fue, así será, porque no puede dejar de serlo. Ésa fue la verdadera

especie de Adoradores de los Héroes; nunca pudo ser tan reverenciado el sinceramente Mejor, como cuando todos eran Sinceros y Buenos.

El héroe como sacerdote.

Lutero.

La Reforma.

Knox.

El puritanismo.

Segunda parte

(Viernes, 15 de mayo de 1840)

Hablemos de Lutero y su Vida.

Nació Lutero en Eisleben (Sajonia), el 10 de noviembre de 1483, accidentalmente; sus padres, pobres mineros de Mohra, pueblecito de aquella región, fueron a Eisleben con ocasión de la Feria de Invierno; sintiendo su madre los dolores precursores del parto, vióse obligada a entrar en una pobre casa para dar a luz a Martín Lutero. Tal vez fuera a la feria con su marido con el fin de vender la hilaza y comprar lo necesario para su humilde hogar aquel invierno; quizás en todo el mundo no hubiera aquel día seres que menos llamasen la atención que aquel matrimonio de mineros. Sin embargo, ¿qué eran todos los Emperadores, Papas y Potentados comparados con ellos? En aquellos momentos venia al mundo un Hombre Poderoso, cuya luz tenía que brillar como faro que sirviese de guía a muchos siglos; el mundo y su historia esperaba a este hombre. Cosa extraña y grande, que nos conduce a otra hora Natal, en ambiente más humilde, hace dieciocho siglos, sobre la cual sienta bien no digamos nada, pensemos en silencio, porque, ¿de qué palabras disponemos para ello? ¿Paso la época de los Milagros? No; esa época no pasa nunca.

Dada la función de Lutero en este Mundo, creo debía nacer pobre; que la Providencia, que preside sobre él y todos nosotros, hizo que así fuese, sabiamente, desde luego, que viviese pobre entre los más pobres, teniendo que pedir limosna como los escolares de aquella época, cantando de puerta

en puerta, acompañado de la estrechez y de la rigurosa Necesidad; no hubo hombre ni cosa que presentase buen aspecto para Lutero, creciendo entre las cosas y no sus apariencias. Sufrió mucho aquel niño de tosca figura, débil en su salud, alma grande y ávida, rebosante de talento y sensibilidad; mas su destino fue familiarizarse con las realidades, continuar su conocimiento a toda costa, siendo su tarea conducir al mundo a la realidad, puesto que había vivido excesivo tiempo contentándose con la apariencia. Aquel joven, que se había criado en borrascosos torbellinos, en las desoladas tinieblas y dificultades; tenía que salir finalmente de su tormentosa Escandinavia, fuerte como el sincero, como un dios, un *Odin* cristiano, un justiciero *Thor*, con su martillo de trueno, para anonadar a los horribles *Jötuns* y Gigantes monstruosos.

Quizá fuere la pérdida de su amigo Alexis, muerto por el rayo a las puertas de Erfurt, lo que encauzó su vida. Durante su niñez luchó como pudo, demostrando su avidez por aprender, manifestando su ingenio, a pesar de todos los obstáculos; sin duda su padre, para que se abriera paso en la vida, lo dedicó al estudio de las Leyes, por ser el camino más indicado; y Lutero, que entonces contaba diecinueve años, siguió el consejo de su genitor. Él y Alexis se dirigieron a Mansfeldt con el fin de visitar a la vieja familia del primero; y de vuelta, al llegar cerca de Erfurt, se desencadenó la tormenta, cayendo Alexis muerto por un rayo a los pies de su amigo. ¿Qué es nuestra vida? Se pierde en un instante, consumida como un papel, desapareciendo en la vacua Eternidad. ¿Qué son las preeminencias terrenas, los Cancillerazgos y Cetros? Todo ello desaparece tragado por la Tierra, que se abre anonadándolo; lo único que prevalece es la Eternidad. El corazón de Lutero se estremeció, determinando consagrarse a Dios, a su servicio exclusivo, y sin escuchar las exhortaciones de su padre y amigos, tomó el hábito agustino en el convento de Erfurt.

Éste fue tal vez el primer destello en la historia de Lutero, exteriorizándose decisivamente su pura voluntad que, por entonces, no pasó de punto luminoso en las tenebrosidades. Afirma que fue un piadoso monje *ich bin ein frommer Mönch gewesen*, que luchaba paciente y dolorosamente por evidenciar la verdad de su empresa, mas con poco éxito. Su infortunio no había sido mitigado, sino más bien aumentado hasta el infinito. Las penalidades a que tuvo que someterse como novicio, toda clase de trabajo de esclavo, no fueron motivo de quejas; la profundidad de su anhelante alma quedó sumida en toda suerte de negros escrúpulos y dudas, creyendo morir pronto, temiendo algo mucho peor que la muerte. Leemos que el pobre Lutero vivía entregado al terror de inexplicable pesadilla, creyéndose condenado a eterna reprobación. ¿No era esto la humilde y sincera naturaleza de aquel hombre? ¿Qué era él para disfrutar del Cielo? Él, que únicamente conocía la desgracia, la dura esclavitud, no podía creer en tan hermoso destino, no comprendiendo cómo era posible salvar el alma mediante ayunos, vigiliias, formalismos y misas, cayendo en la mayor de las desgracias, vagando vacilante, bordeando insondable Desesperación.

Precioso debió ser para él el descubrimiento de una antigua Biblia Latina en la biblioteca de Erfurt, libro que nunca había visto, que le enseñó lección diferente a las de los ayunos y vigiliias; un monje piadoso vino en su ayuda. Supo entonces Lutero que el hombre no se salva a fuerza de misas cantadas, sino por la infinita gracia de Dios: hipótesis más verosímil. Su veneración sentida por la Biblia es natural; ella era la que aportó tan preciosa ayuda, estimándola como *Palabra del Altísimo* y determinó atenerse a ella, como lo hizo hasta su muerte.

Así se libró de las tinieblas, venciendo finalmente a la obscuridad; a eso llamamos *su conversión*, siendo para él la más importante época de su vida. De allí en adelante podía vivir en paz y en la claridad, desplegar sus talentos y virtudes, adquiriendo relieve en su convento, en su país, reconocida su utilidad en todas las cuestiones delicadas de la vida. La Orden Agustina le confió misiones, como hombre de talento y fiel, apto para llevar bien sus asuntos; el Elector de Sajonia, Federico *el Sabio*, príncipe verdaderamente prudente y justo, puso sus ojos en él como persona de valía, nombrándolo Profesor en la nueva Universidad de Wittenberg, y Predicador; tanto en esto como en todas sus funciones, en la apacible esfera de la vida ordinaria, iba ganando Lutero el aprecio de todos los hombres buenos.

Visitó Roma a la edad de veintisiete años, enviado en misión por su convento, viendo su estado bajo el Pontificado de Julio II y causándole gran estupefacción, creyendo era la Ciudad Sagrada, trono del Sumo Representante de Dios en la Tierra. Padeció amarga desilusión, y abrigó muchos pensamientos que nunca conoceremos, porque quizá no supo expresarlos. Roma, la ostentación de los sacerdotes falsos, desprovistos de la belleza de la santidad, era falseamiento para Lutero. Un hombre humilde como él no podía reformar el mundo, estando esto muy lejos de su pensamiento. ¿Cómo podía aquel insignificante solitario ponerse frente al mundo? Por eso creía que la tarea correspondía a hombre superior a él, que su deber era no abandonar la senda del bien. Dejemos que cumpla con su ignorado deber, pues todo lo demás, horrible y triste al parecer, depende de Dios.

No sabemos cómo se habría resuelto el conflicto si el Papado hubiera ignorado a Lutero, persistiendo en su ruinosa ostentación, no saliéndole al encuentro y forzándole a que se rebelase. Quizás en este caso hubiese cerrado los ojos ante los abusos de Roma, dejando en manos de la Providencia, del Altísimo, la resolución, pues era modesto, pacífico, tardó en atacar irreverentememe a la autoridad, limitándose su tarea a cumplir su deber, no saliéndose de la senda del bien en este mundo de confusa maldad, salvando su alma. Pero el alto Clero Romano mostró su oposición, no dejando vivir tranquilo a Lutero en Wittenberg, que protestó, resistiéndose, excediéndose, viéndose zaherido, castigado hasta que se entabló la lucha entre ellos, siendo uno de los puntos culminantes en la historia del Reformador. Tal vez no hubo hombre tan humilde, tan pacífico, que encendiese tal pugna en el mundo. Creemos que su deseo era vivir aislado,

laborando tranquilamente en la sombra; que si figuró de modo notable, fue contra su voluntad. ¿Qué era la notoriedad para él? Su punto de mira en este mundo era el Cielo Infinito, indudablemente, pensando que dentro de pocos años lo habría alcanzado o perdido para siempre. Nada diremos de la lastimosa teoría que supone origen de la Reforma Protestante rivalidades de codicioso tendero entre los Agustinos y Dominicos, que encendieron la ira de Lutero. Si hay alguien que la sustente podemos decirle: ante todo situémonos en la esfera del pensamiento, que es donde es posible juzgar a Lutero, a los hombres como él, sin distraemos, y entonces discutiremos con vosotros.

León X, que deseaba reunir algún dinero, envió irreflexivamente al monje Tetzel a Wittenberg con motivos mercantiles, desarrollando escandaloso negocio. Parece que este Papa fue más pagano que cristiano, si era algo. Los que confesaban con Lutero compraron indulgencias diciéndole que sus pecados habían sido perdonados. Lutero no quiso desertar de su puesto, mostrándose hipócrita, holgazán y cobarde en el reducido espacio que le estaba confiado, teniendo que salir al paso de las Indulgencias, declarando eran futilidad, triste ficción, que no podían perdonar pecado alguno. Esto fue la iniciación de la Reforma. Todos sabemos cómo avanzó tras la primera controversia pública de Tetzel el último día de octubre de 1517, entre argumentos y refutaciones, extendiéndose cada vez más, ganando en intensidad, hasta que no pudiendo acallarla, arrastró a todo el mundo. El sincero deseo de Lutero era enmendar este y otros agravios, pues nunca pensó ser causa de escisión de la Iglesia, ni rebelarse contra el Papa, Padre del Cristianismo. El elegante Papa pagano hizo poco caso del Monje y sus doctrinas; no obstante, su deseo era acallar el ruido producido por él; intentó varios métodos más suaves durante tres años, acabando por creer acabarlo con el fuego, condenando a los escritos del Monje a ser quemados por el verdugo, que su cuerpo fuera llevado a Roma atado, quizá para hacer otro tanto con él; así acabaron con Huss y Jerónimo un siglo antes. El fuego es breve argumento. El pobre Huss llegó al Concilio de Constanza tranquilizado, con toda clase de promesas y salvoconductos; era hombre impetuoso, mas no rebelde; a su llegada lo encerraron en un calabozo de piedra de tres pies de anchura, seis de alto y siete de largo, quemando su sincera voz para que no la oyere el mundo, ahogándola en humo y fuego. Eso no estaba bien.

Perdono a Lutero que no se rebelase por completo contra el Papa. El elegante Pagano encendió en noble y justa ira el corazón más bravo, más humilde y más pacífico existente por entonces en el mundo con su ígneo decreto. *A mis palabras, dictadas por la verdad y la sobriedad, que tienden fielmente a propagar la verdad de Dios en la Tierra, salvando a los hombres, que es lo único que nos permite la incapacidad humana, tú, el representante de Dios en la Tierra, respondes enviando al verdugo con la tea encendida. Quieres quemarme a mí y a mis palabras como respuesta al mensaje de Dios que se esfuerzan por hacer llegar hasta ti. No eres representante de Dios en el mundo, sino otra cosa. Tomo tu Bula como Falsedad y la quemo. Ya haras luego lo que mejor te parezca; esto es lo que hago yo ahora.* El 16 de

diciembre de 1520, tres años después del comienzo de la contienda, Lutero, rodeado de gran gentío, dió este indignado paso de quemar el decreto papal a la puerta Eister de Wittenberg. El pueblo de Wittenberg asistía gritando; todo el mundo tenía sus ojos en ello. El Papa no debió provocar aquellos gritos, que fueron los que despertaron a las naciones. El tranquilo corazón alemán, modesto, paciente, no pudo sobrellevar la carga que finalmente se le impuso. El Formulismo, el Papa Pagano y otras Falsedades y Apariencias corrompidas, llegaron al término de su dominación, surgiendo de nuevo un hombre que se atreviese a declarar que el mundo de Dios no se basaba en apariencias, sino en realidades, que la Vida es verdad y no superchería.

En el fondo hay que considerar a Lutero como Profeta Iconoclasta, hombre que condujo de nuevo al hombre a la realidad, función de grandes hombres y maestros. Mahoma dijo: *Vuestros ídolos son madera negrai les aplicáis cera y aceite, se les pegan las moscas.* Lutero dijo al Papa: *Eso que llamas Perdón de los Pecados, es un trozo de papel y tinta, y nada más; eso y cosas parecidas no pasan de ser eso. Sólo Dios puede perdonar los pecados. ¿Es el Papado, la Paternidad espiritual de la Iglesia de Dios vana apariencia de tela y pergamino? Es horrendo la Iglesia de Dios no es apariencia, como no lo son el Cielo y el Infierno. Me opongo a ello, pues a esto me obligas; al oponerme, yo, pobre monje alemán, soy más fuerte que todos vosotros. Solo estoy, sin amigos, acompañado de la Verdad Divina; tú con tus tiaras, triples sombreros y escudos, rayos espirituales y temporales, estás junto a la Mentira del Diablo, y no eres tan fuerte.*

La escena de mayor grandeza en la Historia Moderna Europea es la Dieta de Worms, en la que se presentó Lutero el 17 de abril de 1521, originándose en ella la subsiguiente historia de la civilización. Tras múltiples negociaciones y discusiones llegaron a convocar la asamblea. El joven Emperador, Carlos V, con todos los Príncipes alemanes, nuncios papales, dignatarios espirituales y temporales reuniéronse allí para escuchar a Lutero, ver si se retractaba o no. A un lado sentáronse el poder y la pompa del mundo; al otro un hombre que defendía la Divina Verdad, el humilde hijo del minero Hans Lutero. Los amigos le recordaron a Huss, aconsejándole no asistiese; él no admitió consejos. Un gran grupo de amigos salió a su encuentro para disuadirle, respondiendo él: *Aunque hubiera en Worms tantos Diablos como tejas, iría.* Al siguiente día, al encaminarse a la Dieta se agolpaba la gente en ventanas y terrados, gritándole algunos solemnemente no se retractase. *¿Quién me negará ante los hombres?*, le decían como solemne ruego y conjuro. ¿No era realmente nuestro ruego, el del mundo entero, postrado en oscura esclavitud espiritual, paralizado por tenebrosa Pesadilla espectral, Quimera con triple corona, que se llamaba Padre en Dios? ¿Por qué no decirle?: *Líbranos; en ti está, ino nos abandones!*

Lutero no nos abandonó. Su discurso, que duró dos horas, distinguióse por el tono de respeto, prudencia y sinceridad, dispuesto a someterse a lo que requiere sumisión legal, no sometándose a nada más que a ello. Declaró que sus escritos eran suyos en parte, en parte derivados de la Palabra de Dios.

En cuanto a los suyos, débiles como humanos, podía arrepentirse de su ira, su ceguera, muchas cosas que consideraba beneficiosas, mas en cuanto a lo basado en la sana verdad y la Palabra de Dios, no podía efectuarlo. *Refutadme con pruebas de la Escritura, con argumentos claros y justos, pues de otro modo no puedo retractarme, porque no es leal ni prudente contrariar a la conciencia. Aquí estoy; no puedo hablar de otra suerte. ¡Que Dios me ayude!* Éste fue el momento de culminante grandeza en la Historia Moderna del Hombre. De haber obrado Lutero de otro modo en aquel instante, el Puritanismo inglés, Inglaterra y sus Parlamentos, las Américas y la labor de dos siglos, la Revolución Francesa, Europa y lo hecho por ella hasta hoy en todo el mundo, se hubiere desarrollado de otra manera, porque el germen de todo eso estaba en su proceder en aquella hora. Europa preguntaba: ¿Me hundiré cada vez más en el engaño y la estancada putrefacción hasta morir asquerosa y execrablemente o llegaré al paroxismo que me purifique de falsedades, curándome y vivificándome?

La Reforma trajo consigo grandes guerras, largas discusiones y desunión, que aun hoy perduran estando lejos de su término; mucho se habló de todo eso vituperándolo; no niego sea lamentable, mas ¿qué tuvo que ver Lutero o su causa con ello? Lo extraño es se achaque eso a la Reforma. Grande sería la confusión cuando Hércules encauzó el río purificador hacia las cuerdas del Rey Augias, pero no creo sea él a quien hay que lanzar el reproche. Cierto es que la Reforma tenía que producir sus resultados cuando llegase, pero no pudo evitar su aparición. El mundo contesta a todos los Papas, sus defensores que reconviene, se lamentan y acusan: *Habéis falseado el Papado y, a pesar de su pretérita bondad y la pretendida actualmente, no podemos creer en él, pues la luz concedida por el Cielo a nuestro entendimiento para guiarnos en este mundo nos dice que es increíble. Ni queremos ni intentamos creer en él: no nos atrevemos. Como es falso traicionaríamos al Poseedor de toda Verdad si pretendiéramos que es cierto. Rechacémoslo aceptando lo que venga a reemplazarlo, pues no podemos depender ya de él.* Ni Lutero ni su Protestantismo son responsables de esas guerras, siéndolo los falsos Simulacros que lo forzaron a protestar. Lutero hizo lo que cualquier hombre creado por Dios, no sólo tiene derecho a hacer, sino que debe hacer por sagrado deber; es decir, responder con un ¡No! cuando la superchería le pregunta: *¿Crees en mí?* Hay que considerar lo que costó tal decisión. Indudablemente se iniciaba una unión y organización espiritual y material en el mundo, mucho más noble que el Papado o el Feudalismo en sus días de mayor sinceridad, basada en los Hechos, no en las Apariencias y Simulaciones, única manera de que se produjese y afianzase, porque rechazamos la unión basada en el engaño, que nos manda expresarnos y obrar hipócritamente. Diréis que es preferible la paz; pero, ¿no es paz el letargo animal? ¿No hay paz en el silencio sepulcral? Lo que queremos es paz vital, no la paz de la muerte.

No obstante, al apreciar con justicia los indispensables beneficios de lo Nuevo, no hemos de mostrarnos injustos con lo Viejo, pues lo Viejo fue sincero, aunque no lo fuera después. En tiempos de Dante no fue precisa la

mistificación, la ceguera voluntaria u otro fraude para reconocer la verdad; aquello era bueno, había en su espíritu imperecedera bondad. El grito de ¡Abajo el papismo! es necio en estos tiempos. Inútil es argumentar, gana terreno el Papismo aduciendo que edifica nuevos templos y otras razones por este estilo; curioso es contar unas cuantas iglesias, prestar oídos a los que desacreditan al Protestantismo, tomar en serio ciertas tonterías caídas en el letargo que todavía se le atribuyen y afirmar: *El Protestantismo está muerto; el papismo tiene más vida que él y lo sobrevivirá*. Muchas de las necedades aletargadas que se consideran Protestantes, han muerto, pero no el Protestantismo, porque si bien miramos, él es el productor de su Goethe y su Napoleón, de la Literatura alemana y de la Revolución Francesa, importantes signos de vida. En el fondo, ¿qué hay de más vivo que el Protestantismo? La vida que anima todo lo demás es meramente galvánica, que ni place ni es duradera.

Por más capillas que edifique, el Papismo no podrá volver ya, como tampoco el Paganismo, aunque exista aún en algunos pueblos. En esto ocurre lo mismo que con la marea: vemos que las aguas avanzan y retroceden, habiendo momentos de indecisión; esperemos media hora, esperemos medio siglo para ver la situación del Papado. ¡Ojalá no hubiere mayor peligro para Europa que la resurrección del viejo y abatido Papa! Es como si *Thor* intentara resucitar. Estas oscilaciones encierran su significado. El rancio y decaído Papado no morirá por completo como *Thor*; vivirá algún tiempo; no debe morir. Pudiéramos decir que lo Viejo no muere nunca hasta que todo lo bueno existente en él ha sido infundido en lo práctico Nuevo. Mientras sea posible hacer bien de acuerdo con Roma, o lo que es lo mismo, mientras podamos llevar una vida piadosa, guiándonos por ella, la adoptará el alma humana, siendo su testimonio viviente. Se nos impondrá a los que lo rechazamos, hasta que nuestra práctica haya asimilado la verdad que encierra. Entonces, sólo entonces, perderá el encanto para el hombre. Si dura, responde a cierto fin. No nos preocupemos; que viva mientras pueda.

En cuanto a esas guerras y derramamiento de sangre, he de manifestar que ninguna de ellas se inició durante la vida de Lutero, pues la controversia nunca se trocó en lucha, siendo para mí prueba de su grandeza en todos sus aspectos, pues fueron pocas las veces que un hombre productor de inmensa conmoción dejase de perecer en ella, pues éste es el destino de los revolucionarios. Lutero continuó siendo soberano en esta gran revolución; los Protestantes de toda jerarquía pusieron sus ojos en él como guía, jefe que no perdía la serenidad, que continuaba firme y pacífico en su puesto. Quien así se conducía, debió gozar de real fatultad, poseer el don de discernir dónde estaba la entraña de las cosas, afianzarse valerosamente en ella, como hombre fuerte y sincero, para que otros sinceros como él, se le uniesen, pues de no ser así carecería de adeptos. En aquellas circunstancias, fue ciertamente notable la clara y profunda fuerza de juicio de Lutero, vigoroso en todo, en silencio, tolerancia y moderación.

Su tolerancia fue típica, distinguiendo lo esencial y lo que no lo es, atendiendo sólo a lo primero. *Una vez le dijeron que un predicador reformado se negaba a predicar sin sotana; que se la ponga, respondió, ¿qué mal hay en que la lleve? ¡Póngase tres si cree que eso le beneficia!* Su proceder en la cuestión de los iconoclastas de Karlstadt, los Anabaptistas, la guerra de los Campesinos, indica nobleza de fuerza, muy distinta a la espasmódica violencia. Era hombre que discernía la realidad de las cosas, fuerte y justo, que indicaba sabiamente lo que había que hacer, aceptándolo los demás. Sus escritos testimonian cuanto decimos. Aunque el dialecto de esas especulaciones se haya anticuado, las leemos con gusto. Su estilo gramatical es tolerable todavía; el mérito de Lutero en la historia literaria es grande, pues su modo de escribir fue el adoptado en todas las obras. Cierto es que sus veinticuatro volúmenes en cuarto no están bien redactados, mas hay que tener en cuenta que los escribió apresuradamente, sin propósito literario. Debo declarar que en ningún libro hallé facultad más robusta, genuina y noble, que en los suyos, escritos con ruda sinceridad, familiaridad, sencillez, sentido y vigor. Irradia luz; sus mortíferas frases penetran el secreto de lo que trata; muestra gracejo, tierno afecto, nobleza y profundidad; en él hay un Poeta; mas su tarea era elaborar un poema épico, no escribirlo. Lo considero un gran Pensador, porque su grandeza de corazón lo proclama.

Dice Richter que las palabras de Lutero son semi batallas, y así pueden calificarse. Su cualidad esencial era poder luchar y vencer; fue modelo exacto de Valor viril. En esa raza de teutones, cuya característica es el valor, no hubo hombre más valiente, ni corazón más animoso que el suyo. Su reto a los *Diablos* en Worms, no fue mera jactancia, como pudiere creerse, de producirse hoy. Creía Lutero que los diablos, ciudadanos espirituales de las Tinieblas, asediaban continuamente al hombre, cosa a que alude repetidas veces en sus escritos, sirviendo de base para que algunos se le burlasen. Cuando visitamos su estancia en el Wartburg, donde traducía la Biblia, nos señalan una mancha negra que hay en la pared; extraño recordatorio de una de sus luchas. Estaba traduciendo un salmo, fatigado de su largo trabajo, débil a causa de la abstinencia, cuando vió ante sus ojos una odiosa e indefinible Imagen, que tomó por el Malo, que le molestaba en su tarea; levantóse retador, lanzando el tintero contra el espectro, que desapareció. Allí está la mancha de tinta, curioso monumento de muchas cosas. Cualquiera practicante de farmacia puede hoy decirnos qué hay que pensar sobre tal aparición y de modo científico, mas el corazón del hombre que se atreve a levantarse y desafiar frente a frente al Infierno, no puede dar mayor prueba de intrepidez. Ni en el mundo, ni bajo de él, había cosa que lo acobardase. En uno de sus escritos, dice: *Bien sabe el Diablo que esto no tiene su origen en el miedo, pues he visto y desafiado innumerables Demonios. El Duque Jorge (de Leipzig, uno de sus grandes enemigos) no iguala a un solo Diablo (ni mucho menos). Si tuviere algo que hacer en Leipzig, allí iría, aunque lloviesen Duques Jorges nueve días seguidos.* ¡Qué diluvio de Duques! Grandemente se equivocan los que imaginan que el valor de este hombre fue ferocidad, terca y vulgar obstinación, crueldad, como muchos creen: muy

lejos de eso. Puede haber ausencia de temor, debido a ausencia de preocupación o afecto, presencia de odio y de estúpida ira. No apreciamos en mucho el valor del tigre. En Lutero se daba cosa muy diferente, no hay acusación más injusta que la de mera violencia feroz. Su corazón estaba henchido de bondad, piedad y amor, como todo corazón valiente de veras. El tigre huye ante enemigo más fuerte que él, por eso no lo creemos valiente, sino fiero y cruel. Pocas cosas conozco más conmovedoras que los suaves latidos de afecto, suaves como los del hijo o de la madre, que animaban el Impetuoso corazón de Lutero, tan verídico, puro, sin hipocresía, familiar, rudo en sus expresiones, claro como el agua que surge de la roca. ¿Qué fue aquella actitud abatida por la desesperación y reprobación que vemos en su juventud, sino producto de noble y reflexiva mansedumbre, sutilidad y finura de afecto? Ése es el estado en que están sumidos hombres como el desdichado Cowper. Para el observador superficial, Lutero podría pasar por tímido, débil; la modestia y la ternura afectiva son sus principales características. El valor despertado en corazón como el suyo, es noble; al verse hostigado y desafiado, se inflamó con celeste llama.

En la Sobremesa de Lutero, libro póstumo de anécdotas y frases recopiladas por sus amigos, ahora el más interesante entre todos los suyos, hallamos bellas manifestaciones inconscientes de su verdadera naturaleza. Su modo de proceder ante el lecho de muerte de su hija, grande y admirable todavía, figura entre los más emocionantes. Se resignó a que muriese su pequeña Magdalena, anhelando al mismo tiempo conservase la vida, siguiendo su pensamiento empavorecido la ascensión de su almita a través del reino desconocido, con el corazón desgarrado, encogido, sincero, pues a pesar de todos los credos y dogmas comprendía que nada sabemos ni podemos saber: su pequeña Magdalena iba a reunirse con Dios, porque Dios lo quiso así; también eso era todo para Lutero; Islam es todo.

Una noche asomóse a una de las ventanas del Castillo de Coburgo, su Patmos solitario, contemplando la gran bóveda de la Inmensidad, surcada por largas y veloces nubes, muda, gigantesca, preguntándose: *¿Quién sostiene todo esto? Nadie vió nunca las columnas que lo soportan; no obstante, se sostiene. Dios lo sostiene; hay que reconocer que Dios es grande, bueno, tener fe en lo invisible.* De vuelta de Leipzig le sorprendió la belleza de los campos a punto de segar, diciéndose: *¿Cómo se sostiene el amarillo trigo sobre su esbelto tallo?; su dorada espiga se inclina y balancea; la humilde tierra lo ha producido al mandato de Dios: es el pan del hombre.* Contemplando un crepúsculo en el jardín de Wittenberg vió un pajarillo que se posaba en una rama, exclamando: *Sobre ese pajarito lucen las estrellas, está el profundo Cielo de los mundos; ha plegado sus alitas y se posa confiadamente para pasar la noche; su Creador le ha procurado cobijo.* No falta la alegría en este libro; en este hombre había un gran corazón humano. Su lenguaje posee áspera nobleza, abunda en modismos, es expresivo, sincero, brillando en él de vez en cuando los matices poéticos. En Lutero vemos un hermano. Su afición a la música es resumen de todos sus afectos; muchas de las cosas que no pudo expresar con la palabra las confió a los

tonos de la flauta, afirmando escapaban los Diablos cuando oían sus notas. Por una parte desafiaba a la muerte, por otra amaba la música. Para mí éstos eran los dos polos opuestos de su grande alma; entre ellos había lugar para todo lo grande.

En el rostro de Lutero veo la expresión de su personalidad, creyendo que los mejores retratos de Kranach son su fiel efigie, rostro de plebeya dureza, con sus grandes cejas y huesuda cara, emblema de tosca energía, faz casi repulsiva a primera vista. No obstante, en sus ojos brilla indómita y silenciosa pena, melancolía sin nombre, elemento de suaves y finos afectos, imprimiendo al resto el sello de la verdadera nobleza. Lutero reía, pero también lloraba; el llanto y el duro trabajo le acompañaban, siendo la Tristeza y la actividad base de su vida. En sus últimos días, tras los triunfos y victorias, expresa su cansancio de vivir, considerando que sólo Dios puede y quiere regular el curso de las cosas, que tal vez no esté lejano el Día del Juicio. Únicamente desea una cosa: que Dios lo libre de su labor, lo llame y lo deje gozar de reposo. No lo comprenden los que señalan ese deseo para desacreditarlo. Para mí Lutero es el verdadero Gran Hombre, grande intelectualmente, en valor, afecto e integridad, uno de los más amables y valiosos, no de la grandeza del esculpido obelisco, sino de la montaña alpina, tan sencillo, honrado, espontáneo que no piensa en la grandeza. Es el picacho granítico que rasga las nubes adentrándose en el Cielo; el monte en cuyas requebrajaduras brotan las fuentes que vivifican bellos valles floridos. Es Héroe Espiritual y Profeta, verdadero Hijo de la Naturaleza y de los Hechos, cuya aparición agradecerán al Cielo los siglos pasados y venideros.

El héroe como sacerdote.

Lutero.

La Reforma.

Knox.

El puritanismo.

Tercera parte

(Viernes, 15 de mayo de 1840)

La fase más interesante asumida por la Reforma es el Puritanismo, para los ingleses especialmente.

El Protestantismo trocóse prontamente en aridez en el país de Lutero, no en materia de religión, de fe, sino antes en contienda dialéctica teológica, no originada en el corazón, siendo su esencia la discordia escéptica, que se encendió cada día más hasta llegar al Volterianismo, pasando por los debates de Gustavo-Adolfo y desembocando en los de la Revolución Francesa. En nuestra isla originó un Puritanismo que logró establecerse como Iglesia Presbiteriana y Nacional en Escocia, surgiendo como cordial realidad, produciendo sus frutos. En cierto sentido pudiéramos decir fue la sola fase del Protestantismo que gozó de la jerarquía de Fe, verdadera comunión cordial con el Cielo, considerándolo la Historia como tal. Hablemos de Knox, hombre bravo y notable, que descolló sobre todo como jerarca y Fundador de la Fe que abrazaron Escocia, Nueva Inglaterra y Oliverio Cromwell; la Historia nos hablará de ello.

El Puritanismo puede ser objeto de censura, si se quiere; supongo que nadie lo considera perfecto, mas hay que tener presente que fue producto de sinceridad, puesto que la Naturaleza lo adoptó, extendiéndose y desarrollándose. Dije alguna vez que en este mundo todo progresa al calor de la lucha; que la fuerza, bien entendida, es medida de toda valia. Si la cosa es justa alcanzará éxito por el tiempo. Considerad América Sajona, el simple

Hecho de la salida del *Mayflower* del puerto de Delft (en Holanda) hace doscientos años. Si nuestro sentido estuviese tan despierto como el de los griegos, veríamos en ello un Poema, Poema de la Naturaleza, como el que compone amplios hechos sobre los grandes continentes. Aquello fue ciertamente el comienzo de América, en la que había dispersos colonos, algo así como un cuerpo, al que infundió alma aquella expedición. Aquellos infortunados, desterrados de su país, que tampoco pudieron vivir en Holanda, determinaron establecerse en el Nuevo Mundo, tierra de negros bosques vírgenes, poblada de salvajes, no tan crueles para ellos como el verdugo oficial. Creían que la Tierra les proporcionaría alimento, si la trabajaban con cuidado; que el eterno cielo se extendería sobre sus cabezas como en su país, que gozarían de paz, preparándose para la Eternidad viviendo como es debido en este mundo del tiempo, adorando lo que creyeren cierto, sin idolatría. Reunieron lo que poseían, fletaron un buque, el pequeño *Mayflower*, y se hicieron a la vela.

En la Historia de los Puritanos, de Neal, se relata la ceremonia de la salida, solemnidad pudiéramos llamarla, puesto que fue acto de verdadera adoración. Su capellán los acompañó hasta el embarcadero, juntamente con los hermanos que dejaban en tierra, reuniéndose todos en ferviente plegaria, deseándoles que Dios se apiadase de sus desdichados Hijos, los encaminase por aquellas vastas soledades, pues Él era el Creador de todo aquello, residiendo en ellas como en la tierra que dejaban. A mi entender los expedicionarios cumplían una misión. La cosa más endeble, más débil que un niño, se vigoriza un día si es veraz. Por aquellos días el Puritanismo era despreciable, irrisorio, pero hoy nadie lo toma a broma. Dispone de armas y fortalezas, cañones y buques de guerra, destreza en sus diez dedos, fuerza en su brazo derecho, puede gobernar navíos, talar bosques, hacer saltar montañas, es una de las cosas más fuertes bajo el sol.

En la historia de Escocia no hallo más que una época, pudiendo afirmar no contiene nada de mundial interés, excepto la Reforma de Knox. Pobre tierra estéril, turbada por continuos tumultos, disensiones y matanzas; pueblo que vive en estado de rudeza e indigencia, apenas mejor que Irlanda en nuestros días. Los codiciosos y fieros señores, incapaces de convenir entre sí cómo habían de repartirse lo que quitaban a los miserables *ganapanes*, obligados como las Repúblicas sudamericanas de nuestros días a convertir en revolución cualquier alteración; que no sabían cambiar un ministerio si no era ahorcando a los ministros; espectáculo histórico de no muy singular significación. No dudo fueren bravos; luchaban feroz y continuamente, pero no con más valor o ferocidad que sus antecesores, los piratas escandinavos, cuyas hazañas no hemos creído dignas de resucitar. Era país casi sin alma, en el que todo estaba en ciería, excepto lo rudo, externo, semianimal, encendiéndose la vida interior al sobrevenir la Reforma bajo aquellas costillas inanimadas. La causa, la más noble entre las causas, brilla con luz propia en las alturas del Firmamento como un fanal visible desde la Tierra, con lo cual el más humilde de los hombres truécase en Ciudadano, en Miembro de la Iglesia visible de Cristo, en verdadero Héroe, si es sincero.

Cuando digo *pueblo de héroes*, hay que entender nación que tiene fe. No es el alma grande lo que hace al héroe, sino el alma divina fiel a su origen; ésa es la grande. Ya vimos cosas parecidas y volveremos a verlas, bajo formas más amplias que la Presbiteriana; hasta entonces no podrá producirse bien duradero, cosa imposible según algunos. ¿Imposible? ¿No existió ya como hecho practicado? ¿Falló el Culto de los Héroes en el caso de Knox? ¿Somos hoy los hombres de barro diferentes a los del pasado? ¿Confirió la Confesión de Fe de Westminster alguna nueva propiedad al alma del hombre? Dios creó el alma del hombre sin condenar a ninguna a vivir como Hipótesis y ficción en un mundo infestado por ellas, su influencia y su fruto.

Continuemos; lo que hizo Knox por su pueblo puede llamarse realmente *resurrección*; ardua era la empresa, pero aceptada de buen grado, considerando ventajoso el precio que costara, aunque hubiera sido más aventurada; ventajosa en conjunto a cualquier precio, como lo es la vida. Entonces comenzaron a vivir, mediante la condición de realizar lo que se habían propuesto y a toda costa. Opino que Knox y la Reforma influyeron sobre la Literatura escocesa, y el Pensamiento, sobre la Industria. James Watt, David Hume, Walter Scott, Robert Burns, actuando en el corazón de todos ellos y los fenómenos; creo que sin la Reforma no habría surgido ninguno de ellos y, ¿qué hubiera sido de Escocia? El Puritanismo escocés hizo suyo Inglaterra, Nueva Inglaterra. El tumulto producido en la Parroquia de Edimburgo se transformó en pugna universal, en batalla en todos los terrenos, resultando, tras cincuenta años de lucha, lo que llamamos *Revolución Gloriosa*, una *Ley de Habeas Corpus*, los *Parlamentos Libres* y muchas otras cosas. Cierto es lo que dijimos: que muchos de los que figuran en la vanguardia caen en el foso de Schweidnitz, como los soldados rusos, llenándolo con sus cadáveres, para que pase sobre ellos la retaguardia y se apodere de la plaza. ¡Cuántos fueron los graves Cromwells, Knoxes, humildes Campesinos escoceses que contendieron defendiendo la vida en ásperos cenagales, luchando, sufriendo, muriendo, calumniados, enlodados, antes que la bella Revolución del 88 avanzase sobre sus cuerpos, con escarpines de seda, entre universal aplauso.

Paréceme increíble que aquel escocés tenga que defenderse tres siglos después ante el tribunal del mundo de haber sido el más bravo entre los escoceses en aquellos tiempos. Bien pudo agazaparse en un rincón como otros muchos; mas su pureza se lo vedó; él hubiera escapado a las censuras, pero Escocia continuaría esclava. Todos los escoceses, todo el mundo está en deuda con este hombre. Lo único que podría pedir a Escocia es le absolviese de haberla dignificado más que cualquier millón de escoceses intachables que nada tengan que perdonar. Luchó a pecho descubierto, bogó en las galeras francesas, vagó desamparado en el destierro, entre las nieblas y tormentas, fue censurado, tiroteado a través de la ventana de su casa; su vida fue continua y triste lucha. Muy aventurada era su empresa para esperar recompensa en este mundo. No puedo pedir excusa en su nombre, porque se muestra indiferente a cuanto se haya dicho sobre él durante los doscientos cincuenta años últimos. Pero nosotros, olvidando los detalles de su lucha,

disfrutando de la luz originada en el fruto de su victoria, debemos ver únicamente al hombre a través de los rumores y controversias que lo rodean, por respeto a nosotros mismos.

Knox no quiso erigirse en Profeta de su Pueblo, viviendo en la sombra cuarenta años antes de alcanzar celebridad; pobres eran sus padres; se educó en un colegio. abrazando la carrera eclesiástica, adoptando la Reforma, contentándose con que le sirviese de guía en la vida, sin forzar a nadie a que la reconociese. Era preceptor de distinguidas familias; cuando algún grupo lo requería para que expusiese su doctrina, Knox predicaba, resuelto a no separarse de la verdad, a declararla cuando se le requería para ello, sin ambicionar nada, sin creerse llamado a otra cosa; así llegó a los cuarenta años. Figuraba en el grupo de los Reformadores sitiado en el Castillo de San Andrés; estaban en la capilla escuchando la exhortación del predicador cuando súbitamente, al acabar su prédica, dijo que tenían que hablar otros; que todos los que tuviesen corazón y dotes de predicador debían exponer su opinión; que entre ellos había uno llamado John Knox que gozaba de ambas cosas, como sabían todos, preguntando finalmente si le creían obligado a ello. La respuesta fue afirmativa, añadiendo era un crimen desertar del puesto, callar lo que tuviese que manifestar. El humilde Knox se vió forzado a ponerse de pie; intentó decir algo; no pudo articular palabra, rompió a llorar y huyó. No hay que olvidar la escena. Durante unos días sufrió graves trastornos, comprendiendo la debilidad de sus facultades para tan grande empresa, sabiendo el bautismo a que tenía que someterse; por eso estalló en llanto.

La sinceridad, característica principal del Héroe, se aplica enfáticamente a Knox. Nadie ha negado que fue uno de los hombres más francos, fueren cuales fueren sus otras cualidades o defectos; se atenía a la verdad y a la realidad por instinto singular, siendo la verdad lo único existente para él, despreciando todo lo demás como mera sombra y vacío. Por muy débil y desesperada que pudiese parecer la realidad, ella era lo único que le servía de base. En las galeras del Loire, donde fueron conducidos como galeotes Knox y sus compañeros tras la toma del Castillo de San Andrés, un funcionario o sacerdote les mostró una imagen de la Virgen Madre, requiriendo a los blasfemos herejes para que la reverenciaran. *¿Madre de Dios?*, preguntó Knox cuando le llegó la vez, añadiendo: *No es la madre de Dios, sino un trozo de leño pintado, más propio para flotar que para ser adorado*, y cogiéndolo lo lanzó al río. En su situación era peligrosísimo bromear, mas eso era la verdad para Knox y continuaba siéndolo: madera pintada que no quería adorar, sin pensar en las consecuencias.

Animaba a sus compañeros de cárcel en aquellas amarguras, afirmando que su Causa era la verdadera; que prosperaría, que todo el mundo junto no podía vencerla: que la Realidad es creación de Dios; que es lo único firme. ¡Cuántos trozos de leño pintado pretenden ser realidad, más propios para flotar que para ser adorados! Knox no podía vivir fuera de la realidad, agarrándose a ella como náufrago a la escollera; si fue héroe lo debió a la

sinceridad, su don principal, capacidad intelectual, digna y leal, aunque no superior sino muy inferior a la de Lutero; pero en lo tocante a su adherencia instintiva y cordial a la verdad, en franqueza, ni tiene superior ni igual; su corazón estaba forjado como el de verdadero Profeta. Una vez exclamó el Conde de Morton ante su tumba: *Ahí yace quien nunca volvió el rostro ante ningún hombre*; no hay moderno que se parezca tanto al Profeta Hebreo como Knox, por haber en él la misma inflexibilidad, intolerancia, rígida lealtad a la verdad Divina, severo reproche en nombre de Dios para el que reniega de la verdad; era un antiguo Profeta Hebreo con hábitos de sacerdote de Edimburgo del siglo XVI. Así debemos considerarlo, no de otro modo.

La conducta de Knox para con la Reina María, sus violentas entrevistas en palacio para reprenderla, se comentaron mucho. Su crueldad y rigidez nos llena de indignación, pero si leemos el fiel relato de lo que dijo, de lo que quiso decir, confesaremos no hay en él nada trágico, pues sus palabras no fueron tan duras, pareciéndome estaban a tenor de las circunstancias; porque no iba a palacio como cortesano, sino con carácter muy distinto y, quienquiera leyere sus coloquios con la reina y los tomara por vulgares insolencias de cura plebeyo ante una señora educada y delicada, se equivoca en cuanto a su alcance y esencia. Desgraciadamente era imposible ser cortés con la Reina de Escocia, de no ser desleal para con la Nación y Causa escocesa. Él, que no quería ver convertida su tierra natal en coto de caza de los intrigantes y ambiciosos Guisa, que la Superchería, Formulismos y Causa del Diablo imperasen sobre la de Dios, no podía hacerse agradable. Morton dijo: *Es preferible lloren las mujeres a que los hombres barbudos se vean forzados a llorar*. Knox fue el partido constitucional de oposición en Escocia, pues los nobles del país llamados a integrarlo por su posición no figuraban en él; por eso tuvo que serlo Knox. La reina era infeliz; más lo hubiere sido la Nación de haber sido feliz su reina. No carecía María de astucia, entre otras cosas, preguntando una vez: *¿Quién eres tú para pretender instruir a los nobles y a la soberana de este reino?* Señora, un súbdito nacido en él, respondió Knox. Respuesta razonable, porque si el súbdito tiene una verdad que decir, no será la condición de súbdito lo que se lo vede.

Se censuró a Knox por su intolerancia. Bien está seamos todo lo tolerantes posible; no obstante, en el fondo, tras todo lo dicho sobre ella, ¿qué es la tolerancia? La tolerancia tiene que tolerar lo accidental, discerniéndolo claramente; tiene que ser noble, mesurada, justa en su iracundia, cuando no puede ya tolerar, mas en conjunto no sólo vivimos para tolerar, sino para resistir, refrenar y vencer. No toleramos las Falsedades, Latrocinios, Iniquidades, cuando nos agarrotan; entonces les decimos: *Eres falsedad; no puedo tolerarte*. Vivimos para extinguir las Falsedades aniquilándolas prudentemente. No discutiré sobre el modo de lograrlo, pues lo importante es conseguirlo. En este aspecto Knox fue ciertamente intolerante.

Es imposible que el condenado a bogar en las galeras francesas por propagar la Verdad en su tierra nativa pudiera estar siempre de buen humor, no

queriendo decir esto que no fuere dócil por temperamento, ni agrio de carácter; lo que sí puedo afirmar es que no era malo por naturaleza, porque en aquel hombre sufrido, maltratado, y luchador moraban los amables y leales afectos. Que se atreviese a regañar a la reina, que dominase a los turbulentos nobles, orgullosos como eran, conservando hasta el fin una especie de Presidencia y Soberanía virtuales en aquel indomable reino, él, que no pasó de súbdito nacido en el mismo, nos prueba no se le tenía por ruin y mordaz, sino por hombre de corazón sano, fuerte y sagaz. Ésos son los que pueden imponerse. Se le acusa de demoledor por demoler catedrales, como si se tratara de un demagogo sedicioso y tumultuario; pero si nos fijamos, lo cierto es precisamente lo contrario, tanto en cuanto a las catedrales como en lo demás. No era demoler edificios de piedra lo que se proponía Knox, lo que quería era curar la lepra e ignorancia que minaban la vida del hombre. El motín no era su elemento, y, si se vió envuelto en él fue forzado por el trágico matiz de su vida, porque los hombres de su temple son enemigos natos del Desorden, al que aborrecen: mas la insinuante Perfidia no es Orden, sino suma total de Desorden. El Orden es Verdad, fundada en la base que le es propia: el Orden y la Falsía no pueden ir de consuno.

En Knox se manifiesta inesperadamente propensión al gracejo, combinado con otros rasgos, cosa que me agrada; veía claramente la parte ridícula de las cosas, siendo esto lo que da vida al brusco y grave estilo de su Historia. Grande es su regocijo al ver a la puerta de la Catedral de Glasgow a dos Prelados, disputándose el derecho de precedencia, dando zancadas, propinándose empujones, agarrándose y estrujándose los roquetes, blandiendo sus báculos como garrotes. No fue burla ni escarnio, sino amargor, aunque haya bastante de aquello. Lo que ilumina el grave rostro es una franca y suave sonrisa, no la carcajada; lo que ríe ante todo son los ojos. Knox era sincero y fraterno: hermano de los altos y de los humildes, franco en su simpatía para con todos. En su vieja casa de Edimburgo guardaba su tonelito de Burdeos; era jovial, sociable, simpático, equivocándose en gran manera los que le creen melancólico, espasmódico, fanático; nada de eso: fue hombre de una pieza, práctico, cauteloso, esperanzado, paciente, sagaz, observador, perspicaz, teniendo en efecto mucho del carácter típico escocés actual: cierta melancoUa sardónica, suficiente discernimiento, solidez de corazón que no ignoraba, sin preocuparse de lo que no le atañía vitalmente, sin callar lo que vitalmente le concernía, expresándolo de modo que todos tenían que escuchar, poniendo en ello todo el énfasis acumulado durante su silencio.

No me es odioso el profeta de los escoceses. Su existencia fue triste lucha, conteniendo con Papas y Principados, viviendo en continua pugna, derrotado, bogando como esclavo en las galeras, vagabundo en el destierro. Triste fue su lucha, pero venció. *¿Abrigas esperanza?*, le preguntaron en sus últimos momentos cuando ya no podía articular palabra; levantó el índice y expiró. Honrémosle. Su labor no ha muerto; parece la letra, pero no el espíritu, como ocurre con todos los hombres.

Añadamos algo en cuanto a la letra de la labor de Knox. Su agravio imperdonable fue el deseo de que los Sacerdotes sustituyesen a los Reyes, pues se esforzó en establecer el gobierno Teocrático en Escocia, siendo ésta la suma de sus agravios, su pecado esencial. ¿Qué perdón hay para él? Lo indudable es que en el fondo quería la Teocracia, o Gobierno de Dios, consciente e inconscientemente. Lo que deseaba es que los Reyes, los Presidentes de Consejo, todos los personajes, en público y en privado, ya diplomáticamente o de otro modo, se condujesen de acuerdo con el Evangelio de Cristo, comprendiesen que ésa era su suprema Ley, esperando llegase a ser realidad que el ruego: *Venga a nos el Tu reino* no fuera meras palabras. Mucho le apenaba que los ávidos Barones se adueñasen de las propiedades de la Iglesia, y, cuando alegó no eran propiedad secular, sino espiritual, que debían dedicarse a usos verdaderamente sagrados, a la educación, escuelas, lugares de adoración, contestóle el Regente Murray encogiéndose de hombros: *Eso es fantasía de devoto*. Eso era lo que Knox tenía por justo y acertado, lo que se esforzó más tarde en realizar con celo. Si creemos que esta idea de la verdad pecaba de estrechez, que no era franca, habremos de felicitarnos no lo pudiese realizar; de que tras dos siglos de esfuerzo continuara siendo irrealizable, de que todavía sea fantasía de devoto. Pero, ¿por qué censurarle si se esforzó por llevarla a cabo? La Teocracia, el Gobierno de Dios, es precisamente por lo que puede lucharse. Todos los Profetas, celosos Sacerdotes, se muestran partidarios de ello. Hildebrando deseó la Teocracia; Cromwell también, luchando por ello, lográndolo Mahoma. ¿No es eso lo que todos los hombres celosos, ya sean Profetas, Sacerdotes, o como se les llame, desean esencialmente y deben desear? El Ideal Celeste es que la justicia y la verdad, o Ley de Dios, reinen sobre todo entre los hombres; eso es lo que en tiempo de Knox denominaban *Voluntad de Dios* revelada, pudiendo aplicársele ese nombre en toda época. El Reformador insiste en que a eso debemos tender día tras día. Todos los verdaderos Reformadores son Sacerdotes por naturaleza y se esfuerzan por la Teocracia.

Hasta dónde podemos introducir tales ideales en la Práctica, y cuándo debe iniciarse nuestra impaciencia al ver que no ganan terreno, siempre será cuestión sobre la que puede decirse: dejemos que penetren hasta donde puedan. Si son la verdadera fe del hombre, mostraremos toda impaciencia de que no hayan penetrado aún. Siempre habrá Regentes Murray que, encogiéndose de hombros, digan: *Fantasía de devoto*. Lo que debemos hacer es alabar al Héroe-sacerdote que hace lo posible para establecerlos, dedicando su noble vida a convertir este Mundo en Reino de Dios, a cambio de penalidades, calumnias y sinsabores. ¡Nunca la Tierra será demasiado divina!

QUINTA CONFERENCIA



**El héroe como literato.
Johnson.
Rousseau.
Burns.**

El héroe como literato.

Johnson.

Rousseau.

Burns.

Primera parte

(Martes, 19 de mayo de 1840)

Los Héroes-Dioses, Profetas, Poetas y Sacerdotes, son formas del Heroísmo propias del pasado, surgidas en épocas remotas; la posibilidad de algunas de ellas cesó hace mucho tiempo, sin que puedan reaparecer. Hoy hablaremos del Héroe como Literato, producto de nuestros días, abrigando la esperanza de su existencia como una de las formas principales del Heroísmo en el porvenir mientras subsista el maravilloso arte de la Escritura o su reproducción, llamado *Imprenta*; es singularísimo fenómeno en varios aspectos.

Es nueva forma de Heroísmo, reciente, cuya aparición se remonta sólo a un siglo. Hasta hace unos cien años no hubo figura de Grande Alma que viviera independiente de modo tan anómalo, esforzándose por expresar su inspiración mediante Libros Impresos, que gozase de consideración y pudiese vivir de lo obtenido a cambio de su trabajo. Mucho se ha vendido y comprado, dejando corriera su suerte en el mercado, pero hasta entonces nunca había ocurrido lo mismo en cuanto a la sabiduría inspirada del Alma Heroica de manera tan cruda. Curioso espectáculo verlo en su descuidada buhardilla, con su raído traje, sus derechos y yerros literarios, imperando después de muerto, desde su tumba, sobre naciones y generaciones enteras, que le procuraron pan o se lo regatearon en vida. Pocas formas de Heroísmo hay más inesperadas.

En tiempos remotos tuvo el Héroe que revestir extrañas formas, porque, por su singularidad, muchas veces no sabían qué hacer con él. Parécenos absurdo pudiesen los hombres en su ruda admiración considerar Dios al magnífico y sensato *Odin* adorándolo como tal; al magnánimo y juicioso Mahoma como inspirado por la Divinidad, siguiendo religiosamente su Ley

durante doce siglos; quizás algún día parezca aun más absurdo que los doctos y sublimes Johnson, Burns y Rousseau fuesen considerados como meros ociosos venidos al mundo para combatir el tedio a cambio de algunos aplausos y monedas que les permitiesen vivir. No obstante, puesto que lo espiritual es siempre lo que determina lo material, este mismo Literato-héroe debe considerarse como el personaje más importante hoy, porque es el que anima a todos los demás, que obran de acuerdo con su consejo. El aspecto más significativo de la situación general del mundo es la manera como lo considera. Si penetramos en su vida podremos tener claro concepto de la vida de esos singulares siglos que lo produjeron y en los que vivimos y laboramos.

Hay Literatos auténticos y otros que no lo son, porque en todos los géneros hay legítimos y espurios. Si Héroe es sinónimo de legítimo, afirmo que el Literato como Héroe desempeña función honorabilísima, sublime, cuya superioridad ha sido reconocida ya. Manifiesta la inspiración de su espíritu tal como brota en él, lo más que puede hacer el hombre. Digo *inspiración*, porque lo que llamamos originalidad, sinceridad, genio, es decir, la cualidad heroica para cuya expresión carecemos de palabra, significa todo eso. Es Héroe el que mora en la esfera interna de las cosas, en la Verdad, lo Divino y Eterno existente, invisible para los más, bajo lo Temporal, Trivial, residiendo en esencia en aquello, manifestándolo en sus actos o palabras, revelándose. Su vida es un retazo del sempiterno corazón de la Naturaleza, siéndolo todos, pero los débiles desconocen la realidad, siéndole infieles las más de las veces, mientras los fuertes son heroicos, perennes, porque la realidad no puede ocultárseles. El Literato, como todos los Héroes, existe para proclamarla como le sea posible. Intrínsecamente desempeña la misma función que aquellos a quienes las remotas generaciones llamaron Profetas, Sacerdotes, Divinidades, porque todos ellos vinieron al mundo para lo mismo: expresar o llevar a cabo lo que había que hacer.

Fichte, el filósofo alemán, dictó hará unos cuarenta años en Erlangen, un notable Curso de Conferencias sobre el tema: *Ober das Wesen des Gelehrten, De la Naturaleza del Literato*. De conformidad con la Filosofía Trascendental, en la que descolló como maestro, declara: Que todo cuanto vemos o efectuamos en el Mundo, especialmente nosotros y todos los demás, es una especie de ropaje o Apariencia sensible, bajo la cual reside como esencia lo que denomina *Idea Divina del Mundo*, que es la *Realidad residente en el fondo de toda Apariencia*. La muchedumbre desconoce esa Idea Divina, viviendo entre superficialidades, posibilidades y apariencias del mundo, según Fichte, sin sospechar que hay algo divino en su entraña. Pero el Literato surge especialmente para discernir por sí y manifestarnos esa Idea Divina, exteriorizándose en cada nueva generación mediante nuevo dialecto, naciendo para eso. Tal es la fraseología de Fichte, de la que no disintimos. Ésa es su manera de llamar lo que me esfuerzo por denominar imperfectamente, porque hasta ahora no tiene nombre: La inefable Significación Divina, esplendente, maravillosa y aterradora, que mora en el ser de todos los hombres, de todas las cosas: la Presencia del Dios que nos

creó a todos y a todas ellas. Eso enseñó Mahoma en su dialecto y *Odin* en el suyo; es lo que todos los corazones pensantes tienen que enseñar, en un dialecto u otro.

Fichte llama al Literato Profeta, mejor dicho Sacerdote, que incesantemente revela lo Divino a los hombres: los Literatos son Sacerdotes perpetuos que enseñan al hombre, generación tras generación, que Dios preside su vida, que toda Apariencia observada en el mundo, no pasa de ropaje que viste la Idea Divina del Mundo, residente en el fondo de la Apariencia. Siempre hay en el legítimo Literato cierta santidad reconocida o denegada; es la luz del mundo, el Sacerdote que le sirve de guía como sagrada Columna de Fuego en su tenebrosa peregrinación a través del desierto del Tiempo. Fichte distingue con celo el Literato auténtico, lo que llamamos *Héroe como Literato*, de la multitud de falsos y vulgares. El que no vive por completo en esta Idea Divina, o vive parcialmente sin esforzarse como el bueno por vivir totalmente en ella, no es Literato, more en donde more, con la pompa y prosperidad que lo rodee; Fichte lo llama *chapucero*. En el mejor caso, si pertenece a las provincias prosaicas, puede ser un jornalero; Fichte llega a llamarlo *una nulidad*, no teniéndole lástima, negándole el derecho a la dicha entre los hombres. Ésa es la opinión de Fichte sobre el Literato, tiene el mismo significado que nosotros le damos. Desde este punto de vista considero que durante los últimos cien años, Goethe, conterráneo de Fichte, ha sido el más notable entre los Literatos. También él gozó, de extraña manera, de lo que llamamos *vida en la Idea Divina del Mundo*; visión del divino misterio interior; lo sorprendente es que en sus Libros surge el mundo imaginado como divino, como creación y templo de un Dios. Goethe lo iluminó todo, no con el violento, impuro e ígneo esplendor de Mahoma, sino con suave y celestial resplandor: fue Profecía de estos tiempos carentes de profetas; para mí es la más grande de las cosas que se han sucedido en nuestra época, aunque también la más tranquila. Nuestro modelo de Héroe-literato sería Goethe, siéndome agradabilísimo relataros su heroísmo, porque lo considero Héroe legítimo, heroico en cuanto dijo e hizo, quizá más aun en lo que silenciara o dejara de hacer, ofreciendo el noble espectáculo del héroe clásico, hablando y guardando silencio como los antiguos, personificado en el más moderno, fino y culto Literato, sin que haya otro caso durante los últimos ciento cincuenta años.

Pero ahora, dado lo que en general se sabe de Goethe, considero inútil hablar de él. Para la mayor parte de los oyentes, Goethe resultaría problemático, vago; dijese lo que dijese, causaría una falsa impresión; por eso lo reservamos al porvenir, siendo preferible hablaros de Johnson, Burns y Rousseau, tres grandes figuras anteriores a él, debido a circunstancias bastante inferiores. Los tres son del siglo XVIII; el ambiente de su vida parece mucho más al actual en Inglaterra que al de Goethe en Alemania. Desgraciadamente estos hombres no vencieron como él; lucharon valientemente y cedieron. No fueron heroicos portadores de luz, sino heroicos buscadores. Vivieron en amargas circunstancias, luchando bajo montañas de obstáculos, no pudiendo revelarse claramente ni alcanzar la

victoria interpretando esa *Idea Divina*. Lo que puedo mostraros es las Tumbas de tres Héroes Literarios; ahí tenéis los túmulos monumentales bajo los que yacen tres gigantes espirituales; tristes, ciertamente, mas grandes e interesantísimas para nosotros. Detengámonos unos momentos ante ellas.

Con frecuencia oímos lamentaciones sobre lo que llamamos *estado de desorden social*, lo mal que efectúan su cometido muchas fuerzas sociales articuladas; cuántas entre las más poderosas obran inútilmente, caóticas, mal relacionadas; la queja es justa, todos lo sabemos. Mas quizá si consideramos la de los Libros y sus Autores, hallemos algo como sumario de la desorganización de todo lo demás, especie de corazón del que parte y al que concurre la confusión mundial. Considerando lo que hacen los Autores de Libros en el mundo y lo que el mundo hace con ellos, opino que es lo más anómalo que presenta hoy la sociedad. Si intentásemos explicarlo nos aventuraríamos en insondable mar; no obstante, hay que considerarlo por requerirlo nuestro tema. El peor elemento de la vida de esos tres Héroes Literarios fue haber hallado su tarea y situación como un caos. La senda trillada permite hacer camino; lo penoso, lo que hace caigan muchos, es abrir un sendero a través de lo intransitable.

Nuestros piadosos Padres, comprendiendo cuán importante es que el hombre dirija la palabra a sus congéneres, edificaron iglesias, instituyeron fundaciones, redactaron reglamentos; en todo pueblo civilizado hay un Púlpito rodeado de toda clase de adjunciones complejas y dignificadas, desde el que el hombre habla a sus hermanos para instruirlos. Los antepasados creían que esto era lo más importante, sin lo cual era inútil todo lo demás. Piadosa fue su obra, bella su contemplación; mas hoy, con el arte de la Escritura y la Imprenta, cambiaron las cosas totalmente. ¿No es el Autor de un Libro, Predicador que habla a todos, en todo tiempo y latitud y no a esta o aquella parroquia y en día señalado? No es de suma importancia que su libro esté bien o mal escrito, lo que importa es que sus ojos vean claramente, pues de no ser así se extravían los demás órganos. El modo como escriba su obra, bien o mal, que no llegue a escribirla, es cosa que a nadie preocupa; quizás importe al librero que piense beneficiarse con su venta, de tener éxito, pero no a los demás. Nadie pregunta de dónde vino, a dónde llegará, qué puede hacerle avanzar en su carrera literaria, por no ser esencial para la sociedad, vagando como solitario ismaelita en mundo cuya luz espiritual es, para salvarlo o para perderlo.

El Arte de la Escritura es el más maravilloso ideado por el hombre. Las Runas de *Odin* fueron la primitiva forma de la labor del Héroe; los Libros, las palabras escritas, son milagrosas Runas perfeccionadas; en ellos reside el alma de todo el Pasado, la voz articulada y audible del Pasado, cuando la sustancia corporal y material se ha desvanecido como ensueño. Estimables y magníficas son las poderosas flotas y ejércitos, los puertos, arsenales, inmensas ciudades de elevadas cúpulas y admirables fortificaciones, pero, ¿qué son para el tiempo? Agamenón, los muchos Agamenones, Pericles y su Grecia trocáronse en ruinosos fragmentos, mudos y tristes restos, montones

de piedra, mientras en los Libros Griegos vive Grecia literariamente para los pensadores que la evocan. No hay Runa más extraña que un Libro; todo cuanto hizo, pensó, logró, o fue la Humanidad reside mágicamente conservado en sus páginas; por eso es posesión predilecta del hombre.

Los Libros obran milagros, como se decía de las Runas, puesto que persuaden a los hombres. Hasta la despreciable novela por entregas que las alocadas muchachas de la perdida aldea leen con avidez influye en los convenios matrimoniales y en los hogares. Así lloró Celia, así obró Clifford, y el disparatado Teorema de la Vida, grabado en los jóvenes cerebros, se convierte ea sólida práctica un día. Considerad si hubo Runa que obrase en la más impetuosa imaginación de un Mitólogo las maravillas que algunos Libros han operado en la tierra firme. ¿Quién erigió la construcción de la catedral de San Pablo? Si penetramos al corazón de la cosa, descubriremos fue aquel divino Libro Hebreo, en parte, la palabra de Moisés, el desterrado que conducía a sus Madianitas por las soledades del Sinaí hace cuatro mil años; aun siendo la más extraña de las cosas no por ello deja de ser cierto. Con el arte de la Escritura, del que la Imprenta es simple, inevitable e insignificante corolario, inicióse el verdadero reino de los milagros para la humanidad. Enlazó el Pasado Remoto con el Presente en tiempo y lugar con sorprendente contigüedad y perpetua intimidad, todas las épocas y lugares con nuestro *Aquí y Ahora*, alterándolo todo, vari:mndo todas las prácticas en las importantes funciones del hombre: la enseñanza, la predicación, el gobierno, todo.

Veamos la enseñanza, por ejemplo. Las Universidades son un notable, respetable producto de los tiempos modernos. También su existencia ha sido modificada hasta la base, debido a los Libros. Surgieron las Universidades cuando todavía no era posible procurárselos con facilidad, cuando un hombre, para obtener un solo Libro tenía que dar un trozo de tierra. En esas circunstancias, si alguien tenía que comunicar algún conocimiento, reunía a sus oyentes y lo manifestaba. Para saber lo que Abelardo sabía, había que ir donde estuviera y escucharlo, siendo treinta mil los que fueron a oír de sus labios su teología metafísica, ocurriendo otro tanto con todo profesor que tuviera algo propio que manifestar, porque allí disponía de local, al que acudían muchos miles ansiosos de ciencia; luego presentábase un tercer profesor, aprovechando la coyuntura, aumentando en importancia a medida que afluían los maestros; entonces el Rey, ante aquel nuevo fenómeno, combinó o reunió las variás escuelas, concediendo edificios, privilegios, facilidades, llamando a dichos centros *Universitas o Escuelas de todas las Ciencias*; surgió la Universidad de París con su carácter esencial, modelo de las sucesivas Universidades que, durante seis siglos, fueron fundándose una tras otra. Así creo se originaron las Universidades.

Salta a la vista que debido a la facilidad en adquirir libros cambiaron las cosas por completo, que con la invención de la Imprenta quedaron metamorfoseadas las Universidades, reemplazándolas, porque el Maestro no necesitaba reunir a la gente para comunicarle su saber, sino imprimir un libro

y de este modo todos los estudiosos podían adquirirlo por poco dinero, leyéndolo ante su chimenea, propagándose el saber. No pongo en duda la virtud del Discurso; hay escritores que creen conveniente dirigir la palabra al público en algunas circunstancias, como yo en estos momentos. Mientras el hombre tenga lengua habrá y debe haber delimitación de dominios entre el Discurso y la Escritura o Imprenta, respecto de muchas cosas, entre ellas las Universidades; lo que ocurre es que aún no se señalaron o indicaron los límites, no pudiéndose poner en práctica, no existiendo todavía Universidad que adopte este nuevo hecho de la existencia de los Libros Impresos, basando en ellos por completo la enseñanza en el siglo XIX, como basó la suya en la palabra la de París en el XIII. Si reflexionamos observaremos que la Universidad, o cualquier Escuela Superior, no puede hacer por nosotros más de lo que hizo la Escuela primaria, es decir, enseñarnos a leer, porque en ella aprendemos a leer en varios idiomas, diferentes ciencias, aprendiendo el alfabeto y letras de toda suerte de libros, acudiendo a ellos en busca de conocimiento, aun el teórico, dependiendo nuestra sabiduría de nuestras lecturas, después que toda clase de Profesores se esforzaron por instruirnos. La verdadera Universidad de estos días es una Colección de libros.

También la Iglesia experimentó transformación en sus predicaciones y funciones; la Iglesia es la activa y reconocida Unión de nuestros Sacerdotes o Profetas, de aquellos que conducen las almas de los hombres con sabia enseñanza. Cuando no había Escritura, hasta cuando no existía la Imprenta, la prédica oral era el solo medio natural de comunicación; pero ahora, con los Libros, todo el capaz de escribir uno sincero que persuada a Inglaterra es Obispo y Arzobispo, Primado de Inglaterra y de Toda Inglaterra. He dicho muchas veces que los que escriben Periódicos, Folletos, Poemas y Libros, son la Iglesia activa y efectiva de un país moderno. No sólo la predicación, sino la adoración es posible mediante los Libros. El sentimiento noble al que dió cuerpo con melodiosas palabras un espíritu selecto, que conmueve melódicamente nuestro corazón, es ciertamente de la naturaleza de la adoración, si lo comprendemos. En estos tiempos de confusión hay muchos que no tienen otro medio de veneración en todas las naciones. El que nos hace comprender la belleza del lirio silvestre de mejor manera que la conocida, y sea como fuere, nos lo enseña como emanación del Manantial de Toda Belleza, como escritura visible del gran Creador del Universo, canta y hace que cantemos con él un versículo de un Salmo sagrado. Así es en esencia, y mucho más aun en el que canta, dice, o hace llegar hasta nuestro corazón de un modo cualquiera los nobles hechos, sentimientos, atrevimientos y sufrimientos de un hombre hermano, conmoviendo sinceramente nuestro corazón como al contacto de la brasa tomada en el altar. Quizá no hay veneración más auténtica.

La Literatura, tal como se encuentra, es apocalipsis de la Naturaleza, revelación del secreto a voces. Bien pudiera llamarse, a la manera de Fichte, revelación continua de lo Divino en lo Terrenal y Vulgar. Lo Divino perdura en él ciertamente, exteriorizándose mediante un dialecto, luego en otro, con gradual claridad: eso es lo que hacen todos los sinceros y excelsos Cantores

y Oradores, consciente o inconscientemente. La sombría y tormentosa indignación de un Byron, tan díscolo y perverso, puede presentar matices de ello; la mofa descarnada de un escéptico francés, la burla que hace de lo Falso, es amor y veneración por lo Verdadero. ¡Cuánto más lo es la armonía universal de un Shakespeare, de un Goethe, la música catedralicia de un Milton!, siendo algo también esas humildes notas de alondra de un Burns, tímida calandria que levantó el vuelo en un surco para planear en las profundas alturas del azur cantando desde allí de modo tan sincero. Porque todo canto sincero es una forma de adoración, como puede decirse de todo trabajo cuyo relato es tal canto, adecuada y melódica representación. En ese inmenso y espumoso océano de Discursos Impresos que denominamos inexactamente *Literatura*, se agitan fragmentos de verdadera Litúrgica Eclesiástica y Recopilación de Sermones, extrañamente disfrazados para los ojos del vulgo. También los Libros son nuestra Iglesia.

En lo concerniente al Gobierno, Witenagemote, el antiguo parlamento fue cosa de importancia. En él se deliberaban y decidían los asuntos de las naciones, lo que habíamos de hacer como nación; mas ahora, aun subsistiendo el nombre de Parlamento, los debates se realizan en todos sitios y a todas horas, de manera más comprensible, fuera del Parlamento. Dijo Burke que en el Parlamento había Tres poderes, pero en la Tribuna de los Periodistas había un Cuarto Poder más importante que aquéllos, no siendo esto figura retórica ni chiste, sino hecho cierto, oportuno en nuestros días. También la Literatura es Parlamento. La Imprenta, necesariamente originada en la Escritura, equivale a la Democracia; con la invención de la Imprenta era inevitable la Democracia. La Escritura produce la Impresión, universalizando un día tras otro improvisadas impresiones, como podemos observar. Todo orador que se dirige a la nación se trueca en potencia, en brazo del gobierno, que pesa necesariamente en la aprobación de las leyes, en todo acto de autoridad, sin tener en cuenta su situación, rentas o galas, requiriendo sólo tener lengua a la que presten oídos los demás. La nación es gobernada por todas las lenguas que logran hacerse oír: en eso está virtualmente la Democracia. Añadamos que todo poder existente se organiza lentamente, laborando en secreto refrenado, en la oscuridad, luchando con obstáculos, sin descanso hasta que puede actuar libremente, sin trabas, a la vista de todos. La Democracia que existe virtualmente existirá en manifestarse ostensiblemente.

Siempre llegamos a la conclusión de que todo lo más perentorio, maravilloso y valioso entre todo lo que el hombre hace y produce en este mundo son los Libros, esos humildes trozos de papel de trapo con tinta negra. ¿Qué no hicieron, qué no están haciendo desde el Periódico hasta el sagrado Libro Hebreo? Porque, sea cual fuere la forma exterior de la cosa (hojas de papel y tinta negra), ¿no es ciertamente en su fondo el acto más sublime de la facultad humana lo que produce el Libro? Es el Pensamiento del hombre, la verdadera virtud de taumaturgo; eso le mueve en todo. Todo lo que hace y produce es ropaje de un Pensamiento. La Ciudad de Londres, con sus edificios, palacios, máquinas de vapor, catedrales, su enorme e inmenso

tráfico y tumulto es un Pensamiento, millones de Pensamientos reunidos en Uno, un enorme e inmensurable Espíritu de Pensamiento, materializado en ladrillo, hierro, humo, polvo, Palacios, Parlamentos, Coches de alquiler, Diques y todo lo demás. Ningún ladrillo se hizo sin que alguien pensase en producirlo. Lo que llamamos *hojas de papel con rasgos de tinta negra*, es la materialización más pura que puede revestir el Pensamiento humano. No nos maravillemos de que sea en todos los aspectos el más noble y activo.

Todo eso, la suma importancia del Literato en la Sociedad moderna, el modo como la Prensa reemplaza al Púlpito, al Senado, al *Senatus Academicus* y muchas cosas más, ha sido reconocida desde hace mucho tiempo, aceptado finalmente con una especie de triunfo sentimental y sorpresa. Opino que lo Sentimental dejará su lugar poco a poco a lo Práctico. Si los Literatos gozan de tan incalculable influencia, encargándose de tal tarea un día tras otro, creo debemos decidir que el Literato no continuará vagando como desconocido y solitario ismaelita entre nosotros. Ya dije que todo lo que posee poder virtual ignorado romperá sus ligaduras, surgirá un día con potencia ostensible articulada, universalmente visible. Es posible que alguien se atavíe con las galas ajenas, reciba el estipendio por función desempeñada por otro; esto no reporta beneficio, ni es justo tampoco. Y, no obstante, su acertada producción es tarea pesada reservada al lejano porvenir. Lo que denominamos *Organización del Gremio Literario* está muy lejos aún, abrumado por toda clase de complejidades; si se me preguntase cuál es la mejor organización posible para los Literatos en la sociedad moderna, la ordenación y regulación para su progreso, basada con exactitud en los hechos presentes de su posición y la mundial, respondería que el problema supera en mucho a mis facultades. La solución aproximada no depende de la facultad de un hombre, sino de la de muchos que se sucedan aplicándola sinceramente al problema. Nadie puede decir cuál sería su mejor organización, pero de inquirir: ¿cuál es la peor?, respondería: la actual, en que el Caos es árbitro; estamos muy lejos aún, no solo de la mejor, sino de la buena.

Hay que observar que la concesión de subvenciones de parte del Rey o el Parlamento no es lo más indispensable. Muy poco modificaría la cuestión la concesión de estipendios, donaciones y toda clase de ayuda económica. Estamos cansados de oír hablar sobre la omnipotencia del dinero. Diré que para el literato auténtico no es un mal la pobreza, que es necesario haya Literatos pobres para demostrar si son legítimos o no. La Iglesia Cristiana instituyó las órdenes Mendicantes, comunidades de hombres buenos condenados a pordiosear, desarrollo naturalísimo y hasta necesario del espíritu del Cristianismo, fundado en la Pobreza, el Sufrimiento, la Contradicción, la Crucifixión, cosas tenidas como Desgracia y Degradación. Puede afirmarse que el que desconoce dichas cosas, ignorando las preciosas lecciones que procuran, pierde oportunidad de aprender. Ningún atractivo tenía pedir limosna, ir descalzo, vestir áspero hábito de lana con una cuerda a la cintura, ser despreciado por todo el mundo, no siendo tampoco honroso, hasta que la nobleza de los sometidos a ello hizo que lo honrasen algunos.

No es corriente pordiosee el Literato en nuestros tiempos; no obstante, ¿quién osará decir que Johnson no es mejor, precisamente por ser pobre? Es necesario que sepa que los bienes exteriores, el éxito de toda índole no es el fin a que debe tender. El orgullo, la vanidad, el mal entendido egoísmo de toda especie anidan en su corazón, como en el de todos; eso es lo que ante todo debe desarraigar de su entraña, arrancado sin que le venza el dolor que le cause, como cosas inútiles. Byron nació rico y noble, no llegando donde llegó Burns, pobre y plebeyo. ¿Quién sabe si en la mejor organización posible, muy lejana todavía, no entrará la Pobreza como importante elemento? ¿Qué tendría de extraño que nuestros Literatos, hombres venidos a ser Héroes Espirituales, fueren entonces, como ahora son, una especie de orden monástica involuntaria, sujetos a la misma fea Pobreza, hasta que probaren lo que en ella reside, hasta aprender lo que ella puede hacer por ellos? Cierto es que el dinero puede mucho, mas no puede todo. Hay que conocer cuál es su dominio, confinándolo y rechazarlo, cuando se proponga rebasarlo.

Supongamos que ya estuvieran prefijados los auxilios pecuniarios, la fecha de su entrega, el distribuidor, ¿cómo reconocer entonces al Burns que los merece? Tendría que someterse a prueba y justificarlo. Este agitado caos llamado *Vida Literaria* ya es una prueba. Evidente verdad hay en la idea de que las clases inferiores de la sociedad lucharán siempre por remontarse a las regiones superiores para alcanzar la recompensa, pues en ellas hay hombres fuertes nacidos para ocupar mejores puestos. La lucha múltiple, inextricablemente compleja, universal, constituye y debe constituir lo que llamamos *progreso de la sociedad*, para los Literatos lo mismo que para todos los demás. ¿Cómo reglamentar esa lucha? He ahí el problema. ¿Lo abandonaremos a merced del ciego azar como remolino de dispersos átomos que se eliminan unos a otros, llegando uno entre mil, mientras se pierden novecientos noventa y nueve en el camino? ¿Permitiremos que languidezca en su buhardilla el noble Johnson, uncido al yugo del impresor Cave; que muera el desesperado Burns en su oficio de aforador; que llegue Rousseau a la loca exasperación haciendo estallar Revoluciones francesas con sus paradojas? Ya hemos dicho que ésta es la peor organización. La mejor está muy lejos aún.

Sin embargo, no hay que dudar que está en marcha, que avanza hacia nosotros, aunque oculta en el seno de los siglos; es profeta que podemos arriesgamos a hacer; porque tan pronto discierne el hombre la importancia de una cosa comienza infaliblemente a organizarla, a facilitarla, a impulsarla, no descansando hasta que lo consigue dentro de lo posible. He dicho que entre todos los Sacerdocios, Aristocracias, Clases Gobernantes existentes en este mundo, no hay clase comparable por su importancia con el Sacerdocio de los Autores de Libros. Hecho es ése que puede observar el que estudia, sacando deducciones. Cuando solicitaron de Pitt ayuda para Burns replicó: *La Literatura se encargará de si misma. Si, añade Southey, y también de ustedes, si se descuidan.*

Para el Literato como individuo el resultado no es importante, por ser mero individuo, fracción inCinitesimal del gran organismo; puede seguir luchando, vivir o morir, como ocurre. A quien interesa vivamente que sitúe su luz en elevadas regiones, para guiarse por ella y no la pisotee desperdiciándola (no sin conflagración) como hasta hoy, es a la sociedad. Lo que necesita el mundo es luz. Si la sabiduría dirige al mundo, el mundo logrará sus victorias y será el mejor que pueda producir el hombre. A esta anomalía de una Clase Literaria anárquica la llamo la entraña de todas las demás anomalías, producto y origen de ella; su organización sería el *punctum saliens* de nueva vitalidad y equitativa organización de todo. En algunas naciones europeas, Francia y Prusia, por ejemplo, descubrimos algunos conatos de organización de la Clase Literaria, que indican que esa organización es posible. Yo creo que es posible; que muy pronto tendrá que serlo.

El hecho más interesante que conozco de los chinos, que no podemos aclarar, pero que excita intensamente la curiosidad aun siendo tan oscuro, es su propósito de que los gobiernen los Literatos. Temerario sería afirmar que comprendemos cómo se hace o con qué grado de éxito. Todo eso tiene que sufrir un gran fracaso; no obstante, por pequeño que fuera su éxito tiene gran valor, teniéndolo el solo hecho de intentarlo. Parece que en toda la China se busca con mayor o menor actividad a los hombres de talento de la joven generación. Hay escuelas, para cada uno; el plan de estudios será tonto, pero hay un plan. Los niños que se distinguen en el primer grado pasan a ocupar los mejores sitios en la secundaria, procurándoles ocasión para distinguirse más aun y así van ascendiendo. Parece que los Funcionarios y Gobernantes incipientes se seleccionan en estos establecimientos. A tales alumnos aventajados les encomiendan la tarea de gobernar. No sin razón, porque se trata de hombres que ya han demostrado capacidad. Ensayadlos: no han gobernado ni administrado hasta ahora; tal vez no puedan hacerlo, pero no hay duda de que tienen algún Entendimiento, sin el cual nadie es capaz de efectuarlo. El Entendimiento no es instrumento, como pudiera creerse, sino mano capaz de manejar cualquier instrumento. Ensayad esos hombres; son entre todos los más dignos. No conozco sistema de gobierno, constitución, revolución, organismo o máquina social en el mundo tan prometedor para la curiosidad científica como éste. El hombre de talento a la cabeza de la cosa pública: tal es el fin de toda constitución y revolución, si es que tienen un fin. Porque el hombre de verdadero talento, como afirmo y creo siempre, es el hombre de noble corazón. el sincero, el justo, el humano y valiente. Si ponemos el gobierno en sus manos todo irá bien, si no lo descubrimos, aunque las Constituciones abunden como las moras y aunque haya un Parlamento en cada aldea, nada se adelantará.

Es cierto que todo esto parece extraño, y no es un tema de común discusión. Pero estamos en extraña época, llegará día en que habrá que discutir sobre ello. para que sea realizable, para realizarlo de algún modo, tanto estas cosas como muchas otras. Todo el mundo anuncia, de modo que puede oírse, que finalizó el Imperio de la Rutina; que los muchos años de duración de una cosa no son razón para que continúe en vigor. Todo lo pasado tuvo su

época de decadencia; en toda sociedad europea hay muchedumbres incapaces de vivir sujetas a lo pasado. Cuando millones de hombres no pueden ya ganar el pan a pesar de grandes esfuerzos, y, cuando de cada tres hombres hay uno que carece de patatas de tercer orden treinta y seis semanas cada año, las cosas del pasado tienen que sufrir alteraciones. Dejemos ahora el tema de la organización de los Literatos.

**El héroe como literato.
Johnson.
Rousseau.
Burns.**

Segunda parte

(Martes, 19 de mayo de 1840)

La más abrumadora calamidad para esos Héroes Literarios no fue la falta de organización, sino otra más profunda, de la que surgieron ésta y otras muchas para ellos y para todos los hombres como de un manantial. El Héroe como Literato tuvo que avanzar sin carretera, solitario, a través de un caos inorgánico, abandonando en él su vida y talento, como contribución parcial a cambio de abrirse camino y, si su talento no hubiese estado tan pervertido y paralizado, hubiérase resignado a ello, considerando que tal es el sino de todos los Héroes. Su miseria fatal fue la *parálisis espiritual*, pues así podemos llamarla, de la época en que vivía, por lo cual también su vida estaba semiparalizada, hiciese lo que hiciese. El siglo XVIII fue Escéptico; en esa palabra hay una Caja de Pandora de miserias. El escepticismo no sólo es Duda intelectual, sino Duda moral, toda clase de infidelidad, disimulación, parálisis espiritual. Quizá sean contados los siglos que pudiéramos citar desde que el mundo es mundo, en que fuera más difícil vivir Heroicamente, no siendo época de Fe, época de Héroes. La posibilidad del Heroísmo parecía anulada en la mente del hombre, desapareciendo para siempre, reemplazándola la Vulgaridad, el Formulismo y la Trivialidad. Pasó la época de los milagros, quizá no pasara, mas no daba señales de vida; el mundo era estéril, sin poder existir en él la Maravilla, la Grandeza, la Divinidad; en una palabra, era un mundo ateo.

¡Cuán mezquino y mediocre es su modo de pensar en aquella época, comparado, no con los cristianos Shakespeare y Milton, sino con el de los escaldos paganos, con el de cualquier clase de creyentes! El árbol, viviente

Igdrasil, con el melodioso y profético balanceo de sus ramas, que se extienden por todo el mundo, profundamente arraigado en el reino de Hela, se ha trocado en la estridencia de un mundo-máquina, *Árbol y Máquina*, consideremos el contraste. Yo por mi parte declaro que el mundo no es una máquina. Afirmo que no avanza movido por engranajes, intereses egoístas, ajustes y contrapesos; que hay algo muy distinto al rechinar de la máquina de hilar y mayorías parlamentarias y, que en conjunto, no es una máquina. Los antiguos paganos nórdicos tuvieron más cierta noción del mundo de Dios que esos desgraciados escépticos con su máquina: eran sinceros, mientras para los escépticos al no haber sinceridad ni verdad, consideraron verdad la vulgaridad y la verdad a medias; opinaban los más que verdad era lo verosímil, aquilatándose por el número de sufragios obtenidos. Habían perdido toda noción de la posibilidad de ser franco, de la sinceridad. ¡Cuántas verosimilitudes con no afectada sorpresa y aspecto de verdad ofendida inquirían: ¿Creéis no hay sinceridad en mí? La característica de aquel siglo fue la Parálisis Espiritual, imperando la vida Mecánica solamente; para el hombre corriente era imposible ser Creyente, Héroe, de no ser inferior a su siglo, perteneciente a otro anterior, quedando sepultado bajo aquellas funestas influencias. Únicamente podían lograr relativa libertad los más fuertes, tras infinita lucha y confusión, sometidos a una especie de muerte espiritual en vida, como trágicamente hechizados, siendo Semi-Héroes.

Eso es lo que llamamos Escepticismo, síntoma principal, primitivo origen de todo eso, sobre el cual tanto habría que decir; no disponemos de tiempo para expresar nuestra opinión sobre el siglo XVII y sus procedimientos; es cuestión que precisaría tratarse detenidamente. Tanto ése, como su semejante, que hoy llamamos *Escepticismo*, es precisamente la gangrena que amenaza la vida, contra la que se dirige todo el saber y debate a partir del instante en que apareció el primer hombre: la batalla de la Fe contra la Incredulidad, que no acabará nunca. No quisiera expresarme en tono de censura. Hay que considerar el Escepticismo de aquel siglo como decadencia de los viejos modos de creer, preparación lejana de algo nuevo, mejores y más amplios métodos, cosa inevitable. No hay que vituperar al hombre por ello, sino lamentar su duro destino. Tengamos presente que la destrucción de las viejas formas no es destrucción de sustancias imperecederas, que el Escepticismo, por funesto y odioso que parezca, no es fin, sino principio.

Hace días, al hablar de la teoría de Bentham sobre el hombre y su vida, sin prejuicio alguno, dije me parecía más pobre que la de Mahoma. He de manifestar, una vez dicho, que tal es mi opinión deliberada, sin que sea ofensa para Jeremías Bentham ni para los que la respetan y creen; Bentham y hasta la doctrina de Bentham me parecen relativamente dignos de alabanza. Fueron explícitamente lo que todo el mundo de manera cobarde y parcial propendía a ser. Tengamos la crisis, pues tras ella viene la muerte o la salvación. Opino que esta tosca máquina de vapor llamada *Utilitarismo* es aproximación a la nueva Fe. Se trataba de una abjuración de la hipocresía, como si nos dijéramos: *Bien; como este mundo es una muerta máquina de hierro, siendo su dios la Gravitación y el Hambre egoísta, veamos lo que*

podemos hacer de ella reparándola y equilibrándola, ajustando sus engranajes y encenrando su eje. El Benthamismo encierra algo completo, viril, al entregarse intrépido a lo que cree cierto; podemos llamarlo Heroico, aunque ciego Heroísmo. Es el punto culminante, ultimátum audaz, de lo existente en el confuso e indeciso estado que dominaba la existencia del hombre en aquel siglo XVIII. Opino que todos los contradictores de la Divinidad, todos los creyentes de labios afuera, están obligados a seguir a Bentham, si tienen ánimos y honradez para ello. El Benthamismo es Heroísmo ciego; es la Humanidad que, parecida al desdichado y ciego Sansón, acosado en el Templo Filisteo, empuja convulsivamente sus columnas y produce la catástrofe, acompañada de final salvación. Nada tengo que decir contra Bentham.

Lo que sí digo, y quisiera supiesen y comprendiesen todos, es que quien solamente descubre Mecanismo en el Universo, sufre el error más lamentable sobre su secreto. Paréceme que al eliminar toda Divinidad del concepto que el hombre tiene del Universo cometemos el más brutal error en que podemos incurrir, y no quiero desacreditar al Paganismo llamándolo un error Pagano. No es cierta aquella manera de pensar, sino falsa en su verdadera entraña, porque quien así pensase errarla en todo en este mundo, y este pecado original viciaría todas las conclusiones a que llegase. Puede considerarse como la más lamentable de las ilusiones, sin olvidar la Hechicería. Ésta adoraba por lo menos un Demonio viviente; pero esa otra adora un Demonio muerto y de hierro, no a un Dios, ni siquiera a un Demonio. Con ello la vida se desprende de todo lo noble, divino, inspirado, quedando sólo un despreciable *caput-mortuum*, la cáscara mecánica que abandonó el alma. ¿Cómo puede el hombre obrar heroicamente? La Doctrina de los Motivos no le enseña otra cosa que un miserable amor al Placer y miedo al Dolor, más o menos disfrazado; que el Apetito sentido por el aplauso, el dinero o cualquier otra cosa material, es la última realidad de la vida, ateísmo que se condena horriblemente a sí mismo. El hombre llega a convertirse en parálítico espiritual; el divino Universo en máquina de vapor inanimada, activada por motivos, ajustes y contrapesos, dentro de la cual el infeliz Falaris espera tristemente la muerte, como en el detestable vientre del Toro que él mismo ha fabricado.

Defino la fe como acto sano del entendimiento del hombre. Llegar a creer es misterioso proceso indescriptible, como todos los actos vitales. El entendimiento se nos concede para que discierna algo, para que nos proporcione evidente creencia y conocimiento sobre algo, partiendo de lo cual podemos proceder a obrar, no para cavilar y argüir. La duda no es ciertamente crimen en sí, pues no nos lanzamos precipitadamente ateniéndonos a lo primero que vemos, teniendo ciega fe en ello. En todo entendimiento racional reside la duda de toda especie, la averiguación (Vocablo griego que nos es imposible colocar. Chantal López y Omar Cortés), como dicen los griegos, sobre toda clase de cosas; es la actuación mística del entendimiento, sobre el objeto que tiende a conocer y creer. La creencia proviene de todo eso, asomando a la superficie, como el árbol de sus ocultas

raíces. Pero, si, aun en lo corriente queremos abrigue el hombre sus dudas en silencio, sin que las exponga hasta que se truequen en afirmaciones y negaciones, hasta cierto punto, ¿cuánto más será esto de desear en lo concerniente a las cosas más sublimes, imposibles de traducir en palabras? Que el hombre ostente su duda, llegando a imaginar que el debate y la lógica (que sólo representa la manera de exteriorizar el pensamiento, credulidad o incredulidad, sobre una cosa) es triunfo y verdadera elaboración de su inteligencia, equivale a invertir el árbol y, en vez de sus verdes ramas, hojas y frutos, poner al descubierto las feas y nudosas raíces, secándolo, matándolo, evitando su crecimiento y desarrollo.

Porque, como he dicho, el Escepticismo no es sólo intelectual, sino también moral; atrofia crónica, enfermedad anímica. El hombre vive al tener fe en algo, no debatiendo y arguyendo sobre ello. Triste es el caso en que todo cuanto logra creer se trueca en algo que puede meterse en el bolsillo, comerse y digerir. No puede descender más. Esas épocas en que desciende tanto son las más funestas, repugnantes y mezquinas. Si el corazón del mundo sufre parálisis, está enfermo, ¿cómo pueden estar sanos sus otros órganos? La Actuación legítima cesa entonces en todos los sectores de actividad del mundo, iniciándose la hábil Simulación de la Actividad. El mundo percibe su salario sin que haya realizado su trabajo. Desaparecen entonces los Héroes, reemplazados por los falsarios. ¿Qué siglo abundó más en Ficciones que el XVIII, desde el fin del mundo romano, época de escepticismo, simulacros y decadencia universal? Consideradlos con su inflada presunción sentimental sobre la virtud, la benevolencia; observad el escuadrón de Falsarios capitaneados por Cagliostro. Pocos hombres se salvaron de la ficción, considerándola ingrediente necesario y amalgama de la verdad. Chatham, nuestro bravo Chatham, llegó a la Cámara vendado y fajado; llega *atacado por los dolores, olvidando*, dice Walpo'e, *que estd representando el papel de enfermo*; en el ardor del debate, saca el brazo del cabestrillo balanceándolo y levantándolo animado por el calor de la oratoria. El mismo Chatham vivió de rara manera ficticia, como semi-héroe, semifalsario en una pieza. Porque el mundo está repleto de tontos y hay que obtener sus votos. No necesitamos manifestar cómo hay que cumplir en tal caso los deberes del mundo, ni calcular los enormes errores, que significan fracaso, penas y miserias para algunos y para muchos, acumulándose gradualmente en todos los sectores de las actividades humanas.

Cuando lo llamamos *Escéptico* creo ponemos el dedo en la llaga; mundo hipócrita, ateo, falseador. Eso fue lo que originó la tribu de plagas sociales, Revoluciones francesas, Constitucionalismos, así como su necesidad de existencia. Este estado de cosas tiene que alterarse y, hasta que se altere, nada variará beneficiosamente. Mi sola esperanza, mi inquebrantable consuelo al considerar las miserias del mundo, es que esté transformándose, pues de vez en cuando tropezamos con un hombre que sabe, como sabían los antiguos, que el mundo es Verdad, no Verosimilitud y Falsedad, que vive, no está muerto ni paralítico, que también vive el mundo animado por la Divinidad, bello y pavoroso, como en el principio de los días. Una vez sabe

esto un hombre, van sabiéndolo otros, muchos, hasta que lo saben todos, evidenciándose para el que quitándose los lentes ahumados echa sobre él la vista sinceramente. Para el que así procede, el Siglo Incrédulo, con sus nocivas Producciones, pasó por completo, entrando en uno nuevo; los rancios y dañosos Productos y Actuaciones, por sólidas que pareciesen, se truecan en Fantasmas que pronto se esfumarán, pudiendo entonces avanzar serenamente seguido de todos los demás que le aclaman y apostrofar a estos ruidosos y disformes Simulacros diciendo: *iNo eres verídico, ni real, sino apariencia! iVete!* Sí, el hueco Formulismo, el tosco Benthamismo, y demás Hipocresías ateas y bajunas quedan al desnudo, decayendo rápidamente. El incrédulo siglo XVIII es excepción, como ocurre en todo. Profetizo que el mundo será sincero una vez más; mundo creyente que contará muchos Héroe; mundo heroico; entonces alcanzará la victoria, mas no hasta entonces.

Y, ¿qué será del mudo y sus victorias? Mucho se habla en su honor, pero, ¿no tiene cada uno de nosotros que conducir su Vida, vaya el mundo como quiera, alcance o no la victoria? Tenemos Una Vida, un relámpago de Tiempo entre dos Eternidades, sin que se nos presente nuevamente esta oportunidad; por ello conviene no vivir como vesánicos y simuladores, sino como prudentes y reales. Si el mundo se salva, no por ello nos salvaremos; si se pierde, tampoco nos perderemos por eso; debemos preocuparnos de nosotros mismos, siendo meritorio no salirnos de nuestra esfera. A decir verdad, nunca oí decir que los mundos se salvaran de otro modo: la manía de salvar a los mundos es cosa del siglo XVIII con su pomposo sentimentalismo. No nos dejemos arrastrar por él. Por mi parte dejo confiadamente la salvación del mundo en manos de su Creador, cuidando de la mía, cosa para la que tengo más competencia. En pocas palabras, grande sería nuestro regocijo si el Escepticismo, la Hipocresía, el Ateísmo Mecánico, con todos sus venenosos efluvios desapareciesen, hubieran desaparecido, para bien del mundo.

En esas condiciones tenían que vivir nuestros Literatos en tiempos de Johnson, época en que no había realmente verdad en la vida, porque las antiguas verdades quedaron aletargadas y mudas, y las nuevas no intentaron dejar oír su voz desde su escondite. Aún no había alboreado en las tenebrosidades del mundo la nueva advertencia de que la Vida del Hombre en la Tierra era Sinceridad y Realidad, que siempre sería así. No hubo advertencia, ni Revolución Francesa, que definimos como Verdad una vez más, aunque Verdad envuelta en fuego infernal. ¡Cuán diferente fue la peregrinación de Lutero, con su fin a la vista, de la de Johnson, rodeado de meras tradiciones, suposiciones, inverosímiles, ininteligibles! Las Fórmulas de Mahoma eran madera encerada y engrasada, que podía quemarse y arrinconar; las del pobre Johnson eran mucho más difíciles de quemar. El hombre fuerte siempre hallará trabajo, cosa que significa dificultad, penalidades, de conformidad con sus fuerzas. Pero alcanzar la victoria en las circunstancias de nuestro desgraciado Héroe como Literato, era quizá más difícil que para nadie. No sólo tuvo que luchar con la obstrucción, la

desorganización, el Librero Osborne y los cuatro peniques y medio diarios, sino que la luz de su alma le fue arrebatada. No tenía punto de mira en el mundo, ni estrella que le sirviere de guía; por eso no hay sorpresa en que ninguno de esos Tres hombres lograra la victoria; su mayor alabanza es que lucharon lealmente; por eso contemplamos con triste simpatía las Tumbas de los tres Héroes derrotados, ya que no podemos contemplarlos como vivientes y victoriosos. Se sacrificaron por nosotros, abriéndonos nuevo camino. Ahí están las montañas que apartaron de nuestro paso en su confusa Guerra con los Gigantes, bajo las cuales yacen sepultados tras haber dejado sus fuerzas y su vida en la empresa.

Algo he escrito sobre estos tres Héroes Literarios, expresa o incidentalmente, cosas ya conocidas por vosotros que no es preciso repetir. Esos hombres nos interesan como Profetas singulares de aquella época singular, porque virtualmente lo fueron, y el aspecto presentado por ellos y por su mundo, desde este punto de vista, debe llevarnos a reflexionar. Yo los llamo *Hombres Auténticos*, que fielmente e inconscientemente lucharon por ser auténticos y por situarse en la eterna verdad de las cosas. Esto con una intensidad que los distingue eminentemente de la desdichada masa artificial de sus contemporáneos, y los hace dignos de ser considerados hasta cierto punto como Verbos de la eterna verdad, como Profetas de su tiempo. Fueron lo que fueron por noble necesidad de la misma Naturaleza: hombres de magnitud tal, que no podían vivir de irrealidades, en las nebulosidades y frivolidades; la insubstancialidad cedía a sus pasos, no pisando más que tierra firme, sin descansar ni andar regularmente hasta que hallaban sólido terreno. Fueron Hijos de la Naturaleza en una época de Artificio: Hombres Originales.

En cuanto a Johnson siempre lo consideré como una de nuestras grandes almas inglesas por naturaleza; hombre fuerte y noble, sin que se desarrollase por completo, que, de vivir en elemento más acogedor, pudiese haberlo sido todo: Poeta, Sacerdote, Legislador, soberano. En general, el hombre no debe quejarse de su elemento ni de su época, o cosas por este estilo, pues a nada conduce. Si su época es mala, ahí está él para mejorarla. Johnson pasó su juventud en la pobreza, la soledad, la desesperación, la desgracia. No parece probable que la vida de Johnson pudiese estar exenta de penalidades, aun en el caso de haber gozado de alguna circunstancia exterior de las más favorables. El mundo habría obtenido de él trabajo más o menos beneficioso, mas su esfuerzo contra el trabajo del mundo no hubiera podido ser nunca fácil tarea. A cambio de su nobleza díjole la Naturaleza: Vive en elemento de enfermiza amargura. Tal vez la amargura y la nobleza estuvieron íntimamente unidas, inseparablemente: El pobre Johnson fue siempre presa de hipocondría, amargor físico y espiritual, como un Hércules en la emponzoñada túnica de Neso que infiltró en él incurable enfermedad, túnica que no podía quitarse, porque era su propia piel. Así tuvo que vivir. Figuráoslo con su escrófula, su gran corazón ávido, indecible caos de pensamientos, deambulando tristemente como extraño en el mundo, devorando con avidez todo lo espiritual que encontraba a su paso,

aprendiendo lenguas y estudiando gramáticas, de no hallar algo mejor. Era el alma más grande que había entonces en Inglaterra y percibía un salario de cuatro peniques y medio por día. Nunca olvidaré lo ocurrido al adusto Johnson en el Colegio de Oxford; un estudiante observó cierto invierno que el fámulo de anguloso y cicatrizado rostro arrastraba unos zapatos viejos y rotos; compadecido, dejó un par nuevo a la puerta de su cuarto. Al verlos el fámulo los tomó, los miró acercándolos a sus cansados ojos y los tiró por la ventana, no sabemos con qué pensamientos. Pies mojados con barro y escarcha, hambre, lo que queráis, pero no limosna; no queremos limosna. Rudo y tenaz, bastándose a sí mismo, destrozado y manchado, brusco, pobre y necesitado, pero noble y viril. El acto de tirar los zapatos es rasgo que manifiesta la vida de aquel hombre, ser original, superior, que ni pide de prestado ni limosnea, que parece decirse: *Sustentémonos sobre nuestra base, llevando los zapatos que podemos proporcionarnos, pisando barro y escarcha, es cierto, pero honradamente, viviendo en la realidad y sustancia que la Naturaleza nos concede, mas no en la apariencia, en lo que diera a los demás.*

Y, no obstante, a pesar de su ceñudo orgullo masculino y de su suficiencia, ¿hubo espíritu más tierno en su afecto, que se sometiese más lealmente a lo que realmente era superior a él? Las grandes almas son siempre lealmente sumisas, reverentes ante lo que las supera; sólo las mezquinas obran de modo distinto. No puedo hallar mejor prueba de lo que dije hace días: que el sincero era obediente por naturaleza, que sólo en un Mundo de Héroe reside la leal Obediencia a lo Heroico. La esencia de la originalidad no consiste en la novedad: Johnson creía en lo antiguo, hallando las rancias opiniones dignas de ser creídas, adecuadas para él, viviendo heroicamente acatándolas. Es hombre digno de estudio en cuanto a eso, teniendo que decir que Johnson era mucho más que hombre de palabras y fórmulas: era hombre de verdades y realidades. Aceptaba las viejas fórmulas; por fortuna pudo vivir de acuerdo con ellas, mas precisaba que todas las que admitía fueran legítima sustancia. Lo curioso es que en aquella miserable Edad del Papel, tan infecunda, artificial, abundante en Pedanterías y Supercherías, fulgurase la gran Realidad del Universo, maravillosa, incontrovertible, inefable, divina e infernal, en aquel hombre. Digna de reflexión es la manera cómo armonizó sus Fórmulas con ella, cómo pudo conseguirlo en aquel ambiente: es cosa que debemos considerar reverentemente, con piedad, con espanto. La Iglesia de San Clemente Danés, en la que Johnson adoraba en tiempos de Voltaire, es lugar venerable para mí.

Johnson fue Profeta en virtud de su sinceridad, porque hablaba aún inspirándose en el seno de la Naturaleza, aunque en lengua artificial y vulgar. ¿No son artificiales todos los idiomas? No todo lo artificial es falso, ni todo genuino Producto de la Naturaleza toma forma infalible; pudiendo afirmar que todo lo artificial es legítimo en su principio. Lo que llamamos *Fórmulas* no es malo en su origen, sino indispensablemente bueno. Fórmula es método, costumbre, que encontramos en donde se halla el hombre; las Fórmulas se forman como los Senderos, como transitados Caminos, que

conducen hacia algún fin sagrado o elevado, al que tienden muchos hombres. Considerémoslo. Un hombre, animado por entusiasta y cordial impulso, halla el modo de hacer algo, ya revelando cómo reverencia su alma al Altísimo, ya manifestando simplemente cómo hay que saludar a sus congéneres. Para eso se requería un inventor, un poeta, articulando el velado pensamiento que abrigaba su corazón, y otros muchos, que pugnaban por exteriorizarse; éstos son los primeros pasos, la iniciación de un Sendero, que seguirá otro hombre guiándose por las huellas del anterior, lo más fácil para él. Este último sigue las pisadas del precedente, variando y mejorando algo cuando le parece conveniente, y, poco a poco, se ensancha la Senda a medida que pasa más gente, hasta que se convierte en carretera por la que van peatones y vehículos. Si al final del camino hubiere una ciudad, una ermita, se considerará acertado. Si desapareciese la Ciudad decaería el Camino. De este modo surgieron y se esfumaron las Instituciones, Prácticas, cosas Reglamentadas en este mundo. Las Fórmulas se iniciaron plenas de sustancia, podemos llamarlas piel, articulación formada, organizada y piel de una sustancia existente en ellas, que no hubieren surgido de otro modo. Dijimos que los ídolos no son idolátricos hasta que despiertan duda, siendo cosas sin sentido para el corazón del devoto. Por mucho que digamos contra las Fórmulas, supongo que nadie ignora la importante significación de las auténticas, que fueron y serán siempre accesorios indispensables de nuestro paso por la Tierra.

Fijémonos cuán poco se jacta Johnson de su sinceridad; no sospechaba ser singularmente sincero, ser particularmente algo. Era un infatigable trabajador, corazón agotado, letrado, como él mismo decía, luchando denodadamente para vivir de su labor sin rendirse al hambre y no tener que hurtar. En él observamos noble inconsciencia, no siendo de los que graban la palabra VERDAD en la tapa de su reloj, sino de los que a ella se atienen; es veraz, trabaja y vive sin separarse de ella, obrando así siempre, cosa que no hay que olvidar. El hombre a quien la Naturaleza confía la ejecución de algo grande, la comprende con claridad tal, que no puede ser hipócrita; la Naturaleza es Realidad para su corazón, profundamente sensible, y artificio el artificio; siempre tiene a la vista el pavoroso y sorprendente Misterio de la Vida, de inefable grandeza, lo acepte o no, aunque parezca lo olvide o lo niegue. Se basa en la sinceridad sin darse cuenta, porque ni se le ocurre llamarla ni le respondería. Mirabeau, Mahoma, Cromwell, Napoleón, todos los Grandes Hombres, la poseen como primera materia. Innumerables son los humanos vulgares que discuten y charlan en todas partes sobre sus ordinarias doctrinas, que aprendieron por lógica, rutina, de segunda mano; para aquéllos nada es todo eso, porque necesitan la verdad, verdad que comprendan es sincera. ¿Cómo podrían vivir de otro modo? Su alma les dice en todo momento, de todas maneras, que sin sinceridad, no hay base, sintiendo la noble necesidad de ser sinceros. Mi idea sobre este mundo no es la de Johnson ni la de Mahoma; no obstante, reconozco el eterno elemento de cordial sinceridad en ambas, viendo con placer que ninguna de ellas ha sido infecunda, que no es cascabillo, sino semilla que crecerá en la tierra.

Johnson fue Profeta para su pueblo, divulgando un Evangelio, como todos los de su linaje. Podemos afirmar que el Evangelio que propagó fue una especie de Prudencia Moral concebida en estos términos: *veamos cómo hacemos lo mucho que hay que hacer en un mundo sobre el que tan poco sabemos*. Cosa digna de propagarse es ésta: *en un mundo en que tanto hay por hacer y sobre el que tan poco sabemos*. No debemos precipitarnos en el inmenso abismo de la Duda, de la miserable Incredulidad que se olvida de la deidad, pues, ¿cómo podríamos entonces obrar y laborar desamparados, impotentes y enloquecidos? Ése fue el Evangelio divulgado y enseñado por Johnson, combinado con este otro importante Evangelio: *¡Desterrad la Hipocresía de vuestra mente!* Huíd de la Hipocresía; aunque andéis sobre el frío barro en tiempo de heladas, procurad que sea calzando vuestros verdaderos zapatos, porque eso es lo mejor que podéis hacer, como dice Mahoma. Llamo *Evangelio* a esas dos cosas reunidas, importante Evangelio, quizás el más importante posible en aquella época.

Parece que la joven generación repudia los Escritos de Johnson, tan en boga y tan celebrados en su época. No hay que extrañarse; las opiniones de Johnson decaen cada día más; pero su manera de pensar y vivir esperamos no declinará nunca. En sus Libros hallo indudables rasgos de gran inteligencia y grandeza de corazón, bien acogidos siempre a pesar de todas las obstrucciones y perversiones. Sus palabras son sinceras, dando a cada cosa su nombre. Un asombroso estilo almidonado, el mejor por entonces, grandilocuencia medida, avanzando solemnemente, anticuado hoy; algunas veces surge la frondosidad fraseológica desproporcionada para su sustancia; a todo esto hay que resignarse. Porque la fraseología, frondosa o no, siempre encierra algo. ¡Hay tantos bellos estilos y libros que nada contienen, siendo sus autores malhechores, escritores de los que hay que huir!

Aunque la obra de Johnson se hubiere reducido a su Diccionario, en él descubriríamos una gran inteligencia, un hombre auténtico. Fijándonos en la claridad de sus definiciones, la solidez general, honradez, discernimiento y método feliz, lo podemos llamar el mejor de todos los diccionarios, pues hay en él una especie de nobleza arquitectónica que se erige como magnífico edificio, sólidamente construido, simétrico, completo, obra de un verdadero Arquitecto.

Digamos algo sobre el pobre Boswell, a pesar de nuestra prisa. Pasó por mediocre, ampuloso, glotón, siéndolo en muchos sentidos; no obstante, su reverencia por Johnson es digna de elogio. El tonto y engreído Señor Escocés, el más presumido en su tiempo, se dirige tan medroso al grande, irascible y mugriento Pedagogo, a visitarlo en su buhardilla y muestra legítima veneración ante la Excelencia, culto de Héroe, en época en que no se creía en su existencia, ni se le rendía adoración. Pero parece que los Héroes existen siempre que se les presta cierto culto. Tomémonos la libertad de negar el dicho del ingenioso francés: No hay grande hombre para su ayuda de cámara, y de ser así, al que hay que censurar es al ayuda de

cámara, no al grande hombre, afirmando que su espíritu es mediocre espíritu de lacayo, que espera ver avanzar al Héroe revestido de sus reales galas, solemne, precedido de estridentes trompetas, seguido de brillante escolta. Más cierto sería afirmar: *No hay Gran Monarca para su ayuda de cámara*, porque si quitamos a Luis XIV sus reales atavíos, quedará convertido en pobre rabanillo, bifurcado, con cabeza tallada fantásticamente, que ningún servidor podrá admirar. El lacayo no reconoce al Héroe cuando está ante él; para reconocerlo hay que ser una especie de Héroe, y una de las cosas de que carece el mundo, en este y en otros sentidos, es eso precisamente.

¿No podemos decir, en general, que la admiración de Boswell estaba justificada, que no podía encontrar en toda Inglaterra inteligencia tan digna de pleitesía? ¿No podemos afirmar de este gran amargado Johnson, que guió su difícil y confusa existencia sabiamente, como hombre valeroso? Aquel hombre, en su pobreza, entre el polvo y la sombra, con su cuerpo enfermizo y raídas ropas, dominó como valiente el inmenso caos de Literatos metalizados, el enorme caos de Escepticismo en religión y práctica de la vida. No careció de estrella que le sirviese de guía en la Eternidad, teniéndola como todos los bravos; fijó la vista en ella sin nada que le hiciese vacilar en su curso en los confusos vórtices del profundo mar del Tiempo. *Nunca arrió bandera ante el Espiritu Falsario, origen de la muerte y el hambre. ¡Bravo, viejo Samuel! Ultimus Romanorum!*

El héroe como literato.

Johnson.

Rousseau.

Burns.

Tercera parte

(Martes, 19 de mayo de 1840)

No puedo decir tanto de Rousseau y de su heroísmo, no es lo que llamo un hombre fuerte. Un hombre mórbido, excitable, espasmódico, más intenso que fuerte. No poseía el talento del Silencio, valioso talento, en el que sobresalen pocos franceses, mejor dicho, en el que sobresalen pocos hombres. El hombre enfermo debe ciertamente *consumir su propio humo*; nada se obtiene despidiendo humo, hasta que lo convertimos en fuego, en el que puede convertirse todo humo, en sentido metafórico. Rousseau no tiene profundidad ni anchura, ni serena fuerza contra la dificultad, que es la característica de la verdadera grandeza. ¡Error fundamental es llamar fuerza a la vehemencia y rigidez! El epiléptico no es fuerte, aunque no puedan sujetarlo seis hombres: el fuerte es el capaz de avanzar bajo pesada carga sin vacilar. No hay que olvidarlo, especialmente en estos estridentes días. El que no puede refrenarse hasta que llega la hora de hablar y actuar, no es sensato.

El rostro del pobre Rousseau manifiesta lo que era: en él hay alta intensidad, pero estrecha y contraída: huesudas sienes, ojos hundidos, que miran con cierto azoramiento, punzantes como los inquietos del lince. Cara que lleva el sello del infortunio, innoble infortunio, del antagonismo sentido contra él, algo mediocre, plebeyo, redimido sólo por la intensidad, cara del que llamamos *Fanático*, Héroe tristemente encogido. Si lo mentamos, a pesar de sus fallas, que fueron muchas, se debe a que poseía la primera y principal característica del Héroe: era esencialmente serio, con mayor intensidad que ninguno de los filósofos franceses, seriedad demasiado grande para su naturaleza sensible y débil, que finalmente lo condujo a las más extrañas incoherencias, casi delirios, llegando a trocarse en especie de vesania, pues sus Ideas se apoderaron de él como demonios, acosándolo, arrastrándolo hasta horribles despeñaderos.

El defecto e infortunio de Rousseau fue lo que expresamos fácilmente mediante una sola palabra: Egoísmo, origen y suma de todos los defectos e infortunios. No logró vencer el mero Deseo, indigno Apetito de muchas facetas; ése fue el principio que lo impulsó. Sospecho que fue vanidosísimo; ávido de elogios humanos. Recordemos el relato de Genuis. Dice que una vez lo llevó al teatro, tras haberle prometido guardarla el incógnito, pues según él, *no quería que lo vieran por nada del mundo*; mas ocurrió que la cortinilla se deslizó, y las plateas reconocieron a Juan Jacobo, sin hacer gran caso. Indignóse Rousseau, mostrándose apático toda la noche, dejando escapar alguna que otra amarga palabra. La voluble Condesa estaba convencida de que su rabia se debía, no a que lo vieran, sino a que no lo aplaudieran. Su naturaleza estaba envenenada, animada por las sospechas, la soledad, los rudos modales; no podía vivir con nadie. Un caballero rural, que lo visitaba frecuentemente, haciéndole compañía, que lo estimaba y reverenciaba, llegó un día en que el filósofo estaba sumido en amargo e inexplicable enfado. *Señor*, dijo Rousseau, *ya sé a qué viene usted: a enterarse de la miserable vida que arrastro, lo poco que contiene el miserable puchero que bulle en la cocina. ¡Destápele! Hay media libra de carne, una zanahoria y tres cebollas y ... nada más; ¡ya puede marcharse y contarle a todo el mundo, caballero!* El que así procede no es sensato; por eso corrian las anécdotas risibles por su teatralidad, sobre esas perversiones y posturas del pobre Juan Jacobo; para él no encerraban comicidad, siendo realidades, contorsiones de gladiador moribundo que se tambalea, al que contempla en su agonía el gozoso anfiteatro.

Y, no obstante, Rousseau, con su apasionado llamamiento a las Madres, su Contrat Social, sus alabanzas a la Naturaleza, hasta con la vida silvestre natural, vió la Realidad, ansió la Realidad, desempeñando la función de Profeta para su época, como pudo y le permitió el Tiempo. A través de aquellas fealdades, degradación, casi vesania, en el íntimo corazón del pobre Rousseau brillaba una chispa de fuego celeste real; del elemento de aquel descarnado y burlón Filosofismo, Escepticismo y Ridículo, surgió en él el inextirpable sentimiento y conocimiento de la Verdad de la Vida, no Escepticismo, Teorema o Burla, sino el Hecho, la pavorosa Realidad, siendo la Naturaleza quien se lo reveló, ordenándole lo divulgara, cosa que hizo, si no bien y claramente, mal y veladamente, con toda la claridad posible. ¿Qué son sus errores y perversidades, los hurtos de cintas, desdichas y vagabundeos confusos y sin objeto, si los interpretamos amablemente, sino parpadeo de deslumbrado, vacilación de hombre a quien se confía misión superior a sus fuerzas, que busca la senda que no halla? Los hombres siguen extraños caminos; por eso hay que mostrarse tolerantes con ellos sin perder esperanza, permitiendo intenten lo que quieran, pues mientras haya Vida hay esperanza.

No voy a extenderme sobre el talento literario de Rousseau, muy celebrado entre sus connacionales. Sus Libros, como él, me parecen enfermizos, no sanos. En él hay sensualismo, que combinado con sus dotes intelectuales describe con brillo que atrae, pero no son auténticamente poéticos; no son

luz solar, sino algo teatral, especie de rosado y artificial acicalamiento que, a partir de él, es frecuente entre los franceses, casi universal. Madame de Stael tiene algo de eso, como Saint Pierre, y luego, hasta la actual Literatura de la Desesperación. Pero ese rosa no es el ajustado matiz. Volvamos los ojos hacia Shakespeare, Goethe, hacia Walter Scott; el que los haya considerado una sola vez habrá visto la diferencia entre la Verdad y la Verdad-Ficción, distinguiéndolas en lo sucesivo.

En Johnson observamos el beneficio que el Profeta puede reportar al mundo, aun luchando con toda desventaja y desorganización. En Rousseau observamos la enorme cantidad de daño que puede acompañar al beneficio, con tal desorganización. Históricamente es un espectáculo significativo éste de Rousseau. Obligado a vivir en las buhardillas de París, en la lúgubre compañía de sus Pensamientos y Necesidades, errante de Herodes a Pilatos, acosado, exasperado hasta enloquecer su corazón, llegó a sentir profundamente que ni el mundo, ni la ley del mundo eran sus amigos. A ser posible, lo conveniente hubiera sido que aquel hombre no chocase con la hostilidad de la gente. Pudieron encerrarlo en las buhardillas, reírse de él como de un loco, abandonarlo al hambre como una fiera en su jaula; pero no pudieron impedirle que incendiara el mundo. La Revolución Francesa halló en él su Evangelista. Sus semidelirantes especulaciones sobre las miserias de la vida civilizada, su preferencia por lo salvaje y cosas parecidas, contribuyeron a producir exasperado delirio en Francia. ¿Qué podían hacer con tal hombre el mundo y sus gobernantes?, pudiera preguntarse. La respuesta es difícil. Lo desgraciadamente claro es lo que pudo él hacer con ellos: guillotinar a muchísimos. Ya hemos dicho bastante sobre Rousseau.

Curioso fenómeno fue la aparición del Héroe en la persona de Roberto Burns, en aquel seco, incrédulo y desgastado siglo XVIII, entre las artificiales figuras de cartón y sus producciones. Fue como un pozo en el arenoso desierto, como súbito resplandor celeste en el artificial Vauxhall. La gente no sabía qué hacer de él. Lo consideraron parte de los fuegos artificiales; él permitió lo tomasen por tal, aunque defendiéndose medio tegado, en el estertor de la muerte. Quizá ningún hombre fue recibido tan erródeamente por sus congéneres. Una vez más un muy dispendioso drama vital se desarrolló bajo el sol.

Todos conoééis la trágica vida de Burns. Puede decirse que con nadie se mostró tan severo el destino como con él. Entre aquellas gastadas figuras mecánicas, parodia del siglo XVIII en su mayor parte, surgió una vez más el Hombre Original gigante, uno de aquellos que llega hasta las Profundidades de lo imperecedero, de la jerarquía de lo Heroico entre los hombres, viendo la luz en una pobre cabaña de Ayrshire. El alma más grande de todas las tierras Británicas apareció bajo la forma de un Campesino escocés de callosas manos.

Su padre, pobre trabajador, intentó varias cosas, pero sin éxito. El Administrador escribía amenazadoras cartas que nos hacían derramar

lágrimas a todos, según dicho de Burns. El bondadoso, campesino y sufrido Padre, su buena y heroica esposa y sus hijos, entre los que se contaba Roberto, no encontraron albergue en la inmensa Tierra; figurémoslos llorando al recibir las cartas. El buen padre fue Héroe silencioso; sin él nunca hubiera llegado su hijo a serlo expresivo. El Maestro de Escuela de Burns visitó Londres, sabiendo lo que era la buena compañía, pero declaró no encontrar hombre cuya conversación le agradase tanto como la que sostenía con él junto a su hogar. El Padre luchaba denodadamente con sus siete acres de tierra de labor y el miserable trozo de terreno arcilloso, esforzándose por ganar la vida sin lograrlo; mas aquel prudente, fiel e invencible hombre no se desanimaba, sobrellevando en silencio diariamente sus sufrimientos como Héroe invencible, sin que nadie proclamara su nobleza en las columnas de los periódicos; sin que nadie le votara condecoraciones. Sin embargo, no estaba perdido; nada se pierde: ahí está Roberto, su retoño, brote de muchas generaciones como él.

Burns surgió entre grandes desventajas: inculto, pobre, nacido para el duro trabajo manual; cuando escribió lo hizo en rústico dialecto especial, sólo conocido en una Pequeña región del país en que habitaba. De haber escrito en el idioma general de Inglaterra, se le hubiese reconocido universal e inmediatamente como uno de nuestros más grandes hombres, o capaz de llegar a serlo. La prueba de que había en él algo muy distinto a lo vulgar, es que fueron muchos los que intentaron comprender su rudo dialecto, logrando cierta fama que continúa acrecentándose en toda la extensión de nuestro dilatado mundo Sajón, allí en donde se habla alguno de sus dialectos, reconociendo unos y otros que uno de los más eminentes sajones del siglo XVIII era un campesino de Ayrshire llamado Roberto Burns. También yo declaro era modelo de la verdadera raza sajona: fuerte como la roca de Harz, arraigado en las profundidades de la Tierra, peña con veneros de viva ternura, impetuoso remolino de pasión y talento, plácidamente dormido, en cuyo corazón encerraba celeste melodía, noble y ruda autenticidad; sencillo, rústico, honrado, fuerza verdaderamente simple, con sus igneos rayos, su tierna y mitigadora piedad, como el viejo *Thor* noruego, el Campesino-Dios.

Su hermano Gilberto, hombre sensato y digno, me dijo que Roberto era el más alegre entre ellos en su juventud, a pesar de sus estrecheces; muchacho infinitamente juguetón y risueño, sensato y animoso, al que oía con más gusto trabajando en las turberas y faenas parecidas que en la vida posterior, cosa que creo. Uno de los atractivos característicos de Burns es esta base de alegría (*Fond gaillard*, como lo llama el viejo Marqués de Mirabeau), manantial de sol y de júbilo, fundido en sus otras profundas y graves cualidades; en él había un gran caudal de Esperanza; a pesar de su trágica historia no era sombrío, desprendiéndose de sus pesares valerosamente, dominándolos como *sacude el león las gotas de rocío de su melena*, como el veloz caballo que se ríe de la lanza. ¿No son la Esperanza y Regocijo en los hombres de la fibra de Burns el resultado del afecto cálido y generoso, como es el origen de todo en todos los hombres? Os parecería extraño que yo considerara a Burns el alma británica mejor dotada de su

siglo y, no obstante, creo cercano el día en que esto podrá decirse sin peligro. Sus escritos, todo cuanto hizo entre tanta obstrucción, no son más que un pobre fragmento suyo. El Profesor Stewart observó con justicia lo que ciertamente se aplica a todos los Poetas: que su poesía no era talento particular, sino resultado general de inteligencia naturalmente vigorosa y original que se expresaba de aquel modo. El talento de Burns exteriorizado en la conversación es tema de cuantos lo trataron; poseía todos los dotes, desde la graciosa suavidad de la cortesía hasta el fuego más intenso del discurso apasionado; en él había impetuosas oleadas de alegría, suaves sollozos de afecto, énfasis lacónicos, claro discernimiento. Duquesas ingeniosas lo celebraban como hombre cuya palabra las arrebatava, cosa que sorprende, y más aun lo relatado por Lockhart, a que he aludido varias veces: que los criados y mozos de las hosterías saltaban de la cama para oír hablar de Burns. Los criados y mozos eran hombres que acudían a oír a otro hombre. Mucho he oído sobre su conversación, pero el año pasado, un venerable caballero que lo frecuentó, díjome algo muy interesante: que sus palabras se distinguían por encerrar siempre algo. No hablaba mucho en su juventud, declame el anciano; sentábase silencioso entre los demás considerándolos superiores y cuando despegaba los labios era para aclarar lo que se decía. Creo es la mejor manera de hablar. Pero si nos fijamos en la fuerza general de su espíritu, su sana robustez, la brusca integridad, la perspicacia, el generoso valor y la virilidad que en él había, ¿dónde encontraremos hombre mejor dotado que él?

Algunas veces considero que entre los hombres del siglo XVIII quizás era Burns el que más se parece a Mirabeau. Difieren mucho en su apariencia, pero si nos fijamos en ellos intrínsecamente observaremos que su fuerza corporal iguala a la espiritual, cimentados en lo que el viejo Marqués llama *fondo jovial*. Mirabeau es mucho más fanfarrón por naturaleza, educación y nacionalidad; bullicioso, audaz, siendo también su característica la veracidad y sensatez, potencia de discernimiento, superioridad de visión; sus palabras son dignas de recordarse; penetra las cosas con la rapidez del relámpago; así se expresaban ambos. Sus pasiones eran vehementes, capaces de manifestarse también como los más tiernos y nobles afectos, siendo los dos ingeniosos, alegres, enérgicos, rápidos, sinceros. Son tipos semejantes; también Burns era capaz de dirigir, discutir en Asambleas Nacionales, de politiquiar como pocos. El valor que tuvo que poner a prueba en la captura de goleta a contrabandistas en la desembocadura del Solway, guardando silencio sobre las muchas cosas en que de nada servían las buenas palabras, sino el furor inarticulado, hubiera servido para acallar a los Ujieres de Brézé y similares; y hubiera sido visible a todos los hombres en la dirección de reinos, en el mando de épocas memorables. Pero sus superiores le dijeron y escribieron en son de censura: *Lo que tienes que hacer es trabajar y no pensar*, manifestándole no requerían su juicioso talento, el más grande en Inglaterra por aquellas fechas; que graduase cerveza, pues eso era lo único que tenía que hacer. Sorprendente, digno de mención, aunque bien sabemos qué pudiera alegarse y contestarse. Como si el pensamiento, la Facultad de Pensar, no fueran en todo tiempo, lugar y situación lo más necesario en el

mundo. ¿No creéis que el hombre funesto es siempre el irreflexivo, el incapaz de ver, que va a tientas, alucinado, que yerra la naturaleza de lo que tiene que hacer? Yerra, se equivoca, como se acostumbra a decir, tomándola por lo que no es, quedando como un Bobo. Ése es el funesto, funestísimo cuando se lo encumbra. Y, ¿por qué nos quejamos de eso?, alega alguien; siempre negaron a la Eficacia que ocupase su terreno, desde remotos tiempos. Indudablemente, digo yo, y peor para el terreno. De poco sirven los lamentos; lo beneficioso es la exposición de la verdad. Que Europa, con su incipiente Revolución Francesa no aproveche a Burns, sino para graduar cerveza, es cosa que no puede regocijarme.

Digamos una vez más que la cualidad dominante en Burns es la sinceridad: en sus poesías y en su vida. Su poema no es producto de la fantasía, sino cosa sentida, realidad para él; el mérito principal de esto, como en todo lo suyo, en la Vida, es la veracidad, pudiendo afirmar que la Vida de Burns fue trágica sinceridad, especie de salvaje franqueza, sin ser cruel, mas indómita, que forcejeaba desnuda con la verdad de las cosas. En los grandes hombres hay algo del salvaje, en ese sentido.

¿Culto al Héroe, a *Odin*, a Burns? A estos literatos no dejó de rendírseles cierto culto como Héroes; pero, ¡en qué extraño estado ha caído hoy! Los criados y mozos de las hosterías escocesas que escuchaban a la puerta, ávidos de las palabras de Burns, reverenciaban lo Heroico inconscientemente. Johnson tuvo a Boswell como adorador; Rousseau tuvo bastantes príncipes que lo visitaban en su buhardilla. Los grandes, las hermosas reverenciaban al pobre lunático, portentosa contradicción para él, que no podía poner de acuerdo los dos extremos de su vida. Tuvo que sentarse a la mesa de los poderosos y copiar música para poder comer, sin lograr copiasen la suya. *A fuerza de comer en Casa ajena, corrí riesgo de morir de hambre en la mía*, dice. Tamb:én ofrecía la cosa dudas a los adoradores. Si la prueba de bienestar o malestar de la vida de una generación es rendir culto al Héroe bien o mal, ¿puede afirmarse que aquellas generaciones fueren inmejorables? No obstante, nuestros heroicos Literatos enseñan, gobiernan, son reyes, sacerdotes, lo que queráis llamarles; intrinsecamente nada hay que lo impida en absoluto, porque el mundo tiene que obedecer al que piensa y comprende; la gente puede alterar el modo de pensar y comprender, considerado benéfico y continuo sol estival o maléfica tormenta y huracán, con indecible diferencia de provecho para ella. La modalidad puede alterarse mucho, mientras la sustancia y realidad no se alteran por ninguna potencia terrena. Luz y, en su defecto, el rayo: ésa es la alternativa del mundo. Todo está en que tengamos fe en la palabra del Héroe, no en que lo llamemos dios, profeta, sacerdote, lo que se quiera. Si su palabra es sincera, tendremos que creerla y, al creerla le obedeceremos. El nombre o acogida que le demos o reservemos es cosa que de nosotros depende. La nueva Verdad, que revela más profundamente el Secreto del Universo, es ciertamente un mensaje de las alturas, y se hará obedecer.

Mi última observación concierne a la fase más notable en la historia de Burns: su visita a Edimburgo. Paréceme que su conducta fue la más alta prueba del fondo de dignidad y legítima virilidad que en él había. Si reflexionamos observaremos que no puede echarse carga más pesada sobre la resistencia humana. La súbita y vulgar adulación que a tantísimos pierde, no hizo mella en él. Figuraos que Napoleón, el teniente de artillería del regimiento de La Fère, hubiere sido proclamado Rey sin pasar por sus ascensos. Tenía Burns 27 años; no era ya labrador, cuando tuvo que huir a las Indias Occidentales para escapar al infortunio y a la cárcel. En un mes había variado su vida: de arruinado campesino con siete libras al año de salario (que perdió), pasó a vivir entre las galas de los potentados y bellezas, llevando del brazo a la mesa a enjoyadas duquesas, siendo el blanco de todas las miradas. Hay veces que la adversidad se ceba en un hombre y, por cada uno capaz de sobrellevar la prosperidad hay cien que pueden sufrir la adversidad. Admiremos el modo como Burns hizo frente a las dos. Quizá sea imposible indicar hombre sometido a tan duras pruebas, que tan poco se preocupase de ello; sereno, tranquilo, ni apocado ni envanecido, ni torpe ni artificioso, sintiéndose lo que es: Roberto Burns; que la jerarquía no es más que el cuño, la celebridad es luz de vela que deja ver lo que es el hombre, sin mejorarlo ni trocarlo en otro, pero, si no lo evita, puede rebajarse, convirtiéndose en estúpida y vejiga inflada, que se hincha hasta reventar, convirtiéndolo en león muerto, para el cual, como dijo alguien, no hay resurrección del cuerpo, siendo inferior a un perro vivo. En esto hay que admirar a Burns.

Sin embargo, como he dicho en otra parte, los fatuos adoradores fueron su ruina y su muerte. Le hicieron imposible la vida; lo rodearon en su granja; entorpecieron su trabajo; ningún lugar era demasiado remoto para ellos. Por más que lo intentó, Burns no pudo hacer olvidar su celebridad. Se apoderaron de él el descontento, el infortunio, el error, se le hizo amargo el mundo; perdió la salud, el carácter, la paz espiritual, quedó solitario. Verdadera tragedia. Aquellos hombres sólo venían a verlo, no por simpatía ni por odio; acudían en busca de distracción, la consiguieron a cambio de la vida del héroe.

Dice Richter que en la isla de Sumatra hay unas grandes luciérnagas, que la gente clava en cañas para iluminar de noche los caminos, así pueden viajar las personas de categoría entre luces de suave esplendor, admirables. ¡Gran honor para las luciérnagas, pero ... !

SEXTA CONFERENCIA



**El héroe como rey.
Cromwell.
Napoleón.
Revolucionismo moderno.**

El héroe como rey. Cromwell. Napoleón. Revolucionismo moderno.

Primera parte

(Viernes, 22 de mayo de 1840)

Llegamos a la última forma del Heroísmo: la denominada *Realeza*. Bien puede reconocerse como el más importante entre los Grandes Hombres aquel a cuya voluntad deben someterse y aceptar legalmente los demás, gozando de bienestar por ello; es resumen de todas las figuras del Heroísmo; en él se encarna el Sacerdote, el Maestro, toda dignidad terrena o espiritual que se supone reside en un mortal para mandar sobre nosotros, enseñarnos continua y prácticamente, indicarnos qué tenemos que hacer cada día, y cada hora. Se le llama *Rex* (Regulador), *Roi*, siendo más apropiado su nombre inglés *King* (Könning), que significa *Can-ning*, es decir, *Hombre Capaz*.

Surgen numerosas consideraciones, indicadoras de profundas y discutibles cuestiones, insondables, sobre cuya mayor parte hay que guardar absoluto silencio por ahora. Así como Burke decía que quizás el justo Juicio por Jurados era el Alma del Gobierno, que toda legislación, administración, debates parlamentarios, etc., tenía por objeto reunir doce hombres imparciales en la tribuna del jurado, podemos afirmar con mayor razón que el hallazgo de nuestro Hombre Capaz, revistiéndole de los símbolos de capacidad, dignidad, reverencia, realeza, soberanía, como se le llame, de modo que le permita conducirnos de acuerdo con su facultad para ello, atañe a todo procedimiento social en este mundo, bien o mal operado. Los discursos Electorales, mociones Parlamentarias, Proyectos de Ley, Revoluciones francesas llevan ese significado en su entraña, ése o ninguno. Si logramos hallar en un país cualquiera el hombre más Capaz existente en él y lo elevamos al supremo sitio reverenciándolo lealmente, obtendremos el gobierno perfecto, pues ni las urnas electorales, elocuencia parlamentaria, sufragios, constitución ni otro mecanismo, podrán perfeccionarlo. *Más Capaz*

quiere decir de corazón más sincero, justo y noble; precisamente por eso es lo más prudente y oportuno será lo que nos diga hagamos, cosa que en ningún otro sitio y en manera alguna podríamos saber, debiéndolo hacer con justo y leal agradecimiento, sin vacilar, puesto que nos interesa. Entonces nuestros actos y vida estarán bien regulados, en lo dependiente del gobierno, siendo la constitución ideal.

Por desgracia los Ideales no pueden nunca encarnarse en la práctica, como todos sabemos, quedando bastante distanciados de ella; por eso tenemos que contentarnos con alguna aproximación aceptable. *En este mezquino mundo el hombre no debe medir con la escala de la perfección el mediocre producto de la realidad*, como dijo Schiller en tono de queja, porque en ese caso no le estimaríamos prudente, sino insensato, descontentadizo, tonto. Sin embargo, de otra parte, no hay que olvidar que existen los Ideales; que si no nos aproximásemos a ellos todo iría a la deriva infaliblemente. No hay albañil que levante un muro perfectamente vertical, porque matemáticamente es imposible, bastando cierto grado de verticalidad. No obstante, si se aparta demasiado de la vertical, si abandona plomada y nivel, colocando ladrillo sobre ladrillo sin cuidado, dando gusto a su mano, obrará mal; mas la Ley de la Gravedad se preocupa obrando sobre él, y el muro se desploma arrastrándolo.

Ésa es la historia de todas las rebeliones, Revoluciones francesas, explosiones sociales en actuales y remotos tiempos: se confían las cosas al hombre Incapaz, innoble, cobarde, fatuo, Olvidando las reglas, la necesidad natural de situar al Capaz. El ladrillo debe asentarse sobre el ladrillo como debe y puede. El Simulacro del Poder, la ficción, tiene que acomodarse a la ficción en toda regulación de cosas humanas, que, por lo tanto, continúan sin reglamentación, fermentando y originando inmensos fracasos, indigente miseria; entonces millones de necesitados, corporal y espiritualmente, tienden la mano reclamando su debida ración, que no puede dárselos, actuando la ley de la gravedad, porque las leyes de la Naturaleza no olvidan su actuación. Los millones de miserables forman el ejército de Descamisados, u otra especie de locura, y los ladrillos y albañiles se desploman en funesto caos.

Pesados volúmenes, escritos hace algunos siglos sobre el *Derecho divino de los Reyes*, se apolillan en nuestras Bibliotecas sin que nadie los lea. Lejos está de mí turbar el lento proceso por el que se esfuma de este mundo sin daño en esas estanterías. Al mismo tiempo, para evitar que desaparezca esa inmensa basura sin que nos deje algo de su espíritu, como es debido, diré que tenía significado, algo de verdad que importa no olvidar. Afirmar que en cualquier hombre elegido (por uno u otro procedimiento), cuya cabeza ciñe un aro de metal, llamándolo *Rey*, surge *ipso facto* una divina virtud, trocándose en especie de Dios, inspirado por Divinidad que le infunde facultad y derecho a reinar omnímodamente sobre los hombres, es cosa que bien podemos dejar se pulverice en silencio en las Bibliotecas. Pero diré, también, y esto es lo que pensaban los partidarios del Derecho Divino, que

en los Reyes, y en toda Autoridad humana y relaciones que los hombres creados por Dios pueden formar entre sí, hay ciertamente Derecho Divino o Diabólica Sinrazón, una de dos. Es falso del todo que el mundo sea máquina de vapor, como afirmó el pasado Siglo Escéptico. En este mundo hay un Dios; la Divina Sanción o su violación están en todo mandato y obediencia, de todo acto moral humano. No hay acto más moral entre los hombres que el de mandar y obedecer. ¡Ay, del que reclama obediencia cuando no es debida! ¡Ay del que la rehusa cuando lo es! En eso está la ley de Dios, digan lo que quieran las leyes escritas en pergaminos: existe un Derecho Divino, o una Sinrazón Diabólica en la entraña de toda reclamación que hace un hombre a otro.

Ningún daño causa la reflexión sobre cosa que nos atañe en todas las relaciones de la vida, la Lealtad y Soberanía, que son las supremas. Estimo más despreciable el error que atribuye al egoísmo equilibrio y componendas de ansiosas bellaquerías el motivo de todo y, que en resumen, cree que nada hay de divino en la sociedad de los hombres, cosa natural en un siglo incrédulo, que el error de creer en el derecho divino, en los llamados *Reyes*. Por eso digo: *indicadme al verdadero Könning, Rey o Capaz; ése será el que tiene derecho divino sobre mi*. Saber hasta cierto punto la manera de hallarlo, estando todos dispuestos a reconocer su derecho divino al señalárselo, es precisamente la panacea que busca por todas partes el mundo doliente en estos tiempos. El verdadero Rey, como guía en lo práctico, tiene algo del Pontífice, guía espiritual, de la que se desprende toda práctica. Bien se dice que el Rey es cabeza de Iglesia. Dejemos dormir tranquilamente en las estanterías la Polémica de un siglo muerto.

Causa pavor tener que buscar al Hombre Capaz sin saber cómo hemos de proceder. Ése es el triste predicamento del mundo en nuestros días, época revolucionaria, que dura mucho, en que el albañil olvidó el uso de la plomada o ley de la gravedad, derrumbándose todo, arruinándose como vemos. La Revolución Francesa no fue el principio, más bien creemos sea fin. Estaríamos más en lo cierto al afirmar que el comienzo se remonta a tres siglos: a la Reforma de Lutero. La fatal enfermedad está en que lo que continúa llamándose *Iglesia Cristiana*, trocose en Ficción, pretendiendo descaradamente perdonar los pecados del hombre a cambio de metal acuñado, y hacer muchas otras cosas que en eterna verdad de la Naturaleza no hizo ni hace ahora. Como el núcleo era falso, todo lo exterior iba cada vez peor. Se desvaneció la Credulidad, reemplazándola la Duda, la Incredulidad. El albañil lanzó lejos de sí la plomada, diciéndose: *¿Qué es la gravedad? ¡Si el ladrillo se sostiene sobre el ladrillo!* ¿No suena de modo extraño para muchos el aserto de que hay verdad Divina en los asuntos de los hombres creados por Dios, que no todo es especie de mueca, oportunidad, diplomacia, no se sabe qué?

Encuentro secuencia histórica natural entre la primera afirmación necesaria de Lutero cuando dijo: *Tú, que te llamas Papa, no eres nuestro Padre en Dios, eres una Quimera, a la que no sé cómo llamar en lenguaje decente, y*

el grito que surgió junto a Camilo Desmoulins en el Palacio Real de *¡A las armas!*, cuando el pueblo se rebeló contra toda índole de Quimeras. También tuvo importancia aquel grito, terrible, casi infernal. La voz de las naciones despiertas se elevó nuevamente, confusa al comienzo, como surgida de pesadilla, del sueño de la muerte, sintiendo veladamente que la Vida era real, que el mundo de Dios no, era oportunidad y diplomacia. Infernal sí, puesto que no quisieron considerarla de otro modo; infernal, por no ser Celestial ni Terrestre. La ficción tiene que cesar, iniciándose la sinceridad de cierta especie, a toda costa; dominio del terror, horrores de Revolución Francesa, lo que sea; hay que volver a la verdad, porque en ello hay Verdad, Verdad revestida de fuego infernal, pues no quisieron admitirla de otro modo.

La teoría corriente, sustentada por muchísimos en Inglaterra y otras partes, era: que la Nación Francesa parecía haber enloquecido por aquellos días; que la Revolución Francesa era acto de locura general; que Francia y grandes sectores del mundo se trocaban temporalmente en manicomio. El acontecimiento surgió intensificándose, pero era locura y tontería, afortunadamente relegada ahora a la región de los Sueños y la Fantasía. Para tan cómodos filósofos los Tres Días de julio de 1830 debieron ser sorprendente fenómeno, pues el Pueblo Francés se rebeló de nuevo luchando sin cuartel, encarnizado para realizar aquella loca Revolución. Parece que los hijos y nietos de aquellos hombres persistieron en consolidarla sin abandonarla, prefiriendo la muerte a su inutilidad. Para los filósofos que basaron su sistema de la vida sobre aquella locura, no pudo haber fenómeno más alarmante; dícese que el pobre Niebhur, Profesor e Historiador prusiano, fue víctima de la congoja, que enfermó y murió a causa de los Tres Días. Su muerte no fue por cierto muy heroica; apenas mejor que la de Racine, de quien se dice falleció porque Luis XIV le dirigió una severa mirada. El mundo ha sufrido algunos golpes rudos; por eso podían abrigar la esperanza de que sobreviviese a los Tres Días y continuase girando sobre su eje. Los Tres Días enseñaron a los mortales que la Vieja Revolución Francesa, por loca que pareciese, no fue efervescencia transitoria de manicomio, sino producto legítimo de la Tierra en que vivimos; que fue verdadera Realidad, y que el mundo en general haría bien en considerarla como tal.

Sin la Revolución Francesa no sabríamos qué hacer de una época como ésta; regocijémonos como los naufragos a la vista de la áspera roca, en mundo que sin ella sería abismal y encrespado mar, verdadera Apocalipsis, aunque terrible, para aquella época falsa, podrida y artificial, que atestiguó una vez más que la Naturaleza es preternatural, si no divina, diabólica; que la Apariencia no es Realidad, que tiene que trocarse en Realidad, pues, de no ser así, el mundo se incendiará, convirtiéndola en lo que es: en Nada. Acabó lo Aparente, la hueca Rutina, muchas cosas más; esto es lo que proclamó ante los hombres aquella especie de Clarín del Juicio Final; los que primero lo comprendan serán los más avisados, teniendo que transcurrir largas y confusas generaciones antes de que se comprenda; la paz será imposible hasta entonces. El juicioso, rodeado como siempre de un mundo de

inconsistencias, puede esperar pacientemente, esforzarse para efectuar su obra sin salirse del centro. El Cielo ha decretado la Sentencia de Muerte contra todo eso; también ha sido proclamada en la Tierra, cosa que el sensato puede comprender. Considerando la cuestión por su otro lado, sus enormes dificultades, la premura, la terrible premura, la inexorable solicitud que en todos los países recibe para que apronte solución, bien pudiera dedicarse a otra actividad, dejando de esforzarse en el sector del *Sansculotismo* a estas horas.

Para mí el *Culto de los Héroes* en estas circunstancias es un hecho inapreciable, el más consolador que ofrece el mundo hoy. En él hay eterna esperanza en cuanto a la marcha del mundo y, aunque se hubieren hundido todas las tradiciones, disposiciones, credos, sociedades instituidas por el hombre, contaríamos con esto: la certidumbre de que surgen los Héroes; la facultad, la necesidad de reverenciarlos cuando los descubrimos, que brilla como Estrella Polar a través de los nubarrones de humo y polvo, de todo desmoronamiento y conflagración.

El *Culto de los Héroes* hubiera sonado de extraño modo en los oídos de los factores y luchadores de la Revolución Francesa. Ni los reverenciaban ni esperaban, ni creían ni deseaban que los Grandes Hombres apareciesen de nuevo. Al convertirse en Máquina la Naturaleza quedaba como desgastada, incapaz de producir Grandes Hombres. Entonces podría decirse: *Tú no podrás producir Grandes Hombres, mas nosotros no podemos vivir sin ellos.* ¡No es que me queje de la Libertad e Igualdad, de la creencia que, ante la imposibilidad de los grandes hombres sabios, bastaba con innumerables hombreritos insensatos todos a un mismo nivel, porque entonces y para aquéllos era natural. *Libertad e Igualdad; ya no precisa Autoridad. El Culto de los Héroes, la reverencia rendida a tales Autoridades, ha resultado falsa, falsedad en sí: ¡abandonémosla! Ya hemos padecido bastantes falsificaciones y no nos fiamos de nada. Como fueron tantas las monedas contrahechas que pasaron por nuestras manos, creemos que las de oro no existen; además, podemos vivir muy bien sin oro.* Eso es lo que descubro, entre otras cosas, en ese grito universal de Libertad e Igualdad, y lo encuentro muy natural en aquellas circunstancias.

Y, no obstante, es transición de lo falso a lo cierto. Considerado como entera verdad es falso en absoluto, producto de la completa ceguera escéptica, que lucha por ver. El *Culto al Héroe* existe eternamente y en todas partes, no sólo la Lealtad, extendiéndose desde la divina adoración hasta los más bajos menesteres prácticos de la vida. Si la inclinación ante el hombre no es mero simulacro, en cuyo caso es preferible no practicarla, es *Culto de los Héroes*, aceptación de que en la presencia de nuestro hermano hay algo divino: que todo mortal es revelación Encarnada, como afirma Novalis. Fueron los Poetas quienes idearon todas esas graciosas cortesías que ennoblecen la vida, pues la Cortesía no es falsedad ni simulacro, ni precisa serlo. La Lealtad, la misma Adoración religiosa son posibles, inevitables.

¿No podemos decir que, mientras tantos de los últimos Héroes actuaron como revolucionarios, todo Grande Hombre, todo hombre auténtico, es hijo del Orden por su naturaleza y no del Desorden? La actuación del hombre veraz en las revoluciones es trágica: parece anarquista, porque el doloroso elemento de la anarquía le abrumba a cada paso, cuando repudia y odia la anarquía con toda su alma. Su misión es el Orden, como la de todos los hombres. Viene a regular y encauzar lo desordenado, lo caótico: es el misionero del Orden. ¿No es ordenación toda la actividad del hombre en este mundo? El carpintero halla toscos árboles en el bosque, da a su leño forma cuadrada para utilizarlo. Somos enemigos natos del Desorden, consideramos trágico ayudar a los iconoclastas y demolidores, lo cual para el Grande Hombre, más hombre que nosotros, es doblemente trágico.

Por eso, todo lo humano, el alocado *Sansculotismo* francés, labora y debe laborar por el Orden. Afirmo que no hay un hombre entre ellos, que en pleno frenesí no sea impelido en todo momento hacia el Orden. Esa significación tiene su propia vida, porque el Desorden es disolución, muerte. No hay caos que no tienda a un centro sobre el que pueda girar. Mientras el hombre sea hombre, precisa algún Cromwell o Napoleón como final del *Sansculotismo*. Lo curioso es que, en época en que el *Culto de los Héroes* era lo más increíble para todos, éste surgiera y obrara de modo que todos tienen que admitir. Considerado el derecho divino en sentido general, significa poder. Mientras las viejas Fórmulas falsas se pisotean en todas partes, se revelan inesperadamente nuevas Sustancias reales indestructibles. Durante los períodos de rebelión, cuando la Realeza parecía muerta y abolida, surgieron Cromwell y Napoleón como Reyes. La historia de esos hombres es lo que tenemos que considerar como última fase del Heroísmo. Volvemos a los remotos tiempos; en su historia preséntase de nuevo la manera cómo se hacían los Reyes, cómo surgió la Realeza.

Muchas guerras civiles hubo en Inglaterra: la de las Rosas, Roja y Blanca, las de Simón de Montfort, bastantes guerras, no muy memorables. Pero la guerra de los Puritanos tiene significado distinto de todas las demás. Dejando a vuestro criterio que os sugerirá lo que no tengo tiempo para deciros, la llamaré episodio de aquella guerra universal que constituye la verdadera Historia del Mundo, la guerra de la Fe contra la Incredulidad, lucha de hombres atentos a la esencia real de las cosas, contra los atentos a sus apariencias y formas. Los Puritanos son para muchos meros salvajes Iconoclastas, fieros destructores de Formas; pero sería más justo llamarles *detestadores de falsas Formas*. Confío que ahora sabremos respetar a Laud y a su Rey tan bien como ellos. Paréceme que el pobre Laud fue débil e infortunado, mas no falso, desdichado Pedante antes que otra cosa peor. Sus Ensueños y supersticiones, de los que hay quien se burla, encierran carácter afectivo y amable. Parecíase al maestro cuyo mundo son las prácticas y reglamentos escolares, que cree que tales cosas son la vida y seguridad de la sociedad. De pronto se ve llamado a regir una Nación, administrar sus complejísimos e importantes intereses; animado por su inalterable y aventurada noción, cree debe atenerse a sus rancios reglamentos, que la

salvación está en perfeccionarlos y completarlos y, como el débil, se aplica con vehemencia espasmódica a su propósito, se aferra a él, sin escuchar la voz de la prudencia, los lamentos, empeñándose en que los Colegiales obedezcan al Reglamento del Colegio; ante todo eso, y después nada. Fue un desventurado Pedante, como he dicho. Se empeñó en que el mundo fuese un Colegio de esa naturaleza, cuando no lo era. ¿No se vengaron en él horrorosamente sus errores, fueren los que fueren?

Meritoria es la insistencia sobre las formas; la Religión y todo lo demás se reviste naturalmente con ellas; el único mundo habitable es el formado, en todas partes. Lo que alabo en el Puritanismo no es su desnuda falta de forma; eso es lo que deploro, alabando sólo el espíritu que lo hizo inevitable. Toda sustancia se reviste de formas, pero hay formas adecuadas y verdaderas, y otras inadecuadas y falsas. Pudiere darse esta definición: las Formas que se desarrollan alrededor de una sustancia corresponderán a su naturaleza real y alcance, si la comprendemos bien, siendo verdaderas, buenas; las que se aplican conscientemente a ella serán malas. Reflexionad sobre ello. En todo lo humano se distingue lo cierto de lo falso en la Forma Ceremonial, la grave solemnidad de la vana pompa.

En las formas debe haber veracidad, espontaneidad natural. ¿No se considera ofensivo el discurso convencional en la más vulgar asamblea? Toda cortesía de salón que vemos ficticia, que no anima interior realidad espontánea, nos repugna. Supongamos que se trata de asunto de vital interés, cuestión de trascendencia (como el Culto Divino), sobre el que vuestra alma entera, enmudecida por su exceso de sentimiento, no sabe cómo formar su expresión, prefiriendo el informe silencio a cualquier palabra; ¿cómo juzgaríamos al que se prestase a representarla o expresarla a manera de mojiganga? El que así procediese huiría de nuestra presencia, si se estimaba en algo. ¿Qué diríais si al morir un hijo único, estando bajo el peso del dolor, sin fuerzas para derramar una lágrima, se presentase un inoportuno ofreciéndoos celebrar Juegos Funerarios al modo de los griegos? No sólo dejaríais de aceptar la triste farsa, sino que la consideraríais odiosa, intolerable. Eso es lo que los viejos Profetas llamaron *Idolatría*, adoración de huecas apariencias que todo hombre juicioso debe rehusar, Podemos comprender parcialmente lo que significaban aquellos pobres Puritanos. Cuando el fatuo Laud dedicó la Iglesia de Santa Catalina a los Creyentes, con sus múltiples y ceremoniosas reverencias, gestos, exclamaciones, vemos en él al riguroso Pedante formal, pegado a sus Reglamentos Escolares, antes que al grave Profeta, fiel a la esencia de la cosa.

El Puritanismo consideró insoportables tales formas y las conculcó, teniendo que dispensarle dijese: *Preferimos carecer de ellas a tener ésas*. Predicaba en su púlpito con sólo la Biblia en la mano. ¿No es virtualmente esencia de todas las Iglesias el hombre que predica poniendo en comunicación su alma ferviente con las fervientes de los demás? La realidad desnuda e indómita es preferible a toda apariencia, por digna que fuere. Además se cubre gradualmente con la debida apariencia, de ser real. No hay que temerlo, no

hay cuidado por ahora. Siempre hallaremos ropaje para vestir al hombre; él mismo lo hallará; lo que no aceptamos es el traje que pretende ser ropas y hombre. No es posible luchar con los franceses con trescientos mil uniformes rojos; es preciso que dentro de ellos haya hombres. Afirmando que la Apariencia no debe divorciarse de la Realidad; si se divorcia habrá hombres que se revelen contra ella, puesto que se trueca en falsedad. Estos Antagonismos en pugna, en el caso de Laud y los Puritanos, son casi tan antiguos como el mundo; en aquella época, entraron en cruenta batalla en Inglaterra debatiendo su confusa controversia durante bastante tiempo, con múltiples resultados para nosotros.

Era poco probable que, durante el período que sucedió inmediatamente a los Puritanos, se hiciera justicia a ellos o a su causa. Ni Carlos II ni sus Rochester eran personas a quienes confiaríamos juzgásemos cuál pudo ser el mérito o significación de tales hombres. Tanto los Rochester como la época en que vivieron habían olvidado que pudiera haber fe o realidad en la vida de un hombre. El Puritanismo quedó bamboleándose en los cadalsos, como los huesos de los principales Puritanos; no obstante, su obra progresaba y operaba de por sí. La obra sincera del hombre debe realizarse y se realiza, aunque se ahorque a su autor. Tenemos nuestro *habeas corpus*, nuestra libre Representación Popular; reconocimiento universal de que todos los hombres son, deben y quieren ser lo que llamamos *hombres libres*, cuya vida se basa en la realidad y la justicia, no en la tradición, que se ha trocado en quimera. Eso, y muchas cosas más, fue obra de los Puritanos.

A medida que se manifestaron gradualmente dichas cosas comenzó a comprenderse el carácter de los Puritanos. Su fama fue arrancada de la horca; es más, algunos de ellos puede decirse fueron canonizados. Eliot, Hampden, Pym, Ludlow, Hutchinson, el mismo Vane, se consideran especies de Héroes: Padres Conscriptos políticos, a los que debemos en no pequeña parte lo que hace sea libre Inglaterra; nadie se atrevería hoy a decir que fueron perversos; pocos son los notables de entre ellos que no encontraron apologistas, siendo objeto de cierta reverencia por parte de hombres sinceros. Creo que el único Puritano que ha quedado colgando de la horca sin hallar apologista es nuestro pobre Cromwell; no hay santo ni pecador que no le crea muy perverso. Hombre hábil, de talento infinito, valeroso, y demás, pero traidor a la Causa. Ambicioso, egoísta, falsario, de dos caras, Tartufo fiero, grosero, hipócrita, que trocó aquella lucha por la Libertad constitucional en funesta farsa en beneficio propio: ése el carácter que se atribuye a Cromwell, o peor todavía. Comparado con Washington y otros, surgen contrastes, sobre todo con esos nobles Pym y Hampden, de cuya noble obra se apoderó, anulándola y deformándola.

Esta opinión sobre Cromwell paréceme producto natural de un siglo como el XVIII. Lo que dijimos del Ayuda de Cámara se aplica también al Escéptico: que no conoce al Héroe cuando lo mira; el Criado esperaba mantos de púrpura, áureos cetros, guardias de corps y estridencias de trompetas: el Escéptico del siglo XVIII buscaba respetables Fórmulas reguladas, Principios,

o como se los llame; estilo de discurso y conducta que logró parecer respetable, que puede abogar por sí de modo bellamente articulado y obtener los sufragios del esclarecido y escéptico siglo XVIII. En el fondo, tanto él como el ayuda de cámara esperan lo mismo; las galas de evidente realeza, que reconocen en cuanto ven. El Rey que llega hasta ellos sin pompa alguna no puede ser Rey.

Lejos de mí está afirmar o insinuar algo que desdore caracteres como los de Hapdem, Eliot, Pym, a quienes considero justamente dignos y útiles. He leído detenidamente los libros y documentos que he hallado sobre ellos, con el sincero deseo de admirarlos y adorarlos como Héroes, con poquísimo éxito, lo confieso amargamente, por ser imposible en el fondo. Fueron hombres nobilísimos que avanzaban solemnemente, con sus mesurados eufemismos, filosofías, elocuencia parlamentaria, Derecho de Visita, Monarquía del Hombre, muy constitucionalistas, sin tacha, con dignidad, pero el corazón no se emociona ante ellos; sólo la fantasía se esfuerza en reverenciarlos. ¿Qué corazón humano se enardeció en amor fraterno sentido por aquellos hombres? Son hombres espantosamente aburridos. Frecuentemente tropezamos en la constitucional elocuencia del admirable Pym, con su *en séptimo y último lugar*. Pensamos que quizá sea eso lo más admirable que hay en la tierra, pero que es pesado, de la pesadez del plomo, estéril como arcilla; en una palabra, poco o nada hay en todo eso que nos ataña. El rudo y proscrito Cromwell es el único en que todavía descubrimos fibra de hombre, dejando tranquilos a los demás Nobles en sus hornacinas de honor. El gran impetuoso *Berserker Mortaja*, incapaz de escribir la eufemística *Monarquía del Hombre*, de discursar o laborar con voluble regularidad, sin justificación explícita de sus actos, irguiéndose desnudo, sin endosar la encubridora cota de malla, peleando como gigante, frente a frente, pecho contra pecho, con la verdad desnuda de las cosas. Al fin y al cabo ésa es la clase de hombres que vale. Confieso que la creo superior a las demás clases de hombres. Son muchas las bien rasuradas Decencias que hallamos al paso, que sirven para muy poco; no hay mucho que agradecer a quien mantiene limpias las manos porque sólo trabaja con guantes.

En general, esa tolerancia constitucional del siglo XVIII con los demás Puritanos más afortunados que él, no me parece muy importante. Me atrevo a asegurar que se trata de Formulismo y Escepticismo, como en todo lo demás. Nos dicen que es penoso pensar que el Fundamento de nuestras Libertades Inglesas sea la Superstición. Los Puritanos surgieron profesando increíbles Credos Calvinistas, Anti-Laudismos, Confesiones de Westminster, solicitando ante todo gozar de libertad para adorar a su modo. ¡Si hubiesen solicitado libertad para imponerse impuestos! Insistir sobre lo otro equivalía a Superstición, Fanatismo, desdichada ignorancia en Filosofía Constitucional. ¿Libertad para imponerse tributo sin desembolsar su dinero, de no ser debido a justas razones? Opino que sólo un siglo estéril hubiera considerado eso como primer derecho del hombre. Pudiera decir lo contrario: que el hombre justo siempre tiene causa mejor que el dinero en cualquiera de sus formas, para decidir rebelarse contra su Gobierno. El mundo es muy complejo; el

hombre bueno vería agradecido que se sostuviese cualquier especie de Gobierno de modo soportable en Inglaterra y actualmente, si no está listo a pagar muchos impuestos por creer insuficiente su justificación, no le irá muy bien, y deberá ensayar otro clima. *¿Eres cobrador de impuestos? ¿Quieres dinero? Toma mis monedas, puesto que puedes y lo deseas; tómalas, dirá, y márchate de mi lado con ellas; dejándome solo con mi trabajo. Aquí me quedo; aún puedo trabajar, tras haberme desprovisto de todo ese dinero. Pero si le dice: Inclínate ante la Falsedad; di que estds adorando a Dios, cuando no es así; no creas en lo que reconoces como cierto, sino en lo que yo supongo o pretendo lo es. Entonces responderá: ¡No, por Dios, no! Toma mi dinero; no quiero aniquilar mi Yo moral. El dinero es del primer salteador que me amenaza con su pistola, pero el Yo es mio y de Dios mi Creador, no tuyo; resistiré hasta la muerte, rebelándome contra ti, afrontando todo rigor, acusación y confusión para defenderlo!*

Paréceme que ésta es la razón que podría justificar la rebelión, la de los Puritanos. Ésa fue el alma de todas las rebeliones justas entre los hombres. No fue el Hambre únicamente lo que produjo la Revolución Francesa, sino el sentimiento de la insoportable Falsía prevaleciente sobre todo, que se encarnó en el Hambre, en la escasez e Inexistencia material universal, trocándose en indiscutiblemente falsa a los ojos de todo el mundo. Dejemos al siglo XVIII con su libertad para fijarse impuestos. No nos sorprende que la significación de hombres como los Puritanos quedase velada para él. ¿Cómo es posible que hombres que no creían en realidad alguna, pudiesen comprender el alma real humana, la más intensa de todas las realidades, como la Voz del Creador del mundo que hablaba? Lo que no podía reducir a doctrinas constitucionales relativas a los impuestos u otro interés material, grosero, que pudiese palpar, era rechazado por aquel siglo como amorfo montón de escombros. Los Hampden, Pym, y Derechos de Visita serán tema de gran elocuencia constitucional, que se esfuerza por llamear, que lucirá, si no como fuego, al menos como hielo, y, el irreductible Cromwell será como una mera masa caótica de furor, hipocresía, y muchas cosas más.

Hace mucho tiempo que considero increíble esa teoría sobre la falsía de Cromwell. Tampoco puedo admitirla en lo referente a ningún Grande Hombre. Muchos son los Grandes Hombres que figuran en la Historia como falsarios egoístas, pero reflexionando veremos que son sólo figuras para nosotros, sombras incomprensibles; no vemos en ellas hombres verosímiles. Sólo una generación superficial e incrédula, que viera únicamente lo superficial y la apariencia de las cosas, puede tener esa noción de los Grandes Hombres. ¿Puede existir un alma grande sin la consciencia, esencia de toda alma real, grande o pequeña? No; no podemos figurarnos a Cromwell como Falsía o Fatuidad; cuanto más investigo sobre él y su carrera, menos lo creo. ¿Cómo creerlo no habiendo pruebas de ello? ¿No es extraño que, después de todos esos montes de calumnias lanzadas sobre él; tras haberlo presentado como príncipe de los embusteros, que nunca o casi nunca dijo verdad, sino alguna astuta falsificación de ella, no haya llegado a probarse una sola falsedad de las que se le atribuyen? ¡Príncipe de embusteros que

nunca dijo mentira! Nadie podría comprenderlo. Ocurre como cuando Pocke preguntó a Grocio: *¿dónde tienes la prueba sobre la Paloma de Mahoma?* *¡No la hay!* Abandonemos las calumniosas quimeras como merecen, porque no son retratos fieles del hombre, sino vanos fantasmas, híbrido producto del odio y de la tiniebla.

**El héroe como rey.
Cromwell.
Napoleón.
Revolucionismo moderno.**

Segunda parte

(Viernes, 22 de mayo de 1840)

Si miramos la vida de ese hombre valiéndonos únicamente de nuestros ojos, surge hipótesis muy diferente, manifestándosenos el íntegro, afectuoso, sincero, al considerar lo poco que sabemos sobre su infancia, deformado como llegó hasta nosotros. Su temperamento nervioso melancólico indica gravedad excesivamente profunda. Nadie está obligado a creer en los relatos referentes a los Espectros, ni el referente al Blanco rodeado de luz que le predijo sería Rey de Inglaterra, ni el atañente al Negro Diablo personificado, a quien se vendió antes de la Batalla de Worcester a los ojos de un Oficial. Lo que sí sabemos indiscutiblemente es que en su juventud fue taciturno, hipersensible, hipocondriaco. El médico de Huntingdon dijo a Sir Felipe Warwick que había sido llamado varias veces a medianoche, que Cromwell padecía hipocondría; creyendo iba a morir, delira sobre la Cruz del Pueblo. Eso es muy significativo. Tan excitable naturaleza en hombre de fuerza tan tosca y tenaz no es síntoma de doblez.

Decidióse que el joven Oliverio estudiase Leyes; se dice que cayó en la disipación durante corto período; de ser cierto, se arrepintió pronto, puesto que poco después de los veinte años se casó, viviendo grave y reposado. Se afirma devolvió el dinero ganado en el juego, pensando que no le pertenecía. Esta conversión (como se ha llamado) es interesantísima, natural; es despertar de alma que sale del lodazal mundano a descubrir la espantosa verdad de las cosas, que el Tiempo y sus Apariencias se basan en la Eternidad; que este miserable Mundo es el Umbral del Cielo o del Infierno. La vida de sobrio y activo agricultor que llevó Oliverio en St. Ives y Ely es la de un hombre juicioso y devoto; renuncia al mundo y sus rutinas, considerando

que su recompensa no puede enriquecerlo; trabaja la tierra, lee la Biblia, reúne diariamente a sus mozos para adorar a Dios; acoge a los eclesiásticos perseguidos, distingue a los predicadores, predica él mismo, exhorta a sus vecinos a que sean buenos, a que aprovechen el tiempo. ¿Qué hipocresía, ambición o falsía hay en todo esto? Creo que su esperanza residía en el Mundo Supraterreno, que su anhelo fue merecerlo, no saliéndose de la humilde senda que se trazara en éste. No apetece la fama, pues, ¿de qué podía servirle la fama? Siempre a la vista de su Amo y Señor.

También es extraño el modo como apareció en público; como nadie quiso oponerse a cierto agravio público tuvo que oponerse él. Me refiero al asunto de los pantanos de Bedford; nadie quiso litigar con la Autoridad; él sí. Una vez fallado el pleito se reintegró a su rincón, a su Biblia y a su arado. ¿Para qué quería la influencia? La que ejercía era de las más legítimas, derivada de sus dotes personales, como hombre justo, religioso, razonable y resuelto. Así vivió hasta más de los cuarenta, en el umbral de la vejez, a las puertas de la Muerte y la Eternidad; entonces fue cuando sintió ambición, según afirman. Yo no interpreto así su misión Parlamentaria.

Sus éxitos en el Parlamento y en la guerra fueron francos, los propios del valeroso, del más resuelto de corazón, del más claro de entendimiento. Sus ruegos al Altísimo, sus acciones de gracias al Dios de la Victoria, que le preservó la vida, permitiéndole llegar hasta donde había llegado, a través del crujido de un mundo en conflicto, los desesperados apuros pasados en Dunbar, desafiando a la muerte en innumerables batallas, fueron para él mercedes coronadas por la de la Batalla de Worcester; todo ello es digno y legítimo en el Calvinista Cromwell, de recio corazón. Sólo a los envanecidos Caballeros incrédulos, que no adoraban a Dios, sino a sus *guedejas*, frivolidades y formalismos, que vivían apartados por completo de la contemplación de Dios, sin Dios en este mundo, tenía que parecer hipócrita.

No lo condenaremos tampoco por la participación que tuviera en la muerte del Rey. Grave cosa es matar a un Rey; mas si se está en guerra con él a ello se debe; esto y todo lo demás es consecuencia de la guerra, porque una vez entablada tiene que morir uno de los contendientes, siendo problemática la reconciliación, posible, habiendo más probabilidades de imposibilidad. Hoy son muchos los que admiten que cuando el Parlamento venció a Carlos I no pudo hallar manera de llegar a convenio sólido con él. El gran partido Presbiteriano, recelando a los Independientes, sentía ansias por ello, por su propia existencia, mas no pudo lograrlo. El desdichado Carlos I mostróse fatalmente incapaz de tratar en las negociaciones finales de Hampton-Court, hombre que no podía ni quería comprender, cuyo entendimiento no discernía la realidad de la cuestión y, lo que es peor, cuyas palabras no correspondían a sus pensamientos. Lo decimos sin crueldad, profundamente compadecidos, pero es cierto e indiscutible. Todo lo echó en olvido, excepto la corona, y al ver que lo trataban con el respeto debido a un rey, creyóse capaz de engañar a los partidos y recuperar solapadamente su antiguo poder burlándose de ellos, pero descubrieron su ardid. El hombre cuya palabra no manifiesta lo

que piensa o intenta no es digno de fiar en pacto alguno: o le dejamos libre el camino o le arrojamos de él. Desesperados los Presbiterianos quisieron creer en él, a pesar de las sospechas de falsía, imposibilidad de creer en sus palabras, mas Cromwell no quiso fiarse y exclamó: *¿vamos a aceptar un trocito de papel a cambio de todas nuestras luchas?*

En todo cuanto intervino mostró Cromwell su vista decisiva y práctica, tendiendo siempre a lo práctico o practicable, viendo la realidad. Afirmo que el falsario no posee tal inteligencia, porque ve siempre la apariencia, lo agradable, lo oportuno, mientras el sincero necesita discernir la verdad práctica. La proclama de Cromwell al Ejército Parlamentario al iniciar las hostilidades, aconsejando no se admitiese en él a los asiduos a la taberna ni a los inconsistentes perturbadores, sino a los fuertes campesinos que luchaban de corazón, demuestra su clarividencia. La Realidad responde a los Hechos si la discernimos. Los férreos soldados de Cromwell fueron producto de su perspicacia: hombres temerosos de Dios y de nada más, no hubo guerreros tan auténticos en Inglaterra ni fuera de ella.

Tampoco censuramos excesivamente las palabras que Cromwell dirigió a sus soldados y que tanto se criticaron: *Si el Rey saliese a mi encuentro en la batalla, lo mataría.* ¿Por qué no? Eso lo dijo frente a hombres que estaban ante hombre Superior a los Reyes, que arriesgaban algo más que su vida en la lucha. El Parlamento puede llamar en su lenguaje oficial lucha por el Rey; nosotros no podemos comprenderlo, porque para nosotros no se trata de mero pasatiempo, de eufemismo oficial, sino de áspera muerte y de realidad. Están en Guerra, horrible y sanguinaria lucha de hombres que se acometen furiosos; el elemento infernal del hombre decidirá. Hacedlo, puesto que se ha de hacer. Considero naturalísimos los éxitos de Cromwell; al no morir luchando fueron inevitables; no se precisa magia para explicar que aquel hombre, de penetrante vista, indómito corazón, se elevase victoria tras victoria, hasta que el Granjero de Huntingdon se convirtió en el Hombre más Fuerte de Inglaterra, en Rey de Inglaterra virtualmente.

Triste es para un pueblo, como para un hombre, caer en el Escepticismo, el *dilettantismo*, la hipocresía, no reconocer la Sinceridad cuando le sale al paso: ¿Hay peor maldición para este mundo, para todos ellos? Cuando el corazón muere los ojos no ven. El entendimiento que entonces queda es meramente vulpino, sirviendo de poco se le envíe un verdadero Rey, porque no lo reconoce, exclamando burlonamente: *¿Ése es vuestro Rey?* Entonces el Héroe desgasta su heroica facultad en inútil contradicción de parte de los indignos, pudiendo hacer poco. Para si vive una vida heroica, lo cual ya es mucho, es todo, mas para los demás nada hace. La indomable y ruda Sinceridad, originada en la Naturaleza, no es voluble cuando contesta desde la tribuna del jurado; en nuestros pequeños juzgados se desdeña como falsificación. El intelecto vulpino lo olfatea. La respuesta que merecieron Knox y Cromwell por haber sido hombres que valían lo que mil de sus congéneres, ha sido discutir durante dos siglos si fueron o no hombres. El mayor don de Dios a esta Tierra se desdeña y desecha. El milagroso talismán

es la mezquina moneda dorada imposible de pasar en la tienda por corriente onza. Esto es lamentable. Digo que debe remediarse. Hasta que no se remedie hasta cierto punto, nada tendrá remedio. Lo que debe hacerse es desenmascarar a los falsarios, pero, ¡por el Cielo!, al mismo tiempo hay que conocer a los dignos de confianza. ¿De qué nos sirve el conocimiento hasta que logremos saber eso? ¿Cómo conseguiremos descubrirlo? Porque la astucia zorruna, que se considera conocimiento, que descubre de ese modo, se equivoca en mucho. Muchos son los engañados, pero entre todos nadie en tan fatal situación como el que vive en el indebido terror de ser engañado. Existe el mundo; hay realidad en él, de lo contrario no existiría. Ante todo hay que reconocer lo que es cierto; luego discerniremos lo falso, hasta entonces nunca.

¡Conocer los hombres dignos de confianza!, por desgracia estamos aún lejos de ello. Sólo el sincero puede reconocer la sinceridad. Lo que precisamos no es únicamente el héroe, sino un mundo apropiado para él, mundo no poblado de Ayudas de Cámara, porque entonces el Héroe surgirá en vano. Si, está lejos de nosotros, pero debe llegar; a Dios gracias se le ve avanzar. ¿Con qué contamos hasta que llegue? Con Urnas electorales, votos, Revoluciones francesas; pero, para ser Ayudas de Cámara, que no reconocen al Héroe cuando lo ven, ¿de qué nos sirve todo eso? Surge el heroico Cromwell; pasa siglo y medio sin que le concedamos un solo voto. El mundo hipócrita e incrédulo es propiedad natural de la Superchería, del Padre de los charlatanes y las ficciones. Lo único posible es la miseria, la confusión, la mentira. Las urnas electorales alteran la figura del charlatán, mas su sustancia es la misma. El Mundo de estúpidos Lacayos tiene que ser gobernado por el Héroe Fingido, por el Rey que sólo tiene de rey sus galas. Ése es su mundo; él es su rey. En resumen, o aprendemos a conocer al Héroe, al verdadero Gobernante y Caudillo cuando le tenemos ante los ojos, o continuarán gobernándonos los que nada tienen de héroes, aunque pongamos urnas electorales en cada esquina, porque nada remedian.

¡Pobre Cromwell, gran Cromwell! ¡Profeta mudo que no pudo hablar! Rudo, confuso, luchando por expresarse con su salvaje profundidad, su invencible sinceridad, extraño éntre los elegantes eufemismos, delicados Falkland, didácticos Chillingworth, diplomáticos Clarendon. Fijémonos en él. Era cáscara de caótica confusión, visiones del Diablo, nerviosas pesadillas, casi vesánico; no obstante, en el interior de todo eso anidaba la energía clara y determinada del hombre. Era hombre caótico, como rayo de pura luz astral y fuego que lucha con el elemento de ilimitada hipocondría, informe negrura de las tinieblas. Sin embargo, esta hipocondría constituía la misma grandeza de aquel ser. La profundidad y ternura de sus indómitos afectos, la inmensa simpatía que sentía por las cosas, la perspicacia con que se adentraba en sus entrañas, la maestría con que las dominaba: eso era su hipocondría. Su desventura era producto de su grandeza, como la de todos los demás. También Johnson pertenecía a esta especie. Atemorizado por la amargura, semiatarantado, envuelto por el amplio elemento del triste negror, tan vasto

como la Tierra. Es el carácter del hombre profético, ser cuya alma entera vela, y luchaba por ver.

En eso me baso para explicarme que fuera reputado Cromwell confuso en su expresión; el significado íntimo era para él tan claro como la luz del sol, no hallando materia para arroparla; por eso vivió en silencio, envuelto continuamente por el inmenso e innominado mar del Pensamiento; su índole de vida no le incitó a intentar el modo de denominarlo ni expresarlo. Es indudable que con su penetrante visión, resuelto poder de acción, podía haber aprendido a escribir Libros, a expresarse con fluidez, pues lo que hizo fue mucho más difícil que escribir libros, siendo hombre de aquellos que pueden efectuar virilmente cuanto se les confía. No consiste el intelecto en perorar y formar silogismos, sino en discernir y cerciorarse. La Virtud, *Vir-tus*, virilidad, heroísmo, no es regularidad inmaculada bien expuesta; ante todo es lo que los alemanes llaman con acierto *Tugend*, Valor y Facultad para obrar. Ésta era la base existente en Cromwell.

No obstante, se comprende por qué pudo predicar rapsódicamente, aunque no Podía expresarse en el Parlamento; sobre todo por qué pudo ser grande en la oración improvisada; porque esas palabras son la libre exteriorización de lo que siente el corazón, sin que requieran método, sino ardor, profundidad y sinceridad. El hábito de orar era uno de sus notables aspectos; todas sus grandes empresas iban precedidas de oración y, cuando se veía en grande apuro, reunía a sus Oficiales orando todos alternativamente, durante horas, días enteros, hasta que alguno de ellos daba con una solución definida, abriendo una puerta a la esperanza, como acostumbraban a decir. Considerémoslo. Lloraban, oraban con fervor, implorando al gran Dios se compadeciese de ellos, para que Su luz brillase y les guiase. Se consideraban *Soldados de Cristo*, pequeño ejército de Hermanos Cristianos, que desenvainaban su espada contra un mundo funesto devorador y no Cristiano, sino Mamónico, Endiablado; imploraban a Dios en sus aprietos, en su extremada necesidad, para que no olvidase su Causa, que era la Suya. ¿Cómo podía, por qué medios podía alcanzar el alma humana luz más viva que la que entonces surgía en ellos? El propósito que formaban era probablemente el mejor, el más prudente, el que había que lograr sin vacilaciones, siendo para ellos como destello del Esplendor Celeste que rasgaba las tenebrosidades en que se perdían los lamentos; la Pira que les servía de guía en la noche de su quebrado y peligroso camino. ¿No era así? ¿Hay otro método que pueda servir de guía al alma humana que lucha, de no ser éste intrínsecamente: postrarse con devoción y fervor ante el Altísimo, el Manantial de toda Luz, ya en súplica verbal, ya silente? No, no hay otro método. ¿Es eso Hipocresía? Ya nos cansamos de oírlo; los que así lo llaman no tienen derecho a discurrir sobre ello, porque nunca formaron propósito digno de este nombre; lo que hicieron fue calcular las oportunidades, los éxitos aparentes, reunir sufragios, consejos, sin afrontar nunca la verdad de la cosa. Las plegarias de Cromwell tenían que ser elocuentes, mucho más que elocuentes, porque su corazón era de hombre que sabía orar.

Entiendo que sus Discursos fueron algo más elocuente y congruente de lo que parece; observamos fue lo que todos los oradores tienden a ser, eficaces, aun en el Parlamento, pesando cuanto manifestaba. Su ruda y apasionada voz decía siempre algo, algo que los hombres querían saber. No se preocupó de ser elocuente, despreciando y disgustándole la oratoria, hablando siempre sin premeditar sus palabras.

Parece también que los noticieros eran bastante imparciales en aquellos días y entregaban a los cajistas las notas tomadas sin darles forma. ¡Extraña prueba en que basan la pretendida y estudiada hipocresía presentándole como farandulero! Nunca se preocupó de sus Discursos y, si no estudiaba las palabras antes de pronunciarlas, fue porque su sinceridad era su mejor defensa.

En cuanto a la doblez. de Cromwell opinamos se debió a que todos los partidos comprendieron, y hasta creyeron oír, tal cosa, dándose luego cuenta que quiso decir otra. Por eso afirman fue el príncipe de los embusteros. ¿No es esto, intrínsecamente, y en tales circunstancias, el inevitable destino del hombre superior, mas no del impostor? Esos personajes deben tener reticencias. De llevar el corazón en la mano para que las cornejas pudieran picotearlo, no hubiera hecho mucho camino. De nada sirve al hombre vivir en una casa de cristal. Él es quien tiene que juzgar hasta dónde debe dejar ver sus propósitos, aun tratándose de los que tienen que acompañarle en sus empresas, porque hay preguntas impertinentes y en este caso, hay que dejar perplejo al indiscreto, sin engañarlo, mas sin aclarar el asunto. ¡Si pudiéramos dar con la frase precisa para responder! Ésa es la que el prudente sincero procuraría dar en tal caso.

Indudablemente Cromwell se expresó a menudo en el habla propia de los pequeños partidos secundarios, exteriorizando parte de su pensamiento, creyendo que eran de los suyos. De ahí su ira al darse cuenta de que no era así, sino independiente. ¿Merecía censura por elló? Durante los varios períodos de su historia debió sentir que, si exponía hasta la raíz sus pensamientos se habrían estremecido horrorizados, y, de creerle, se hubiere derrumbado por completo la minúscula y compacta hipótesis concebida, sin poder contribuir en nada para ayudarle, incapacitados quizá para laborar en su propio sector. Ésa es la posición inevitable del grande hombre entre los pequeños. En todas partes hoy hombrecillos, activísimos, útiles, cuya actividad depende de alguna convicción que comprendemos es limitada, imperfecta, lo que llamamos *error*; pero ¿sería siempre amabilidad o es siempre o a menudo deber estorbarles en ello? Muchos son los que llevan a cabo algo de modo que llama la atención, basado sólo en algún débil tradicionalismo, convencionalismo, indudable para ellos, increíble para nosotros; si lo refutamos se hunde en un abismo. Fontenelle dice: *Si tuviera la verdad en un puño, sólo abriría el meñique.*

Si así acontece en el terreno doctrinal, ¿cuánto más no ocurrirá en el práctico? El incapaz de guardar su pensamiento, nada de consideración

puede poner en práctica. ¿Llamaremos a eso *disimulo*? ¿Qué diríamos del que llamase encubridor al general de un ejército por no manifestar sus propósitos a todos los cabos y soldados que le preguntan sobre ellos? Puedo decir que Cromwell trataba todo eso de manera admirable por su perfección. Durante su carrera vióse asediado constantemente por interminable vórtice de impertinentes cabos que giraban confusamente a su alrededor, a quienes respondía. El que así obró tenía que ser gran clarividente, no habiendo nadie que le demostrase su impostura. ¿Cuál es el hombre que habiéndose internado en tan complicado laberinto de cosas puede merecer tal calificativo?

Hay dos errores, dominantes, que pervierten en su misma base los juicios formados sobre hombres como Cromwell, sobre su ambición, impostura, y cosas parecidas. El primero es lo que podría llamarse sustitución de la meta de su carrera por su curso y punto de partida. El Historiador vulgar de Cromwell supone que había resuelto ser Protector de Inglaterra, cuando estaba aún labrando la tierra cenagosa de Cambridgeshire, sospechando que su carrera estaba esbozada, que tenia programa del completo drama que desarrolló paso a paso trágicamente, con astucia, dramaturgia engañadora a medida que avanzaba, siendo falso, intrigante, (Vocablo griego que nos resulta imposible reproducir. Chantal López y Omar Cortés), o Comediante. Ésta es una radical perversión; casi universal en tales casos. Consideremos cuán diferente es el hecho. ¿Quién puede predecir su vida futura? Más allá del presente todo está velado para nosotros, como intacta madeja de posibilidades, celos, intenciones, vagas esperanzas. No estaba la completa vida de Cromwell en aquella especie de Programa, que había de conocer por entonces, con su insondable astucia, con el único objeto de desarrollarla dramáticamente, escena tras escena; aunque así parezca no fue así para él. ¡Cuántos absurdos se desvanecerían si la historia considerase francamente este hecho innegable! Dirán los historiadores que no lo pierden de vista, pero veamos si es así. La Historia vulgar lo omite por completo, como ocurre en el caso de Cromwell y aun la de mejor calidad lo recuerda sólo de cuando en cuando. Para recordarlo debidamente con rigurosa perfección, tal como figuró en el hecho, requiérese raro talento, quizá imposible, el que tenía Shakespeare, o superior al suyo, capaz de actualizar la biografía del hombre hermano, ver con ojos de congénere en todos los momentos de la vida que él viera; en resumen, conocer sus pasos y personalidad, cosa que pocos Historiadores tienen probabilidad de saber. Mas la mitad de las perversiones atribuidas a Cromwell se desvanecerían si procurásemos representámoslas honradamente de ese modo, es decir, tal como fueron y no a bulto, como se nos presentan.

El segundo error, que creo se comete en general, se refiere a esta misma ambición. Exageramos la ambición de los Grandes Hombres, equivocándonos en cuanto a su naturaleza. Los Grandes Hombres no son ambiciosos en ese sentido; el ambicioso es el mezquino. Consideremos al hombre que no es feliz porque no brilla sobre los demás, que se mete por los ojos, que anhela, ansía ostentar sus dones y pretensiones, luchando por forzar a todos, como

si lo pidiera de limosna, a que lo reconozcan como grande hombre y lo encumbre sobre los otros. Un ser así es uno de los más lastimosos espectáculos bajo el sol. No es grande hombre, sino pobre enfermo ávido, más digno de ocupar una cama de hospital que un trono entre los hombres. Apartaos de su camino, porque tal criatura no gusta de sendas solitarias, no puede vivir sin el elogio, sin causar maravilla, sin el encomio de ditirámicos artículos. Mas eso no es grandeza, sino vaciedad, puesto que nada contiene, es hambre y sed de alabanza. En verdad creo que no hubo grande hombre, ni siquiera cuerdo que llevase algo dentro, poco o mucho, que se preocupase de todo eso.

¿Qué pudo importar a Cromwell el aplauso de ruidosa muchedumbre? Dios, su Creador, sabía muy bien qué era; en nada aumentaba ni disminuía el aplauso su quiddidad. Hasta que aparecieron las primeras canas, hasta que estando en la pendiente de la Vida vió que todo tenía límite, y fin, la manera como iban las cosas contentóse con labrar la tierra y leer la Biblia; que no pudiera soportarlo en su vejez, sin entregarse a la Superchería, con el fin de ir en dorada carroza a Whitehall, atender a los secretarios que le presentaban montones de papeles rogándole: *Resuelva esto, despache aquello*, es cosa que nadie puede afirmar sin reservas ni remordimiento. ¿Qué atracción podían tener para Cromwell las doradas carrozas? La vida encerraba significado para él desde hada tiempo, terror y esplendor como el mismo Cielo. Su vida como hombre era superior a la necesidad de las galas. La Muerte, el Juicio, la Eternidad, eso era la base de cuanto pensó e hizo; su existencia fue una isla rodeada de mar de indecibles Pensamientos, inexpresable para el hombre. Lo importante para él fue el Evangelio, tal como lo leyeron los profetas Puritanos de su época, sin importarles todo lo demás. Paréceme despreciable solecismo llamar ambicioso a tal hombre, y figurárnoslo como ávido infatuado. Un hombre así diría: *Guardaos vuestras doradas carrozas y entusiásticas muchedumbres, los engalanados funcionarios, las influencias, los asuntos que creéis importantes y dejadme solo, hay demasiada vida en mí*. El viejo Samuel Johnson, el alma más grande de Inglaterra en su época, no era ambicioso. Boswell lucía en las ceremonias cintas llamativas en el sombrero, mientras el gran Johnson quedaba en casa: su alma mundial estaba sumida en sus pensamientos y preocupaciones; ¿de qué podían servirle la ostentación, las cintas en el sombrero?

Lo repetiré: complace reflexionar sobre el gran Imperio del Silencio, sobre el grande hombre silencioso que contempla la ruidosa vaciedad del mundo, palabras huecas de sentido, actos de escasa valía. Los hombres nobles y tácitos, encerrados en su habitación, diseminados, que piensan y laboran en el silencio, sobre los que nada dice el periódico, son la sal de la Tierra; mal va la nación que carece de ellos o en que escasean; es bosque sin ralces, en el que todo son hojas y ramaje, que se mustiarán pronto. ¡Infelices de nosotros si sólo tuviésemos palabras y ostentaciones! Lo único grande es el Silencio, el gran Imperio del Silencio, que descuella sobre las estrellas, que llega a mayor profundidad que los Reinos de la Muerte; todo lo demás es

mezquino. Confío que los ingleses conservarán por mucho tiempo el gran talento del silencio. Dejad que los imposibilitados de vivir sin encaramarse a los barriles para sobresalir, para que los vean en el mercado, cultiven exclusivamente la oratoria, convirtiéndose en frondoso bosque sin raíces. Salomón dijo: *Oportuno es hablar, siéndolo también el silencio*. Alguien pudiera interrogar a los silenciosos Samueles, no forzados a escribir por falta de dinero y no otra cosa: *¿Por qué no te levantas y hablas, promulgando tu doctrina y fundando tu secta? Hasta hoy he podido contener mi pensamiento; por fortuna tuve habilidad para retenerlo, sin que ninguna fuerza me obligase a expresarlo. Mi doctrina no tiene por objeto la divulgación, sino servir de norma a mi vida. Ése es el gran valor que para mí tiene. ¿Y el honor? Sí; digamos lo que dijo Catón sobre la estatua: No sería preferible que, al contemplar las muchas estatuas de vuestro Foro, preguntase alguien: ¿Dónde está la de Catón?*

Ahora, como compensación de este Silencio, permitidme decir que hay dos clases de ambición: una censurable por completo, laudable e inevitable la otra. La Naturaleza dispuso que el gran tácito Samuel no guardase silencio mucho tiempo. Consideremos mezquina y miserable la suposición de querer brillar sobre los demás. *No buscas grandes cosas no las busques*. No obstante, digo hay irrepresible tendencia en todo hombre a desarrollarse de conformidad con la magnitud que le concedió la Naturaleza, a exteriorizar de palabra y obra lo que en él infundió. Esto es propio, adecuado, inevitable, siendo también deber, compendio de los deberes del hombre. Pudiéramos decir que el significado de la vida en la tierra es éste: Desarrollamos, laborar en aquello para lo que tengamos facultades. Es necesidad del ser humano, ley primordial de nuestra existencia. Observa bellamente Coleridge que el niño aprende a hablar debido a esa necesidad. Por eso afirmaremos: para decidir si la ambición es justa o no tendremos presentes dos cosas: no sólo el apetito de la función, sino la capacidad para desempeñarla, pues de esto se trata. Quizá fuera suyo el puesto, tal vez tenía derecho natural y hasta obligación de alcanzarlo. ¿Censuraremos la ambición de Mirabeau de presidir el Consejo, cuando era el único francés capaz de desempeñar el cargo con provecho? De haber concebido más esperanzas puede que no hubiera sentido con tal claridad el bien que podía hacer. Pero un pobre Necker, que ninguna utilidad podía reportar, que estaba sabedor de ello, quedó abismado al verse rechazado; bien pudo Gibbon llorarle. Dije que la Naturaleza dispone que el grande hombre silencioso se esfuerce en hablar.

Supongamos, v. g., que hubiésemos revelado a Johnson, que en su solitaria existencia, era capaz de efectuar labor divina inapreciable para su país y para el mundo entero: que la perfecta Ley Celeste podía convertirse en ley de este mundo; que la oración que diariamente decía: *Venga a nos el tu reino*, podía realizarse al fin. De haberle evidenciado la posibilidad, la realización: que él, el taciturno Samuel, estaba llamado a participar en ello, hubiérasele inflamado el alma brillando con divina claridad, hablando noblemente, determinado a obrar, descartando todo pesar y recelo, menospreciando toda aflicción y contrariedad, iluminándose el tenebroso elemento de su existencia

y destellando vivísima luz. Su ambición sería justa. Consideremos el caso de Cromwell. Tiempo hacía pesaba sobre su corazón el sufrimiento de la Iglesia de Dios, afligiéndole ver encerrados en calabozos a los celosos y sinceros propagadores de la verdad, azotados, en la picota, cortadas las orejas; viendo cómo los indignos pisoteaban el Evangelio, tras largos años de silencio y oración, sin hallar remedio en la Tierra; confiando vendría la Celeste bondad, considerando todo aquello como superchería que no podía eternizarse. Contemplemos ahora la aurora. Tras doce años de silenciosa espera estremeciéndose Inglaterra; habrá nuevamente Parlamento en que se dejará oír la voz de la Razón, renaciendo la inexpresable y bien cimentada esperanza en la Tierra. ¿No era digno pertenecer a tal Parlamento? Cromwell dejó el arado y acudió a la asamblea. Habló -ásperos estallidos de franqueza- de una verdad vista por él, laboró, luchando denodadamente como vigoroso gigante a través del tumulto del cañón, sin desmayar hasta que triunfó la Causa, hasta que barrió a sus formidables enemigos, hasta que el alba de esperanza trocóse en clara luz de victoria y de certidumbre. Se irguió como el alma más fuerte de Inglaterra, como el indiscutido Héroe de toda Inglaterra, haciendo que la ley del Evangelio de Cristo se estableciera en el Mundo. La Teocracia que Knox pudo soñar en el púlpito como fantasía de devoto, atrevióse a considerarla realizable este hombre práctico, aleccionado en el borrascoso caos de la más dura experiencia. Los que ocupaban los más altos puestos en la Iglesia de Cristo, los más devotos y prudentes, tenían que gobernar el país; así podía y debía ser, hasta cierto punto. ¿No era ésta la verdad, la verdad de Dios? Y, de ser cierto, ¿no era esto lo que había que hacer? La inteligencia práctica más vigorosa en Inglaterra atrevióse a responder ¡Sí! Opino fue noble y sincero propósito. ¿No es ésa la más noble decisión que pudo animar el corazón del estadista o del hombre? El paso dado por Knox al proponérselo fue de importancia, pero que lo abrazara un Cromwell, hombre de extraordinaria sensatez y experiencia de lo que era el mundo, la Historia, creo, no registra nada igual. Opino que ése es el punto culminante del Protestantismo, la fase más heroica que tenía que presentu en la Tierra la Fe en la Biblia. Suponed que se manifestase a uno de nosotros cómo podía lograrse que la Razón alcanzara decisiva victoria sobre el Error, que todo cuanto habíamos anhelado e implorado como bien supremo para Inglaterra y el resto del mundo era realizable.

Debo decir que el intelecto vulpino, con su habilidad, astucia y pericia para desenmascarar hipócritas, paréceme cosa bastante mezquina. En Inglaterra sólo tuvimos un estadista de ese temple, uno en cuyo corazón arraigase aquel propósito: no puedo dar con otro. Un solo hombre en quince siglos: ésta fue la acogida que le dispensaron. Hizo decenas, centenares de prosélitos, pero sus adversarios eran millones. De haberlo seguido la nación en masa, Inglaterra sería un país cristiano. Tal como está, la habilidad vulpina continúa siendo su desesperado problema: *Dado un mundo de picaros, conseguir Probidad de su acción conjunta*: engorroso problema con que tropezamos en las Chancillerías de las Audiencias, y en otros sitios. Finalmente, por justa ira celeste, y también por su inmensa gracia, se inicia

el estancamiento de la cuestión, viendo todos que el problema es palpablemente insoluble.

Respecto de Cromwell y sus propósitos, Hume y muchos de sus prosélitos, admiten fue sincero en un principio, sincero Fanático, que poco a poco trocose en Hipócrita, a medida que se sucedían los acontecimientos. Ésa es su teoría que desde entonces se aplicó a Mahoma y otros muchos. Si reflexionamos hallaremos algo de ello, no mucho, no todo, muy lejos de la totalidad. Los sinceros corazones de los héroes no se malean de ese modo miserable. El sol se desprende de impurezas, presenta algunas feas manchas, pero no se apaga anulándose como Sol trocándose en oscura masa. Me aventuro a creer que eso nunca ocurrió al profundo Cromwell, al Hijo de la Naturaleza de corazón de león, que como Anteo, debía su fuerza al contacto con la Tierra, su Madre; que, si la separábamos de ella, creyéndole hipócrita vacuo, perdía su fuerza. No afirmamos que fuera inmaculado, que no padeció errores, insinceridades. No se erigió en maestro honorario de perfecciones, intachables conductas; fue rudo Orson que se abría penoso camino con su esfuerzo sincero, cayendo alguna que otra vez. Se equivocaba y sufría errores muchas veces al día, a todas horas, cosa que sabían Dios y él. Muchas veces se nubló el Sol, mas nunca quedó oscurecido para siempre. Sus últimas palabras en el lecho de muerte revelan al hombre heroico cristiano: entrecortadas súplicas al Señor rogándole juzgase a él y a su Causa puesto que el hombre no podía juzgarlo con justicia, se encomendaba a su misericordia. Conmoveras palabras. Así entregó al Creador su impetuosa y grande alma, cesando en sus esfuerzos y errores.

No soy de los que le suponen Hipócrita, de los que creen vivió enmascarado, en el simulacro, como vano y estéril impostor ávido de los vítores de las muchedumbres. Vivió muy a gusto en la sombra hasta encanecer; luego lo vemos convertido virtualmente en Rey de Inglaterra, reconocido como hombre sin tacha. ¿No puede vivir el hombre sin el manto y carrozas reales? ¿Creéis placentero verse rodeado de secretarios que importunan con sus fajos de documentos con la cinta roja? El sencillo Diocleciano prefiere plantar coles; Jorge Washington, mensurable hasta cierto punto, hace lo mismo. Casi me atrevo a decir que eso es precisamente lo que todo hombre sincero haría: retirarse una vez cumplida su misión como Rey.

Permitidme observar lo indispensable que es un Rey en todas partes, en todo movimiento humano, cosa que demuestra esa misma Guerra, lo que hacen los hombres cuando no pueden encontrar Jefe, hallándolo el enemigo. La nación escocesa abrazó unánime el Puritanismo; todos sintieron celo, pensando al unísono, cosa que nunca se había visto en aquel extremo de la Isla inglesa. Mas no contaban con un gran Cromwell, sino mezquinos, vacilantes, apocados, diplomáticos Argyles y personajes por el estilo, sin corazón capaz de albergar la verdad, o de entregarse a ella por entero. No tuvieron jefe, mientras el diseminado partido Caballeresco del país lo tuvo en Montrose, el más noble entre los Caballeros, hombre espléndido, valiente de una pieza, lo que pudiéramos llamar *Héroe-Caballero*. Reflexionemos: de una

parte súbditos sin Rey, de otra, Rey sin súbditos; los primeros nada podían hacer; algo pudo el último. Montrose, con un puñado de bravíos irlandeses o montañeses, disponiendo de pocos fusiles, se lanzó contra los disciplinados ejércitos puritanos como una tromba, arrollándolos cinco veces, obligándoles a abandonar el campo, quedando dueño de Escocia, aunque por poco tiempo. Se trataba de un hombre solo contra un millón de enemigos sin un solo hombre, impotentes contra él. Quizás entre todos los Puritanos el único indispensable fuera Cromwell, que veía, se atrevía, decidía, único punto de apoyo en el cenagal de la incertidumbre, Rey, ya le llamaren así o de otro modo.

No obstante, en esto precisamente tropezó Cromwell. Todos sus demás actos hallaron defensores que los justificasen, pero la disolución de lo que quedaba del Parlamento, erigiéndose en Protector, es cosa que nadie le perdona. Nacido para reinar en Inglaterra, Jefe del partido victorioso, parece apeteció el Manto Real, vendiéndose a la perdición para lograrlo. Veamos cómo fue.

El héroe como rey. Cromwell. Napoleón. Revolucionismo moderno.

Tercera parte

(Viernes, 22 de mayo de 1840)

Una vez subyugadas Inglaterra, Escocia e Irlanda al Parlamento Puritano, surgió la cuestión práctica: ¿Qué hay que hacer? ¿Cómo gobernarás a esas Naciones que puso en tus manos la Providencia de modo tan asombroso? Es evidente que los cien miembros supervivientes del Largo Parlamento que en él se sientan como suprema autoridad no pueden continuar allí. ¿Cómo hay que obrar? Era aquella cosa cuya solución puede ser fácil para los teóricos factores de constituciones; mas para Cromwell, que buscaba sus hechos prácticos, reales, era complicadísima. Consultó al Parlamento su decisión, pues él era el llamado a exponerla. Pero los soldados, aunque contrarios al Formulismo, que alcanzaron la victoria a cambio de su sangre, estimaron debían ser oídos, exclamando: *No aceptamos un trozo de papel a cambio de nuestras luchas; entendemos que la Ley del Evangelio de Dios, al que concedió la victoria por nosotros, debe establecerse, intentar su establecimiento en este país.*

Estas palabras resonaron en los oídos de los parlamentarios durante tres años, dice Cromwell, sin que pudieran dar con la solución discursando, discutiendo. Quizá se deba eso a la naturaleza de los parlamentarios; tal vez no haya Parlamento capaz de resolverlo, charlando sin descanso. Pero la cuestión tenía que decidirse. Los sesenta miembros se habían odiosos a la nación, despreciables, llegando a llamarle *Rump Parliament*, no pudiendo continuar así; ¿Quién iba a sucederle? *El Parlamento Libre*, el derecho al Sufragio, las Fórmulas Constitucionales de una u otra especie; era la Realidad iracunda que avanzaba hacia nosotros, que nos devoraría de no resolverla. Y, ¿quién sois vosotros que habláis de Fórmulas Constitucionales,

derechos del Parlamento, vosotros, que tuvisteis que matar a vuestro Rey, para humillar al Orgullo, para alejar y desterrar por la ley del más fuerte al que se opusiere a la prosperidad de vuestra Causa? Sois cincuenta o sesenta que continuáis el debate. Decidnos qué hacemos, no como Fórmula, sino como Hecho real.

Nunca se supo la respuesta. El diligente Godwin declara no pudo dar con ella, siendo lo probable que aquel mezquino Parlamento ni quiso ni pudo disolverse y dispersarse, que aplazó la disolución diez o veinte veces, perdiendo Cromwell la paciencia. Aceptamos la hipótesis más favorable para el Parlamento, la más favorable, aunque no la creo cierta, pero harto favorable.

Según esta versión, al llegar a la crisis, cuando Cromwell y sus Oficiales se reunieron de una parte y los cincuenta o sesenta Miembros de la otra, fue informado Cromwell, súbitamente, de que el Parlamento, desesperado, dió una singular respuesta; que en su rencorosa y codiciosa desesperación, para alejar al Ejército, trataba de aprobar rápidamente en la Cámara una Ley de Reforma: un Parlamento elegido por toda Inglaterra, dividida en distritos electorales iguales, libertad de sufragio y todo lo demás, cosa muy discutible, pero indiscutible para ellos. ¿Proyecto de Reforma? ¿Elección libre? Los realistas permanecían callados, mas existían; tal vez excedían en número, cuando la mayoría en Inglaterra fue siempre indiferente ante su Causa, que miraba sometiéndose a ella. La mayoría estaba en el peso y la fuerza, no en el número de electores. Además, con aquellas Fórmulas y Leyes Reformatorias la cuestión azarosamente resuelta por la espada quedaba de nuevo a merced del oleaje, trocándose en mera esperanza y probabilidad, pequeña aun como probabilidad, sin ser probabilidad, sino certidumbre que lograron por la fuerza de Dios y sus brazos, evidente certidumbre. Cromwell se presentó ante aquellos Parlamentarios testarudos, interrumpió la rápida aprobación de la Ley Reformatoria, ordenándoles que se fueran y que no hablaran más. ¿Podemos perdonarlo? ¿No podemos comprenderlo? Juan Milton, que vió las cosas desde cerca, lo aplaudió. La Realidad barrió las Fórmulas. Opino que la mayor parte de los ingleses francos lo habria creído necesario.

El hombre fuerte y osado se atrajo la oposición de toda clase de Formulismos y superficialidades lógicas, atreviéndose a apelar a la realidad legítima de Inglaterra, interrogándola: ¿Estás conmigo o contra mí? Es curioso observar su esfuerzo para gobernarla constitucionalmente, buscando Parlamento que le ayudase, sin conseguirlo. Su primer Parlamento, al que llamaron *Parlamento de Barebone*, fue Convocatoria de los más Notables, acudiendo a él de todas partes de Inglaterra, seleccionados por los principales Sacerdotes y Funcionarios Puritanos, las personas más distinguidas por su reputación religiosa, influencia y afecto por la Causa, reuniéndose para esbozar un plan. Sancionaron lo pasado, preparando el futuro como pudieron. A sus componentes se les llamó sarcásticamente *Parlamento de Barebone*, aunque parece que su nombre fue *Barbone*, hombre muy apreciable. Su labor no fue

broma, sino grave realidad, intento de aquellos Puritanos Notables de convertir la Ley de Cristo en Ley de Inglaterra dentro de lo posible. Entre ellos hubo hombres de buen sentido: otros de calidad, en cuanto a piedad supongo casi todos eran piadosos. Parece que fracasaron, cayendo al esforzarse en reformar el Tribunal Supremo, disolviéndose y declarándose incompetentes, entregando el poder en manos del Generalísimo Cromwell, para que hiciese lo que quisiera y pudiera.

¿Qué haría con él? El Generalísimo Cromwell, Comandante en Jefe de todas las fuerzas llamadas a las armas o que pudieran llamarse, encontrarse ante un singular trance; como era la sola Autoridad existente en Inglaterra fue lo único que la aislaba de la Anarquía. Ésa es la innegable Realidad en cuanto a su posición y la del País por entonces. ¿Qué haría con él? Después de deliberar, decidió aceptarlo, exclamando gravemente, en pública solemnidad ante Dios y los hombres: *Si, ésa es la Realidad; haré lo mejor que pueda de ella.* Protectorado, Instrumento de Gobierno; éstas son las formas externas de la cosa, elaboradas y sancionadas como permitieron las circunstancias, por los Jueces, por los principales Funcionarios, *Consejo de Funcionarios y Personas de calidad de la Nación*; en cuanto a la cosa en sí, era innegable que para lo pasado y lo presente sólo había una alternativa: esto o la Anarquía. La puritana Inglaterra podía aceptarlo o no, mas con ello evitaba ciertamente su suicidio. Opino que los Puritanos aceptaron tácitamente, algo contrariados, el acto anómalo de Cromwell, aunque en general mostráronse francamente agradecidos; al menos le ayudaron a afianzarlo, no abandonándolo; luego surgieron dificultades en el Parlamento, sin que supieran cómo habían de juzgarlo.

El segundo Parlamento de Oliverio, el primero regular en realidad, elegido según lo establecido por el Instrumento de Gobierno, se reunió y laboró, abismándose más tarde en la discusión del derecho del Protector, la usurpación y cuestiones parecidas, disolviéndose al llegar a su término legal. El irrefutable discurso de Oliverio, dirigido a sus componentes, es ciertamente notable, lo mismo que el pronunciado en su Tercer Parlamento, al que reprochó su pedantería y obstinación; rudas y caóticas oraciones, mas francas, propias del sincero, desmañado, no acostumbrado a formular sus grandes ideas, sino a ponerlas en práctica. El sentido que encerraban sus pensamientos estallaba al no hallar palabras apropiadas, mentando repetidamente los designios de la Providencia, afirmando que aquellos cambios, tantas victorias y acontecimientos, no se debieron a plan premeditado, no eran comedia suya ni de los demás; que los que así lo consideraban blasfemaban ciegamente, insistiendo sobre su afirmación con iracundia, énfasis y energía. Como si Cromwell hubiese previsto aquellos turbulentos y tremendos trances a que se vió sometido en un mundo sumido en el caos; como si continuase tirando de los hilos de los muñecos de trapo! Y afirma: *Nadie pudo prever tales cosas; nadie era capaz de decir lo que ocurriría al día siguiente, porque todo se debió a los designios de la Providencia; siguiendo el camino indicado por Dios llegamos finalmente al pináculo de la victoria, triunfando la Causa de Dios en estas Naciones,*

reuniéndose el Parlamento para indicar el modo cómo podía organizarse todo ello, reducirlo a realidad racional entre los hombres; vosotros sois los que tenéis que ayudarnos con vuestros prudentes consejos para realizarlo, por haber disfrutado de la oportunidad que ningún Parlamento gozó hasta ahora en Inglaterra. La Ley de Cristo, la Razón y la Verdad pudieron establecerse hasta cierto punto como Ley en este país; mas vosotros os entregasteis a la pedantería, constitucionalismos, cavilosasidades y especulaciones sobre las leyes escritas, discutiendo mi presencia en este sitio, exponiéndoos a que vuelva el Caos; y todo porque no puedo exhibir Acta Notarial que me faculte para presidiros, porque lo único que puedo alegar es la voz de Dios, que resonó en el fragor de la batalla. Perdisteis la oportunidad, ignorando cuando volverá a presentarse; os aferrásteis a la Lógica constitucional, por eso domina en el país la Ley de Mammón, no la de Cristo. ¡Sea Dios quien os juzgue a vosotros y a mí! Éstas fueron sus últimas palabras: que presentasen sus fórmulas constitucionales, que él iría acompañado de sus luchas informales, propósitos, realidades y actos; que Dios sería el juez de su respectiva conducta.

Dijimos que los Discursos impresos de Cromwell son informes, caóticos, y muchos afirman que son intencionadamente ambiguos, enrevesados, propios del hipócrita que se escuda en confusa jerga jesuítica; para mí no lo son. Diré más bien que me proporcionaron los primeros atisbos de la realidad de Cromwell, de su posibilidad. Si procuráis creer encierran algo, buscando con cariño en su fondo, observaréis hay en ellos discurso sincero expresado en su ruda y tortuosa manera de decir, que su gran corazón no estaba hueco. Comenzaréis a ver claro que era un hombre, no enigmática quimera incomprendible, increíble. Las Historias y Biografías escritas sobre Cromwell por generaciones superficiales y escépticas, que no pudieron concebir ni descubrir al hombre profundamente creyente, son más oscuras todavía que sus Discursos. A su través sólo se ve la infinita vaguedad de las Tinieblas y la Nada. Lord Clarendon dice: *Vehemencias y Recelos*; sí, meros caprichos avinagrados, teorías y extravagancias. No es posible creer que ello indujese al sereno y sobrio inglés a dejar su arado y su trabajo, lanzándose en furiosa guerra contra el más calificado de los Reyes. Grandes dotes debe reunir el Escepticismo para escribir sobre la Creencia, mas la cuestión es realmente *ultra vires*: es la Ceguera que formula las Leyes de la Óptica.

El Tercer Parlamento de Oliverio chocó contra el mismo escollo que el segundo: las Fórmulas constitucionales, inquiriendo: *¿A qué debes ese sitio? ¿En virtud de qué Documento Notarial lo ocupas? ¡Pedantes, miopes!* Entonces Cromwell replicó: *Al mismo poder que os convirtió a vosotros en Parlamento; eso, y algo más, es lo que me hizo Protector; si nada es mi Protectorado, ¿qué sois vosotros, miembros del Parlamento, sino reflejo y consecuencia de aquél?*

Al fracasar el Parlamento quedó el Despotismo como única solución. Dictadores Militares a la cabeza de cada distrito, para refrenar a los Realistas y otros contradictores, para gobernarles por la espada ya que no por ley

parlamentaria. *Mientras la Realidad subsista no hay Fórmulas. Continuaré protegiendo a los protestantes oprimidos en el extranjero; nombrando jueces justos, prudentes directores en el pa{;s; estimando a los verdaderos sacerdotes Evangelistas, haciendo cuanto pueda para que Inglaterra sea cristiana, mds grande que la vieja Roma, Reina de la Cristiandad Protestante; eso haré mientras Dios me conceda vida, puesto que me negáis vuestra ayuda;* así se expresó Cromwell. ¿Por qué no lo abandonó todo, retirándose en la sombra de nuevo, al ver que la Ley no quiso reconocerlo? Eso es lo que preguntan muchos y en eso se equivocan, porque no podía renunciar. Pitt, Pombal, Choiseul, otros Presidentes de Consejo gobernaron las naciones; su palabra fue ley mientras prevalecieron, mas este Presidente no era de los que ceden fácilmente. Carlos Estuardo y los Caballeros le acecharon para matarle, a él y a la Causa; una vez muerto no podía volver. El único retiro para este Presidente era el sepulcro.

¡Con qué tristeza recordamos la vejez de Cromwell! Quejábase incesantemente de la pesada carga que la Providencia echó sobre sus espaldas, que tenía que sobrellevar hasta la muerte. La esposa del coronel Hutchinson, su antiguo compañero de lucha, refiere que una vez vióse obligado su marido a visitar a Oliverio a causa de cierto asunto, haciéndolo contra su voluntad; que Cromwell le acompañó hasta la puerta, hablándole fraternalmente, diciéndole deseaba reconciliarse con él, su hermano de armas; afirmando le dolía no lo comprendieran, lo abandonasen los verdaderos soldados, a los que estimaba mucho; el inflexible coronel, encastillado en su fórmula republicana, marchóse petulante, quedando solo el hombre encanecido, débil de fuerzas por su largo trabajo. También veo a su pobre madre, muy anciana, que vivía en su Palacio; ibuena mujer que moraba en aquella mansión honrada con el temor de Dios, que cuando oía un disparo creía habían asesinado a su hijo; por eso tenía que presentarse ante ella una vez al día, para que viera que vivía todavía. ¡Pobre anciana madre! ¿En qué se benefició aquel hombre? Su vida fue triste lucha, penalidades, hasta su último día. ¿Fama, ambición, un puesto en la Historia? Su cuerpo inerte colgaba de unas cadenas; su lugar en la Historia fue de ignominia, acusación, sombrío y de infortunio. ¡Quién sabe si es temerario decidirme a figurar entre los primeros que se aventuran a afirmar no fue truhán e impostor, sino honrado y sincero! ¡Descanse en paz! A pesar de todo, mucho fue lo que hizo por nosotros. Reflexionemos en silencio sobre su atormentada vida, heroica y grande; no hallemos la tierra que recubre su cuerpo, porque nada nos obliga a pasar sobre ella. ¡Dejemos al Héroe en reposo! Nunca apeló Cromwell al juicio de los hombres; ni éstos lo han juzgado muy bien.

Un siglo y un año después de 1668, ya silenciado y decorosamente olvidado el Puritanismo, estalló una explosión mucho más violenta, mucho más difícil de silenciar, conocida de todos los mortales, y cuyo recuerdo perdurará mucho tiempo: la Revolución Francesa. Es el tercero y último acto del Protestantismo, el explosivo regreso de los Hombres a la Realidad, cuando estaban a punto de aniquilarlos la Apariencia y el Simulacro. Decimos que el Puritanismo Inglés fue el segundo acto, al afirmar: *La Biblia es verdadera,*

atengámonos a la Biblia. En la Iglesia, dijo Lutero; en la Iglesia y en el Estado, dijo Cromwell, atengámonos a la verdad de Dios. Los hombres tienen que volver a la realidad; no pueden vivir de apariencias. Su tercer acto, la Revolución Francesa, puede llamarse el último, pero es imposible que el hombre llegue a más bajo nivel que en aquel salvaje *Sansculotismo*. Se basan en el Hecho más desesperado y desnudo, innegable en todo tiempo y circunstancias, y ahí vuelven a empezar a construir. La explosión francesa tuvo su Rey, como la inglesa, sin Documento Notarial que lo acreditare. Miremos unos instantes a Napoleón, nuestro segundo Rey moderno.

Opino que no fue tan grande como Cromwell. Sus victorias enormes, que abarcaron a toda Europa, mientras Cromwell se limitó a nuestra pequeña Inglaterra, son elevados zancos que lo destacan sin alterar su verdadera estatura. En él no hallo la sinceridad de Cromwell; es algo inferior. No permaneció en la oscuridad muchos años ante el Indecible pavor del Universo, caminando con Dios, como decía Cromwell, dependiendo su fuerza de su fe solamente, contentándose con que sus ideas y valor continuaran latentes, estallando más tarde como inflamadas por celeste centella. Vivió Napoleón en época que no creía en Dios, que estimaba el significado de todo Silencio y Latencia como Inanidad; por eso tuvo que partir de las mezquinas Enciclopedias Escépticas, no de la Biblia de los Puritanos. Ésa fue la extensión que el hombre pudo dar a su obra; grande fue el mérito de llegar tan lejos como llegó. Su carácter sólido, pronto, expresivo es quizás inferior al de nuestro gran caótico e inarticulado Cromwell. En vez del mudo Profeta que se esfuerza por hablar, descubrimos en él sorprendente matiz de Embaucador. La noción de Hume referente al Hipócrita-Fanático, con la verdad que encierra, se aplicaría mucho mejor a Napoleón que a Cromwell, Mahoma o sus semejantes, donde poco tiene de cierto. En este hombre se manifiesta desde un principio el elemento de censurable ambición, que se apodera de él y arrastra al hombre y su obra en su ruina.

En tiempos de Napoleón fue proverbial decir: *Falso como un parte de guerra*, excusándose de ello lo mejor que pudo, alegando que era necesario despistar al enemigo, sostener el ánimo de sus soldados, y otras cosas por el estilo, que no son excusas, porque el hombre no debe mentir nunca; más le hubiese valido decir siempre la verdad. Si alguien da por hecho algo que no ha conseguido, pero que espera lograr mañana ¿de qué sirve el embuste? Se descubre el engaño y el castigo es terrible, pues nadie cree al mentiroso aunque diga la verdad, cuando tiene importancia se le crea. Recordad lo de *¡Que viene el lobo!* La Mentira es Nada y ¿qué puede hacerse con Nada? Además, perdemos el esfuerzo de hacerla creíble.

Sin embargo, Napoleón fue sincero, pues hay que distinguir entre lo superficial y fundamental en la sinceridad; a pesar de sus maniobras y falsedades, que fueron muchas y muy censurables, descubrimos en él cierto sentimiento de la realidad, instintivo, arraigado, que se basaba en los hechos, cuando podía basarse en ellos. Su instinto sobre la Naturaleza superaba a su cultura. Cuenta Bourrienne que una noche, durante su viaje a

Egipto, argüían sus sabios contra la existencia de Dios, queriéndolo convencer con artificios lógicos. Napoleón miró las estrellas y dijo: *Muy ingenioso, señores; pero ¿quién hizo todo eso?* La lógica atea se escurre como agua, el gran Hecho lo mira a la cara: ¿quién hizo todo eso? Otro tanto ocurría con la Práctica, pues él, como todo el que puede ser grande o alcanzar la victoria en este mundo, veía el corazón de las cosas a través de todas las marañas y a él se dirigía sin vacilar. Cuando el mayordomo de su Palacio de las Tullerías le mostró la nueva tapicería, alabando su esplendor y su baratura, pidió Napoleón unas tijeras, cortó unas de las borlas de oro que pendían de una cortina, la guardó en el bolsillo y se marchó. Unos días después, la sacó, ante el horror de su mayordomo: era de oropel, no de oro. En Santa Elena insistió sobre lo práctico y real hasta sus últimos días. *¿Qué adelantáis con charlar y quejaros? ¿De qué os sirve discutir de ese modo? Nada resolvéis con ello puesto que nada podéis hacer. Cuando no se puede hacer nada, mejor es no hablar de ello.* Así se expresaba a menudo ante los desventurados y descontentos que lo acompañaban, siendo ejemplo de tácita fuerza entre sus vanas querellas.

¿No puede decirse que tenían fe en él, legítima en cierto modo? Esta nueva Democracia enorme, afirmada por la Revolución Francesa, es una insuprimible Realidad, que el mundo entero con sus antiguas fuerzas e instituciones no podía derribar; eso lo intuyó con verdad, despertando su conciencia y entusiasmo, la fe, interpretando su velado alcance perfectamente. *La carrière ouverte aux talents* equivale a decir: *Los instrumentos a quien sepa manejarlos*, y era la verdad, la completa verdad, simbolizando el significado de la Revolución Francesa, el de cualquier Revolución. Napoleón fue sincero Demócrata en su primer periodo. Además, por naturaleza, aleccionado por su profesión militar, sabía que la Democracia no podía ser Anarquía, si era veraz: Napoleón odiaba la Anarquía. El 20 de junio de 1792, estaba con Bourrienne en un café; al ver la muchedumbre que pasaba expresó su profundo desprecio por las autoridades que no refrenaban aquella chusma. El 10 de agosto se extrañaba de que no hubiera un hombre que dirigiera aquellos pobres suizos, que vencerían de tener jefe. Tal fe en la Democracia, su odio a la Anarquía, fue lo que guió a Napoleón en su gigantesca empresa. Considerando sus brillantes campañas en Italia, hasta la paz de Leoben, diríase que su motivo fue: *Triunfe la Revolución Francesa sobre esos Simulacros austríacos que la llaman un Simulacro*. Sin embargo, sintió y tuvo derecho a sentir cuán necesaria es la Autoridad enérgica, pues la Revolución no podía prosperar ni durar sin ella. Refrenar la devoradora Revolución, domarla de manera que su intrínseco propósito pudiese afianzarse, organizarla para que pudiese vivir entre los otros organismos y cosas formadas no siendo sólo derrumbamiento y destrucción; a eso tendió en parte Napoleón, ésa fue la verdadera empresa de su vida. ¿No fue precisamente eso lo que procuró realizar? Sucediéronse sus triunfos: los Wagrams, los Austerlitz ... Su penetrante vista veía claro; su alma osada no perdía actividad, elevándose naturalmente y mereciendo ser Rey. Todos comprendieron que lo era. Los soldados decían durante las marchas: *Esos parlanchines abogados de Paris charlan y no hacen nada. No nos extrañemos*

que vaya todo mal. Lo que debíamos hacer es ir allá e imponer a nuestro Petit Caporal. Y, en efecto, fueron y lo impusieron; ellos y Francia. Fue Cónsul, Emperador, vencedor de Europa, hasta que el humilde teniente de La Fère pudo creer sin esfuerzo que era el más grande de todos los hombres conocidos durante muchas generaciones.

Opino que fue entonces cuando le dominó el fatal elemento de la charlatanería. Renegó de su vieja fe en la Realidad, creyendo en las Apariencias, esforzándose por vincularse a las Dinastías de Austria, al Papado, a los rancios falsos Señores Feudales, de los que en otro tiempo vió claramente sus ficciones, considerando que iba a fundar su Dinastia y otras cosas más: que la enorme Revolución Francesa sólo tuvo ese significado. Entregóse a la fuerte ilusión para poder creer en el engaño, caso terrible, pero así fue. En aquel estado no era capaz de discernir la verdad de la falsedad: el peor castigo para el hombre que deja de ser sincero. El egoísmo y la vana ambición fueron entonces su dios, pues cuando uno se engaña a sí mismo es burlado por todos los artificios. ¡Con qué despreciables trapillos de ropería, percalinas, oropeles y disfraces envolvió aquel hombre su gran realidad creyéndose más real por ello! Y su pomposo Concordato con pretensiones de restablecimiento del Catolicismo (que creyó método para extirparlo), *la vaccine de la religión*, sus ceremoniosas Coronaciones, las consagraciones en Notre-Dame por la vieja Quimera Italiana, *sin que faltase nada para completar esa pompa*, como dijo Augereau, *sino el medio millón de hombres que habían muerto para concluir con esas cosas*. La Consagración de Cromwell fue por la Espada y por la Biblia; una concepción verdadera. La Espada y la Biblia, fueron llevadas delante de él, sin quimera alguna. ¿No eran acaso los verdaderos emblemas del Puritanismo, sus galas y sus insignias? El Puritanismo las había usado de una manera muy real, y ahora no las abandonaba. Pero el pobre Napoleón se equivocó: creía demasiado en la Engañabilidad de los hombres, no viendo en ellos la realidad más profunda que el Hambre. Ocurrióle como al que edificase sobre una nube; se desplomó la casa y su ocupante en confusa ruina, desapareciendo del mundo.

El elemento embaucador existe en todos nosotros por desgracia, pudiendo desarrollarse cuando la tentación tiene suficiente fuerza. *¡No nos dejes caer en la tentación!* Pero cabe decir que se desarrolla fatalmente. Aquello en que entra como ingrediente conocible se convierte en transitorio y, por muy grande que pudiere parecer es minúsculo en sí. Napoleón obró de conformidad con él y, ¿qué fue con todo el estruendo que produjo? Simple fogonazo de pólvora que se inflama, llamarada de paja seca. Parecía que el Universo ardía envuelto por el humo y las llamas, pero sólo por una hora. Luego se apagaron las llamas: el Universo con sus viejas montañas y ríos, sus astros superiores y su bondadosa tierra inferior sigue en su lugar.

El Duque de Weimar decía a sus amigos que no se desanimasen; que el Napoleonismo era injusto; que no duraría mucho. Sana doctrina. Cuanto más maltratase al mundo imponiéndole su tiranía, más grande sería el ímpetu con

que se lanzase contra él en su día, porque la injusticia está condenada a satisfacer enormes intereses acumulados. Menos fatal hubiere sido para él perder su mejor parque de artillería, ver perecer a su mejor regimiento entre las aguas, que haber fusilado al pobre Palm, el librero alemán: fue injusto asesinato, tiranía palpable que nadie podría calificar de otro modo, por mucha que fuere su habilidad para ello. El fusilamiento y otros hechos inflamaron la ira en los corazones, brillando los ojos como ascua al recordarlo en espera de su día, día que llegó, rebelándose Alemania contra Napoleón. En el fondo, lo hecho por Bonaparte queda reducido a lo que hizo justamente; eso es lo que sancionarán las leyes de la Naturaleza: la realidad que en él hubo y nada más, pues el resto no pasó de polvo y humareda. *La carrière ouverte aux talents*, grande y sincero Mensaje, que tiene que articular y llevar a la práctica en todas partes, puesto que lo dejó sin organizar. Napoleón fue un gran esbozo, impreciso dibujo sin acabar; mas, ¿no lo fueron todos los grandes hombres?, fue una figura apenas desbastada.

Trágico es considerar las nociones que sobre el mundo tenía, tal como las expresaba en Santa Elena. Parece le sorprendía mucho y francamente ver la manera como se desarrollaron los acontecimientos; darse cuenta que había sido derribado de su pedestal, reducido a confinamiento; que el Mundo continuase girando sobre su eje. *Francia es grande, muy grande; en el fondo yo soy Francia, porque Inglaterra, por Naturaleza, no pasa de ser dependencia de Francia; especie de Isla de Oleron perteneciente a Francia. Así era por Naturaleza, por Naturaleza Napoleónica, y terminaba exclamando: y, no obstante, Aquí estoy.* Lo que no podía comprender, lo que no pudo concebir, fue que la realidad no correspondiera a su programa; que Francia no fuera omnipotente, que él no fuera Francia. ¡Extraña ilusión creer que la cosa es lo que no es! La naturaleza italiana, fuerte, clarividente, decisiva, firme y genuina que en un tiempo tuvo, envolvióse, disolviéndose casi, en turbia atmósfera de fanfarronada francesa. El mundo no estaba dispuesto a dejarse pisotear, a servir de argamasa para construir con ella y a su capricho un pedestal para Francia y para él; sus propósitos eran muy otros. El asombro de Napoleón fue extremado, pero, tuvo que resignarse. Él siguió su camino y la Naturaleza el suyo; al abandonar la Realidad cayó desesperado en el Vacío, sin remedio, teniendo que conformarse, minado por la tristeza como no lo fue nadie, destrozándosele el corazón y sucumbiendo. Este Napoleón, gran instrumento estropeado antes de tiempo, inutilizado, es nuestro último Grande Hombre.

Ese es nuestro último Grande Hombre en doble sentido: porque aquí tienen fin nuestras andanzas a través de tantos lugares y épocas, en busca de los Héroes. Siento manifestar que en ello encontré placer mezclado con inmenso dolor. El tema es importante, grave y, para quitarle gravedad, lo titulé Culto a los Héroes. Creo penetra profundamente el secreto de la conducta de la Humanidad y vitalísimos intereses del mundo, por lo que es digno de explicar actualmente. Mejor lo hubiere tratado en seis meses que en los seis días empleados. Prometí desbrozar el camino; ignoro si lo he logrado. He tenido que tratar el asunto precipitadamente, con el fin de daros una idea sobre él,

poniendo a prueba vuestra tolerancia y paciencia con mis bruscos conceptos sintéticos, sin extenderme. Grande ha sido vuestra tolerancia, vuestra paciente buena fe, vuestra esperanzada generosidad. Mis rudas palabras han sido escuchadas con atención por la elegancia, la distinción, la belleza y la inteligencia, lo mejor que hay en Inglaterra; os doy cordialmente las gracias emocionado y os digo: ¡Dios sea con vosotros!

Fuente: http://www.antorcha.net/biblioteca_virtual/filosofia/carlyle/caratula.html